
VOYAGES EXTRAORDINAIRES
PAR
JULES VERNE
ESCUELA DE ROBINSONES
COLLECTION HETZEL

El joven Godfrey, sobrino de un rico comerciante estadounidense, decide viajar en busca de emociones. Cuál es su sorpresa al verse náufrago en una isla aparentemente virgen donde vivirá multitud de aventuras junto a su profesor de baile y amigo Tartelett. Pasados más de 6 meses en la isla, su existencia se hace insoportable: la isla, inicialmente sin depredadores, se llena de ellos; el fuego de las tormentas destruye su pequeña cabaña en el tronco de un árbol; la comida escasea…

En esta novela Verne rinde tributo a Daniel Defoe, ya que se trata de una parodia de *Robinsón Crusoe*. Quizás, de todas sus obras, sea la más decidida a adentrarse en el género cómico, ya que los tres personajes centrales (Godfrey, Tartelett y Carefinotu) añaden una buena dosis de humor a la trama.



Jules Verne

Escuela de robinsones

Viajes extraordinarios - 22

ePub r1.4

Titivillus 09.08.2020

Título original: *L'école des Robinsons*
Jules Verne, 1882
Traducción: Luis Alba de la Cuesta
Ilustraciones: Léon Benett

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Izcalli
ePub base r2.1






JULES VERNE
L'ÉCOLE DES ROBINSONS
DESSINS PAR L. BENETT

Prólogo

El novelista francés Jules Verne nació en Nantes el 8 de febrero de 1828 y murió en Amiens el 24 de marzo de 1905. Hijo de un magistrado de provincias, estudió Derecho, y sus primeras incursiones en la literatura las realizó en el teatro, escribiendo algunas piezas dramáticas. Luego acometería la novela, con el éxito conocido.

Las novelas de aventuras y las de ciencia-ficción se alternan en su copiosa obra. *Escuela de robinsones, Dos años de vacaciones*, y *La isla misteriosa*, entre las primeras, y *Veinte mil leguas de viaje submarino, Viaje al centro de la Tierra*, y *De la Tierra a la Luna*, entre las segundas, son buenos ejemplos de estas dos vertientes de su producción, sin que debamos olvidar otro tipo de fabulaciones, tales como *La leyenda del maestro Zacarías*, que nada tiene que ver con lo aquí apuntado y sí con mitos de valor constante en las literaturas europeas.

Escuela de robinsones, Dos años de vacaciones, y *La isla misteriosa*, pertenecen a lo que podríamos denominar épica robinsoniana. Jules Verne, lector de Defoe y de Wyss, autores respectivamente de *Robinson Crusoe* y de *El Robinson suizo*, y muy probablemente influido por ellos, a los que cita alguna vez —buena referencia de ello es la novela que prologan estas cuartillas—, tiende a «deleitar enseñando» en las batallas que el hombre sostiene con la Naturaleza. Su docencia está presente en las tres novelas, pero hay además otras muchas cosas que es necesario resaltar: el coraje de los protagonistas, las capacidades de sacrificio y de inventiva, el buen humor, casi irreflexivo, que muestran en las circunstancias adversas,

la esperanza, la laboriosidad, y una serie de «cualidades viriles», como la fortaleza física, la sobriedad y una no despreciable sabiduría en el manejo de las armas.

Jules Verne es un amante de la geografía y sitúa la acción de sus novelas en lugares muy concretados en grados de longitud y latitud. Sus héroes son capaces también, guiados por la observación más científicamente pura, tanto botánica, como zoológica, como mineralógica, como climatológica, de ubicar en el planisferio el teatro de sus hazañas. Ya no es el héroe solitario, elemental, de *Robinson Crusoe*, ni la familia colonizadora de *El Robinson suizo*; ahora son bachilleres, estudiantes, profesores, los que llegan a la isla de los naufragios. Llegan casi desprovistos de todo, por lo menos en dos de las tres novelas: *La isla misteriosa* y *Escuela de robinsones*. Se acercan a los Robinsones italianos de Salgari, desnudos como los hijos de la mar.

De lo dicho se desprende que hay dos clases de Robinsones: los del ciclo sajón —Defoe, Wyss, y también Stevenson— y los del ciclo latino —Verne, Salgari—. Unos naufragan acompañados del instrumental necesario, provisto por su «civilización», y los otros naufragan con cierto bagaje cultural, que han de instrumentar, y amparados en un evidente providencialismo.

Escuela de robinsones es novela en que se aúnan las dos tendencias. ¿Por qué? Porque hay mucho humor en ella, como verá el lector, y el ensayo de robinsonismo no debe ser tan duro, ni tan aventurado, que no pueda conjuntar cierto providencialismo de los primeros tiempos en la isla con un encuentro casual con un baúl-almacén que los sacará de sus miserias y otros incidentes en que se parodia alegremente el Robinson de Defoe.

Los dos protagonistas de *Escuela de robinsones* se contraponen. Godfrey llega a la isla y hasta el encuentro con el baúl-almacén es capaz no sólo de defenderse de la Naturaleza, sino de tutelar a su compañero Tartelett, que alcanza la playa

portando algo, en principio tan sin sentido para un náufrago, como su precioso violín y su arco.

A partir del encuentro con el baúl-almacén, la novela empieza a discurrir por otros caminos que los sospechados por el lector. «Miserables, sin recursos, padeciendo hambre y sed, sin armas, sin herramientas, casi desnudos, entregados a sí mismos», plañe el novelista. Bien es verdad que no están solos. Del naufragio se han salvado milagrosamente algunos animales domésticos. Pero, a pesar de ser una grata compañía, no se pueden servir de ellos.

Carecen de fuego hasta que la providencia provee. Los restos del naufragio no aparecen por parte alguna y, por tanto, nada hay aprovechable.

«Decididamente —*escribe Verne*—, convengamos en que, si la mala fortuna había convertido a entrambos supervivientes del *Dream* en nuevos Robinsones, se había mostrado más rigurosa con ellos que para con sus antecesores. Después de sacar de él (el barco naufragado en las otras ocasiones) multitud de objetos de primera necesidad, podían aprovechar sus restos. Aquello suponía tener víveres por algún tiempo, vestidos, herramientas, armas, en fin, lo necesario para proveer a las más elementales exigencias de la vida».

El novelista no los dejará por mucho tiempo abandonados a sus solas fuerzas y a los regates de la providencia. En un momento determinado, que quien esto escribe considera clave en las novelas de Robinsones, llega el baúl-almacén con todos los elementos imprescindibles para que la vida de los dos náufragos —el caballero y su inútil escudero— pueda hacerse singularmente confortable. Es el momento más gustoso de la novela y de todas las novelas de Robinsones: el del inventario.

Los inventarios tienen una extraña poesía en las novelas del ciclo sajón, y en esta *Escuela de robinsones*, que comparte características de él en su segunda parte. El inventario sirve para que el lector entre en el juego de las elementalidades

necesarias para la existencia abandonada a la Naturaleza. Veamos lo que hay en el baúl-almacén:

«En primer lugar, ropa blanca: camisas, toallas, sábanas, mantas; luego, vestidos: marineras de lana, calcetines de lana y de algodón, sólidos pantalones de lona y pana, chalecos de punto, chaquetas de tela gruesa y fuerte; además, dos pares de botas fuertes, calzado de caza, sombreros de fieltro, —etc—. Aquello —*dice el novelista*— constituía un inventario de un precio incalculable en tales circunstancias». *Naturalmente, hay que añadir*.

Y la novela varía, de rumbo y se va transformando lenta pero seguramente en la burla de *Robinson Crusoe*. Las sorpresas se suceden y el humor fluye por todas partes. Tartelett, el escudero inútil y acongojado, va recobrando su seguridad, hasta la aparición… Pero no, no debemos desvelar la aventura, con su verdaderamente robinsoniano «efecto final».

Volvamos a los inventarios. En Defoe, el inventario arroja un saldo tan crecido, que prácticamente transforma a Robinson en un hombre rico, al igual que en Wyss a la familia de su historia. Corre por las creaciones de estos dos autores un sentido de acaparamiento y de seguridad civilizada que no solamente hace menos dura la existencia en el abandono, sino que hasta los prima con ventajas y comodidades. Por si el futuro, en caso de ser recobrados, se les presentara, obscuro, hay todavía alguna lotería al respecto en forma de arqueta con perlas o pequeños tesoros.

Escuela de robinsones no es más que, como su título subraya, una educación, con las consiguientes pruebas o exámenes, y, aunque no lo sospechen los protagonistas, un auténtico curso, una temporada de robinsonismo. Se trata, por tanto, de enseñar y aplicar unos palmetazos, rigurosos pero no crueles, al joven soñador Godfrey y a su compañero de aventuras, el inútil Tartelett.

Jules Verne salva, para la aventura vivida con verdadero riesgo, a un personaje segundón y misterioso que no pertenece al clan de la alta burguesía de San Francisco de California. Éste es el que vive, o se presume que vive, una vida de despojado, la de un ser en absoluto contacto con la Naturaleza, y de solitario. Por las pocas indicaciones que se hacen, parece ser más capaz, en la aventura robinsoniana, que los protagonistas de la novela.

Por lo demás, la novela, desde la ciencia geográfica derrochada en estas aventuras, se complace en el nuevo descubrimiento y en los nuevos y necesarios bautismos de lugares, bahías, moradas… En esto no difiere de los demás Robinsones, que en el mundo de la literatura han sido. Los bautismos nacen de los recuerdos, las nostalgias o los incidentes de la acción.

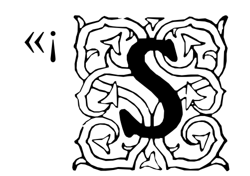
Obvio es decir que es fábula con moraleja y que a ella conviene la sentencia de G. K. Chesterton:

«La aventura puede ser loca; el aventurero, no».

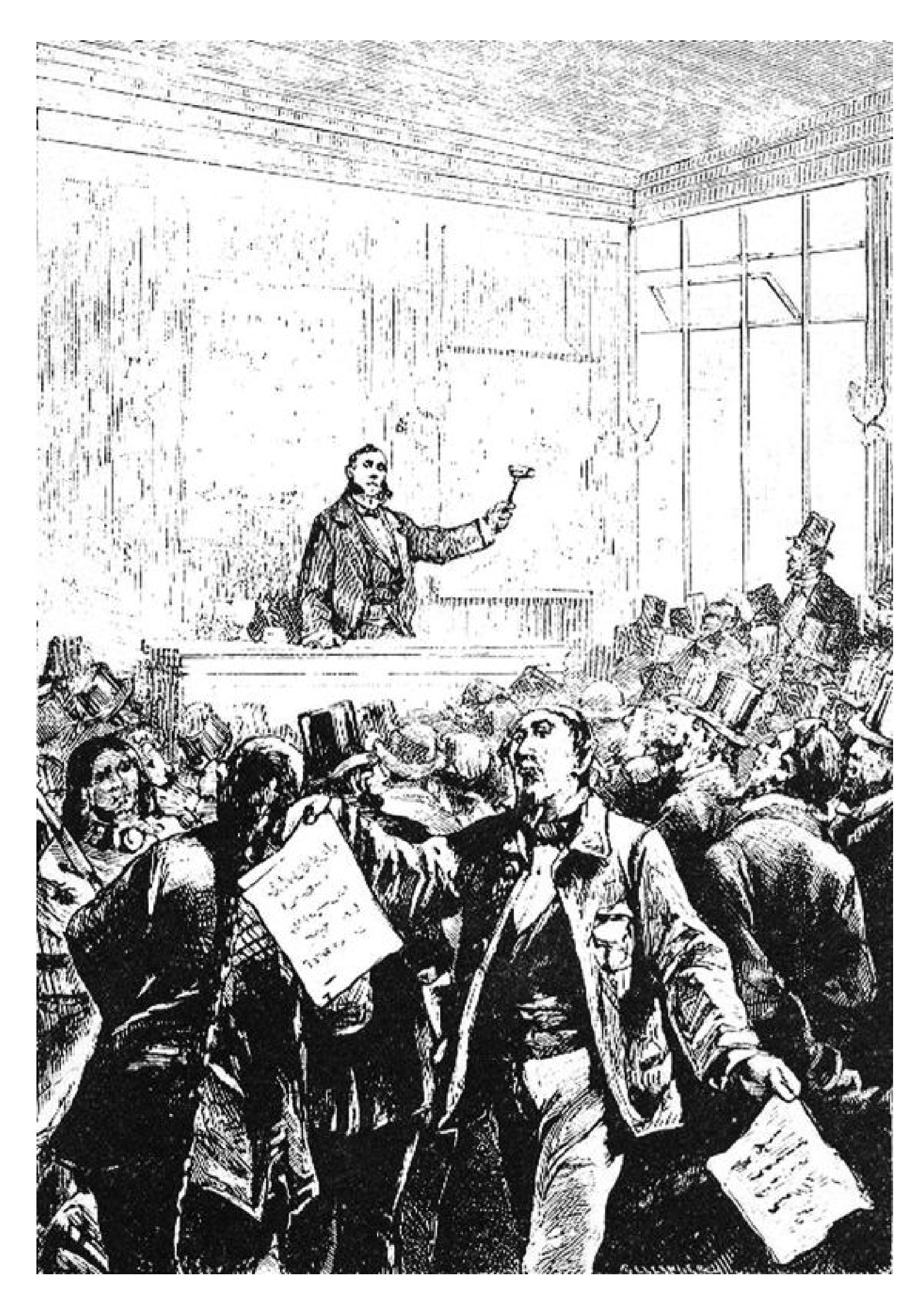
IGNACIO ALDECOA

1

EN QUE EL LECTOR HALLARA, SI LO DESEA, OCASIÓN DE COMPRAR UNA ISLA EN EL OCÉANO PACÍFICO

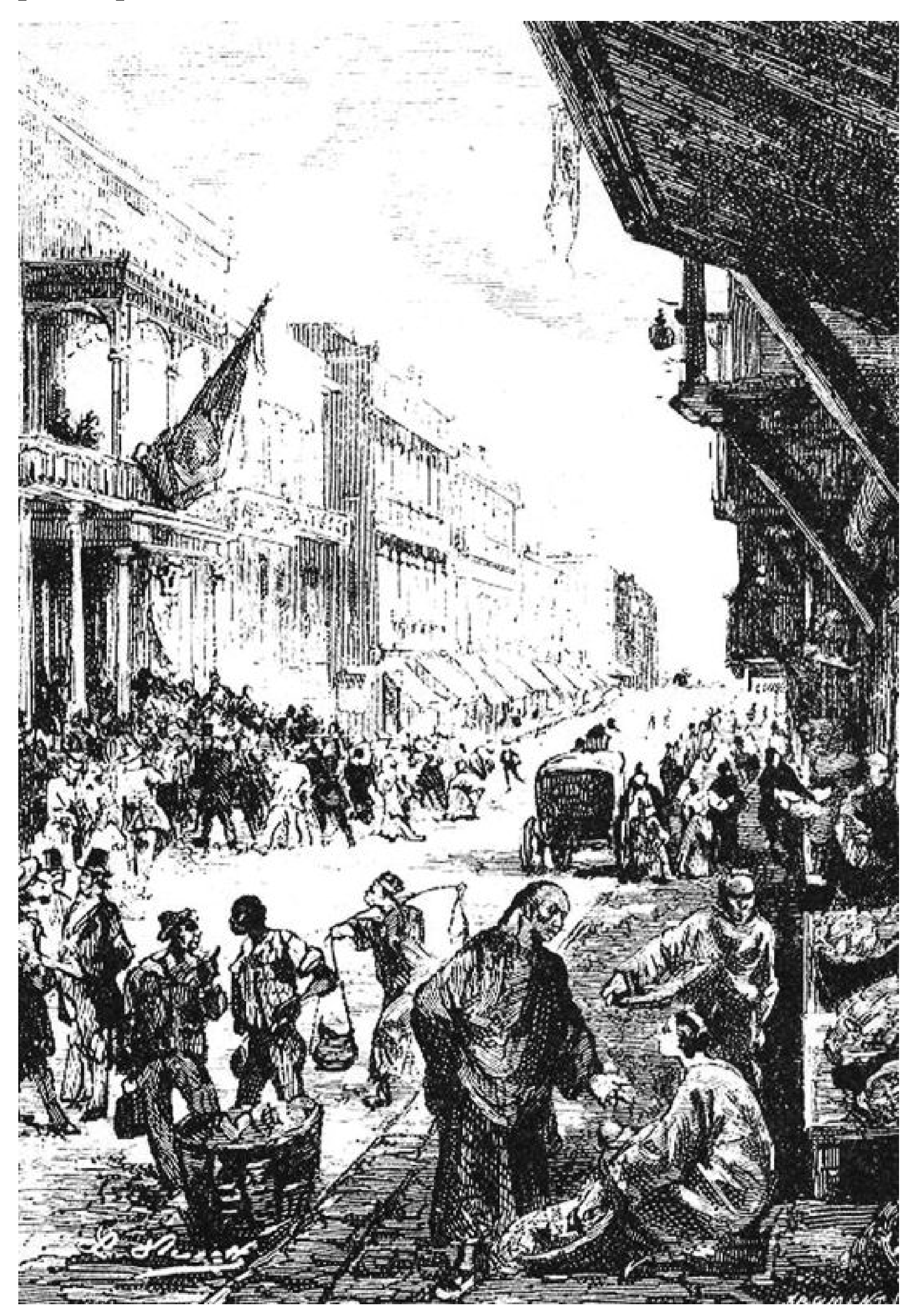
«¡*e vende isla al contado, sin gastos, al último y mejor postor*!», repetía una y otra vez, sin tomar aliento, Dean Felporg, comisario tasador de la subasta en que se debatían las condiciones de esta venta singular.

«*¡Isla en venta, isla en venta!*», repetía con voz más y más sonora el pregonero Gingrass, que iba y venía por entre una multitud en verdad excitadísima.



Multitud, efectivamente, que se apretaba en la vasta sala del hotel de ventas del número 10 de la calle Sacramento. Allí había no sólo cierto número de americanos de los estados de California, Oregon y Utah, sino también algunos de esos franceses que forman una buena sexta parte de la población, mejicanos envueltos en su sarape, chinos con sus túnicas de largas mangas, zapatos en punta y gorro cónico, canacos de

Oceanía e incluso pies-negros, vientres abultados, o cabezas-planas procedentes de las riberas del río Trinidad.



Nos apresuramos a decir que la escena tenía lugar en la capital del estado californiano, en San Francisco, pero no en la época en que la explotación de nuevos placeres atraía a los buscadores de oro de ambos mundos, de 1849 a 1852. San

Francisco ya no era lo que había sido al principio, un caravasar, un desembarcadero, una posada en que se detenían por una noche los atareados que se apresuraban hacia los terrenos auríferos de la vertiente occidental de la Sierra Nevada. ¡No!

Desde hacía unos veinte años, la antigua y desconocida Yerba-Buena había dado lugar a una ciudad única en su género, poblada por cien mil habitantes, construida al respaldo de dos colinas por haberle faltado sitio en la playa del litoral, pero del todo dispuesta a extenderse hasta las últimas alturas de lo más lejano; una ciudad, en fin, que ha destronado a Lima, Santiago, Valparaíso, todas sus otras rivales del Oeste, de la que los americanos han hecho la reina del Pacífico, la «gloria de la costa occidental».

Ese día —15 de mayo— aún hacía frío. En este país, sometido directamente a la acción de las corrientes polares, las primeras semanas de dicho mes recuerdan más bien las últimas de marzo en la Europa media. Sin embargo, no se hubiera uno dado cuenta de ello en el recinto de esta sala de subastas públicas. La campana, con su volteo incesante, había atraído allí a un gran concurso popular, y una temperatura estival hacía resbalar de la frente de cada uno gotas de sudor que el frío de fuera pronto hubiera solidificado.

No creáis que todos estos afanosos habían acudido a la sala de remates con la intención de adquirir. Hasta diría que allí no había sino curiosos. ¿Quién hubiera sido bastante loco, de haber sido bastante rico, para comprar una isla del Pacífico que el gobierno había tenido la bizarra idea de poner en venta? Se decía, pues, que el precio de puesta en venta no sería cubierto, que ningún aficionado se dejaría arrastrar al fuego de las pujas. No obstante, esto no impedía al pregonero público el tratar de animar a los chalanes con sus exclamaciones, sus gestos y el despliegue de sus pomposos discursos, adornados con las más seductoras metáforas.

Se reía… pero no se hacían ofertas.

—¡Una isla, una isla en venta! —repitió Gingrass.

—¡Pero no para comprar! —respondió un irlandés cuyo bolsillo no hubiese tenido con qué pagar nada en absoluto.

—¡Una isla que, según su precio de venta, no llegaría a seis dólares el acre! —gritó el comisario Dean Felporg.

—¡Y que no produciría medio cuarto por ciento! —contestó un grueso hacendero, buen conocedor respecto de explotaciones agrícolas.

—¡Una isla que no mide menos de sesenta y cuatro millas[1] de circunferencia y doscientos veinticinco mil acres[2] de superficie!

—¿Está sólidamente asentada sobre su fondo? —preguntó un mexicano, viejo frecuentador de bares, cuya solidez personal parecía ser dudosa en este momento.

—¡Una isla con selvas vírgenes! —repetía el anunciador —; con praderas, colinas, cursos de agua…

—¿Garantizados? —exclamó un francés que parecía poco dispuesto a dejarse coger en el anzuelo.

—¡Sí, garantizados! —respondía el anunciador, comisario Felporg, demasiado viejo en el oficio para impresionarse con los chascarrillos del público.

—¿Dos años?

—¡Hasta el fin del Mundo!

—¡Y hasta más allá!

—¡Una isla en plena propiedad! —repetía el anunciador—. ¡Una isla sin ningún animal dañino, ni fieras, ni reptiles!

—¿Ni pájaros? —añadió un socarrón.

—¿Ni insectos? —exclamó otro.

—¡Una isla al que dé más! —volvió a decir en la mejor forma Dean Felporg—. ¡Vamos, ciudadanos! ¡Un poco de valor con el bolsillo! ¿Quién quiere una isla en buen estado, no

habiendo sido casi utilizada, una isla del Pacífico, de este océano de los océanos? Su precio de venta es punto menos que nada. ¡Un millón cien mil dólares[3]!. ¿Interesa por un millón cien mil dólares? ¿Quién habla? ¿Es usted, caballero? ¿Es usted, el de allá abajo, usted que mueve la cabeza como un mandarín de porcelana? ¡Tengo una isla! ¡He aquí una isla! ¿Quién quiere una isla?

—¡Que se pase el objeto! —dijo una voz, como si se tratase de un cuadro o de un vaso de porcelana.

Y toda la sala estalló en risas, pero sin que el precio de puesta en venta fuese cubierto ni en medio dólar.

Sin embargo, si bien el objeto en cuestión no podía pasar de mano en mano, el plano de la isla estaba a disposición del público. Los interesados podían saber a qué atenerse acerca de este pedazo del globo puesto en adjudicación. Ninguna sorpresa debía temerse, ni ningún chasco. Situación, orientación, disposición de tierras, relieve del suelo, red hidrográfica, climatología, lazos de comunicación, todo era fácil de comprobar por adelantado. No se compraría al buen tuntún, y ha de creérseme si aseguro que no podía existir engaño alguno sobre la naturaleza de la mercancía vendida. Por otra parte, los innumerables diarios de los Estados Unidos, como los de California, y las hojas cotidianas, bisemanales, semanales, bimensuales, o mensuales, revistas, boletines, etc., no cesaban desde hacía varios meses de llamar la atención pública sobre esta isla cuya licitación había sido autorizada por un voto del Congreso.

Esta isla era la isla Spencer, que se encuentra situada en el oeste-sudoeste de la bahía de San Francisco, a cuatrocientas sesenta millas[4], poco más o menos, del litoral californiano, a los 32º 15’ de latitud norte y 142º 18’ de longitud oeste del meridiano de Greenwich.

Imposible, por consiguiente, imaginar una posición más aislada, fuera de todo movimiento marítimo o comercial, por más que la isla Spencer estuviese a una distancia relativamente

corta y se encontrase, por así decirlo, en aguas americanas. Pero allí las rutas regulares, desviándose al norte o al sur, han determinado una especie de lago de aguas tranquilas que es en algunas ocasiones designado con el nombre de «Recodo de Fleurieu».

En el centro mismo de esta enorme calma sin dirección apreciable, es donde yace la isla Spencer. Así pues, pocos navíos pasan a su vista. Las grandes rutas del Pacífico que unen el nuevo continente al antiguo, ya conduzcan al Japón ya a China, todas se desvían en una zona más meridional. Los buques de vela se encontrarían con calmas sin fin en la superficie de este «Recodo de Fleurieu» y los vapores, que tienden a lo más corto, no encontrarían ventaja alguna en atravesarlo. Por esto, ni unos ni otros llegan a tomar conocimiento de la isla Spencer, que se yergue allí, como la cima aislada de una de las montañas submarinas del Pacífico. En verdad, para el hombre que desee huir del ruido del Mundo buscando estar tranquilo en la soledad, ¿qué puede haber mejor que esta Islandia perdida a algunos centenares de leguas del litoral? Para un Robinson voluntario hubiera sido el ideal dentro del género. ¡Solamente faltaba lo del precio!

Y ahora ¿por qué los Estados Unidos querían deshacerse de esta isla? ¿Era una fantasía? ¡No! Una nación no puede obrar por capricho, como un simple particular. He aquí la verdad: por su situación, la isla Spencer había parecido ya desde hacía tiempo una estación absolutamente inútil. Colonizarla no hubiese tenido resultado práctico. Desde el punto de vista militar no ofrecía interés alguno, ya que no hubiera dominado sino una porción absolutamente desierta del Pacífico. Desde el punto de vista comercial, igual inutilidad, ya que sus productos no hubieran pagado el valor del flete ni a la ida ni a la vuelta. Establecer allí una colonia penitenciaria tenía el inconveniente de estar demasiado próxima al litoral. En fin, ocuparla con un interés cualquiera era cosa demasiado cara. Por su situación, pues, permanecía desierta desde tiempo inmemorial, y el Congreso, compuesto de hombres

«eminentemente prácticos», había resuelto adjudicar esta isla Spencer, aunque con una condición: que el adjudicatario fuese un ciudadano de la libre América.

Sucedía, también, que no se quería dar esta isla por nada… Así pues, al ponerle precio, éste había sido fijado en un millón cien mil dólares. Esta suma, para una sociedad financiera que hubiese puesto en acciones la compra y explotación de esta propiedad, no hubiese sido sino una bagatela de haber el negocio ofrecido algunas ventajas; pero nunca insistiremos bastante en repetirlo: no ofrecía ninguna. Los hombres competentes no tendrían más interés por este pedazo separado de los Estados Unidos que por un islote perdido en los hielos del Polo. En todo caso, para un particular la suma no dejaba de ser considerable. Se precisaba, pues, ser muy rico para pagarse esta fantasía, que nunca podría reportar ni una centésima por ciento. Se precisaba también ser inmensamente rico porque el asunto no debía tratarse sino al contado, *cash*, según la expresión americana, y bien sabido es que hasta en los Estados Unidos son todavía raros los ciudadanos que tienen un millón de dólares en dinero contante y sonante para tirarlo al agua sin esperanza de retorno.

Y, no obstante, el Congreso había decidido no vender por debajo de ese precio. ¡Un millón cien mil dólares! Ni un céntimo menos, o la isla Spencer continuaría siendo propiedad de la Unión.

Consiguientemente, podía suponerse que ningún comprador sería bastante loco para hacer frente a tal precio.

Por otra parte, se había expresamente determinado que el propietario —si alguna vez se presentase alguno— no sería rey de la isla Spencer, sino presidente de la república. En modo alguno tendría derecho a tener súbditos, sino solamente conciudadanos que le nombrarían por un tiempo determinado, libres de reelegirle indefinidamente. En todo caso, le estaría prohibido crear una dinastía. ¡Jamás la Unión hubiese tolerado

la fundación de un reino, por pequeño que fuese, en aguas americanas!

Esta cláusula tenía por objeto quizá apartar a algún millonario ambicioso, o a algún *nabab* depuesto, que hubiese querido rivalizar con los reyes salvajes de las Sandwich, Marquesas, Pomotou, u otros archipiélagos del Océano Pacífico.

En resumen: por una razón u otra, nadie se presentaba. El reloj seguía andando, el pregonero se sofocaba tratando de provocar las pujas, el comisario tasador gastaba su órgano vocal, sin obtener uno de esos signos de cabeza que estos estimables agentes son tan perspicaces en descubrir, y ni el precio se ponía siquiera en discusión.

Precisa decir, sin embargo, que, sin bien la maza no se cansaba de levantarse por encima de la mesa, la multitud no se cansaba de esperar. Las bromas continuaban cruzándose los chistes no dejaban de circular por toda la sala. Unos ofrecían dos dólares por la isla, con gastos incluidos. Otros pedían garantía de devolución en caso de adquisición.

Y siempre, siempre, las vociferaciones del pregonero:

—¡Isla en venta! ¡Isla en venta!

Y ningún comprador…

—¿Se garantiza que se encuentran allí *flats*[5]? —preguntó el tendero Stumpy, de Merchant-Street.

—¡No! —respondió el comisario tasador—; pero no es imposible que los haya, y el estado abandona al comprador todos sus derechos sobre estos terrenos auríferos.

—¿Hay por lo menos un volcán? —preguntó Oakhurst, el tabernero de la calle Montgomery.

—No, no hay volcán —replicó Dean Felporg—; con eso sería más cara.

Un inmenso estallido de risas siguió a esta contestación.

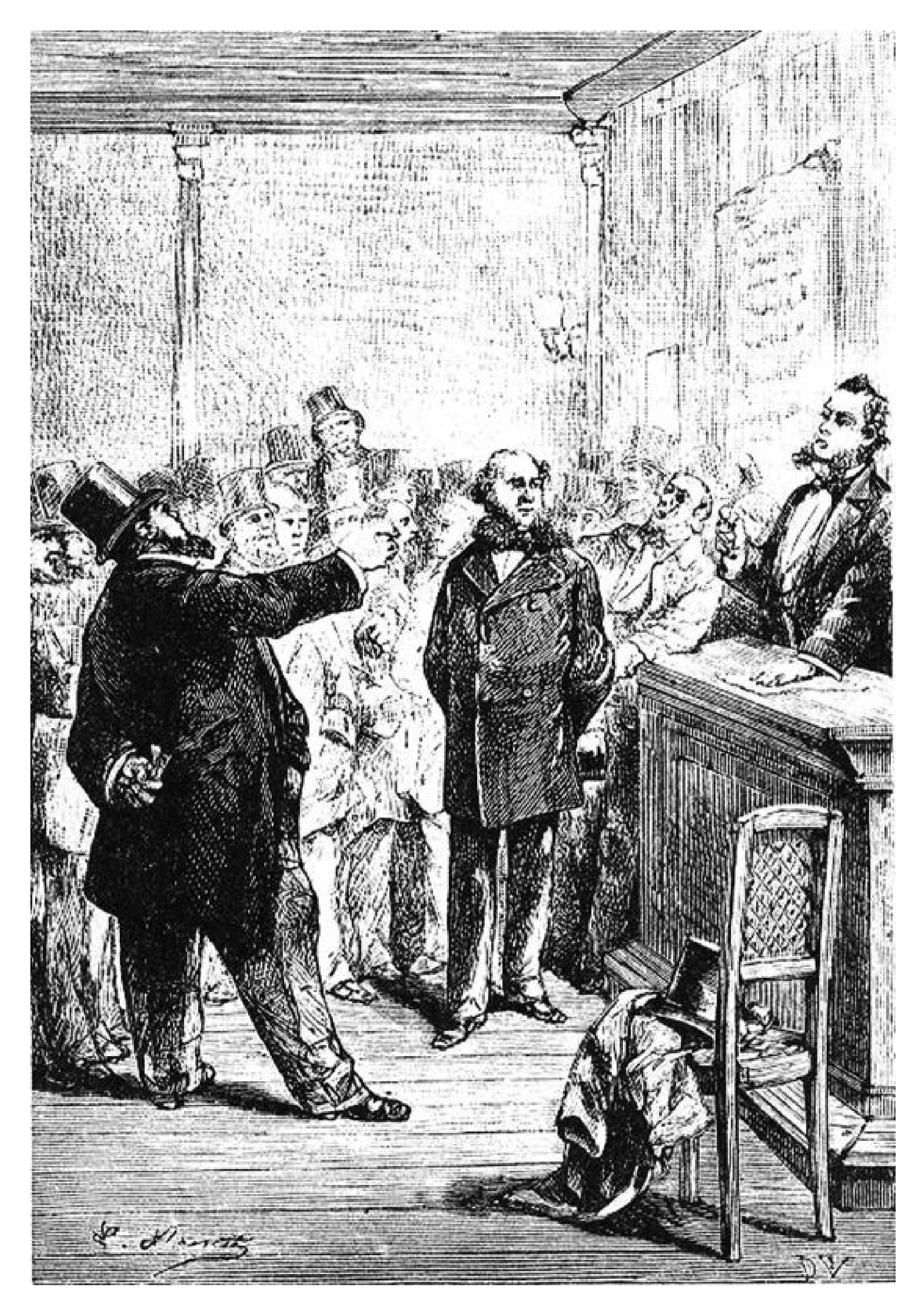
—¡Isla en venta! ¡Isla en venta! —aullaba Gingrass, cuyos pulmones se fatigaban en vano.

—¡Sólo un dólar más, sólo medio dólar; sólo un céntimo por encima del precio —dijo por última vez el comisario tasador—, y la adjudicaré! ¡A la una, a las dos…!

Silencio completo.

—¡Si nadie dice una palabra, la adjudicación va a ser retirada! ¡Una! ¡Dos!

—¡Un millón doscientos mil dólares!

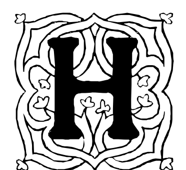


Estas cinco palabras resonaron en medio de la sala como cinco tiros de revólver. Toda la asamblea, muda un momento, se volvió hacia el audaz que había osado lanzar esta cifra.

Era William W. Kolderup, de San Francisco.

2

COMO WILLIAM W. KOLDERUP, DE SAN FRANCISCO, TUVO QUE HACER FRENTE A J.-R. TASKINAR, DE STOCKTON



abía una vez un hombre extraordinariamente rico, que valía por millones de dólares como otros valen por miles. Este hombre era William W. Kolderup.

Se le consideraba más rico que el duque de Westminster, cuya renta se elevaba a ochocientas mil libras y que podía gastar cincuenta mil francos al día, o sea treinta y seis francos por minuto; más rico que el senador por Nevada, Jones, que poseía treinta y cinco millones de renta; más rico que M. Mackay mismo, al que sus dos millones setecientas cincuenta mil libras de renta anual aseguraban siete mil ochocientos francos por hora, o dos francos y algunos céntimos por segundo.

No menciono esos pequeños millonarios, los Rothschild, los Vanderbilt, los duques de Northumberland, los Stewart; ni los directores de la poderosa banca de California y otros personajes con muy buenas rentas, del antiguo y el nuevo Mundo, a los cuales William W. Kolderup hubiese estado en posición de darles limosna. Podía dar un millón, sin molestia alguna, como usted o yo daríamos cien perras chicas.

Era en la explotación de los primeros placeres donde este honorable especulador había echado los sólidos fundamentos de su incalculable fortuna. Fue el principal asociado del

capitán suizo Sutter, sobre los terrenos del cual, en 1848, fue descubierto el primer filón. Desde esta época, ayudando la suerte y la inteligencia, se le encuentra interesado en todas las grandes explotaciones de ambos mundos. Se lanzó entonces audazmente a través de las especulaciones del comercio y la industria. Sus fondos inagotables alimentaron centenares de fábricas, de las que sus navíos exportaron los productos por el Universo entero. Su riqueza se acrecentó en una progresión no solamente aritmética, sino geométrica. De él se decía lo que se dice ordinariamente de estos multimillonarios: que no conocen su fortuna. En realidad, la conocía hasta llegar al dólar; pero no se jactaba de ello en absoluto.

En el momento en que le presentamos a nuestros lectores con todas las consideraciones que merece un hombre de tanta «superficie», William W. Kolderup contaba con dos mil oficinas repartidas por todos los puntos del Universo, ochenta mil empleados en sus diversas agencias de América, Europa y Australia, trescientos mil corresponsales y una flota de quinientos buques cruzando incesantemente los mares en su provecho; y no gastaba menos de un millón anual en timbres de efectos y sellos de cartas. En una palabra, era el hombre y la gloria de la opulenta Frisco, que es la pequeña y cariñosa contracción con que los americanos designan familiarmente la capital de California.

Una puja lanzada por William W. Kolderup no podía por menos de ser de lo más serio. Así que, cuando los espectadores de la subasta se dieron cuenta de quién era el que venía a cubrir con cien mil dólares el tipo de precio asignado a la isla Spencer, se hizo un movimiento irresistible; las bromas cesaron instantáneamente, los chistes dejaron lugar a interjecciones admirativas y unos «hurras» estallaron en la sala de ventas.

Luego, un gran silencio sucedió a este barullo. Los ojos se agrandaron, las orejas se enderezaron. En cuanto a nosotros, si hubiésemos estado allí, nuestro aliento se hubiese detenido a fin de no perder nada de la emocionante escena que iba a

desarrollarse si algún otro interesado osaba entrar en lid con William W. Kolderup.

Pero ¿era esto probable? ¿Podía ser posible?

¡No! Y bastaba mirar a William W. Kolderup para afirmarse en esta convicción: la de que nunca cedería en una cuestión en que su potencia financiera estuviese en juego.

Era un hombre alto, fuerte, de cabeza voluminosa, espaldas anchas, miembros bien adaptados, armazón de hierro sólidamente asegurado. Su mirar tranquilo, pero resuelto, no se bajaba de buena gana. Su pelo gris se alborotaba alrededor de su cráneo, abundante como en su primera edad. Las líneas rectas de su nariz formaban un triángulo rectángulo geométricamente dibujado. Sin bigote; barba cortada a la americana, muy copiosa en la barbilla, cuyas dos puntas superiores se juntaban en la comisura de los labios y ascendían a las sienes en patillas grisáceas. Dientes blancos en fila simétrica sobre los bordes de una boca fina y apretada. Una de esas cabezas de comodoro que se yerguen en la tempestad y dan cara a la tormenta. Ninguna tormenta la hubiese curvado; así era de sólida sobre el cuello poderoso que le servía de eje. En esta batalla de pujas, cada movimiento que hiciera de arriba abajo significaría cien mil dólares más.

No había lucha posible.

—¡Un millón doscientos mil dólares! —dijo el comisario tasador, con el acento peculiar de un empleado que al fin ve que su actuación le será provechosa.

—¡A un millón doscientos mil dólares hay comprador! —repitió el pregonero Gingrass.

—¡Oh, ya se puede pujar sin temor! —murmuró el tabernero Oakhurst—. ¡William Kolderup no cederá!

—¡Bien sabe que nadie va a arriesgarse! —respondió el tendero de Merchant-Street.

Repetidos «basta» y «cállense» invitaron a los dos honorables comerciantes a guardar un completo silencio. Se quería oír. Los corazones palpitaban. ¿Osaría elevarse una voz que respondiera a la voz de William W. Kolderup? Éste, magnífico de ver, ni se movía. Allí estaba, tan en calma como si el asunto no le interesase. Pero, como sus vecinos pudieron observar, sus dos ojos eran como dos pistolas cargadas de dólares prestas a hacer fuego.

—¿Nadie dice palabra? —preguntó Deal Felporg.

Nadie decía palabra.

—¡A la una! ¡A las dos…!

—¡A la una! ¡A las dos…! —repitió Gingrass, muy acostumbrado a este pequeño diálogo con el comisario.

—¡Voy a adjudicar!

—¡Vamos a adjudicar!

—¡A un millón doscientos mil dólares, la isla Spencer tal como es y se mantiene!

—¡A un millón doscientos mil dólares!

—¿Está bien visto? ¿Bien oído? ¿Bien entendido?

—¿No habrá remordimiento?

—¡A un millón doscientos mil dólares la isla Spencer…!

Los pechos, oprimidos, se alzaban y bajaban convulsivamente. En el último segundo, ¿iría a producirse una nueva puja?

El comisario Felporg, con la mano derecha tendida por encima de la mesa, agitaba la maza de marfil… ¡Un golpe, un solo golpe, y la adjudicación sería definitiva!

¡No hubiera estado más impresionado el público de lo que estaba ante una aplicación sumaria de la ley de Lynch!

El martillo se fue bajando lentamente, tocó casi la mesa, se levantó y agitó un instante como una espada que vibra en el

momento en que el esgrimista va a tirarse a fondo; a continuación bajó rápidamente…

Pero, antes de que el golpe seco se hubiese producido, una voz había hecho oír estas cinco palabras:

—¡Un millón trescientos mil dólares!

Hubo primero un «¿eh?», general de estupefacción y luego un «¡ah!», no menos general, de satisfacción. Un nuevo pujador se había presentado. Así, pues, habría batalla.

Pero ¿quién era este temerario que osaba venir a luchar a golpes de dólares contra William W. Kolderup, de San Francisco?

Se trataba de J.-R. Taskinar, de Stockton.

J.-R. Taskinar era rico, pero más que rico, era obeso. Pesaba cuatrocientas noventa libras. Si no había llegado más que en segundo lugar al concurso de hombres gordos de Chicago, fue porque no se le había dejado tiempo para terminar su comida y había perdido una decena de libras.

Este coloso, que precisaba asientos especiales en que pudiera asentar su enorme persona, vivía en Stockton, sobre el San Joaquín, que es una de las más importantes ciudades de California, uno de los centros de almacenaje para las minas del Sur, una rival de Sacramento, donde se concentran los productos de las minas del Norte. Allí también embarcan los buques la mayor cantidad de trigo de California…

No sólo la explotación de las minas y el comercio de cereales había proporcionado a J.-R. Taskinar ocasión de ganar una fortuna enorme, sino que también el petróleo había corrido como otro Pactolo a través de su caja. Además, era un gran jugador, jugador afortunado, y el póquer, la ruleta del Oeste americano, se había mostrado pródigo con él en sus numerosos plenos. Pero, por rico que fuera, era un mal hombre, a cuyo nombre no se unía de buena voluntad el epíteto de «honorable», en uso tan común en el país. Después de todo, y como suele decirse, era un buen caballo de batalla y quizá se le

achacaba más de lo conveniente y justo. Lo que sí es cierto es que en más de una ocasión no desdeñaba demasiado el uso del *derringer*, que es el revólver californiano.

Sea lo que fuere, J.-R. Taskinar odiaba de una manera especialísima a William W. Kolderup. Le odiaba por su fortuna, por su situación, por su honorabilidad. Le despreciaba como un hombre obeso desprecia a un hombre a quien no tiene más remedio que encontrar delgado. No era la primera vez que el comerciante de Stockton trataba de quitar al comerciante de San Francisco un negocio, bueno o malo, por puro espíritu de rivalidad. William K. Kolderup le conocía a fondo y le testimoniaba, en cada encuentro que con él tenía, un desdén que acababa por exasperarle.

Un último éxito que J.-R. Taskinar no perdonaba a su adversario fue que este último le había vencido limpiamente en las últimas elecciones del estado.

Pese a sus esfuerzos, sus amenazas, sus difamaciones — sin contar los millares de dólares vanamente prodigados por sus corredores electorales—, era William W. Kolderup quien ocupaba su puesto en el Consejo legislativo de Sacramento.

Ahora bien, J.-R. Taskinar se había enterado —¿cómo?, yo no sabría decirlo— de que la intención de William W. Kolderup era la de hacerse dueño de la isla Spencer. Esta isla le sería sin duda tan inútil como le sería a su rival. Pero poco importaba. Allí se le proporcionaba una nueva ocasión de entrar en lucha, de combatir, de vencer quizá: J.-R. Taskinar no podía dejarla escapar.

He aquí por qué J.-R. Taskinar había venido a la sala de la subasta y se hallaba en medio de esta multitud de curiosos que no podían presentir sus propósitos; porque, por lo menos, había preparado sus baterías, porque antes de obrar había esperado que su adversario hubiese cubierto el tipo de precio, por alto que fuese.

Pero, en fin, William W. Kolderup había lanzado esta cifra:

«¡Un millón doscientos mil dólares!».

Y J.-R. Taskinar, en el momento en que William W. Kolderup podía creerse definitivamente adjudicatorio de la isla, se había revelado, con voz estentórea, por estas palabras:

«¡Un millón trescientos mil dólares!».

Todo el Mundo a una se había vuelto:

—¡El gordo Taskinar!

Éste fue el nombre que pasó de boca en boca. ¡Sí! El gordo Taskinar, que bien conocido era. Su corpulencia había suministrado tema a más de un artículo en los periódicos de la Unión. No sé qué matemático hasta había demostrado, por medio de cálculos trascendentales, que su masa era suficientemente considerable para influir la de nuestro satélite y perturbar en una proporción apreciable los elementos de la órbita lunar.

Pero la corpulencia física de J.-R. Taskinar, en este momento, no era un motivo para interesar a los espectadores de la sala. Lo que iba a ser emocionante, muy en distinto sentido, era que entraba en rivalidad directa y pública con William W. Kolderup. Un combate heroico a golpe de dólares amenazaba entablarse, y yo no sabría por cuál de estas dos cajas de caudales los apostadores hubieran de mostrar más ardor. ¡Mortales enemigos, estos hombres riquísimos! No se trataría, pues, sino de una cuestión de amor propio.

Tras el primer movimiento de agitación, rápidamente reprimido, se hizo un nuevo silencio en toda la asamblea. Se hubiera oído a una araña tejer su tela.

Fue la voz del comisario tasador Dean Felporg la que rompió este pesado silencio.

—¡A un millón trescientos mil dólares la isla Spencer! —gritó, levantándose con el fin de seguir mejor la serie de apuestas.

William W. Kolderup se había vuelto del lado de J.-R. Taskinar. Los asistentes acababan de apartarse para hacer sitio a los dos adversarios. El hombre de Stockton y el hombre de San Francisco podían verse cara a cara, contemplarse a su placer. La verdad nos obliga a decir que en ninguno de ellos había achicamiento. Jamás la mirada de uno hubiese consentido bajarse ante la mirada del otro.

—¡Un millón cuatrocientos mil dólares! —dijo William W. Kolderup.

—¡Un millón quinientos mil! —respondió J.-R. Taskinar.

—¡Un millón seiscientos mil!

—¡Un millón setecientos mil!

¿No os recuerda esto la historia de aquellos dos industriales de Glasgow luchando con el empeño de quién subiría más alto que el otro la chimenea de su fábrica, aun con riesgo de una catástrofe? Sólo que ahora se trataba de chimeneas de lingotes de oro.

De todas maneras, después de las pujas de J.-R. Taskinar, William W. Kolderup empleaba cierto tiempo en reflexionar antes de lanzarse de nuevo. Por el contrario, Taskinar arrancaba como una bomba y parecía no querer tomar un segundo de reflexión.

—¡Un millón setecientos mil dólares! —repitió el comisario tasador—. Vamos, vamos, caballeros; se da por nada; es gratis…

Y se hubiese podido creer que, llevado por el hábito de la profesión, iba a añadir este digno Felporg:

«¡El cuadro vale más que eso!».

—¡Un millón setecientos mil dólares! —aulló el cantador Gingrass.

—¡Un millón ochocientos mil! —respondió William W. Kolderup.

—¡Un millón novecientos mil! —replicó J.-R. Taskinar.

—¡Dos millones! —replicó enseguida William W. Kolderup, sin esperar esta vez.

Su rostro había palidecido un poco cuando estas últimas palabras salieron de su boca, pero toda su actitud fue la de un hombre que no desea abandonar la lucha.

J.-R. Taskinar estaba encendido. Su enorme figura recordaba esos discos del ferrocarril cuya superficie, puesta al rojo, impone la detención del tren. Pero muy probablemente su rival no haría caso de señales y aumentaría el vapor.

J.-R. Taskinar presentía esto. La sangre le subía al rostro, apopléticamente congestionado. Torturaba, con sus grandes dedos llenos de brillantes de gran precio, la enorme cadena de oro que se unía a su reloj. Miraba a su adversario y después cerraba un instante los ojos para volverlos a abrir con más odio que nunca…

—¡Dos millones quinientos mil dólares! —dijo al fin, esperando derrotar toda puja con este salto prodigioso.

—¡Dos millones setecientos mil! —respondió con una voz muy calmada William W. Kolderup.

—¡Dos millones novecientos mil!

—¡Tres millones[6]!

¡Sí! William W. Kolderup, de San Francisco, había dicho «tres millones de dólares».

Los aplausos iban a estallar. Se contuvieron, sin embarga a la voz del comisario tasador, que repetía la puja y cuya maza levantada amenazaba bajarse por un movimiento involuntario de los músculos. Se hubiese dicho que Dean Felporg, por curtido que estuviese respecto a las sorpresas de una venta, se sentía incapaz de contenerse más tiempo.

Todas las miradas estaban posadas sobre J.-R. Taskinar. El voluminoso personaje bien sentía el peso de ellas, pero más

sentía ya el peso de esos tres millones de dólares que parecían aplastarle. Deseaba hablar, sin duda para pujar más… pero no podía. Quería moverla cabeza… mas tampoco podía.

Por fin, su voz se hizo oír débilmente, pero lo suficiente para comprometerse.

—¡Tres millones quinientos mil! —murmuró.

—¡Cuatro millones! —respondió William W. Kolderup.

Fue ya el último mazazo. J.-R. Taskinar se hundió. El martillo golpeó en seco el mármol de la mesa.

La isla Spencer quedaba adjudicada por cuatro millones de dólares a William W. Kolderup, de San Francisco.

—¡Me vengaré! —murmuró J.-R. Taskinar.

Y, después de haber lanzado una mirada llena de odio sobre su vencedor, se volvió al Hotel Occidental.

Sin embargo, los «hurras» y los «hips» resonaron tres veces en el oído de William W. Kolderup; le acompañaron hasta la calle Montgomery, y tal era el entusiasmo de estos americanos delirantes, que hasta olvidaron cantar el *Yankee Doodle*.



3

DONDE LA CONVERSACIÓN DE PHINA HOLLANEY Y GODFREY MORGAN ES ACOMPAÑADA POR EL PIANO


illiam W. Kolderup se había reintegrado a su hotel de la calle Montgomery. Esta calle es la Regent-Street, la Broadway, el Boulevard des Italiens, de San Francisco. Todo a lo largo de esta gran arteria, que atraviesa la ciudad paralelamente a sus muelles, se respira movimiento, trasiego, vida: tranvías múltiples, coches llevados por caballos o mulas, gentes atareadas que se aprietan en las aceras de piedra ante los almacenes ricamente provistos, clientes más o menos numerosos todavía en las puertas de los bares, en que se consumen bebidas que no pueden ser más californianas.

Inútil describir el hotel del *nabab* de Frisco. Poseyendo demasiados millones, tenía demasiado lujo. Más comodidades que gusto. Menos sentido artístico que sentido práctico. No se podía tener todo.

Que el lector se contente con saber que había un magnífico salón de recibo y en este salón un piano cuyos acordes se propagaban a través de la cálida atmósfera del hotel en el momento en que entraba el opulento Kolderup.

—¡Buenos! —se dijo—. Ella y él están ahí. Unas palabras a mi cajero y después hablaremos con calma.

Y se dirigió hacia su gabinete a fin de rematar este pequeño asunto de la isla Spencer y no volver a pensar en ello.

Rematar era simplemente cambiar algunos valores a fin de pagar la adquisición. Cuatro líneas a su agente de cambio; no precisaba nada más. Tras ello William W. Kolderup se ocuparía de otra «combinación» que de manera muy diferente le punzaba.

¡Sí!, ella y él estaban en el salón; ella, ante el piano; él, medio tendido sobre un canapé escuchando vagamente las notas perladas de los arpegios que se escapaban de los dedos de esta encantadora persona.

—¿Me escuchas? —dijo ella.

—¡Sin duda!

—¡Sí!, ¿pero me oyes?

—¡Sí te oigo; te oigo, Phina! Nunca has tocado tan bien estas variaciones de *Auld Robin Gray*.

—¡No es *Auld Robin Gray* lo que toco, Godfrey; es *Happy moment*…!

—¡Ah!, había creído… —respondió Godfrey con un tono de indiferencia que hubiera sido difícil no comprender bien.



La joven levantó ambas manos y dejó un momento los dedos separados suspendidos por encima del teclado como si fuesen a volver a caer para dar un nuevo acorde; después, dando media vuelta a su taburete, quedó durante algunos momentos mirando al demasiado tranquilo Godfrey, cuyas miradas trataban de evitar las suyas.

Phina Hollaney era la ahijada de William W. Kolderup. Huérfana y educada a su cargo, le había dado derecho a considerarse como su hija y el deber de amarle como a un padre. Como así era.

Se trataba de una personilla «linda a su modo», como suele decirse, pero verdaderamente encantadora; una rubia de dieciséis años con ideas de morena, lo que se leía en el cristal de sus ojos, de un azul obscuro. No podríamos menos de compararla a un lirio, puesto que ésta es la comparación invariablemente empleada en la mejor sociedad para designar las bellezas americanas. Era, pues, un lirio, si así lo deseáis, pero un lirio injertado en algún rosal silvestre resistente y sólido. Verdad es que tenía mucho corazón la personita en cuestión, pero tenía también mucho sentido práctico, un modo de conducirse del todo personal, y no se dejaba llevar más de lo conveniente por las ilusiones o los sueños propios de su sexo y edad.

Los sueños bien están cuando se duerme, no cuando uno se halla despierto. Así, ella no dormía en este momento, y no pensaba en absoluto en dormir.

—¿Godfrey? —volvió a decir.

—¿Phina? —respondió el joven.

—¿Dónde te encuentras tú ahora?

—¡Cerca de ti… en este salón!

—¡No; cerca de mí, no, Godfrey! ¡En este salón, no! Más bien lejos, lejos… más allá de los mares, ¿no es cierto?

Y maquinalmente la mano de Phina, buscando el teclado, se perdió en una serie de séptimas disminuidas cuya tristeza harto significaba y que no comprendió quizá el sobrino de William W. Kolderup. Porque tal era este joven, tal el lazo de parentesco que le unía al rico dueño de los océanos. Hijo de una hermana del comprador de la isla, sin padres desde hacía bastantes años, Godfrey Morgan había sido, como Phina, criado en la casa de su tío, al cual la fiebre de los negocios no

le habían dejado nunca una pausa para pensar en casarse. Godfrey contaba entonces veintidós años. Terminada su educación, había quedado completamente ocioso. Graduado universitario, no era por ello, sin embargo, más sabio. La vida no le abría sino vías de comunicación fáciles. Podía ir a derecha o a izquierda: esto le conduciría siempre a algún sitio en que la suerte no le faltaría.

Fuera de esto, Godfrey estaba «bien» en cuanto a su persona: distinguido, elegante, aunque no se había puesto jamás un alfiler en la corbata, ni adornado los dedos, puños, ni el plastrón de su camisa, con todas las fantasías joyeras tan apreciadas de sus conciudadanos. No sorprenderá a nadie que diga que Godfrey Morgan debería casarse con Phina Hollaney. ¿Podría ser de otro modo? Toda conveniencia lo aconsejaba. Por otra parte, William W. Kolderup deseaba este matrimonio. Así aseguraba su fortuna a los dos seres que más amaba en el Mundo, sin contar con que Phina gustaba a Godfrey y Godfrey no disgustaba a Phina. Tenía que ser así para la buena contabilidad de la casa de comercio. Desde su nacimiento, una cuenta se había abierto para el joven y otra para la joven; no había sino que saldarlas y pasar las firmas conjuntas a una nueva cuenta para los dos esposos. El digno negociante esperaba razonablemente que esto sería pronto y que la situación se saldaría de manera definitiva salvo error u omisión.

Ahora bien, precisamente existía omisión y quizá error, como va a demostrarse.

Error, puesto que Godfrey no se sentía aún suficientemente maduro para el gran asunto del matrimonio; omisión, puesto que no se había tenido en cuenta presentir este factor.

En efecto, una vez terminados sus estudios, Godfrey experimentaba como un hastío prematuro del Mundo y de la vida, toda hecha para él, en que nada le faltaría, en que no había lugar a formular un deseo, en que no tendría nada que hacer. El pensamiento de correr el Mundo le invadió entonces:

se dio cuenta de que había aprendido todo, salvo a viajar. Del antiguo y el nuevo continente no conocía, a decir verdad, más que un solo punto: San Francisco, donde había nacido y al que jamás había abandonado salvo en sueños. Así pues, yo os pregunto: ¿qué es un joven que no ha hecho dos o tres veces la vuelta al Mundo, sobre todo si es americano? ¿Para qué puede servir, en consecuencia? ¿Sabe si podría salir de apuros en las diversas eventualidades en que podría ponerle un viaje de larga duración? Si no ha gustado un poco la vida de aventuras, ¿cómo va a atreverse a responder de sí mismo? En fin, algunos millares de millas recorridas por la superficie de la Tierra para ver, observar, e instruirse son el indispensable complemento de la buena educación de un joven.

A esto, pues, se había llegado: a que desde hacía un año Godfrey se había interesado con los libros de viajes que pululan en nuestra época y que esta lectura le había apasionado. Había descubierto el Celeste Imperio con Marco Polo, América con Colón, el Pacífico con Cook, el Polo Sur con Dumond-d'Urville. Se sentía dominado por la idea de ir allí donde estos ilustres viajeros habían estado sin él. En verdad, no hubiese encontrado demasiado caro pagar una expedición de algunos años, aunque el precio hubiese sido cierto número de ataques de piratas malayos, de colisiones marítimas, de naufragios en una costa desierta, aunque hubiese tenido que llevar la vida de Selkirk o de un *Robinson Crusoe*. ¡Un Robinson! ¡Llegar a ser un Robinson! ¿Qué imaginación joven no ha soñado un poco en esto, de la misma manera que Godfrey lo había hecho bien a menudo, leyendo las aventuras de los héroes imaginarios de Daniel Defoe o de Wiss?

¡Sí! El propio sobrino de William W. Kolderup se hallaba en este caso en el momento en que su tío trataba de encadenarle, como suele decirse, con los lazos del matrimonio. En cuanto a viajar con Phina convertida en *Mrs*. Godfrey Morgan, no, eso no era posible. Precisaba hacerlo solo o no hacerlo.

Y, por otra parte, satisfecho el capricho, ¿no estaría Godfrey en condiciones mejores para firmar su contrato? ¿Se está capacitado para proporcionar la dicha a una mujer cuando previamente no se ha ido siquiera al Japón, a China, ni tan sólo a Europa? ¡No!, desde luego.

He aquí por qué Godfrey estaba ahora distraído junto a *miss* Phina, indiferente cuando ella le hablaba, sordo cuando ella tocaba las piezas que anteriormente le encantaban.

Phina, joven seria y reflexiva, ya se había dado cuenta. Decir que no experimentaba cierto despecho mezclado con un poco de pesar, sería calumniarla gratuitamente. Pero, acostumbrada a considerar las cosas por su lado positivo, ya se había hecho este razonamiento: «Si es preciso que parta, ¡más vale que sea antes del matrimonio que después!».

—No… tú no estás cerca de mí en este momento, sino lejos, más allá de los mares.

Godfrey se había levantado. Dio algunos pasos por el salón sin mirar a Phina e, inconscientemente, su índice fue a apoyarse en una de las teclas del piano.

Era un grueso «re» bemol de la octava de debajo del pentagrama, nota bien lamentable que hablaba por él.

Phina había comprendido y, sin decir más, iba a dar a su prometido la oportunidad de huida; estaba dispuesta a ayudarle a abrir un camino por donde escapar a donde su fantasía le arrastraba, cuando la puerta del salón se abrió.

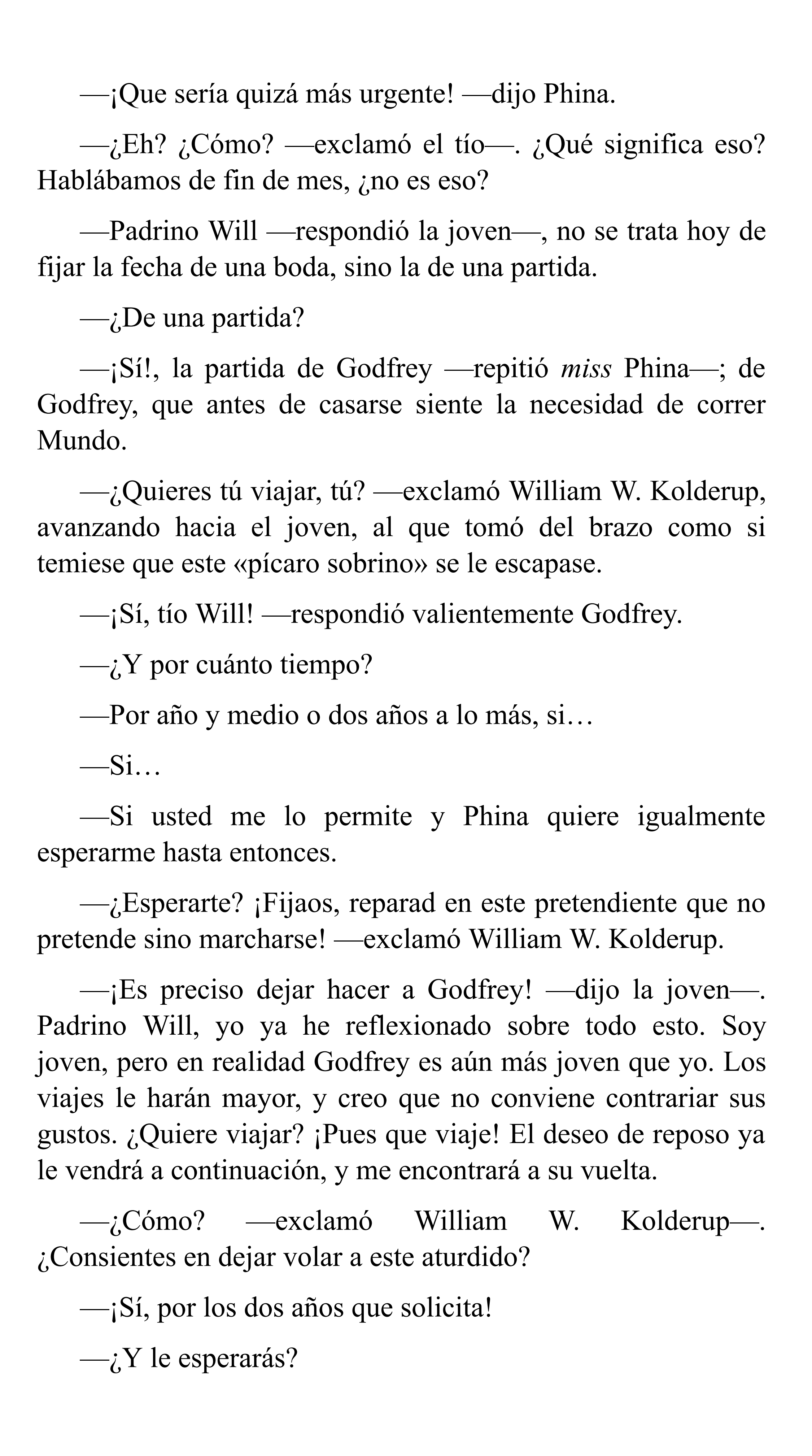
William W. Kolderup apareció un poco atareado, como siempre. Era el comerciante que acababa de terminar una operación y se aprestaba a iniciar otra.



—¡Bueno! —dijo—; ya no se trata ahora sino de fijar definitivamente la fecha.

—¿La fecha? —exclamó Godfrey, estremeciéndose—. ¿Qué fecha, por favor, tío?

—La fecha de vuestro matrimonio —replicó William W. Kolderup—. ¡No se va a tratar de la mía, supongo!



—¡Que sería quizá más urgente! —dijo Phina.

—¿Eh? ¿Cómo? —exclamó el tío—. ¿Qué significa eso? Hablábamos de fin de mes, ¿no es eso?

—Padrino Will —respondió la joven—, no se trata hoy de fijar la fecha de una boda, sino la de una partida.

—¿De una partida?

—¡Sí!, la partida de Godfrey —repitió *miss* Phina—; de Godfrey, que antes de casarse siente la necesidad de correr Mundo.

—¿Quieres tú viajar, tú? —exclamó William W. Kolderup, avanzando hacia el joven, al que tomó del brazo como si temiese que este «pícaro sobrino» se le escapase.

—¡Sí, tío Will! —respondió valientemente Godfrey.

—¿Y por cuánto tiempo?

—Por año y medio o dos años a lo más, si…

—Si…

—Si usted me lo permite y Phina quiere igualmente esperarme hasta entonces.

—¿Esperarte? ¡Fijaos, reparad en este pretendiente que no pretende sino marcharse! —exclamó William W. Kolderup.

—¡Es preciso dejar hacer a Godfrey! —dijo la joven—. Padrino Will, yo ya he reflexionado sobre todo esto. Soy joven, pero en realidad Godfrey es aún más joven que yo. Los viajes le harán mayor, y creo que no conviene contrariar sus gustos. ¿Quiere viajar? ¡Pues que viaje! El deseo de reposo ya le vendrá a continuación, y me encontrará a su vuelta.

—¿Cómo? —exclamó William W. Kolderup—. ¿Consientes en dejar volar a este aturdido?

—¡Sí, por los dos años que solicita!

—¿Y le esperarás?

—¡Tío Will, si no fuese capaz de esperarle sería porque no le amaba!

Dicho esto, *miss* Phina se volvió hacia el piano y, fuese o no a propósito, sus dedos tocaron en sordina un pasaje a la moda: *La partida del novio*, muy apropiado a las circunstancias, como hemos de convenir. Pero Phina, sin darse cuenta de ello, lo tocaba en «la» menor, por más que estuviese escrito en «la» mayor. De esta manera, todo el sentimiento de la melodía se transformaba, y su tono dolorido expresaba bien las íntimas impresiones de la joven.

Sin embargo, Godfrey, un tanto violento, no decía palabra. Su tío le había asido la cabeza y, poniéndola a plena luz, le miraba. De esta manera le interrogaba sin tener necesidad de hablarle, y él contestaba sin tener necesidad de responder.

Y las lamentaciones de *La partida del novio* continuaban haciéndose oír tristemente. Por fin, William W. Kolderup, tras haber dado una vuelta al salón, se volvió hacia Godfrey, que se hallaba plantado allí como un reo ante su juez. Luego, elevando la voz:

—¿Es seria la cosa? —preguntó.

—¡Muy seria! —respondió *miss* Phina, sin interrumpirse, en tanto que Godfrey se contentaba con hacer un signo afirmativo.

—*All righ!* —replicó William W. Kolderup, fijando sobre su sobrino una mirada singular.

Tras ello hubiese podido entendérsele murmurar entre dientes:

«¡Ah, tú deseas probar el placer de viajar antes de casarte con Phina! Pues bien, ¡lo probarás, sobrino!».

Dio todavía dos o tres pasos y, deteniéndose con los brazos cruzados delante de Godfrey, dijo:

—¿Adónde desear ir?

—¡A todas partes!

—¿Y cuándo piensas partir?

—¡Cuando queráis, tío Will!

—¡Bueno!, sea; lo antes posible.

Al oír estas palabras, Phina se interrumpió bruscamente. El dedo pequeño de su mano derecha acababa de tocar un «sol» sostenido y el cuarto no había podido resolver la tónica del tono. Había quedado sobre la «sensible», como el Raúl de los *Hugonotes* cuando desaparece al fin de su dúo con Valentina.

Tal vez *miss* Phina tenía el corazón un poco apenado, pero había tomado ya su partido para decir ahora nada.

Fue entonces cuando William W. Kolderup, sin mirar a Godfrey, se aproximó al piano diciendo gravemente:

—Phina, jamás debe uno quedarse en la «sensible».

Y con su dedo mayor, que cayó verticalmente sobre una de las teclas, hizo resonar un «la» natural.

4

EN EL CUAL T. ARTELETT, LLAMADO TARTELETT, SE PRESENTA CORRECTAMENTE AL LECTOR

Si Artelett hubiese sido francés, sus compatriotas no hubiesen dejado de llamarle festivamente Tartelett. Pero como este nombre en realidad le viene bien, no dudaremos en designarle así. Por otra parte, si bien Tartelett no era francés, era digno de serlo.

En su *Itinerario de París a Jerusalén*, Chateaubriand habla de un hombrecillo «empolvado y rizado como era moda antiguamente, traje verde manzana, chaqueta de droguete, pechera y mangas de muselina, que rasgaba un violín de bolsillo y hacía bailar *Madelon Friquet* a los iroqueses».

Los californianos no eran iroqueses, por cierto, pero Tartelett no por ello era menos profesor de baile y de modales en la capital de California. Si no se le saldaban sus lecciones, como a su predecesor, en pieles de castor y en jamones de oso, se le pagaba en dólares. Si, al hablar de sus discípulos, no decía «estos caballeros salvajes y estas damas salvajes», era porque sus discípulos eran muy civilizados y, de creerle, él había contribuido no poco a su civilización.

Tartelett, soltero, se atribuía cuarenta y cinco años en la época en que le presentamos a nuestros lectores. Pero una decena de años antes estuvo a punto de llevarse a cabo su matrimonio con una señorita ya madura. En esta ocasión y con tal motivo, se le pidieron «dos o tres líneas» con referencia a

su edad, su persona, su situación. Véase lo que creyó deber contestar. Esto nos dispensará de hacer su retrato desde el doble punto de vista de lo moral y lo físico.

«Nacido el 17 de julio de 1835, a las tres horas y cuarto de la mañana.

»Estatura, cinco pies, dos pulgadas, tres líneas.

»El perímetro, tomado por encima de las caderas, es exactamente de dos pies, tres pulgadas.

»El peso, aumentado desde el último año en seis libras, es de ciento cincuenta y una libras y dos onzas.

»Tiene la cabeza oblonga.

»Los cabellos, raros por encima de la frente, son castaños grisáceos; la frente, alta; el rostro, oval; la tez, coloreada.

»Sus ojos —cuya vista es excelente— son gris castaño; las pestañas y cejas, castaño claro; los párpados están un poco hundidos en su órbita, bajo la arcada superciliar.

»La nariz, de tamaño medio, tiene una pequeña cicatriz hacia el extremo de la ventana izquierda.

»Las sienes y mejillas son planas e imberbes.

»Las orejas son grandes y planas.

»La boca, de tamaño mediano, está absolutamente limpia de defectos en los dientes.

»Los labios, delgados y como un poco pellizcados, se hallan recubiertos por un bigote y una perilla espesos; su barbilla, redonda y también sombreada por una barba multicolor.

»Una pequeña peca orla su cuello, regordete en la nuca.

»En fin, cuando se encuentra en el baño puede apreciarse que tiene la piel blanca y poco velluda.

»Su existencia es tranquila y metódica. Sin ser de una salud robusta, gracias a su sobriedad la ha sabido conservar

intacta desde su nacimiento. Tiene los bronquios fáciles a irritarse, por lo que no tiene la mala costumbre del tabaco. Tampoco usa en absoluto nada espirituoso, ni café, licores, vino puro. En una palabra, cuanto pudiera influir en su sistema nervioso ha sido suprimido rigurosamente de su higiene. La cerveza ligera, el agua tintada con vino son las únicas bebidas que puede tomar sin peligro. Es gracias, pues, a su prudencia por lo que jamás ha consultado ningún médico desde que se halla en el Mundo.

»Su gesto es rápido; su andar, vivo; su carácter, franco y abierto. Lleva, por otra parte, la delicadeza hasta el extremo de sentir temor de hacer a una mujer infeliz, lo que le ha hecho dudar en comprometerse en los lazos del matrimonio».

Tal fue la nota redactada por el propio Tartelett, pero, por muy atractiva que pudiese ser para una señorita de cierta edad, la unión proyectada falló, quedando pues el profesor soltero, pero continuando con sus clases de baile y de modales.

Fue en esta época en la que entró, con tal título, en el hotel de William W. Kolderup; luego; andando el tiempo y faltándole discípulos, acabó por convertirse poco a poco en una rueda más del personal de la opulenta casa.

Después de todo, se trataba de una excelente persona a pesar de sus ridiculeces. Amaba a Godfrey y amaba a Phina, los cuales le correspondían. Así, no tenía sino una sola ambición en el Mundo: inculcarles todas las delicadezas de su arte, que consiguiesen lo que es necesario para el buen comportamiento de dos seres perfectos.

Ahora bien (¿podrá creerse?), fue él, el profesor Tartelett, al que William W. Kolderup escogió para que fuese el compañero de su sobrino durante el viaje proyectado. ¡Sí! Tenía alguna razón para creer que había contribuido no poco en fomentar en Godfrey esta manía de correr Mundo… con el fin de perfeccionarse. William W. Kolderup resolvió pues que lo corrieran juntos. Al día siguiente, 16 de abril, hizo llamar al profesor para que fuera a verle a su gabinete.

Un ruego del *nabab* era una orden para Tartelett. El profesor salió de su cuarto acompañado de ese pequeño violín de bolsillo llamado *pochette* a fin de estar presto a toda eventualidad; subió la gran escalera del hotel con los pies académicamente colocados, como conviene a un maestro de danza, llamó a la puerta del gabinete, entró con el cuerpo medio inclinado, los codos doblados, la boca sonriente y esperó en tercera posición, tras haber cruzado sus pies uno delante del otro a la mitad de su longitud, con los tobillos que se tocaban y cuyas puntas estaban hacia fuera.



Cualquier otro que no hubiese sido el profesor Tartelett, colocado en este equilibrio inestable, hubiera vacilado sobre su base, pero él supo conservar una rectitud absoluta.

—Señor Tartelett —dijo William W. Kolderup—, os he hecho venir para daros una noticia que, según creo, no habrá lugar a sorprenderos.

—¡Jesús! —respondió el profesor, por más que William W. Kolderup no hubiese estornudado, como pudiera creerse.

—La boda de mi sobrino se ha aplazado un año o año y medio —siguió diciendo el tío—, y Godfrey, a petición suya, va a partir para los diversos Estados del nuevo y del antiguo Mundo.

—¡Caballero! —respondió Tartelett—, mi discípulo Godfrey hará honor al país que le ha visto nacer y…

—¡Y también el profesor de modales que le ha iniciado en las buenas maneras! —respondió el negociante, con un tono en que el ingenuo Tartelett no percibió en absoluto la ironía.

Y, en efecto, creyendo ejecutar un «conjunto», desplazó alternativamente sus pies por medio de un deslizamiento lateral; después, doblando ligeramente la rodilla con flexibilidad, saludó a William W. Kolderup.

—He pensado —continuó éste— que vos sentiríais sin duda pesar al separaros de vuestro discípulo, ¿no?

—La pena será dolorosa —respondió Tartelett—; sin embargo, ¡si es preciso…!

—¡No será necesario! —respondió William W. Kolderup, frunciendo el entrecejo.

—¡Ah! —replicó Tartelett.

Ligeramente inquieto, dio un paso hacia atrás para pasar de la tercera a la cuarta posición; luego puso entre sus pies la distancia de un largo, tal vez sin tener conciencia plena de lo que hacía.

—¡Sí! —añadió el negociante, con voz breve y un tono que no admitía sombra de réplica—; he pensado que sería verdaderamente cruel separar un profesor y un discípulo tan bien dispuestos a entenderse.

—¡Ciertamente!, los viajes… —respondió Tartelett, que no parecía querer comprender.

—¡Sí!, seguramente… —volvió a decir William W. Kolderup—; no sólo los viajes mostrarán en relieve las cualidades de mi sobrino, sino también los talentos del profesor al que le debe una elegancia tan correcta.

Jamás le hubiera venido al pensamiento a este gran niño que un día le sería preciso dejar San Francisco, California y América para correr los mares. Estas ideas no hubieran podido entrar en el cerebro de un hombre más fuerte en la coreografía que en los viajes y que le faltaba hasta conocer las cercanías de la capital en un radio de diez millas. Y ahora se le ofrecía, se le hacía entender que, quieras que no, tenía que expatriarse, llevar a cabo en su propia persona, con todas las cargas e inconvenientes que llevan aparejados, estos desplazamientos aconsejados por él a su discípulo. La cosa era realmente para turbar un cerebro tan poco sólido como el suyo, y el desdichado Tartelett, por primera vez en su vida, sintió un estremecimiento involuntario en las piernas, cuyos músculos tenían la agilidad de treinta y cinco años de ejercicios.

—¡Quizá…! —dijo, tratando de que volviera a sus labios esa sonrisa estereotipada de bailarín que por un instante se había desvanecido—. ¡Quizá… no estoy hecho para…!

—¡Os haréis! —respondió William W. Kolderup, con voz de persona con la que no ha lugar discutir.

Rehusar, ¡imposible! Tartelett ni por un momento lo pensaba. ¿Qué era él en la casa? ¡Una cosa, un bulto, un paquete que podía ser enviado a cualquier rincón del Mundo! Pero la expedición proyectada no dejaba por eso de turbarle un tanto.

—¿Y cuándo debe efectuarse la salida? —preguntó, tratando de volver a tomar una posición académica.

—¡Dentro de un mes!

—¿Y sobre qué mar tormentoso ha decidido el señor Kolderup que el barco conduzca a mi discípulo y a mí?

—¡El Pacífico!, por de pronto.

—¿Y sobre qué punto del globo terrestre tendré que poner el pie por vez primera?

—En el suelo de Nueva Zelanda —respondió William W. Kolderup—. He observado que los neozelandeses no doblan convenientemente los codos… Vos los educaréis…

Y así fue cómo el profesor Tartelett fue escogido para ser compañero de viaje de Godfrey Morgan.

Una señal del negociante le hizo comprender que la audiencia había terminado. Se retiró lo bastante impresionado para que su salida y las gracias especiales que desplegaba habitualmente en este acto difícil dejasen un tanto que desear.

En efecto, por primera vez en su vida el profesor Tartelett, olvidando por su preocupación los más elementales preceptos de su arte, salió con los pies hacia dentro.

5

EN QUE SE PREPARA LA SALIDA Y AL FIN DEL CUAL SE PARTE DE VERAS

No tenía vuelta de hoja. Antes del largo viaje entre dos a través de la vida, que se llama matrimonio, Godfrey iba a dar la vuelta al Mundo, lo cual es algunas veces más peligroso. Pero contaba con volver más aguerrido y, como era joven, volver hecho un hombre. Tendría ocasión de ver, observar, comparar. Su curiosidad estaría satisfecha. Ya no le quedaría sino vivir tranquilo y sedentario, feliz en el hogar conyugal, que ya ninguna tentación le incitaría a abandonar. ¿Estaba errado o tenía razón? ¿Corría hacia alguna lección de la cual podría obtener provecho? Dejemos al porvenir el cuidado de responder.

En una palabra, Godfrey estaba encantado. Phina, disimulando perfectamente su ansiedad, se resignaba a este aprendizaje.

El profesor Tartelett, él, habitualmente tan firme sobre sus piernas expertas en todos los equilibrios del baile, había perdido su aplomo ordinario y trataba en vano de recuperarlo. Vacilaba incluso sobre el mismo suelo de su cuarto, como si se hallara ya sobre el piso de un camarote azotado por los bandazos de las olas.

En cuanto a William W. Kolderup, una vez tomada la decisión, se había hecho poco comunicativo, sobre todo con su

sobrino. Sus labios apretados, sus ojos semiocultos bajo los párpados, indicaban que una idea fija se había implantado en esa cabeza en que hervían habitualmente altas especulaciones del comercio.

«¡Ah!, ¿tú quieres viajar? —murmuraba a veces— ¿viajar en lugar de casarte, en lugar de quedarte en tu casa, de ser feliz aunque a lo tonto? Pues bien, viajarás».

Los preparativos comenzaron enseguida.

En un principio la cuestión del itinerario debió ser planteada, discutida y finalmente resuelta.

¿Iría Godfrey por el sur, el este o el oeste? Esto debía decidirse en primer lugar.

Si optaba por las rutas del sur, la compañía Panama to Colombia and British Colombia, y después la compañía Packet Southampton-Rio Janeiro se encargarían de conducirle a Europa.

Si prefería el este, el gran ferrocarril del Pacífico podía llevarle en algunos días a New York, y de allí las líneas Cunard, Inman, White-Star, Hamburg-America o Trasatlántica francesa podrían depositarle en el litoral del viejo Mundo.

Si quería dirigirse hacia el oeste por la Steam Transoceanic Golden Age, le sería fácil alcanzar Melbourne y luego el istmo de Suez con los barcos de la Peninsular Oriental Steam C°.

Los medios de transporte no faltaban, y gracias a su coordinación matemática la vuelta al Mundo ya no era sino un simple paseo de turista.

Pero no fue de este modo como iba a viajar el sobrino heredero del *nabab* de Frisco.

¡No! William W. Kolderup poseía, para las necesidades de su comercio, toda una flota de navíos a vela y a vapor. Había decidido, pues, que uno de sus buques fuese «puesto a la disposición del joven Godfrey Morgan», como si se hubiese

tratado de un príncipe de sangre real en viaje de placer a expensas de los súbditos de su padre…

Por orden suya, el *Dream*, sólido vapor de seiscientas toneladas y doscientos caballos de vapor, se puso inmediatamente en disposición de partir. Debía ser mandado por el capitán Turcotte, un lobo de mar que había ya corrido todos los océanos bajo todas las latitudes. Bueno y osado marino, estaba acostumbrado a los tornados, tifones, ciclones… Contaba ya cuarenta años de navegación en cincuenta años de edad. Ponerse la capa y dar la cara al huracán no era sino un juego para este marinero que no había sido nunca afectado sino por el «mal de tierra», es decir, cuando se hallaba en puerto. Por ello, de esta existencia incesantemente sacudida sobre el puente, había conservado siempre el hábito de balancearse a derecha, a izquierda, hacia delante y hacia atrás: tenía el tic del balanceo.

Un segundo oficial, un maquinista, cuatro fogoneros, doce marineros; en total, dieciocho hombres debían formar la tripulación del *Dream*, que, si bien es verdad que se contentaba con hacer tranquilamente sus ocho millas por hora, no por ello dejaba de poseer excelentes cualidades náuticas. Que no tuviese bastante velocidad para remontar el lomo de la ola cuando la mar era gruesa… ¡sea!, pero tampoco la ola le pasaba por encima, ventaja que compensa bien la mediocridad de la marcha, sobre todo cuando tampoco se va con muchas prisa. Por otra parte, el *Dream* estaba arbolado en goleta y, con viento favorable, con sus quinientas varas cuadradas de tela, siempre podía salir en ayuda del vapor.

No es preciso creer, sin embargo, que el viaje del *Dream* debiese ser sólo un viaje de recreo. William W. Kolderup era hombre demasiado práctico para no tratar de aprovechar un recorrido de mil quinientas o mil seiscientas millas a través de todos los mares del globo. Su navío debía partir sin carga, desde luego, pero era fácil conservarlo en buenas condiciones de estabilidad llenando de agua sus *water-ballast*[7], que

podrían inmergirle hasta ras del puente en caso de que fuese necesario. De esta manera el *Dream* contaba con cargar en ruta y visitar las diversas factorías del rico negociante. De este modo iría de un mercado a otro. No temáis, el capitán Turcotte no tendría dificultad alguna en cuanto a sus gastos de viaje. ¡La fantasía, el capricho de Godfrey no costaría un dólar a la caja del tío! Así se opera en las buenas casas de comercio.

Todo esto fue decidido en largas entrevistas, muy secretas, que William W. Kolderup y el capitán Turcotte tuvieron juntos. Pero parece ser que el arreglo de este asunto, tan sencillo, sin embargo, no marchaba solo, pues el capitán tuvo que hacer numerosas visitas al gabinete del negociante.

Cuando salía de allí, los más perspicaces de los habitantes del hotel habrían observado que tenía una cara singular, que sus cabellos estaban erizados como en ventolada, como si se los hubiese alborotado una mano febril; que toda su persona, en fin, vacilaba y se balanceaba más violentamente que de ordinario. También se habían podido oír voces elevadas que probaban que las sesiones no habían transcurrido sin tormenta. Era que el capitán Turcotte, con su franco hablar, sabía enfrentarse con William W. Kolderup, quien le estimaba lo bastante para permitirle que le contradijese.

Parece, en fin, que todo se arregló. ¿Quién había cedido? ¿William W. Kolderup o Turcotte? No me atrevería aún a pronunciarme, no conociendo el objeto de sus discusiones. No obstante, apostaría más bien por el capitán.

Fuese como fuese, tras ocho días de conversaciones, el comerciante y el marino parecieron estar de acuerdo; pero Turcotte no cesaba de refunfuñar entre dientes:

«¡Que los quinientos mil diablos del suroeste me envíen al fondo del Averno si jamás hubiera esperado que tú, Turcotte, tuvieses que hacer tal cosa!».

Sin embargo, la puesta en marcha del *Dream* avanzaba rápidamente y su capitán nada omitía para que estuviese en

estado de hacerse a la mar a partir de la primera quincena del mes de junio. Se le había puesto en forma, y su carena, cuidadosamente repintada con minio, resaltaba en rojo vivo sobre el negro de la obra muerta.

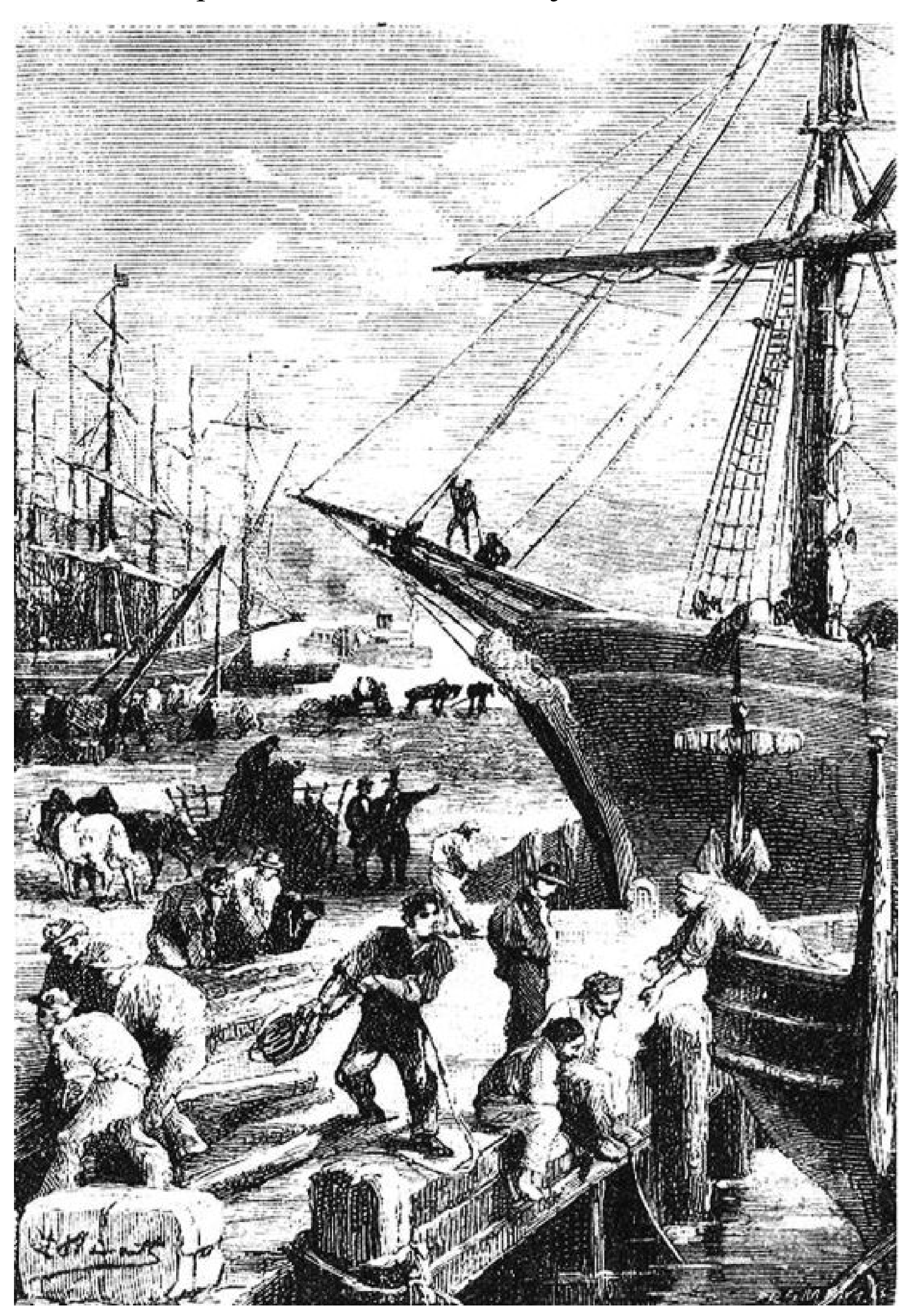
Al puerto de San Francisco llegan gran número de buques de toda especie y todas las nacionalidades. Así, desde hacía no pocos años los muelles de la ciudad, construidos regularmente en el litoral, no hubiesen podido bastar al embarque y desembarque de las mercancías si los ingenieros no hubiesen conseguido establecer varios muelles secundarios. Estacas de abeto rojo fueron hundidas en las aguas, y algunas millas cuadradas de tablones les recubrieron de anchas plataformas. Se había mermado un poco la bahía, pero ésta era suficientemente capaz. Se obtuvieron así verdaderas calas de descarga cubiertas de grúas y de aparejos cerca de los cuales los vapores de ambos océanos, vapores fluviales de los ríos californianos, *clippers* de todos los países, cabotajes de las costas americanas, etc., pudieron alinearse en perfecto orden sin tropezarse unos con otros.

En uno de estos muelles artificiales, al extremo de la Warf-Mission-Street, se hallaba sólidamente amarrado el *Dream* tras haber hecho su revisión en la esclusa del carenado.

Nada fue omitido para que el vapor escogido para el viaje de Godfrey pudiese navegar en las mejores condiciones. Aprovisionamiento, acomodación, todo, todo, fue minuciosamente estudiado. El aparejo estaba en perfecto estado; la caldera, comprobada; la máquina de hélice, excelente. Hasta se embarcó, para las necesidades de abordo y la facilidad de las comunicaciones con tierra, una chalupa de vapor, rápida e insumergible, que debía rendir grandes servicios en el curso de la navegación.

En fin, todo estaba listo en la fecha del 10 de junio. No faltaba sino salir a la mar. Los hombres embarcados por el capitán Turcotte para la maniobra de las velas o el manejo de

la máquina formaban una tripulación elegida, y difícilmente hubiese sido posible encontrar otra mejor allí.



Un verdadero *stock*, de animales vivos: agutíes, corderos, cabras, gallos y gallinas, estaban colocados en el entrepuente; estando, por otra parte, cubiertas y aseguradas las necesidades

de la vida material por cierto número de cajas de conservas de las mejores marcas.

En cuanto al itinerario que debía seguir el *Dream*, éste fue sin duda el objeto de las largas conferencias que juntos tuvieron William W. Kolderup y su capitán. Todo cuanto se supo fue que el primer punto de escala señalado debía ser Auckland, capital de Nueva Zelanda, salvo en el caso de que la necesidad de carbón, ocasionada por la persistencia de vientos contrarios, obligara a reaprovisionarse, ya en alguno de los archipiélagos del Pacífico, ya en alguno de los puertos de China.

Todos estos detalles, por supuesto, importaban poco a Godfrey, dado que por fin iba a hacerse a la mar, y en absoluto a Tartelett, cuya turbación de espíritu aumentaba de día en día por las eventualidades de la navegación.

No faltaba sino una cosa que cumplir: la formalidad de las fotografías.

Un novio no puede partir decentemente por un largo viaje alrededor del Mundo sin llevarse la imagen de aquella que adora y, recíprocamente, sin dejarle la suya.

Godfrey, en traje de turista, se entregó pues en manos de Stephenson and Co., fotógrafos de Montgomery-Street, y Phina, en su *toilette* de paseo, confió igualmente al Sol el cuidado de fijar sus rasgos encantadores, pero un poco entristecidos, sobre la placa de los hábiles operadores. Así sería una manera de viajar juntos. El retrato de Phina tenía su sitio perfectamente indicado en la cabina de Godfrey, y el de Godfrey en la habitación de la joven.

Por lo que respecta a Tartelett, que no estaba prometido ni pensaba estarlo en modo alguno, juzgó también conveniente confiar su imagen al papel sensible. Pero, pese a la habilidad de los fotógrafos, no fue posible obtener una prueba satisfactoria. El clisé, oscilante, jamás fue sino una neblina

confusa en la cual hubiese sido imposible reconocer al célebre profesor de danza y comportamiento.

Era que el «paciente», por lo que fuese, no podía por menos de moverse pese a la recomendación en uso en los talleres consagrados a las operaciones de este género. Se ensayaron otros medios más rápidos de pruebas instantáneas. Imposible. Tartelett se balanceaba, ya por anticipado, en la misma forma que el capitán del *Dream*. Fue preciso renunciar a conservar los rasgos de este notable ser. Desgracia irreparable para la posteridad si —apartémonos de este pensamiento—, creyendo no salir sino para el viejo Mundo, Tartelett partía para el otro Mundo, del que no se vuelve…

El 9 de junio estaba todo listo. El *Dream* no tenía sino que aparejar. Sus papeles, conocimientos, contrato de fletamento, póliza de seguro, estaban en regla, y dos días antes el corredor de la casa Kolderup había enviado las últimas firmas.

Ese día un gran almuerzo de despedida fue dado en el Hotel de Montgomery-Street. Se bebió por el feliz viaje de Godfrey y su pronto regreso.

Godfrey no dejaba de estar bastante conmovido y no trató de ocultarlo. Phina se mostró más firme que él. En cuanto a Tartelett, ahogó sus aprensiones en algunos vasos de champaña cuya influencia se prolongó hasta el momento de la partida. Estuvo a punto incluso de olvidar su violín, que le fue llevado en el momento en que el *Dream* soltaba las amarras.

Los últimos adioses fueron hechos a bordo, los últimos apretones de manos se intercambiaron en la toldilla; luego la máquina dio algunas vueltas de hélice que hicieron que el buque se apartase del muelle.

—¡Adiós, Phina!

—¡Adiós, Godfrey!

—¡Que el cielo os guíe! —dijo el tío.

—¡Y, sobre todo, que él nos devuelva! —murmuró el profesor Tartelett.

—¡Y no olvides jamás, Godfrey —añadió William W. Kolderup—, la divisa que el *Dream* lleva en su cuadro de atrás: *Confide, recte agens*!

—¡Nunca, tío William! ¡Adiós, Phina!

—¡Adiós, Godfrey!



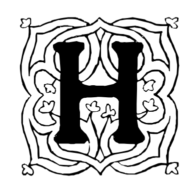
El buque se alejó; los pañuelos se agitaron en tanto que estaba a la vista del muelle y hasta un poco más allá.

Pronto la bahía de San Francisco, la más vasta del Mundo, había sido atravesada. El *Dream* franqueaba la estrecha garganta del Golden Gate y después cortaba con su roda las

aguas del Pacífico: era como si esta «puerta de oro» acabase de cerrarse tras él.

6

EN EL CUAL EL LECTOR ES INVITADO A TRABAR CONOCIMIENTO CON UN NUEVO PERSONAJE


abía comenzado el viaje, lo que no era difícil, según se aceptará de buena gana, como repetía frecuentemente el profesor Tartelett con una incontestable lógica:

«Un viaje siempre tiene comienzo, ¡pero dónde y cómo termina es lo importante!».

El camarote ocupado por Godfrey se abría al fondo de la toldilla del *Dream*, en el cuadrilátero de detrás que servía de comedor. Nuestro joven viajero se había instalado allí tan cómodamente como era posible. Había asignado a la fotografía de Phina el mejor y más alumbrado sitio del mamparo de su cuarto. Un catre para dormir, un lavabo para su *toilette*, una mesa para trabajar, un sillón para sentarse… ¿qué más le faltaba a este pasajero de veintidós años? En estas condiciones podría hacer veintidós veces la vuelta al Mundo… ¿No se hallaba en esa edad de la filosofía práctica que constituyen la buena salud y el buen humor? ¡Ah, jóvenes, viajad si podéis hacerlo, y si no podéis… viajad también!

Tartelett no estaba de tan buen humor. Su cabina, cerca de la de su discípulo, le parecía muy estrecha; su camareta, muy dura; las seis varas de superficie que ocupaba en total, bien insuficientes para que él pudiese repasar sus zapateos y sus saltos. ¿No suplantaría, en aquel lugar, el viajero al profesor de

danza? ¡No! Éste lo llevaba en la sangre, y cuando a Tartelett le llegara la hora de acostarse para su último sueño, sus pies todavía se encontrarían colocados en línea horizontal, los talones uno contra otro en la primera posición.

Las comidas debían hacerse en común, y así se hicieron. Godfrey y Tartelett *vis à vis* el uno del otro, ocupando el capitán y el segundo cada uno de los extremos de la «mesa de balanceo. —Esta feliz denominación—, mesa de balanceo», hacía ya comprender que el sitio del profesor estaría vacío muy frecuentemente.

A la salida, en un hermoso mes de junio, soplaba una agradable brisa del nordeste. El capitán Turcotte había podido disponer el velamen a fin de aumentar su velocidad, y el *Dream*, bien apoyado por las velas, no se movía demasiado de una banda a otra. Además, como el oleaje lo tomaba por detrás, el balanceo no lo fatigaba mucho. Este andar no es el que afecta el aspecto de los pasajeros, mostrándolos con la nariz picada, los ojos hundidos, la frente lívida, las mejillas sin color. Era, pues, soportable. Se apuntaba recto hacia el sudoeste sobre una hermosa mar, ondeada apenas, no tardando el litoral americano en desaparecer.

Durante dos días ningún incidente de navegación se produjo digno de ser relatado. El *Dream* hacía buen camino. El principio de este viaje resultaba, pues, favorable, aunque el capitán Turcotte dejase traslucir alguna vez cierta inquietud que en vano hubiese tratado de disimular. Cada día, cuando el Sol pasaba por el meridiano, fijaba exactamente la situación del buque. Pero podía observarse que enseguida llevaba al segundo a su camarote y allí los dos permanecían en conferencia secreta como si hubiesen de discutir en vistas a alguna eventualidad grave. Este detalle, sin duda, pasaba inadvertido para Godfrey, que nada sabía de las cosas de la navegación; pero el contramaestre de la tripulación y algunos de los marineros no dejaban de sorprenderse un tanto por ello.

Estas buenas gentes aún se extrañaron más cuando dos o tres veces, a partir de la primera semana, durante la noche y sin que nada exigiera esta maniobra, la dirección del *Dream* fue sensiblemente modificada, y luego puesta al día. Lo que se hubiera comprendido en un barco de vela, sometido a las variaciones de las corrientes atmosféricas, no se explicaba en un vapor que puede seguir la línea de los grandes círculos y abate las velas cuando el viento ya no le es favorable.

El 12 de junio por la mañana un incidente del todo inesperado se produjo a bordo.

Iban a ponerse a la mesa el capitán Turcotte, su segundo y Godfrey, cuando un ruido insólito se hizo oír en el puente. Casi enseguida el contramaestre, llamando a la puerta apareció en el dintel.

—¡Capitán! —dijo.

—¿Qué ocurre? —respondió vivamente Turcotte, siempre alerta, como buen marino.

—¡Hay, hay… un chino! —dijo el contramaestre.

—¿Un chino?

—¡Sí!, un verdadero chino que acabamos de descubrir por casualidad en el fondo de la bodega.

—¿En el fondo de la bodega? —exclamó el capitán—. ¡Pues, por todos los diablos de Sacramento, que se le eche al fondo del mar!

—*All right!* —respondió el contramaestre.

Y el excelente hombre, con el desprecio que debe sentir todo californiano por un hijo del Celeste Imperio, encontrando esta orden de lo más natural, no halló escrúpulo alguno en ejecutarla.

Sin embargo, el capitán Turcotte se había levantado de la mesa; después seguido de Godfrey y del segundo, salió del

cuadro de la toldilla y se dirigió hacia la parte delantera del *Dream*.

Allí, efectivamente, un chino, estrechamente sujeto, se debatía entre las manos de dos o tres marineros que no le escaseaban los epítetos. Era un hombre de treinta y cinco a cuarenta años, de fisonomía inteligente, bien constituido y de cara pálida y un poco lívida, a causa de la estancia de sesenta horas en el fondo de una bodega mal aireada. Sólo la casualidad le había hecho descubrir en tan obscuro retiro.

El capitán Turcotte hizo enseguida seña a sus hombres de soltar a este desgraciado intruso.

—¿Quién eres? —le preguntó.

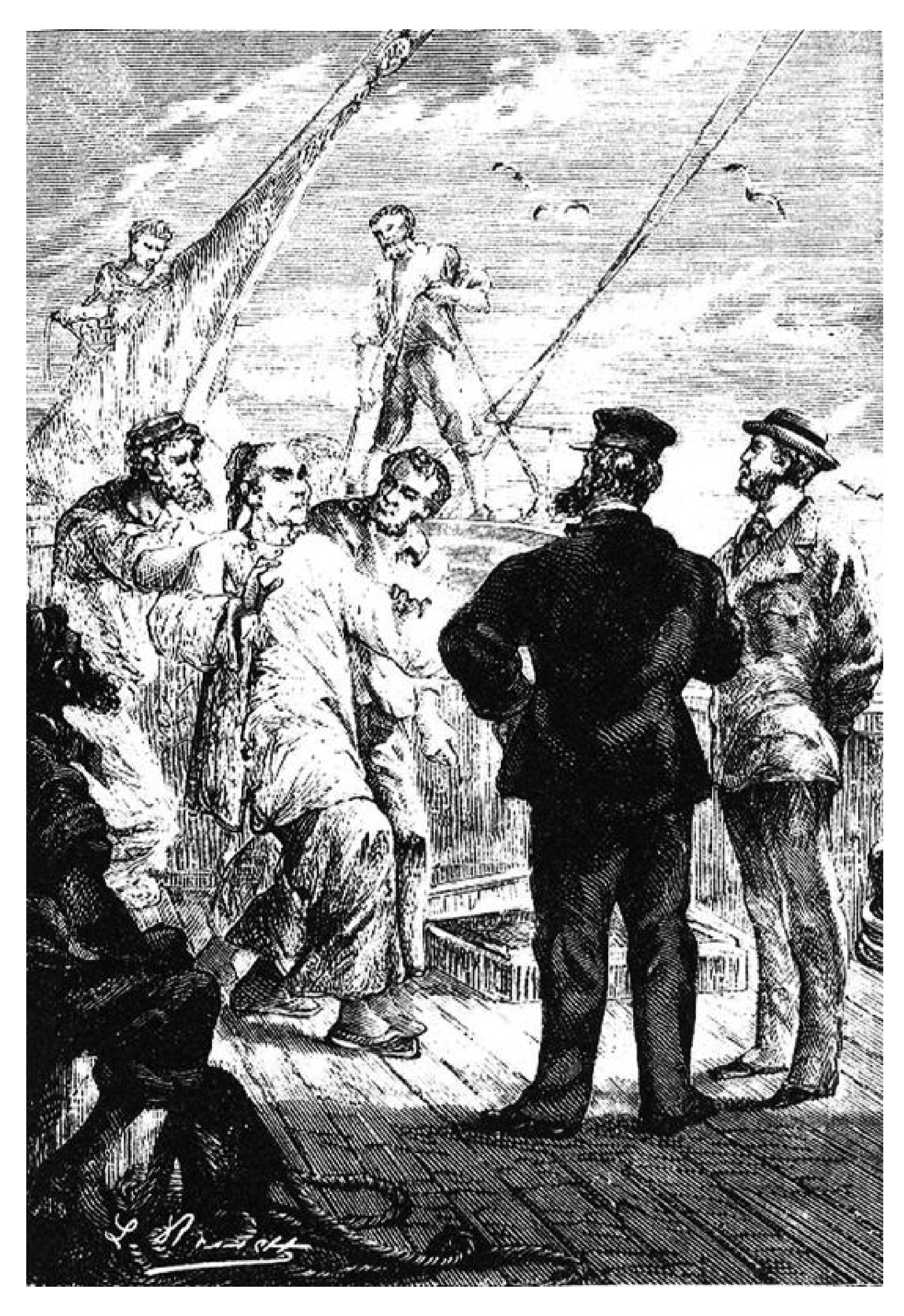
—Un hijo del Sol.

—¿Y cómo te llamas?

—Seng-Vou —respondió el chino, cuyo nombre, en lengua celestial, significa «Que no vive».

—¿Y qué haces aquí, a bordo?

—¡Navegar! —respondió tranquilamente Seng-Vou—; pero causándoos la menor molestia posible.



—¡Es verdad! La menor molestia… ¿Es que te has escondido en la bodega en el momento de la partida?

—¡Como vos decís, capitán!

—¿A fin de hacerte conducir gratis de América a China, al otro lado del Pacífico?

—¡Si así lo permitís!

—¿Y si yo no lo permito, trapacero de piel amarilla? ¿Y si yo te pidiera que hicieras el favor de llegar a China a nado…?

—¡Lo trataría! —respondió el chino, sonriendo—; ¡pero es probable que me hundiera en el camino!

—¡Pues bien, maldito John[8] —exclamó el capitán Turcotte—, voy a enseñarte a economizar los gastos de pasaje!

Y el capitán, más encolerizado de lo que la circunstancia exigía, iba quizá a poner en ejecución su amenaza, cuando Godfrey intervino.

—¡Capitán! —dijo—, un chino de más a bordo del *Dream* es un chino de menos en California, donde hay tantos…

—¡Donde hay demasiados! —respondió el capitán Turcotte.

—¡Demasiados, en efecto! —replicó Godfrey—. Pues bien, ya que ese pobre diablo ha juzgado pertinente liberar a San Francisco de su presencia, ¡eso merece cierta piedad! ¡Bah, le echaremos del buque al pasar cerca de Shanghai, y ya no hay más que hablar del asunto!

Al decir que había demasiados chinos en el estado de California, Godfrey hablaba como un verdadero californiano. Es bien cierto que la emigración de los hijos del Celeste Imperio (se trata de trescientos millones de chinos contra treinta millones de americanos en los Estados Unidos) ha constituido un peligro para las provincias del Far-West. Por ello los legisladores de estos estados, California, Baja California, Oregon, Nevada y Utah, y el mismo Congreso, se han preocupado de la invasión de este nuevo género de epidemia a la cual los *yankees* han dado el nombre significativo de «epidemia amarilla».

Por esta época se contaba con más de cincuenta mil Celestiales solamente en el estado de California, Estas gentes, muy industriosas en materia de lavado de oro, muy pacientes

también, viviendo con un puñado de arroz, un trago de té y una aspiración de opio, tendían a hacer bajar el precio de la mano de obra, en perjuicio de los obreros indígenas. Así, se había tenido que someterlos a leyes especiales, contrariamente a la constitución americana, leyes que regulaban su inmigración y no les daban derecho a naturalizarse, por temor de que acabasen por obtener la mayoría en el Congreso. Por otra parte, maltratados generalmente al igual de los indios y los negros, a fin de justificar esta calificación de «apestados» que se les atribuía generalmente, estaban separados en una especie de *ghetto* donde conservaban cuidadosamente las costumbres y particularidades del Celeste Imperio.

Hacia el barrio de la calle Sacramento, en la capital de California, adornado con sus enseñas y faroles, es donde la presión de las gentes de otra raza los ha concentrado. Allí es donde se los encuentra por millares, con su trotecillo, su blusa de anchas mangas, su gorro cónico, sus zapatos de punta levantada. Es allí donde, en su mayor parte, se hacen tenderos, jardineros, lavanderos, a menos que no sirvan como cocineros o no pertenezcan a esas compañías dramáticas que representan piezas chinas en el teatro francés de San Francisco.

Seng-Vou —no hay razón alguna para ocultarlo— formaba parte de una de esas *troupes* heterogéneas, en la cual ostentaba el empleo de primer cómico, si es que se puede asignar esta expresión del teatro europeo a alguna clase de artista chino. En efecto, ellos son de tal manera serios, incluso cuando bromean, que el novelista californiano Hart-Bret ha podido decir que jamás había visto reír a un actor chino, y hasta confesaba no haber podido reconocer si una de las piezas a la cual él asistía era una tragedia o una simple farsa.

En una palabra, Seng-Vou era un cómico. Terminada la estación, rica en éxitos quizá más que en especies sonantes… había querido volverse a su país de modo distinto que en estado de cadáver[9]. Era por ello que, a todo riesgo, se había deslizado en la bodega del *Dream*.

Llevando consigo provisiones, esperaba poder hacer de incógnito esta travesía, de algunas semanas, y desembarcar después en algún punto de la costa china como se había embarcado, sin ser visto.

Después de todo, era posible.

Así, Godfrey había tenido razón en intervenir en favor del intruso, y el capitán Turcotte, que quería mostrarse peor de lo que era, renunció sin demasiado pesar a enviar a Seng-Vou por encima de la borda a recrearse en las aguas del Pacífico.

Seng-Vou no volvió pues a su escondite en lo profundo del buque; pero no debía ser enojoso en modo alguno a bordo. Flemático, metódico, poco comunicativo, evitaba cuidadosamente a los marineros, que siempre tenían alguna pulla a su disposición, y se alimentaba con la reserva de sus provisiones. En puridad, era bastante flaco para que su peso, considerado como sobrecarga, no pudiese incrementar sensiblemente los gastos de navegación del *Dream*. Si bien Seng-Vou viajaba gratuitamente, de seguro que su pasaje no costaría un céntimo a la caja de William W. Kolderup.

Su presencia a bordo, sin embargo, produjo por parte del capitán Turcotte una reflexión de la que su segundo fue sin duda el único que comprendió su sentido particular.

—Este condenado chino nos va a estorbar cuando nos convenga… Pero después de todo, ¡peor para él!

—¿Por qué se ha embarcado fraudulentamente en el *Dream*? —preguntó el segundo.

—Sobre todo, para ir a Shanghai —replicó el capitán Turcotte—. ¡Al mismísimo diablo John y los hijos de John!

7

EN QUE SE VERÁ QUE WILLIAM W. KOLDERUP NO HA HECHO MAL TAL VEZ EN HACER ASEGURAR SU BUQUE

Durante los días que siguieron, 13, 14 y 15 de junio, el barómetro bajó lentamente, pero de manera continua, sin retroceso, lo que indicaba una tendencia a mantenerse por debajo del variable, entre lluvia, viento y tempestad. La brisa refrescaba sensiblemente al pasar al sudoeste. Era viento de proa para el *Dream*, que lo obligaba a luchar contra el oleaje, bastante fuerte, que le tomaba por delante. Las velas fueron, por consiguiente, aferradas en sus fundas, y fue preciso andar a hélice, aunque a media presión, a fin de evitar los malos golpes.

Godfrey soportó muy bien estas pruebas del balanceo por el oleaje sin perder ni un solo instante su buen humor. Indudablemente, este muchacho gustaba de la mar.

Pero Tartelett, que no la amaba en absoluto, bien recibía de ella su pago. Había que ver al desdichado profesor de modales no poder ya mantenerlos; bailando el profesor de baile contrariamente a todas las reglas del arte. Permanecer en su camarote todo el tiempo entre las sacudidas que conmovían el buque hasta sus varengas, no podía soportarlo. «¡Aire, aire!», suspiraba. Así, no abandonaba el puente. Venía un golpe de ola, y aquí le tenemos de una banda a la otra. Un golpe del balanceo, y ya le tenemos proyectado hacia delante, sin que no

significara ello que a continuación fuese proyectado hacia atrás. Se apoyaba en los salientes, se sujetaba al cordaje y tomaba actitudes absolutamente condenadas por los principios de la coreografía moderna. ¡Ah, que no pudiera elevarse en el aire con un movimiento como de globo, para escapar a la desnivelación de este piso movedizo! Un bailarín antepasado suyo decía que, si consentía en poner el pie sobre la escena, era únicamente para no humillar a sus camaradas. Él, Tartelett, hubiese deseado no volver jamás a posarse sobre este puente al que el balanceo parecía querer arrastrar al abismo.

¿Qué idea había tenido el rico William W. Kolderup de enviarle a tal lugar?

—¿Va a durar mucho este mal tiempo? —preguntaba veinte veces al día al capitán Turcotte.

—¡Hum! ¡El barómetro no es esperanzador! —respondía el capitán invariablemente, frunciendo el entrecejo.

—¿Y llegaremos pronto?

—Pronto, señor Tartelett, pronto. Hum… Todavía le falta al tiempo éste rendirse…

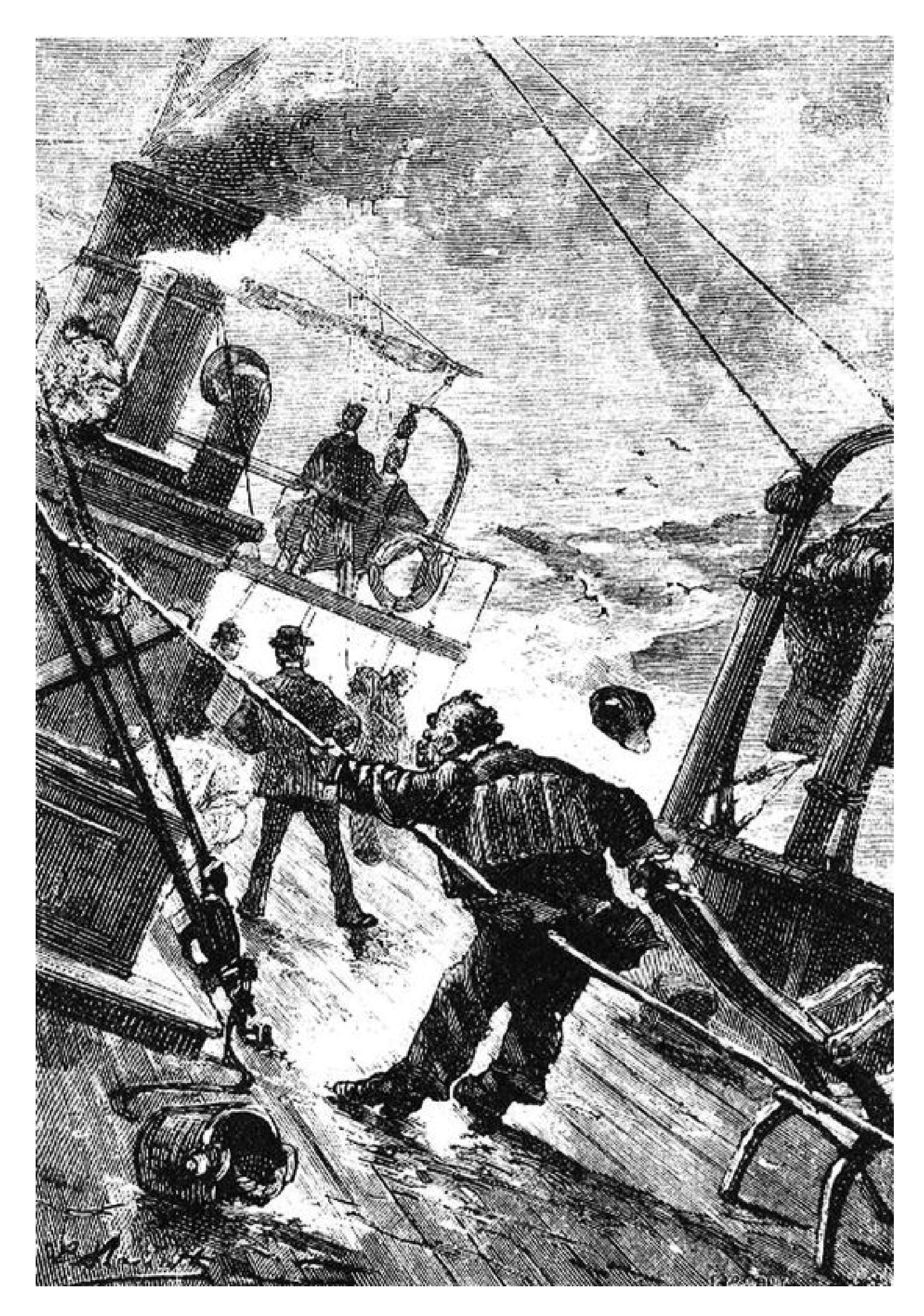
—¡Y a esto se llama Océano Pacífico! —repetía el infortunado entre dos hipos y dos oscilaciones.

Diremos en añadidura que no solamente el profesor Tartelett sufría del mareo, sino que también el miedo le dominaba al ver aquellas grandes olas espumantes que reventaban a la altura del pavés del «Dream», oyendo los golpes producidos por choques violentos que dejaban escapar el vapor por los tubos de escape, y sintiendo al barco zarandeado como un corcho sobre estas montañas de agua.

—¡No! ¡No es posible que este barco no dé la vuelta! —repetía, fijando sobre su discípulo una mirada inerte.

—¡Calma, Tartelett! —respondía Godfrey—. Un navío está hecho para flotar, ¡qué diablo! ¡Hay razones para ello!

—¡Y yo os digo que no las hay!



Y con este pensamiento el profesor se había revestido el cinturón de salvamento, llevándolo día y noche, apretadamente colocado sobre su pecho. No se lo hubieran hecho quitar ni a precio de oro. Siempre que el mar le dejaba un instante de respiro, lo volvía a inflar bufando fuertemente. En rigor, nunca lo encontraba bastante lleno.

Nosotros pedimos indulgencia para los terrores de Tartelett. A quien no tiene costumbre de la mar, sus desencadenamientos son de naturaleza como para causar cierto espanto, y, como ya se sabe, este pasajero forzado nunca se había aventurado hasta ahora ni sobre las apacibles aguas de la bahía de San Francisco. Así pues, su malestar a bordo de un navío con fuerte brisa, su espanto por el choque de las olas… bien se le pueden perdonar.

Por lo demás, el tiempo se ponía de mal en peor y amenazaba al *Dream* con algún fuerte ramalazo próximo que los semáforos le hubieran anunciado de hallarse a la vista del litoral.

Si durante el día el buque era terriblemente sacudido y no marchaba sino a poco vapor a fin de no producir avería en la máquina, sucedía, sin embargo, que, en las fuertes desnivelaciones de las capas líquidas, la hélice emergía o se sumergía, y de ahí los formidables golpes que daban sus aletas en las aguas más profundas o sus giros locos por encima de la línea de flotación, que podían comprometer la solidez del sistema. Entonces sucedía que se producían como detonaciones sordas en la parte posterior del *Dream* y los pistones se aceleraban con una velocidad tal que el maquinista no lograba dominar sin esfuerzo.

Sin embargo, Godfrey estuvo en situación de hacer una observación cuya causa no comprendió al principio. Fue que durante la noche las sacudidas del buque eran infinitamente menos fuertes que durante el día. ¿Debía sacar la consecuencia de que el viento menguaba entonces, que se originaba cierta calma después de la puesta del Sol?

Fue esto tan notorio, que en la noche del 21 al 22 de junio quiso darse cuenta de lo que sucedía. Precisamente el día había sido particularmente malo; el viento había refrescado y no parecía que la noche iba a dejar apaciguar la mar, tan caprichosamente removida durante largas horas.

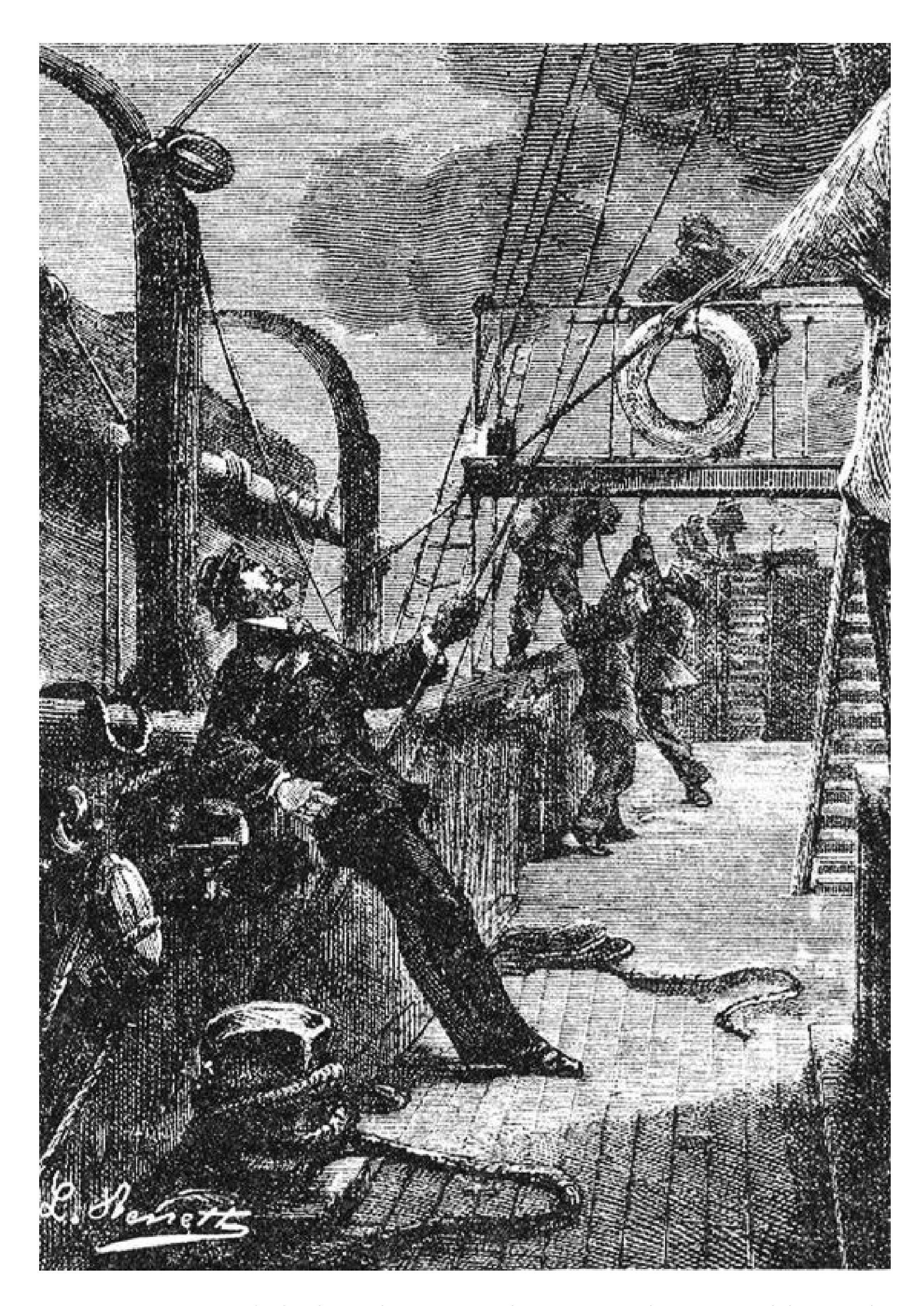
Se levantó Godfrey de su catre alrededor de medianoche, se vistió debidamente y subió al puente.

El marinero de cuarto velaba en proa. El capitán Turcotte se hallaba en la pasarela.

La violencia de la brisa no había ciertamente disminuido. Sin embargo, el choque de las olas que debía cortar la roda del *Dream* estaba muy aminorado.

Pero al levantar los ojos hacia lo alto de la chimenea, toda empenachada de humo negro, Godfrey vio que este humo, en lugar de dispersarse de delante atrás, se dispersaba de atrás adelante, y siguiendo la misma dirección que el buque.

«Así pues, ¿ha cambiado el viento? —se dijo».



Y muy satisfecho de esta circunstancia se subió a la pasarela y, aproximándose al capitán, le dijo:

—¡Capitán!

Éste, encapuchonado en su capote embreado, no le había oído llegar y de repente no pudo disimular un movimiento de contrariedad viéndole cerca de él.

—¿Vos aquí, señor Godfrey, en la pasarela…?

—¡Sí! Vengo a preguntaros…

—¿Qué hay? —preguntó vivamente el capitán Turcotte.

—¿No ha cambiado el viento?

—¡No señor Godfrey, no; y, desgraciadamente, temo que se torne en tempestad!

—¡Sin embargo, ahora estamos con el viento por detrás!

—¡Sí, en efecto, eso hay, viento por detrás! —replicó el capitán, visiblemente despechado por esta observación—. ¡Pero bien a mi pesar!

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que para no comprometer la seguridad del buque he tenido que virar en redondo y huir ante el tiempo.

—¡Lo que nos va a causar retrasos extremamente sensibles! —dijo Godfrey.

—¡Muy lamentables, en efecto! —respondió el capitán Turcotte—; pero así que se haga de día y si la mar cede un poco, aprovecharé para enderezar mi ruta al oeste. Os recomiendo, pues, señor Godfrey, volver a vuestro camarote. Creedme. Tratad de dormir en tanto que nosotros luchamos con la mar. ¡Así notaréis menos la sacudida!

Godfrey hizo un signo afirmativo, echó una final mirada ansiosa a las nubes bajas que corrían con extrema velocidad y después, abandonando la pasarela, se reintegró a su camarote, en el que no tardó en recuperar su interrumpido sueño.

El siguiente día, la mañana del 22 de junio, como había dicho el capitán Turcotte y aunque el viento no se había sensiblemente apaciguado, el *Dream* se había puesto en buena dirección.

Esta navegación hacia el oeste durante el día y al este durante la noche duró cuarenta y ocho horas aún; pero el barómetro anunciaba cierta tendencia a subir, haciéndose sus

oscilaciones menos frecuentes; era pues de presumir que este mal tiempo iba a tener término con los vientos que comenzaban a soplar de la parte norte. Lo que sucedió, efectivamente.

Así, el 25 de junio, hacia las ocho de la mañana, cuando Godfrey subió al puente, una hermosa brisa del nordeste había barrido las nubes y los rayos del Sol, jugueteando entre el aparejo, ponían sus toques de fuego sobre todos los salientes de a bordo.

El mar, de un verde profundo, resplandecía entonces en un largo sector directamente herido por la luz radiante. El viento no se notaba sino por ligeras rachas que punteaban con una ligera espuma la cresta de las olas, y las velas bajas fueron largadas.

A decir verdad, no eran ni siquiera olas reales que se levantaban en el mar, sino solamente anchas ondulaciones que mecían suavemente el vapor.

Ondulaciones u olas, verdaderamente todo era una misma cosa para el profesor Tartelett, enfermo, tanto cuando era «demasiado blando» que cuando era «demasiado duro». Así opinaba y a eso se atenía, medio echado sobre el puente con la boca entreabierta como una carpa que se ahoga fuera del agua.

El segundo, en la toldilla, con su anteojo de larga vista, miraba en la dirección del nordeste.

Godfrey se le aproximó.

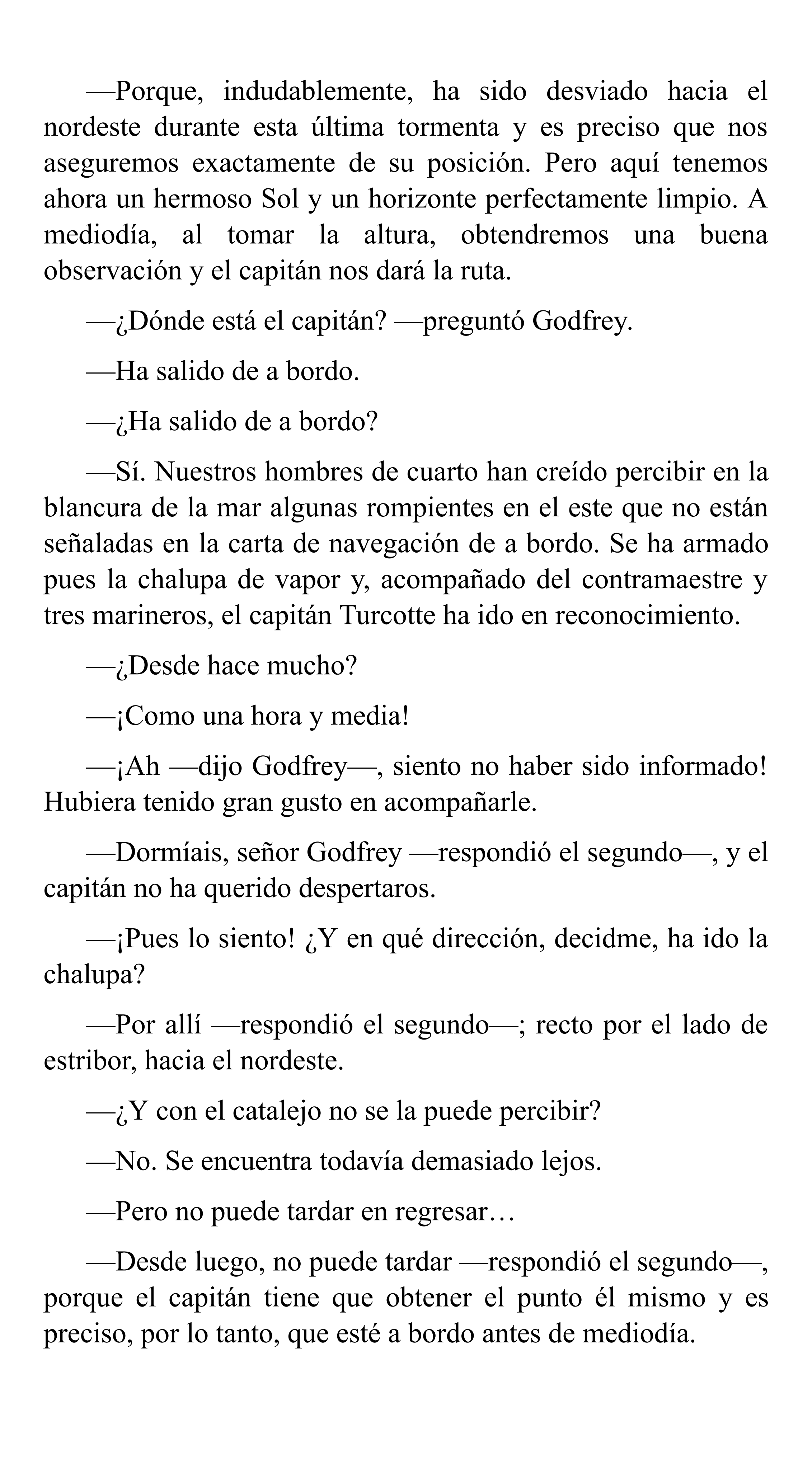
—Y bien, señor —le dijo festivamente—; hoy se está un poco mejor que ayer, ¿no?

—¡Sí, señor Godfrey! —respondió el segundo—. Nos encontramos ahora en aguas tranquilas.

—¿Y el *Dream* se halla ya en buen camino?

—¡No todavía!

—¿No todavía?, ¿por qué?



—Porque, indudablemente, ha sido desviado hacia el nordeste durante esta última tormenta y es preciso que nos aseguremos exactamente de su posición. Pero aquí tenemos ahora un hermoso Sol y un horizonte perfectamente limpio. A mediodía, al tomar la altura, obtendremos una buena observación y el capitán nos dará la ruta.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó Godfrey.

—Ha salido de a bordo.

—¿Ha salido de a bordo?

—Sí. Nuestros hombres de cuarto han creído percibir en la blancura de la mar algunas rompientes en el este que no están señaladas en la carta de navegación de a bordo. Se ha armado pues la chalupa de vapor y, acompañado del contramaestre y tres marineros, el capitán Turcotte ha ido en reconocimiento.

—¿Desde hace mucho?

—¡Como una hora y media!

—¡Ah —dijo Godfrey—, siento no haber sido informado! Hubiera tenido gran gusto en acompañarle.

—Dormíais, señor Godfrey —respondió el segundo—, y el capitán no ha querido despertaros.

—¡Pues lo siento! ¿Y en qué dirección, decidme, ha ido la chalupa?

—Por allí —respondió el segundo—; recto por el lado de estribor, hacia el nordeste.

—¿Y con el catalejo no se la puede percibir?

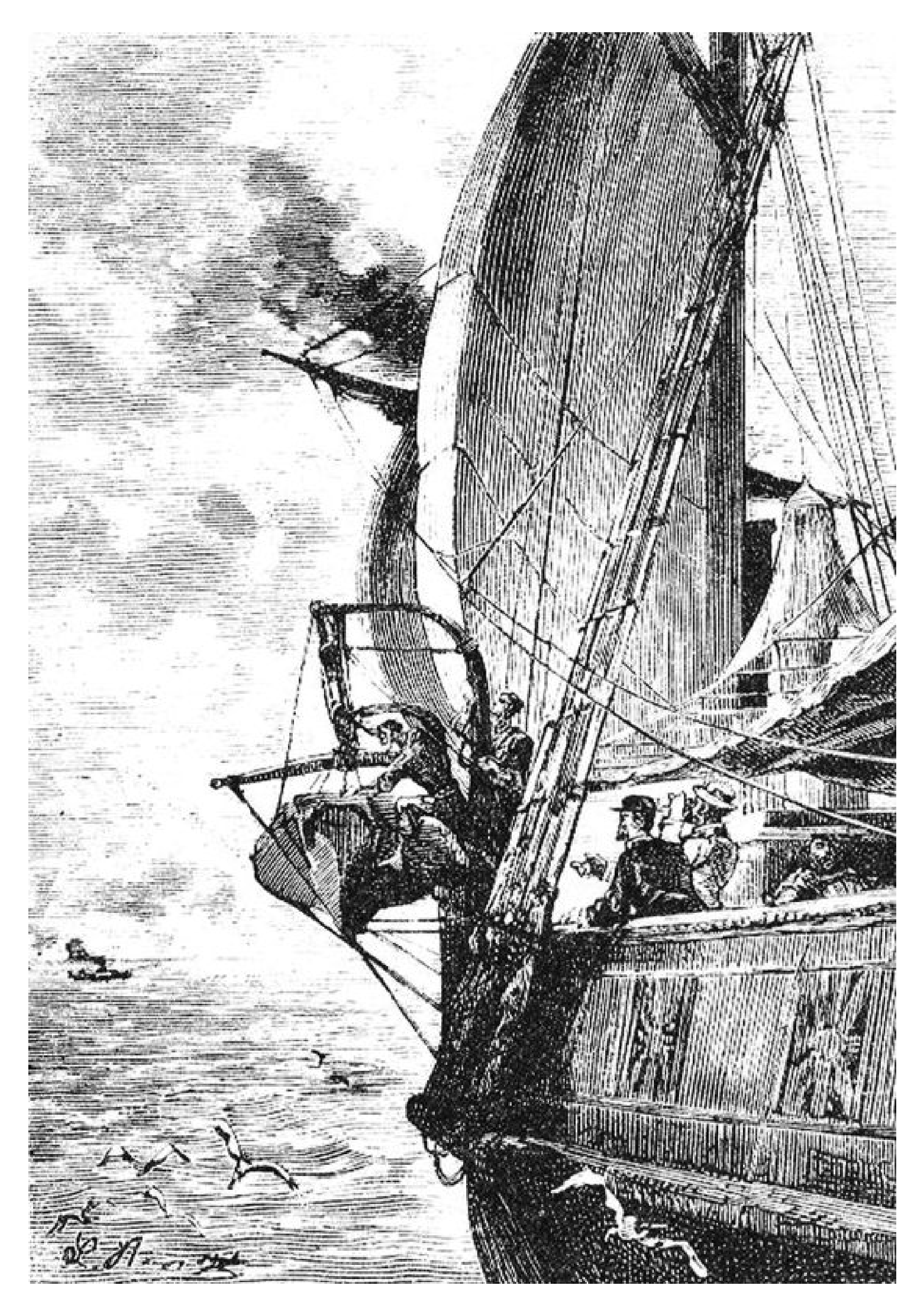
—No. Se encuentra todavía demasiado lejos.

—Pero no puede tardar en regresar…

—Desde luego, no puede tardar —respondió el segundo—, porque el capitán tiene que obtener el punto él mismo y es preciso, por lo tanto, que esté a bordo antes de mediodía.

Tras esta respuesta, Godfrey fue a sentarse a la extremidad de la amura delantera, después de haberse hecho llevar su anteojo marino. Deseaba acechar la vuelta de la chalupa. Por lo que respecta a este reconocimiento que el capitán había ido a hacer, no podía en absoluto extrañarle. Era natural, en efecto, que el *Dream* no se aventurase por una zona del mar en que las rompientes habían sido señaladas.

Dos horas transcurrieron, y fue sólo hacia las dos horas y media cuando una ligera humareda, tenue como un rasgo, se dibujó por encima del horizonte. Era, evidentemente, la chalupa de vapor, que una vez efectuado el reconocimiento regresaba a bordo.



Godfrey se puso a seguirla en el campo de su anteojo. La vio acusarse poco a poco por líneas más determinadas, agrandarse en la superficie del mar, dibujar más limpiamente su humareda, a la cual se mezclaban algunas volutas de vapor sobre el fondo claro del horizonte. Se trataba de una embarcación excelente, de gran velocidad, y como marchaba a toda presión, pronto fue visible a simple vista. Hacia las once

se percibía a su proa el pequeño remolino blanco que levantaba su roda y a popa la larga estela de espuma, que se alargaba como la cola de un cometa.

A las once y cuarto el capitán Turcotte atracaba y saltaba al puente del *Dream*.

—Y bien, capitán, ¿qué hay de nuevo? —preguntó Godfrey, que se adelantó a estrecharle la mano.

—¡Ah, buenos días, señor Godfrey!

—¿Y esas rompientes?

—Pura apariencia —respondió el capitán Turcotte—. No hemos visto nada sospechoso. Nuestros hombres deben de haberse engañado. Ya me chocaba a mí…

—¿En rumbo pues?

—Sí, pero antes de ponernos en rumbo es preciso que tome el punto.

—¿Dais la orden de embarcar la chalupa? —preguntó el segundo.

—No —respondió el capitán—. Todavía podrá servirnos. Ponedla a remolque.

Las órdenes del capitán fueron ejecutadas, y la chalupa de vapor, que fue dejada a presión, fue a situarse a la popa del *Dream*.

Tres cuartos de hora después el capitán Turcotte, con su sextante en la mano, tomaba la altura del Sol y, establecido el punto, dio el rumbo a seguir.

Hecho esto y después de haber dirigido una postrera mirada al horizonte, llamó a su segundo, le llevó a su cabina y allí permanecieron juntos en larga conferencia.

La jornada en el *Dream* fue muy hermosa. El *Dream* pudo marchar rápidamente sin la ayuda de sus velas, que fue preciso aferrar. El viento era muy débil, y con la velocidad impresa

por la máquina no hubiera habido bastante fuerza para inflarlas.

Godfrey se sentía dichoso. Esta navegación en un bello mar, bajo un hermoso Sol… Nada había más reconfortante, nada que diese más campo al pensamiento, más satisfacción al alma. Sin embargo, a pesar de tan favorables circunstancias, el profesor Tartelett no lograba mejorar un poco de humor. Si bien el estado del mar no le inspiraba ya inmediatas inquietudes, su ser físico no reaccionaba en absoluto. Trató de comer, pero sin gusto ni apetito. Godfrey trató de hacer que se despojara del cinturón de salvamento que le oprimía el pecho; se negó a ello terminantemente. ¿Es que este conjunto de hierro y madera llamado buque no estaba siempre en riesgo de abrirse de un momento a otro?

La tarde llegó. Vapores espesos flotaban sin descender hasta el nivel del agua. La noche iba a ser más obscura de lo que pudiera hacerlo prever el magnífico tiempo diurno.

En suma, no había escollo alguno que temer en estos parajes, de los que el capitán Turcotte acababa de fijar exactamente la posición en sus cartas; pero los choques siempre son posibles y debe temérselos en las noches brumosas.

Por consiguiente, los fanales de a bordo fueron colocados cuidadosamente en su sitio poco después del ocaso del Sol; la luz blanca fue izada a la perilla del mástil de mesana y las luces de posición, verde a derecha y roja a izquierda, brillaron en los obenques. Si el *Dream* era abordado, no sería por culpa suya en modo alguno, lo que, después de todo, no es sino un insuficiente consuelo. Hundirse, aun estando en regla, siempre es hundirse. Y si alguien a bordo debía hacerse esta reflexión, de seguro era el profesor Tartelett.

Sin embargo, el digno hombre, siempre tropezando, siempre oscilando, se había ido a su cabina, y Godfrey a la suya; el uno con la certeza, el otro con la esperanza solamente

de pasar una buena noche, porque el *Dream* apenas se balanceaba sobre las largas ondas.

El capitán Turcotte, después de haber entregado el cuarto al segundo, alcanzó igualmente la toldilla a fin de tomarse algunas horas de descanso. Todo estaba en regla. El buque podía navegar en perfecta seguridad, ya que no parecía que la bruma fuese a espesarse.

Al cabo de veinte minutos, Godfrey dormía, y el insomnio de Tartelett, que se había acostado completamente vestido, siguiendo su costumbre, no se traicionaba sino por lejanos suspiros.

De repente (debía de ser una hora de medianoche). Godfrey fue despertado por tremendos clamores. Saltó de su catre y se vistió en un segundo el pantalón, la chaqueta y las botas de mar.

Casi enseguida se oyeron gritos espantosos sobre el puente:

«¡Nos hundimos, nos hundimos!».

En un instante, Godfrey estuvo fuera de su camarote y se lanzó a cubierta. Allí tropezó con una masa informe que no reconoció. Debía de ser el profesor Tartelett.

Toda la tripulación estaba sobre el puente corriendo en medio de las órdenes que daban el capitán y su segundo.

—¿Un abordaje? —preguntó Godfrey.

—No sé… no sé. ¡Con esta bruma maldita! —respondió el segundo—. ¡Pero nos hundimos…!

—¿Nos hundimos? —repitió Godfrey.

En efecto, el *Dream*, que había sin duda chocado contra un escollo, estaba sumergido sensiblemente. El agua llegaba casi a la altura del puente. No había duda de que los fuegos de la máquina estaban ya apagados en las profundidades de la caldera.

—¡Al mar, al mar, señor Godfrey! —exclamaba el capitán —. ¡No hay un instante que perder! ¡El buque se hunde a ojos vistas! ¡Os arrastraría en su torbellino!

—¿Y Tartelett?

—¡Yo me encargo de él! ¡No estamos sino a medio cable de la costa!

—¡Pero vos…!

—¡Mi deber me obliga a quedar el último a bordo, y me quedo! —dijo el capitán—; pero ¡huid, huid…!

Godfrey dudaba todavía en lanzarse a la mar; sin embargo, el agua alcanzaba ya el nivel del pavés del *Dream*.

Sabiendo el capitán Turcotte que Godfrey nadaba como un pez, le cogió entonces por los hombros y le hizo el servicio de precipitarle por encima de la borda. ¡Ya era tiempo! Sin las tinieblas que los rodeaban, se hubiese visto abrirse un remolino en el lugar que ocupaba el *Dream*.

Pero Godfrey, con algunas brazadas dadas en medio del agua tranquila, había podido alejarse rápidamente del torbellino, que atraía como los torbellinos del Maelstrom.

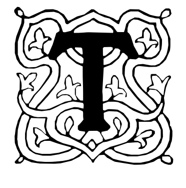
Todo esto se había operado en el espacio de un minuto. Algunos minutos después y en medio de gritos de desesperación, las luces de a bordo se extinguieron una tras otra.

No cabía duda: ¡el *Dream* acababa de irse a pique!

En cuanto a Godfrey, había podido alcanzar una alta y ancha roca al abrigo de la resaca. Allí, llamando en vano en la obscuridad sin oír voz alguna que respondiese a la suya, ignorando si se encontraba sobre una roca aislada o en la extremidad de un banco de arrecifes único superviviente quizá de esta catástrofe, esperó la llegada del día.

8

QUE CONDUCE A GODFREY A PENOSAS REFLEXIONES SOBRE LA MANÍA DE LOS VIAJES



res largas horas debían aún transcurrir antes de que el Sol reapareciese por encima del horizonte. Fueron de estas horas de las que puede decirse que duran siglos.

La prueba era dura para un novato; pero, en suma —precisa repetirlo—, Godfrey no había partido para un mero paseo. Bien se había dicho, al embarcarse, que dejaba tras él una existencia de bienestar y reposo que no había de encontrar corriendo aventuras. Se trataba, pues, de ponerse a la altura de la situación.

Por el momento, estaba a cubierto. El mar, después de todo, no podía alcanzarle en esta roca, que sólo mojaba la rociada de la resaca. ¿Debía temer que el reflujo le alcanzase pronto? No, porque, reflexionando, pudo establecer que el naufragio se había efectuado en lo más alto de la marea de la Luna nueva.

Pero ¿estaba esta roca aislada? ¿Dominaba una línea de rompientes esparcidos en esta porción del mar? ¿Cuál era esta costa que el capitán Turcotte creía haber entrevisto en las tinieblas? ¿A qué continente pertenecería? Lo que sí era demasiado cierto, era que el *Dream* había sido desviado de su rumbo durante la tormenta de los días precedentes. La situación del buque no había sido, pues, exactamente fijada.

¿Cómo dudar de ello, puesto que el capitán dos horas antes afirmaba que sus cartas no hacían indicación alguna de rompientes en estos parajes? Incluso había hecho más: reconocer por sí mismo si existían estos pretendidos escollos que sus vigías habían creído ver al este.

También era muy cierto, sin embargo, y el reconocimiento realizado por el capitán, si le hubiese llevado más lejos, habría seguramente evitado la catástrofe. Mas ¿a qué volver sobre el pasado?

La cuestión importante ante el hecho consumado (cuestión de vida o muerte) era pues para Godfrey la de saber si se hallaba en la proximidad de una tierra cualquiera. En qué parte del Pacífico, ya habría tiempo más tarde de averiguarlo. Ante todo, sería preciso pensar, en cuanto hubiese amanecido, en abandonar esta roca, que en su parte superior no medía veinte pasos de ancho y de longitud. Pero no se abandona un lugar sino para ir a otro. ¿Y si este otro no existía, si el capitán se había engañado en medio de estas brumas, si alrededor de esta rompiente se extendía un mar sin límites, si en el límite del alcance de la vista el cielo y el agua se confundían circularmente, sobre el mismo horizonte…?

Los pensamientos del joven náufrago se concentraban pues en este punto. Toda su potencia visual la empleaba en buscar, en medio de esta negra noche, si alguna masa confusa, aglomeración de rocas o bajíos acusaba la vecindad de alguna tierra en la parte este del arrecife.

Godfrey no vio nada. Ningún olor terrestre llegaba a su olfato, ninguna sensación de luz a sus ojos, ni un ruido a sus oídos. Ningún ave atravesaba esta obscuridad. Parecía como si a su alrededor no hubiese sino un vasto desierto de agua.

A Godfrey no se ocultaba que existían mil eventualidades contra una de que estuviera perdido. Ya no se trataba ahora de realizar tranquilamente la vuelta al Mundo, sino de hacer frente a la muerte. Así que, con calma y valor, su pensamiento se elevó hacia esta Providencia que puede todo aun por medio

de la más débil de sus criaturas, cuando esta criatura ya no puede nada por sí misma.

En lo que dependía de él, Godfrey no podía hacer nada sino esperar el día, y resignarse si la salvación era imposible; pero, por otra parte, sí tentar si había alguna oportunidad de salvarse.

Tranquilizado por la gravedad misma de sus reflexiones, Godfrey se sentó sobre la roca. Se había despojado de una parte de sus vestidos, impregnados de agua de mar, su chaqueta de lana, sus pesadas botas, a fin de estar dispuesto a volverse a echar al mar si fuera preciso.

Sin embargo, ¿no era posible que alguien hubiese sobrevivido al naufragio? ¿Ni uno de la tripulación del *Dream* habría sido llevado a tierra? ¿Habían sido todos arrastrados en aquel terrible torbellino que forma un navío al hundirse? El último a quien había hablado Godfrey era el capitán Turcotte, resuelto a no abandonar su buque en tanto uno sólo de sus marineros quedasen aún a bordo. El mismo capitán era quien le había lanzado al mar en el momento en que el puente del *Dream* iba a desaparecer.

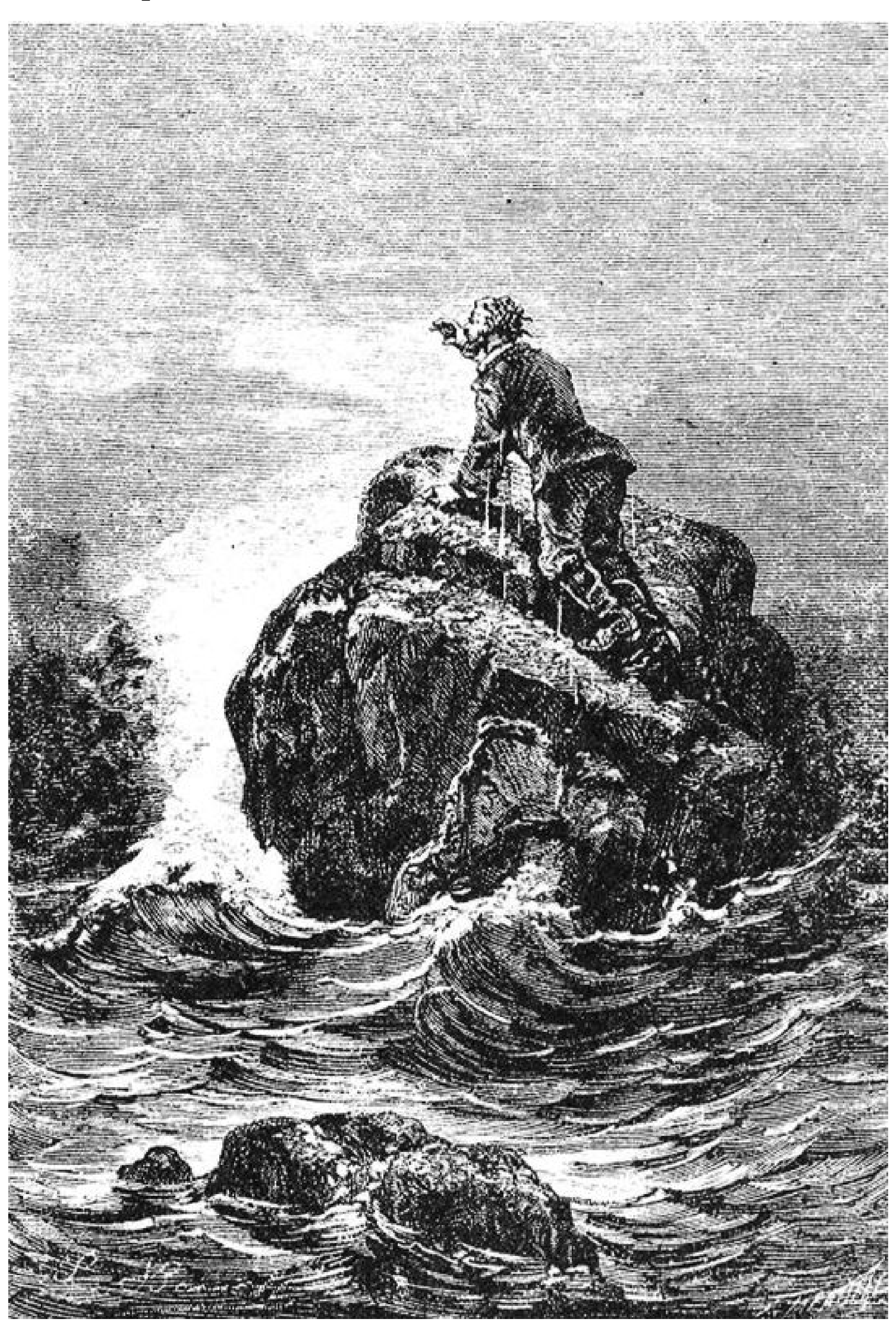
Pero a los demás, al desdichado Tartelett y el infortunado chino, sorprendidos sin duda por el hundimiento, uno en la toldilla, el otro en las profundidades de la bodega, ¿qué les habría sucedido? De todos cuantos conducía el *Dream*, ¿sería él sólo el salvado? Y, sin embargo, ¡la chalupa había quedado al remolque del vapor! Algunos marinos, pasajeros y marineros, ¿no podían haber encontrado refugio y tiempo bastante para huir del lugar del naufragio? ¡Sí!; pero ¿no era más bien de temer que la chalupa hubiese sido arrastrada con el navío y estuviese ahora también en el fondo, bajo algunas veintenas de brazas de agua?

Godfrey se dijo entonces que en esta noche obscura, si bien no podía ver, sí podría al menos hacerse oír. Nada le impedía llamar, gritar en medio de este profundo silencio. Quizá la voz de uno de sus compañeros respondiera a la suya.

Llamó, pues, diversas veces lanzando un grito prolongado que debía ser oído en un radio bastante extenso.

Ni un grito respondió al suyo.

Volvió a gritar varias veces volviéndose sucesivamente a todos los puntos del horizonte.



Silencio absoluto.

—¡Solo, solo! —murmuró.

No solamente ninguna llamada había respondido a la suya, sino que ningún eco le había devuelto el sonido de su voz. Ahora bien, si hubiese estado cerca de un bajío, no lejos de un grupo de rocas tal como se presentan generalmente los cordones litorales, sin duda sus gritos, reflejados por este obstáculo, hubieran vuelto a él. Así pues, o hacia el este del arrecife se extendía una costa baja incapaz de producir eco o, lo que era más probable, no existía tierra alguna en las proximidades. El semillero de rompientes sobre el cual el náufrago había encontrado refugio, estaba solitario.

Transcurrieron tres horas en estos trances. Godfrey, helado, yendo y viniendo por la cima de la estrecha roca, trataba de reaccionar contra el frío. Por fin algunas claridades blanquecinas tiñeron las nubes del cenit. Era el reflejo de las primeras coloraciones del horizonte.

Godfrey, vuelto de este lado, el único hacia el cual podía haber tierra, trataba de ver si algún bajío se dibujaba en la sombra. Bajo la luz de los primeros rayos del Sol saliente, debían acusarse más vivamente sus contornos.

Mas nada aparecía todavía a través de esta alba indecisa. Una ligera bruma que se levantaba del mar no permitía tampoco reconocer la extensión de las rompientes.

No había, pues, motivo para hacerse ilusión alguna. Si Godfrey había sido efectivamente arrojado sobre una roca solitaria del Pacífico, ello significaba la muerte por hambre, por sed, o bien la muerte en el fondo del océano como último recurso.

No obstante, seguía mirando, mirando, y parecía que la intensidad de su mirada debía aumentar desmesuradamente, de tal modo su voluntad se concentraba en ella.

Por fin, la bruma matinal empezó a desvanecerse. Godfrey fue viendo sucesivamente las rocas que formaban el escollo

dibujarse en relieve sobre el mar como un rebaño de monstruos marinos. Era un largo e irregular semillero de piedras negruzcas, caprichosamente recortadas, de todo tamaño y de todas formas, cuya dirección era la de oeste-este. El enorme peñasco en la cima del cual se encontraba Godfrey emergía al extremo occidental del banco, a menos de treinta brazas del sitio en que el *Dream* se había hundido. El mar en este lugar debía de ser muy profundo, puesto que del buque nada se veía, ni siquiera la extremidad de sus palos. Tal vez, por efecto de un deslizamiento sobre un fondo de rocas submarinas, había sido arrastrado lejos del escollo.

Una mirada había bastado a Godfrey para darse cuenta de este estado de cosas, la salvación no podía venir de este lado. Toda su atención se dirigió, consiguientemente, hacia el otro extremo de las rompientes que la bruma, al levantarse, descubría poco a poco. Precisa añadir que el mar, en este momento, permitía a las rocas descubrirse más, por completo. Se las veía alargarse descubriendo su base húmeda. Aquí, vastos intervalos líquidos; allí, simples charcos de agua separándolas. Si se relacionaban con algún litoral, no sería difícil llegar a él.

Por otra parte, ninguna apariencia de costa. Nada que indicase la proximidad de una tierra alta, ni aun en esta dirección.

La bruma seguía disipándose y aumentando el campo visual, al que se aplicaba obstinadamente Godfrey. Sus volutas se disiparon así por espacio de una media milla. Ya algunos charcos arenosos aparecían entre las rocas, que tapizaban unas viscosas algas. Esta arena no indicaba, por lo menos, la presencia de una playa; y si la playa existía ¿podría dudarse de que ella estuviera ligada a la orilla de una tierra más importante?

Finalmente, un largo perfil de dunas bajas acompañadas de grandes rocas graníticas, dibujándose más claramente, pareció

formar el horizonte al este. El Sol había absorbido todos los vapores matinales y su disco aparecía entonces en pleno fuego.

—¡Tierra, tierra! —exclamó Godfrey.

Y tendió las manos hacia aquella parte sólida, arrodillándose sobre el escollo en un movimiento de reconocimiento a Dios.

Era la tierra, efectivamente. En este lugar las rompientes no formaban sino una punta avanzada, algo así como el cabo meridional de una bahía que se redondeaba en un perímetro de dos millas cuanto más. El fondo de esta escota aparecía como una playa llana que bordeaba una sucesión de pequeñas dunas caprichosamente onduladas con líneas de malezas, aunque poco elevadas.

Desde el sitio que ocupaba Godfrey, su mirada pudo percibir el conjunto de esta costa.

Limitada al norte y sur por dos promontorios desiguales, no presentaba un desarrollo de más de cinco o seis millas. Era posible, sin embargo, que perteneciese a alguna tierra vasta. Pero, fuese como fuese, era al menos la salvación momentánea. Godfrey, a este respecto, no podía concebir duda alguna: no había sido arrojado sobre un peñasco solitario; podía creer que este extremo del suelo desconocido no le impediría proveer a sus primeras necesidades.

—¡A tierra, a tierra! —se dijo.

Pero antes de abandonar el escollo volvió la vista una vez más. Sus ojos interrogaron todavía el mar hasta el más lejano horizonte. ¿Aparecería algún resto, alguna partícula en la superficie de las olas, del *Dream*, algún superviviente quizá?

¡Nada!

Ni la chalupa siquiera estaba allí; debía de haber sido arrastrada en el común abismo.

Le vino entonces a Godfrey la idea de si alguno de sus compañeros habría podido encontrar refugio en estas

rompientes, y que quizá esperase como él que amaneciese para tratar de ganar la costa.

¡Nadie había, sin embargo, sobre las rocas ni sobre la arena! El arrecife estaba tan desierto como el océano.

En fin, a falta de supervivientes, ¿no habría el mar por lo menos arrojado varios cadáveres? ¿No iría Godfrey a encontrar entre los escollos, en el último límite de la resaca, el cuerpo inanimado de alguno de sus compañeros?

¡No! ¡Nada en toda la extensión de estas rompientes que las últimas ondas del reflujo dejaban entonces descubiertas!

¡Godfrey estaba solo! ¡No podía contar sino consigo mismo para luchar contra los peligros que de toda especie le amenazaban!

Ante esta realidad, sin embargo, digámoslo en su alabanza, Godfrey no quería amilanarse. Pero, puesto que ante todo le convenía tener conciencia de la naturaleza de la tierra de la que le separaba una corta distancia, abandonó la cima de la roca y comenzó a aproximarse a la costa.



Cuando el intervalo que separaba las rocas era demasiado considerable para ser franqueado de un salto, se echaba al agua y, sea que hiciese pie, sea que fuese obligado a sostenerse nadando, ganaba fácilmente la roca más próxima. Por lo contrario, cuando no había ante él sino el espacio de una yarda o dos, saltaba de una roca a otra. La marcha sobre estas piedras viscosas, tapizadas de algas resbaladizas, no era fácil,

y fue larga. Tenía que hacer cerca de un cuarto de milla en estas condiciones.

No obstante, Godfrey, diestro y ágil, puso por fin pie sobre esta tierra en que le esperaba tal vez una pronta muerte o, al menos, una vida miserable peor que la muerte. El hambre, la sed, el frío, el abandono, los peligros de toda especie, sin un arma para defenderse, sin un fusil para obtener caza, sin ropa de repuesto: ¡he aquí a qué extremos iba a verse reducido!

¡Ah, el imprudente! Había querido saber si se sentía capaz de valerse en graves coyunturas. Pues bien, ¡iba a hacer la prueba! Había envidiado la suerte de Robinson. Pues bien, ¡ahora vería si era una suerte envidiable!

Y ahora el pensamiento de aquella existencia feliz, de aquella vida fácil en San Francisco, rodeado de una familia rica y cariñosa que había abandonado para lanzarse a la aventura, le venía al espíritu. Se acordó de su tío William, de su prometida Phina, de sus amigos, que ya no volvería a ver, indudablemente. Evocando estos recuerdos se le oprimía el corazón y, a despecho de su resolución, las lágrimas asomaron a sus ojos.

¡Si, por lo menos, no hubiese estado solo, si algún otro superviviente hubiese podido, como él, alcanzar esta costa, aunque, faltando el capitán y el segundo, no hubiese sido sino el último marinero o el profesor Tartelett, por poco que pudiera esperar de este frívolo sujeto, de qué forma las eventualidades del porvenir le hubiesen parecido menos de temer! De todos modos, a este respecto todavía tenía cierta esperanza. Si bien no había encontrado resto alguno en la superficie de las rompientes, ¿no sería posible encontrarlo sobre la arena de esta playa? ¿No habría alguien más arribado a este litoral en busca de un compañero, como él mismo lo buscaba?

Godfrey abarcó aún con una larga mirada toda la parte norte y sur. No percibió ni un ser humano. Indudablemente,

esta porción de tierra estaba inhabitada. De choza, ni apariencia; de humo que se llevase el aire, ni indicio.

—¡Vayamos adelante! —se dijo Godfrey.

Y ya le tenemos avanzando por la playa hacia el norte antes de aventurarse a subir estas dunas arenosas que le permitirían reconocer el país en un mayor espacio.

El silencio era absoluto. La playa no había recibido impresión alguna. Algunas aves marinas, gaviotas y albatros, se posaban en los salientes de las rocas como únicos seres vivos de esta soledad.

Godfrey anduvo así durante un cuarto de hora. Iba por fin a subirse al talud de la más elevada de estas dunas, sembradas de juncos y maleza, cuando se detuvo bruscamente.

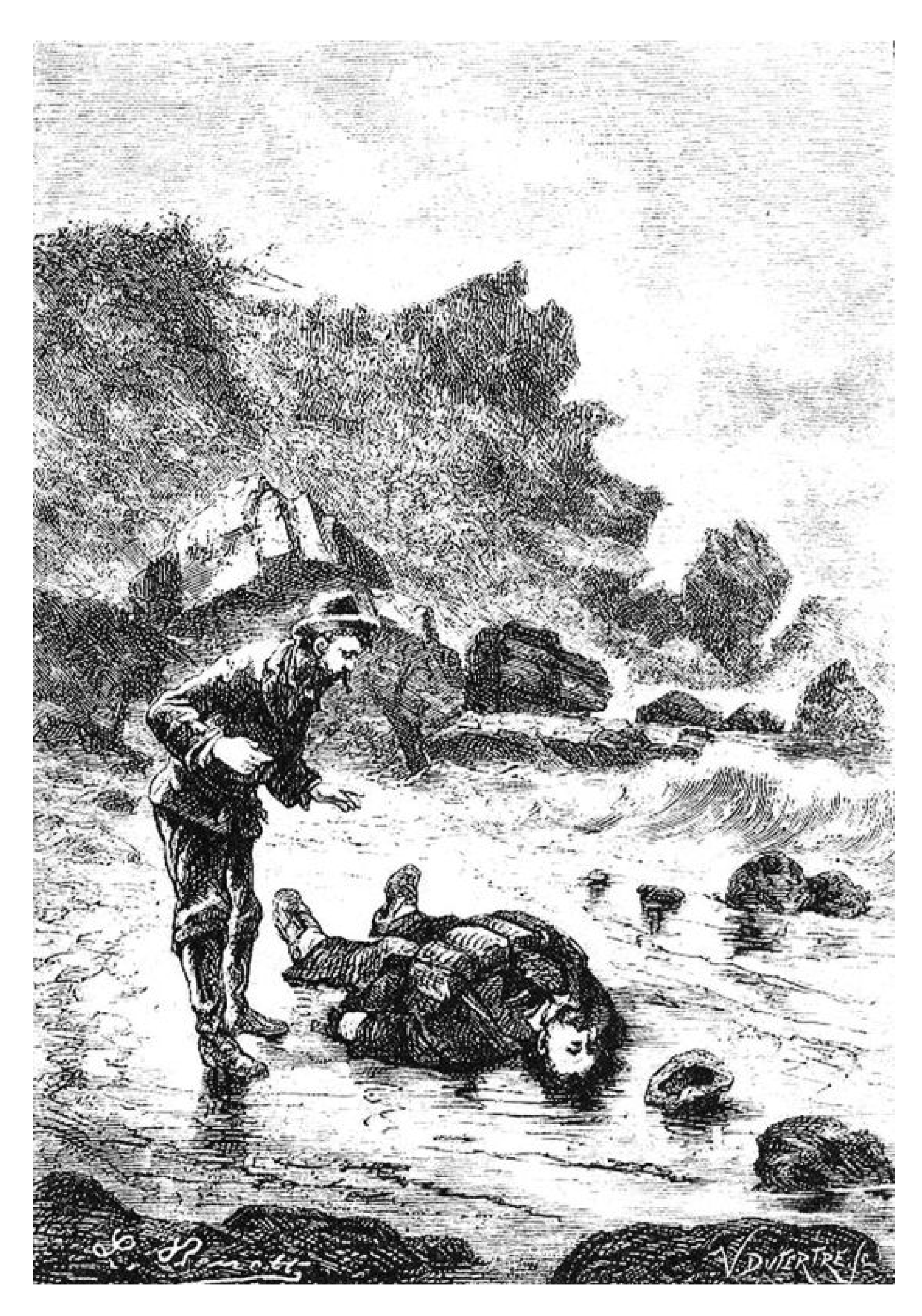
Un objeto informe, extraordinariamente hinchado, algo así como el cadáver de un monstruo marino, echado allí sin duda por la última tempestad, yacía a cincuenta pasos de él, al extremo del arrecife.

Godfrey se apresuró a correr en esta dirección.

A medida que se acercaba, su corazón le batía rápidamente. En verdad, este animal varado parecía tener forma de hombre.

Godfrey se detuvo a menos de diez pasos de él como si hubiese sido clavado al suelo y exclamó:

—¡Tartelett!



Era el profesor de baile y urbanidad. Godfrey se precipitó hacia su compañero, al que quizá quedaba aún un soplo de vida.

Un instante después comprendió que era el cinturón de salvamento el que producía este abultamiento que daba aspecto de un monstruo marino al infortunado profesor. Pero,

aunque Tartelett no hacía movimiento alguno, quizá no estaba muerto. Tal vez este aparato natatorio le había sostenido por encima de las aguas, y las ondulaciones de la resaca le habían conducido a la orilla.

Godfrey se puso a la obra. Se arrodilló al lado de Tartelett, le desembarazó de su cinturón, le friccionó con mano vigorosa y sorprendió al fin un ligero aliento sobre sus labios entreabiertos. Le puso la mano sobre el corazón. ¡Éste latía aún! Godfrey le llamó.

Tartelett removió la cabeza y después dejó oír un sonido ronco seguido de palabras incoherentes.

Godfrey le sacudió violentamente.

Tartelett abrió entonces los ojos, se pasó la mano izquierda por la frente, levantó la mano derecha y se aseguró de que su precioso violín y su arco, que sujetaba fuertemente, no le habían abandonado.

—¡Tartelett, mi querido Tartelett! —exclamó Godfrey, levantándole ligeramente la cabeza.

Esta cabeza, con el resto de sus cabellos alborotados, hizo un pequeño gesto afirmativo de arriba abajo.

—¡Soy yo, yo! ¡Soy Godfrey!

—¿Godfrey? —respondió el profesor.

Después, he aquí que se vuelve, se pone de rodillas, mira, sonríe, se levanta… ¡Ha notado que por fin tiene un punto de apoyo sólido! Ha comprendido que ya no está sobre el puente de un buque sometido a todos los caprichos de las olas y el balanceo. El mar ha cesado de conducirle. ¡Reposa sobre un suelo firme!

Y entonces el profesor Tartelett vuelve a encontrar este aplomo que había perdido desde su partida, sus pies se colocan naturalmente hacia fuera, en la posición reglamentaria, su mano izquierda toma el violín y la derecha blande el arco; luego, en tanto que las cuerdas vigorosamente atacadas

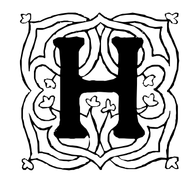
devuelven un sonido húmedo, de una sonoridad melancólica, estas palabras escapan de sus labios sonrientes:

—¡En forma, señorita!

El gran hombre pensaba en Phina.

9

DONDE SE DEMUESTRA QUE NO TODO ES DE COLOR DE ROSA EN EL OFICIO DE ROBINSON


echo esto, el profesor y el discípulo se echaron en brazos uno de otro.

—¡Mi querido Godfrey! —exclamó Tartelett.

—¡Mi buen Tartelett! —respondió Godfrey.

—¡Por fin hemos llegado a puerto! —añadió el profesor con el tono de un hombre que ya tiene bastante de la navegación y sus accidentes.

¡A esto llamaba él haber llegado a puerto!

Godfrey no quiso discutir a este respecto.

—Despojaos de vuestro cinturón de salvamento —dijo—. Ese aparato os ahoga y entorpece vuestros movimientos.

—¿Creéis que puedo hacerlo sin inconveniente? —preguntó Tartelett.

—¡Sin inconveniente! —respondió Godfrey—. Ahora apretad vuestro violín y vayamos en descubierta.

—¡Vayamos! —replicó el profesor—; pero, si gustáis, Godfrey, nos pararemos en el primer bar. Me muero de hambre, y una docena de bocadillos regados con algunos vasos de oporto me repondrían totalmente sobre mis piernas.

—¡Sí, en el primer bar…! —respondió Godfrey, meneando la cabeza—, ¡y hasta en el último… si el primero no nos acomoda!

—Después —siguió Tartelett—, preguntaremos a cualquiera que pase dónde se encuentra la oficina de telégrafos, con el objeto de poner inmediatamente un telegrama a vuestro tío Kolderup. Supongo que este excelente señor no rehusará enviarnos el dinero necesario para reintegrarnos al hotel de Montgomery-Street, porque, lo que es yo, no tengo un céntimo.

—¡Conformes! En la primera oficina telegráfica —respondió Godfrey—, o, de no haberla en este país, en la primera oficina de correos. ¡En marcha, Tartelett!

Desembarazándose de su aparato natatorio, el profesor se lo puso alrededor del cuello, como un cuerno de caza, y ya los tenemos dirigiéndose hacia la orilla de dunas que bordeaba el litoral.

Lo que interesaba más especialmente a Godfrey, al cual el encuentro de Tartelett había proporcionado alguna esperanza, era averiguar si ellos eran los únicos que habían sobrevivido al naufragio del *Dream*.

Un cuarto de hora después de haber dejado el asiento del arrecife, nuestros dos exploradores subían una duna de una altura de sesenta a ochenta pies y llegaban a su cima. Desde allí dominaron el litoral en una larga extensión, y sus miradas interrogaron este horizonte del este que las tumescencias de la costa habían ocultado hasta entonces.

A la distancia de dos o tres millas en esta dirección, una segunda línea de colinas formaba el segundo plano, y más allá no se dejaba ver nada de horizonte.

Hacia el norte parecía que la costa se elevaba en punta; pero, si se ajustaba o no a algún cabo proyectado hacia atrás, no se podía por entonces afirmarlo. Al sur, una caleta ahondaba profundamente el litoral y por este lado, al menos,

parecía que el océano se extendía hasta perderse de vista. De lo cual surgía la conclusión de que esta tierra del Pacífico debía de ser una península, y en este caso el istmo que la relacionaba al continente, a un continente cualquiera, debía buscarse hacia el norte o el nordeste.

En cualquier caso, esta comarca, lejos de ser árida, se desplegaba bajo un agradable manto de verdura, con largas praderías en que serpenteaban algunas corrientes límpidas, altas y espesas florestas en las que los árboles se escalonaban gradualmente hasta el segundo plano de las colinas. Todo era de un aspecto encantador.

¡Pero ni pensar en casas formando un pueblecito, aldea o choza a la vista! Ni aglomeraciones de construcciones dispuestas para la explotación de algún establecimiento agrícola, un caserío, una granja. De eso, ¡ni apariencia! Ni humo elevándose en el aire y acusando alguna habitación escondida bajo los árboles. ¡Nada en absoluto! Ni un campanario en el entrelazamiento de los árboles, ni un molino sobre alguna eminencia aislada. Tampoco en defecto de casas, una cabaña, una choza cualquiera. ¡No, nada! Si seres humanos habitaban este suelo desconocido, no podían estar sino debajo, no arriba, a la manera de los trogloditas. Ningún camino trazado, ni siquiera un sendero, ni una trocha. Parecía como si el pie del hombre jamás hubiese pisado ni un pedrusco de esta playa, ni una yerba de estas praderas.

—¡Yo no veo la ciudad! —hizo observar Tartelett, que se alzaba, sin embargo, sobre la punta de sus pies.

—¡Eso es, probablemente, porque no existe en esta parte de la comarca! —respondió Godfrey.

—¡Pero siquiera un pueblo…!

—¡Tampoco!

—¿Dónde nos hallamos, entonces?

—¡Lo ignoro!

—¿Cómo? ¿No lo sabéis? Pero, Godfrey, no podemos tardar en saberlo…

—¿Quién puede decirlo?

—Entonces, ¿qué va a ser de nosotros? —exclamó Tartelett, doblando sus brazos, que levantó al cielo.

—¡*Robinsones* quizá!



A esta contestación, el profesor dio un salto tal que ningún *clown* hubiera podido hacerlo como él.

¡Ellos *Robinsones! ¡Robinson* él! ¡Descendientes de aquel *Selkirk* que vivió durante largos años en la isla de Juan-Fernández! ¡Imitadores de esos héroes imaginarios de Daniel Defoe y de Wyss de los que tan frecuentemente habían leído

las aventuras! ¡Abandonados, lejos de sus parientes, de sus amigos, separados de sus semejantes por millares de millas, destinados a disputar su vida tal vez a fieras quizá a salvajes que podrían abordar a esta tierra; miserables sin recursos, sufriendo hambre, sin armas, sin utensilios, casi sin vestidos, entregados a sí mismos!

¡No, no! ¡Era imposible!

—No me digáis esas cosas, Godfrey! —exclamó Tartelett—. ¡No, no bromeéis! Sólo la suposición bastaría para matarme. Habéis querido burlaros, ¿no es verdad?

—Sí, mi querido Tartelett! —respondió Godfrey—; tened confianza, pero primero atendamos a lo más urgente.

En efecto, se trataba de encontrar una caverna, una gruta, un agujero cualquiera para poder pasar la noche allí; después se intentaría recoger lo que se pudiera en conchas comestibles a fin de calmar en lo posible las exigencias del estómago.

Godfrey y Tartelett empezaron pues a bajar el talud de las dunas con objeto de dirigirse al arrecife. Godfrey se mostraba muy interesado en sus búsquedas; Tartelett, muy confuso en sus trances de náufrago. El primero miraba ante él, tras él, por todas partes; el segundo no era capaz de ver ni a diez pasos.

He aquí lo que se preguntaba Godfrey:

«De no haber habitantes en esta tierra, ¿habrá al menos animales?».

Con esto quería decir animales domésticos, o sea caza de pelo o pluma, no de esas fieras que abundan en las regiones de la zona tropical y de las que no había nada que hacer…

Esto era lo que sólo las averiguaciones posteriores le permitirían saber.

En todo caso, algunas bandadas de aves animaban entonces el litoral; alcaravanes, bernachos, chorlitos, cercetas voltigeando, piando, llenando el aire con sus giros y gritos,

manera, sin duda, de protestar contra la invasión de sus dominios.

Godfrey pudo con razón sacar la consecuencia de que las aves significaban nidos, y los nidos significaban huevos. Dado que estos volátiles se reunían en grandes masas, dedujo que las rocas podrían suministrarles millares de huevos como alimentación habitual. En la lejanía, algunas garzas y becasinas indicaban la vecindad de una marisma.

Los volátiles, por tanto, no faltaban; la dificultad sería únicamente apoderarse de ellos sin un arma de fuego para abatirlos. Por consiguiente, y mientras tanto, lo mejor sería utilizarlos en el estado de huevos y resolverse a consumirlos bajo esta forma elemental, pero nutritiva.

Sin embargo, si bien el alimento estaba allí, ¿cómo se le haría cocer? ¿Cómo podría hacerse fuego? Cuestión importante cuya solución quedó aplazada para más tarde.

Godfrey y Tartelett se volvieron directamente hacia el arrecife, por encima del cual revoloteaban bandadas de aves marinas. Una agradable sorpresa les esperaba allí. En efecto, entre aquellos volátiles indígenas que corrían sobre la arena de la playa y la picoteaban en medio de las algas y la maraña de plantas acuáticas, ¿no percibieron una docena de gallinas y dos o tres gallos de raza americana? ¡No, no era una ilusión, puesto que en sus proximidades unos ruidosos quiquiriquíes resonaron en el aire como un toque de corneta!

Y, más lejos, ¿qué eran esos cuadrúpedos que se deslizaban entre las rocas y trataban de alcanzar las primeras rampas de las dunas, donde abundaban algunos arbustos verduscos? Godfrey no podía ya interpretar erróneamente aquello. Allí había una docena de agutíes, cinco o seis carneros y otras tantas cabras que pacían tranquilamente las primeras yerbas en el confín mismo de la pradera.

—¡Ah, Tartelett, mira!

Y el profesor miró, pero sin ver nada, de tal modo el sentimiento de esta situación inesperada le absorbía.

Una reflexión vino al espíritu de Godfrey, reflexión que era justa: estos animales, gallinas, agutíes, cabras y corderos, debían de pertenecer al pasaje animal del *Dream*. Efectivamente, en el momento en que el buque se hundía, los volátiles habían podido alcanzar el arrecife y después la playa. En cuanto a los cuadrúpedos, habían alcanzado fácilmente, nadando, las primeras rocas del litoral.

—De esta manera —observó Godfrey—, lo que ninguno de nuestros infortunados compañeros ha hecho, estos simples animales, guiados por su instinto, han podido hacerlo. Y, de todos aquellos que transportaba el *Dream*, no ha habido salvación sino para los irracionales.

—¡Contándonos a nosotros! —respondió cándidamente Tartelett.

En efecto, en lo que le concernía, sólo era a la manera de un animal simple, inconsciente, y sin que su energía moral entrara para nada, como el profesor había podido salvarse.

Poco importaba, por otra parte. Era una circunstancia muy feliz para ambos náufragos la de que cierto número de estos animales hubiese alcanzado la orilla. Los recogerían y agruparían, y con la fecundidad natural a su especie, no sería imposible, si la estancia se prolongaba en esta tierra, tener todo un rebaño de cuadrúpedos y un corral de volátiles.

Pero este día en cuestión Godfrey quiso saber a qué atenerse respecto a los recursos alimenticios que podría suministrar la costa, tanto en huevos como en conchas. El profesor Tartelett y él se pusieron, por tanto, a registrar los intersticios de las piedras bajo el tapiz de las algas, y no sin éxito. Bien pronto hubieron recogido gran cantidad de almejas y moluscos que en rigor podían comerse crudos. Algunas docenas de huevos de bernachos se hallaron también en las altas rocas que formaban la bahía en su parte norte. Allí habría

habido bastante para hartar mucho más numerosos comensales. Apremiados por el hambre, Godfrey y Tartelett no se mostraron en absoluto exigentes en esta primera comida.

—¿Y el fuego…? —preguntó el profesor.

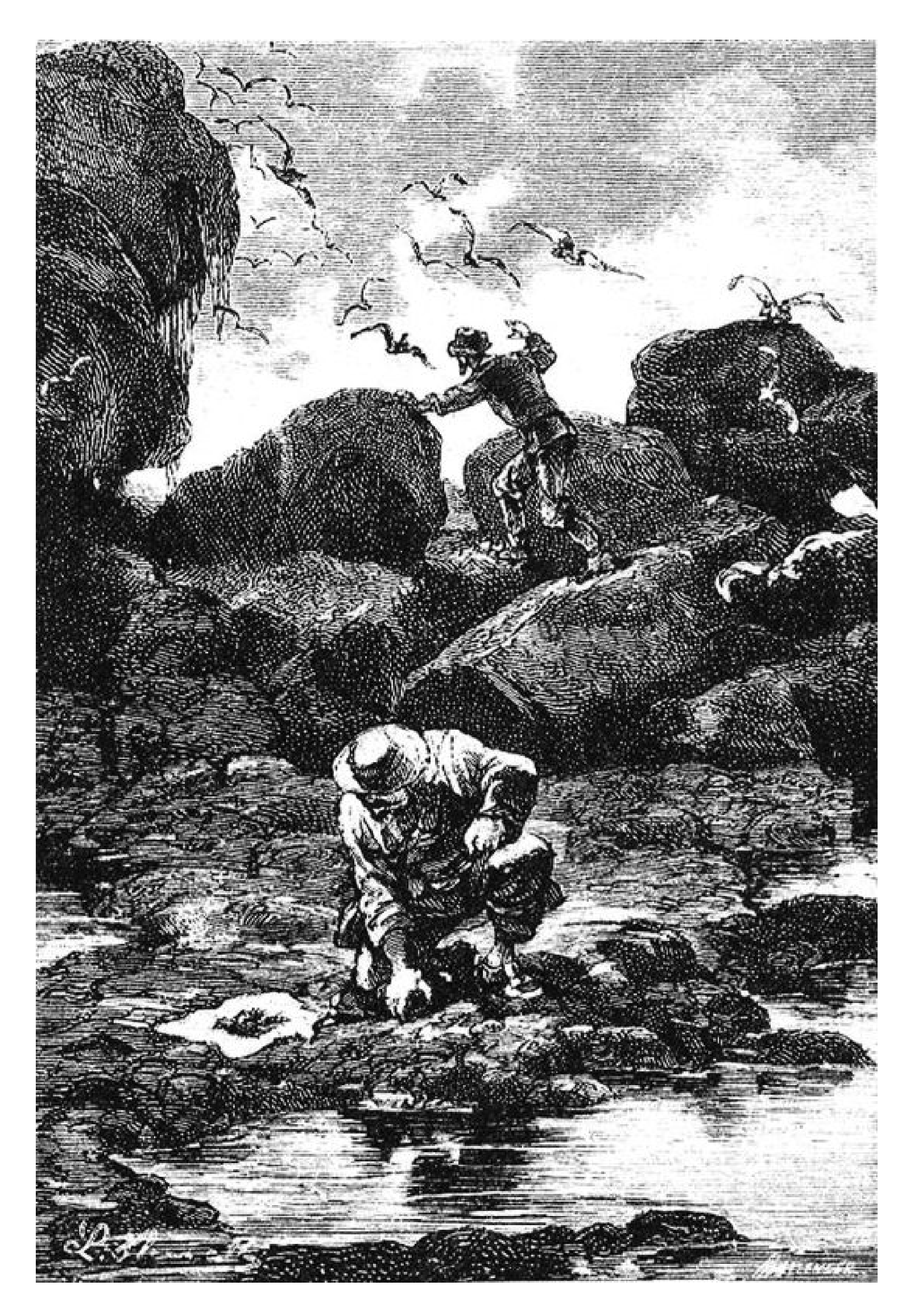
—¡Sí, el fuego! —respondió el otro.

Ésta era la más grave de las cuestiones, y ella condujo a los dos náufragos a hacer inventario de sus bolsillos.

Los del profesor estaban vacíos o poco menos; no contenían sino algunas cuerdas de recambio para su violín y un pedazo de celofán para su arco. ¡Decidme el medio de procurarse fuego con eso!

Godfrey no estaba en absoluto mejor provisto. Sin embargo, con una extrema satisfacción encontró en su bolsillo un excelente cuchillo que su funda de cuero había preservado del contacto del mar. Este cuchillo, con hoja, barrena, punzón y sierra, resultaba un instrumento precioso en aquellas circunstancias. Pero, excepto este instrumento, Godfrey y su compañero no poseían sino las manos, debiéndose mencionar que las del profesor jamás se habían ejercitado sino en tocar el violín y tomar actitudes. Godfrey pensó, por consiguiente, que no podía contar sino con sus propias manos.

Sin embargo, decidió utilizar las de Tartelett para procurarse fuego por medio de dos trozos de madera rápidamente frotados uno contra otro. Algunos huevos endurecidos bajo la ceniza hubieran sido singularmente apreciados en el segundo almuerzo del mediodía.



Así pues, en tanto que Godfrey se ocupaba de desvalijar los nidos a pesar de los propietarios, que trataban de defender su progenitura en cáscara, el profesor fue a recoger algunos trozos de la madera de que el suelo estaba sembrado al pie de las dunas. Este combustible fue llevado a la parte baja de un peñasco abrigado del viento del mar. Tartelett escogió

entonces dos fragmentos bien secos con la intención de desprender poco a poco su poder calórico por medio de un frotamiento riguroso y continuo.

Lo que hacen habitualmente simples salvajes polinesios, ¿por qué el profesor (que, en su opinión, les era con mucho superior) no había de hacerlo él mismo?

Y hele aquí, pues, frotando, refrotando hasta dislocarse los músculos del brazo y antebrazo. ¡Se empleaba en ello con una especie de rabia, el pobre hombre! Pero, sea que la calidad de la madera no fuese la conveniente, sea que no tuviese un grado suficiente de sequedad, sea, en fin, que él, profesor, no acertara a dar a las manos el giro necesario para una operación de este género, no logró calentar un tanto los dos trozos leñosos, aunque sí logró desprender de su persona un calor intenso. En suma, ¡fue únicamente su frente la que humeó bajo los vapores de la transpiración!

Cuando Godfrey volvió con su cosecha de huevos, encontró a Tartelett nadando en sudor y en un estado como jamás sus ejercicios coreográficos le habían puesto.

—¿No marcha eso? —preguntó.

—¡No, Godfrey; esto no marcha! —respondió el profesor, y empezó a creer que estas invenciones de salvajes no son sino imaginaciones para engañar a las pobres gentes.

—No —repitió Godfrey—; pero en esto, como en todo, es preciso saber arreglárselas.

—Entonces, esos huevos…

—Quizá haya otro medio —respondió Godfrey—. Atando uno de estos huevos al extremo de una cuerda, haciéndolo girar rápidamente y, después, deteniendo bruscamente el movimiento de rotación, quizá este movimiento se transformaría en calor, y entonces…

—Entonces, ¿el huevo estaría cocido?

—Sí, si la rotación había sido considerable y la detención brusca… Pero ¿cómo producir esta detención sin aplastar el huevo? Así pues, lo que resulta más sencillo, mi querido Tartelett, helo aquí.

Y Godfrey, tomando delicadamente uno de los huevos de bernacho, rompió la cáscara en su extremidad y la sorbió hábilmente su contenido, sin más formalidades.

Tartelett no pudo decidirse a imitarle y tuvo que contentarse con su porción de conchas.

Quedaba ahora lo de buscar una gruta, una anfractuosidad cualquiera para pasar la noche.

—No existe ejemplo de *Robinsones* que no hayan encontrado por lo menos una caverna, de la que hacían más tarde su habitación —hizo observar el profesor.

—¡Busquémosla pues! —replicó Godfrey.

Si ello hasta entonces había sucedido siempre, es preciso confesar que esta vez la tradición se rompió. En vano los dos registraron la orilla rocosa de la parte septentrional de la bahía. Ni caverna ni gruta; ni un solo hueco que pudiera servir de abrigo. Fue preciso pues renunciar. Así, Godfrey se determinó a ir en reconocimiento hasta los primeros árboles del segundo plano, más allá de esta ribera arenosa.

Tartelett y él volvieron a subir, pues, el talud de la primera línea de dunas, adentrándose a través de las verdeantes praderas que ya habían visto horas atrás.

Por una peregrina y feliz circunstancia a la vez, los otros supervivientes del naufragio los seguían voluntariamente. Sin duda los gallos, gallinas, corderos, cabras y agutíes empujados por su instinto, habían optado por acompañarlos. Se sentían sin duda demasiado solos sobre esta playa, que no les ofrecía recursos suficientes ni en yerbas ni en gusanos.

Tres cuartos de hora más tarde Godfrey y Tartelett —sin haber hablado nada durante esta exploración— llegaban a la

orilla de los árboles. Ninguna muestra de habitantes ni de habitación. Soledad completa. Podía uno preguntarse si jamás esta parte del país había recibido la huella de un pie humano.

En este lugar algunos magníficos árboles se elevaban por grupos aislados, en tanto que otros más apretados, a un cuarto de legua detrás, formaban una verdadera selva de diversos olores.

Godfrey buscó algún viejo tronco vaciado por los años que pudiera ofrecer un abrigo entre sus paredes; pero sus búsquedas resultaron inútiles por más que las continuó hasta el caer de la noche.

El hambre los aguijoneaba vivamente entonces, por lo que ambos tuvieron que contentarse con conchas de las que habían anticipadamente hecho una amplia provisión en la playa. Después, abrumados por la fatiga, se arrimaron al pie de un árbol y se durmieron, como suele decirse, en la gracia de Dios.

10

EN QUE GODFREY HACE TODO LO QUE CUALQUIER OTRO NAUFRAGO HUBIESE HECHO EN PARECIDAS CIRCUNSTANCIAS

La noche transcurrió sin incidente alguno. Los dos náufragos, agotados por la emoción y la fatiga, habían descansado tan tranquilamente como si hubiesen estado acostados en la más cómoda cámara del hotel de Montgomery-Street.

El siguiente día, 27 de junio, a los primeros rayos del Sol naciente, el canto del gallo les despertó.

Godfrey se percató casi enseguida de la situación vigente, en tanto que Tartelett tuvo que frotarse los ojos largo tiempo y estirar los brazos antes de situarse en la realidad.

—Y el desayuno de esta mañana ¿va a parecerse a la comida de ayer? —preguntó de primera intención.

—¡Así lo temo! —respondió Godfrey—, pero confío en que cenaremos mejor esta noche.

El profesor no pudo por menos de contener un gesto significativo. ¿Dónde estaban el té y los bocadillos que hasta entonces le eran llevados al despertar? ¿Cómo, sin este alimento preparatorio, podría llegar a la hora del almuerzo, que quizá tampoco llegaría a sonar?

Mas precisaba tomar un partido. Godfrey se daba buena cuenta de la responsabilidad que pesaba sobre él, sobre él solo, puesto que nada podía esperarse de su compañero. En esta caja vacía que servía de cráneo al profesor no podía haber ninguna idea práctica; Godfrey tenía que pensar, idear, decidir por dos.

Dedicó un primer recuerdo a Phina, su prometida, de la que había retardado aturdidamente el hacer su mujer; un segundo recuerdo a su tío Will, al que tan imprudentemente había abandonado, y dijo, volviéndose hacia Tartelett:

—Para variar nuestra costumbre, aquí tenemos todavía algunas conchas y media docena de huevos.

—¡Y nada para hacerlos cocer!

—¡Nada! —dijo Godfrey—; pero, si estos mismos alimentos nos faltasen, ¿qué diríais entonces, Tartelett?

—¡Diría que nada no es bastante! —respondió el profesor con seco tono.

Fue, sin embargo, necesario contentarse con este desayuno más que sumario, cosa que se hizo.

La idea, bien natural, que vino entonces a la mente de Godfrey fue la de llevar más adelante el reconocimiento comenzado la víspera. Antes que todo, importaba saber en cuanto fuera posible en qué parte del Océano Pacífico se había perdido el *Dream*, a fin de tratar de alcanzar algún sitio habitado de este litoral en que se pudiese organizar la repatriación o esperar el paso de un navío.

Godfrey observó que, si podía sobrepasar la segunda línea de colinas, cuyo pintoresco perfil se dibujaba por encima del bosque, quizá podría documentarse a este respecto. Ahora bien, calculaba que le precisarían una hora o dos para llegar allí, y fue a esta urgente exploración a la que resolvió consagrar las primeras horas del día.

Miró a su alrededor. Los gallos y las gallinas picoteaban en las altas yerbas. Los agutíes, cabras y corderos iban y venían

por entre los árboles.

Claro que Godfrey no tenía la intención de arrastrar como acompañamiento toda esta tropa de volátiles y cuadrúpedos. Pero, para retenerlos con más seguridad en este lugar, era preciso dejar a Tartelett a su guarda.

Éste se avino a quedarse solo y a convertirse durante algunas horas en el pastor de este rebaño. No hizo sino una observación.

—¿Y si os perdieseis, Godfrey?

—No tengáis ningún temor a este respecto. No tengo sino que atravesar este bosque, y, como vos no os apartaréis de este lugar, estoy seguro de encontraros.

—¡No olvidéis el telegrama a vuestro tío Will y pedidle algunos centenares de dólares!

—El telegrama… o la carta. ¡Conforme! —respondió Godfrey, que, en tanto no estuviera informado sobre la situación de esta tierra, quería mantener a Tartelett en sus ilusiones.

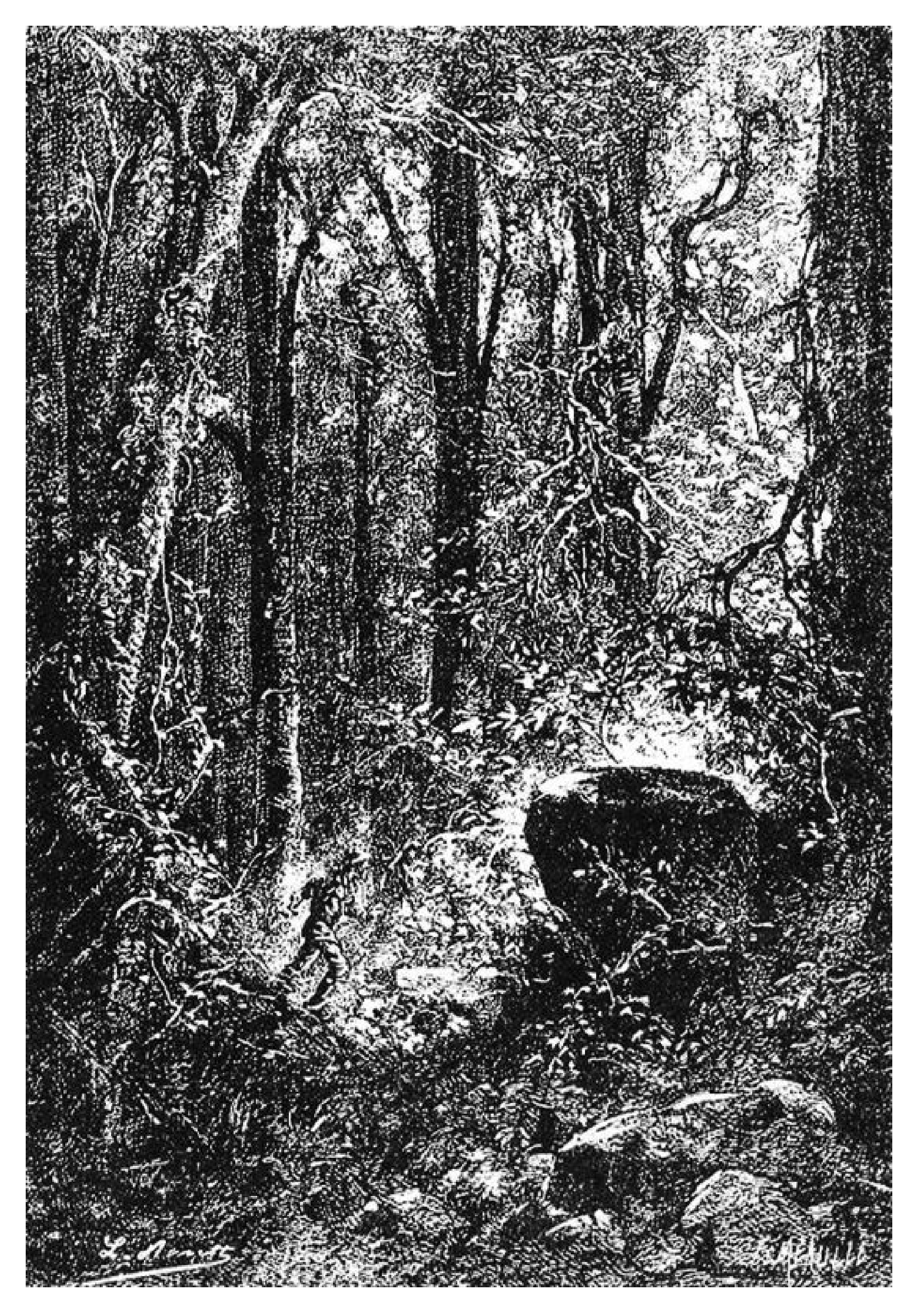
Tras ello, y después de haber apretado la mano del profesor, se internó en la espesura de los árboles, cuyo apretado follaje apenas dejaba filtrar algunos rayos solares. Era su dirección, sin embargo, la que debía guiar a nuestro joven explorador hacia esta alta colina, que ocultaba todavía a sus ojos todo el horizonte del este.

¿Sendero? ¡Ni muestra! El suelo, sin embargo, no estaba virgen de toda huella. Godfrey notó en ciertos sitios la señal de pasos de animales. En dos o tres ocasiones creyó incluso ver huir algunos rápidos rumiantes, alces, gamos o ciervos, mas no reconoció ninguna huella de bestias feroces, como tigres o jaguares, de cuya ausencia no tenía por qué lamentarse.

La elevada plataforma del bosque, es decir, toda la porción de las ramas, comprendida entre la primera bifurcación y la extremidad de las ramas, daba asilo a gran número de pájaros:

pichones salvajes a centenares, quebrantahuesos, gallos de brezo, aracaris con pico en forma de pata de langosta y, más arriba, planeando por encima de lo descubierto, dos o tres gipaetos, cuyo ojo parece una escarapela. No obstante, ninguno de estos volátiles era de especie tan especial como para poder deducir cuál era la latitud de este continente.

Lo mismo sucedía con los árboles de este bosque. Los mismos olores, poco más o menos, que los de la parte de los Estados Unidos que comprende la Baja California, la bahía de Monterrey y Nuevo México. Allí crecían madroños, cornejos de grandes flores, arces, abedules, encinas, cuatro o cinco variedades de magnolias y pinos marítimos como los que se encuentran en Carolina del Sur; después, en medio de vastos claros, oliváceos, castaños y, en lo que respecta a arbustos, mazorca de tamarindos, mirtos, y lentiscos, como se producen en el sur de la zona templada. En general, siempre había espacio suficiente entre estos árboles para que se pudiera pasar sin estar obligado a recurrir al fuego o al hacha. La brisa del mar circulaba fácilmente a través del alto ramaje, y aquí y allí grandes espacios de luz espejeaban sobre el suelo.



Godfrey marchaba pues atravesando en diagonal estas espesuras del gran bosque. El tomar algunas precauciones, ni le había venido a la cabeza. El deseo de alcanzar las alturas que bordeaban el bosque por el este le absorbía por entero. Buscaba a través del follaje la dirección de los rayos solares a fin de marchar más directamente a su objetivo. No veía siquiera los pájaros-guías (llamados así porque vuelan delante

del viajero) que se detenían, daban la vuelta, volvían a hacerlo y seguían su camino como si quisiesen indicarle el suyo… Nada podía distraerle.

Esta concentración de espíritu se comprende. Antes de una hora su suerte iba a resolverse. ¡Antes de una hora sabría si era posible alcanzar alguna parte habitada de este continente!

Ya Godfrey, razonando según lo que conocía de la ruta seguida y del camino hecho por el *Dream* durante una navegación de diecisiete días, se había dicho que sólo el litoral japonés o la costa china eran los sitios cerca de los cuales el buque había podido hundirse. Además, la posición del Sol, siempre al sur con referencia a él, demostraba que el *Dream* no había franqueado el límite del hemisferio meridional.

Dos horas después de su salida, Godfrey estimaba en cinco millas el camino recorrido, poco más o menos, teniendo en cuenta algunos rodeos a los que el espesor del bosque le había varias veces obligado. El segundo plano de colinas no podía estar lejano. Ya los árboles se espaciaban formando algunos grupos aislados y los rayos de luz penetraban más fácilmente a través de las altas ramas. El suelo acusaba también cierta inclinación que no tardó en transformarse en rampa bastante ruda.

Aunque no dejase de estar cansado, Godfrey tuvo la suficiente voluntad para no moderar su marcha. Incluso hubiese corrido, de no habérselo impedido la aspereza de las primeras pendientes.

Pronto alcanzó un lugar bastante elevado para dominar la masa general de esta cúpula verdosa que se extendía tras de él y donde algunas puntas de árboles emergían aquí y allá.

Pero Godfrey no pensaba en mirar hacia atrás. Sus ojos no abandonaban la línea de la cumbre desnuda que se perfilaba a cuatrocientos o quinientos pies delante y encima de él. Era la barrera que siempre le ocultaba el horizonte oriental.

Un pequeño cono, oblicuamente truncado, sobrepasaba esta línea accidentada y se unía por pequeñas pendientes suaves a la cresta sinuosa que dibujaba el conjunto de las colinas.

—¡Allí, allí! —se dijo Godfrey—. ¡Ése es el punto que es preciso alcanzar! ¡Es la cima del cono! Y, desde allí ¿qué veré? ¿Una ciudad, un pueblo, el desierto?

Fuertemente excitado, Godfrey seguía subiendo, apretando los codos al pecho para contener los latidos de su corazón. Su respiración, un tanto anhelante, le fatigaba, pero no hubiera tenido paciencia para pararse y volver a tomar aliento. Aunque pudiera caer, medio desvanecido, en la cima del cono que se erguía a no más de un centenar de pies por encima de su cabeza, no quería perder un minuto.

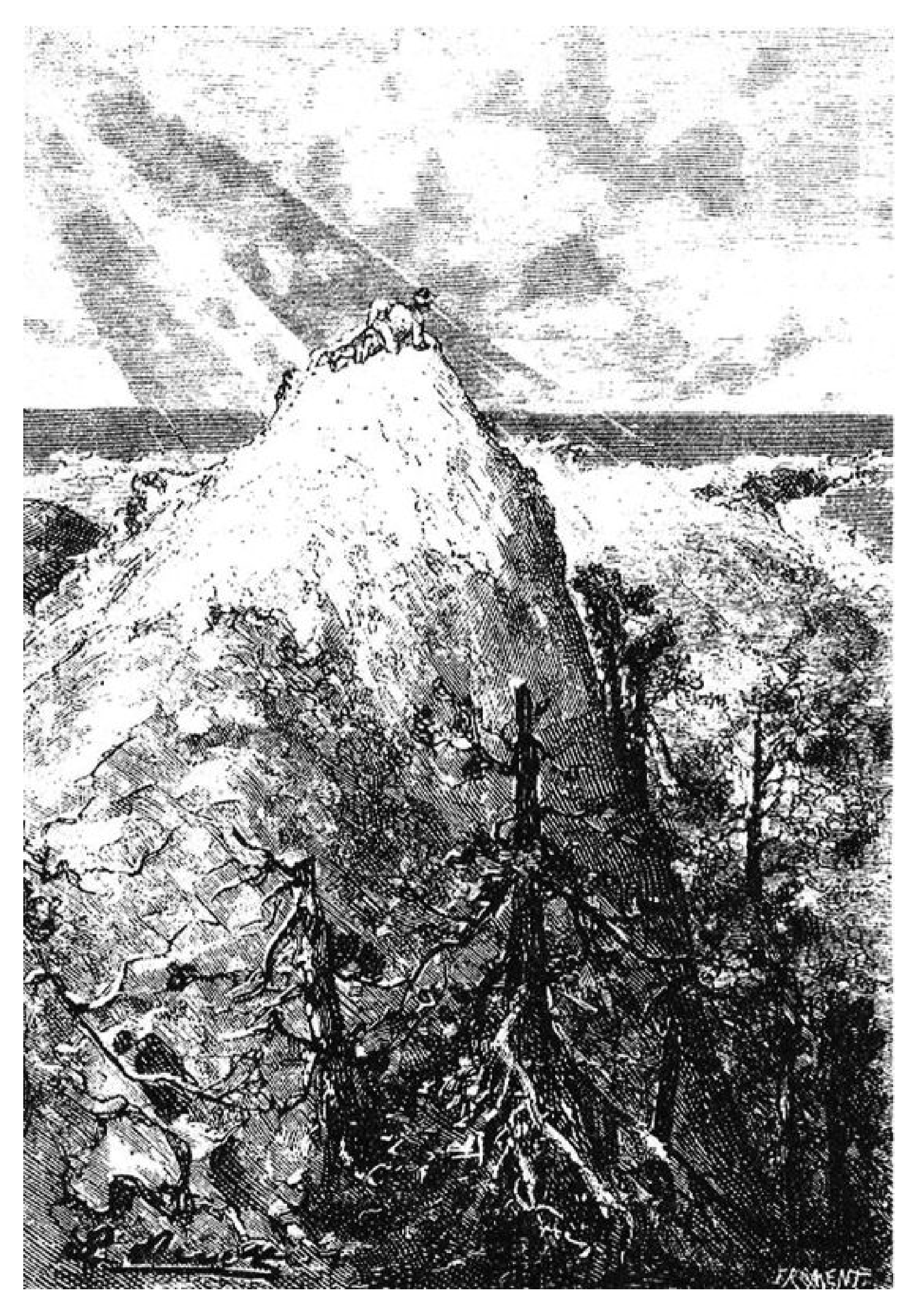
En fin, algunos instantes más y ya estaría en la cima. La rampa le parecía bastante áspera por este lado, bajo un ángulo de treinta a treinta y cinco grados. Se ayudaba con pies y manos; se agarraba a los yerbajos secos del talud, a algunos escuálidos arbustos de lentiscos o mirtos que ascendían hasta la cresta.

¡Un último esfuerzo! Finalmente, sobrepasó la plataforma del cono, y, echado sobre el vientre, sus ojos recorrieron ávidamente todo el horizonte del este…

Éste lo formaba el mar, que iba a confundirse, una veintena de millas más allá, con la línea del cielo. Se volvió.

El mar siempre; al oeste, al sur, al norte… El mar inmenso rodeándolo por todas partes.

—¡Una isla!



Al pronunciar esta palabra, Godfrey experimentó una viva opresión en el corazón. No le había venido al pensamiento que pudiera hallarse en una isla. ¡Y lo era, sin embargo! La cadena terrestre que hubiera podido unirle al continente estaba bruscamente rota. Tenía la impresión de un hombre dormido en una embarcación, arrastrada a la deriva, que se despierta y no halla una vela ni un remo para volver a tierra.

Pero Godfrey se repuso rápidamente. Tomó el partido de aceptar las circunstancias. En cuanto a las probabilidades de salvación, puesto que no podían venir de fuera, le tocaba a él hacerlas surgir.

Se trataba primeramente de reconocer con la mayor exactitud posible la disposición de esta isla, que su mirada abarcaba en toda su extensión. Estimó que debía medir alrededor de sesenta millas de circunferencia, teniendo a simple vista veinte millas de largo, de sur a norte, sobre doce millas de ancho, de este a oeste.

En cuanto a su parte central, se ocultaba bajo la espesa selva verdosa, que se detenía en la línea de la cumbre dominaba por el cono cuyo talud terminaba muriendo en el litoral.

Todo el resto no era sino pradera, con macizos de árboles o playa con rocas, proyectando sus últimos asientos bajo la forma de cabos y promontorios caprichosamente dispuestos. Algunas caletas recortaban la costa, pero sin poder dar refugio sino a dos o tres barcas de pesca. Sólo la bahía, al fondo de la cual el *Dream* había naufragado, medía una extensión de siete a ocho millas. Parecida a una rada, se abría sobre los dos tercios del compás: un barco no habría podido encontrar allí abrigo seguro a menos que el viento no hubiese soplado del este.

Pero ¿qué isla era ésta? ¿A qué grupo geográfico pertenecía? ¿Formaba parte de un archipiélago, o no era sino un accidente aislado en esta porción del Pacífico?

En todo caso, ninguna isla grande ni pequeña, elevada o baja aparecía en su campo visual.

Godfrey se levantó e interrogó el horizonte. Nada en esta línea circular en que se confundían mar y cielo. De existir acaso, a sotavento o a barlovento, alguna isla o tal cual costa de continente, no podría ser sino a una distancia considerable.

Godfrey hizo recuento de todos sus recuerdos geográficos a fin de adivinar cuál era esta isla del Pacífico. Por razonamiento, llegó a esto: el *Dream*, durante diecisiete días, había seguido aproximadamente la dirección sudoeste. Ahora bien, a una velocidad de ciento cincuenta o ciento ochenta millas por día, debía de haber recorrido cerca de cincuenta grados. Por otra parte, estaba claro que no había sobrepasado la línea ecuatorial. Así, pues, faltaba buscar la situación de la isla, o del grupo del que quizá dependía, en la zona comprendida entre los grados ciento sesenta y ciento setenta norte.

En esta porción del Pacífico, parecía a Godfrey que una carta de navegación no le hubiera ofrecido otro archipiélago que el de las Sandwich; pero, fuera de éste, ¿no existían islas solitarias cuyos nombres no podía recordar y que formaban como un gran rosario hasta el litoral del Celeste Imperio?

Por otra parte, esto poco importaba, no existiendo medio de ir a buscar en otro punto del océano una tierra más hospitalaria.

—¡Bueno! —se dijo Godfrey—, puesto que no conozco el nombre de esta isla, sea nombrada isla Phina, en recuerdo de aquella a quien yo no debí haber abandonado para ir a correr el Mundo, ¡y ojalá este nombre nos traiga suerte!

Godfrey se ocupó entonces de reconocer si la isla estaba habitada en la parte que no había podido visitar todavía.

De la cima del cono nada vio que denunciara trazas de indígenas, ni cabañas en la pradera, ni casas en la cercanía de los árboles, ni siquiera una choza de pescador en la costa.

Pero, si la isla estaba desierta, el mar que la rodeaba no lo estaba menos, y ningún buque se mostraba en los límites de una periferia a la cual la altura del cono daba un desarrollo considerable.

Hecha la exploración, ya sólo debía Godfrey regresar al pie de la colina y volver a tomar el camino del bosque con el

fin de unirse a Tartelett. Pero, antes de dejar su observatorio, su mirada fue atraída por una especie de robledal de gran tamaño que se erguía en el límite de los prados del norte. Se trataba de un grupo gigantesco; sobrepasaba en altura todos aquellos que Godfrey había visto hasta entonces.

«¡Quizá —se dijo— será bueno instalarse aquí, a este lado, tanto más porque, si no me engaño, percibo un riachuelo que debe de tener nacimiento en algún manantial de la cadena central y que corre a través de la pradera!».

¡Sería cosa de examinarlo al día siguiente!

Hacia el sur, el aspecto de la isla era algo distinto. Bosques y praderas daban más frecuentemente lugar al tapiz amarillo de las playas, y en ciertos sitios el litoral se enderezaba en rocas pintorescas. Pero ¿cuál no fue la sorpresa de Godfrey cuando creyó percibir una ligera humareda que se elevaba en el aire más allá de esta barrera rocosa?

«¿Hay allí, pues, algunos de nuestros compañeros? —se preguntó—. Pero no, eso no es posible. ¿Por qué se habrían apartado de la bahía desde ayer y a varias millas del arrecife? ¿Será, pues, una aldea de pescadores o el campamento de una tribu indígena?».

Godfrey observó con la más extrema atención. ¿Se trataba realmente de humo este vapor desprendido que la brisa transportaba hacia el oeste? Podía ser un error. De todos modos, no tardó en desvanecerse, y pocos minutos después ya no podía verse nada. Se trataba de una esperanza desvanecida. Godfrey miró una vez más en esta dirección; después, no percibiendo ya nada, se dejó deslizar a lo largo del talud, descendió por las pendientes de la colina y se hundió otra vez bajo los árboles. Una hora más tarde había atravesado toda la selva y volvía a encontrarse en su confín.

Allí le esperaba Tartelett en medio de su rebaño de dos y de cuatro patas. ¿En qué ocupación estaba entregado el obstinado profesor? Siempre a la misma. Con un pedazo de

madera en la mano derecha y otro en la izquierda, se extenuaba todavía en querer inflamar ambos trozos. Frotaba, frotaba con una constancia digna de mejor suerte.



—¿Y qué? —preguntó ya de lejos, así que percibió a Godfrey—; ¿y la oficina de telégrafos?

—¡No estaba abierta! —respondió Godfrey, que no se atrevía aún a decirle nada de la situación.

—¿Y el correo?

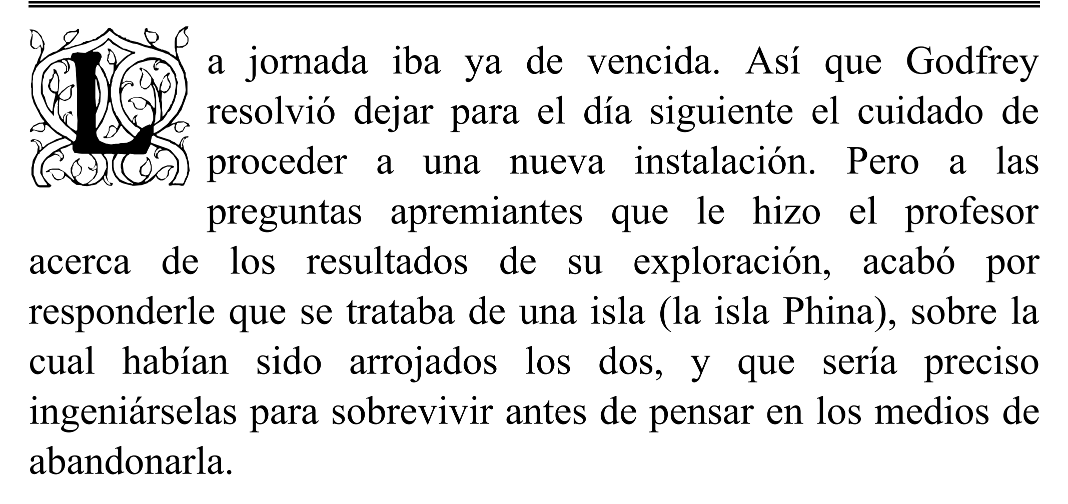
—¡Estaba cerrado! Pero almorcemos… me muero de hambre. Ya hablaremos después.

Y esta nueva mañana Godfrey y su compañero tuvieron todavía que contentarse con este triste almuerzo de huevos crudos y moluscos.

—¡Régimen muy sano! —repetía Godfrey a Tartelett, que no era en absoluto de esta opinión y no comía sino con el extremo de los labios.

11

EN QUE LA CUESTIÓN DEL ALOJAMIENTO SE RESUELVE LO MEJOR POSIBLE



La jornada iba ya de vencida. Así que Godfrey resolvió dejar para el día siguiente el cuidado de proceder a una nueva instalación. Pero a las preguntas apremiantes que le hizo el profesor acerca de los resultados de su exploración, acabó por responderle que se trataba de una isla (la isla Phina), sobre la cual habían sido arrojados los dos, y que sería preciso ingeniárselas para sobrevivir antes de pensar en los medios de abandonarla.

—¡Una isla! —exclamó Tartelett.

—¡Sí, una isla!

—¿Rodeada por el mar?

—¡Naturalmente!

—Pero ¿qué isla es?

—¡Ya os lo he dicho: la isla Phina, y bien comprenderéis por qué he querido darle este nombre!

—¡No, no lo comprendo! —respondió Tartelett, haciendo gestos—, y no veo la semejanza. Phina, Phina, está rodeada de tierra.

Tras esta reflexión melancólica, se dispusieron a pasar la noche del mejor modo posible. Godfrey volvió al arrecife a

hacer una nueva provisión de huevos y moluscos con los que era preciso contentarse; luego y ayudando el cansancio, no tardó en dormirse al pie de un árbol, en tanto que Tartelett, cuya filosofía no podía aceptar un estado tal de cosas, se entregaba a las más amargas reflexiones.

Al día siguiente, 28 de junio, los dos estaban levantados antes de que el gallo hubiese interrumpido su sueño.

Y, como comienzo, tomaron un somero desayuno, el mismo de la víspera. Únicamente el agua fresca de un pequeño arroyo fue reemplazada ventajosamente por un poco de leche que una de las cabras se dejó ordeñar.

¡Ah!, digno Tartelett, ¿qué sería de aquel *mint-juíep*, aquel *port-wine sangrie*, aquel *sherry-cobbler*, aquel *sherry-cocktail*, de los que él no bebía nunca, pero que hubiera podido hacerse servir en todo momento en los bares y tabernas de San Francisco? ¡Cómo envidiaba a aquellas gallináceas, agutíes y corderos que aplacaban su sed sin reclamar ningún suplemento de principios azucarados o alcoholizados al agua clara! Estos animales no necesitaban fuego para cocer sus alimentos: con raíces, yerbas y granos, siempre estaban servidos para su desayuno, y su mesa servida sobre la pradera.

—¡En marcha! —dijo Godfrey.

Y ya tenemos, a ambos seguidos de todo el cortejo de animales domésticos, que, decididamente, no querían abandonarlos.

El proyecto de Godfrey era el ir a explorar, al norte de la isla, la porción de la costa sobre la cual se levantaba aquel grupo de grandes árboles que había visto desde lo alto del cono… Pero para llegar allí resolvió seguir el litoral. Quizá la resaca habría arrastrado allí algún resto del naufragio. Tal vez encontrara allí, sobre la arena de la playa, alguno de sus compañeros del *Dream*, yaciendo sin enterrar, y a los que convendría dar cristiana sepultura. En cuanto a encontrar vivo, tras haber sido salvado como él, a un solo marinero de la

tripulación, ni lo esperaba, transcurridas ya treinta y seis horas de la catástrofe.

La primera línea de las dunas fue, pues, franqueada. Godfrey y su compañero volvieron pronto a encontrarse de nuevo al principio del arrecife, hallándolo tan desierto como le había dejado. Allí, por precaución, renovaron su provisión de huevos y conchas, previendo que estos pobres recursos podrían faltarles al norte de la isla. Después, siguiendo la franja de algas abandonadas por la última marea, ascendieron esta porción de la costa, interrogándola con la mirada.

—¡Nada, siempre nada!

Decididamente, hay que convenir en que la mala suerte, al convertir en *Robinsones* a estos dos supervivientes del *Dream*, se había mostrado más rigurosa con ellos que con sus antecesores. A éstos siempre les quedaba algo del barco naufragado. Después de haber retirado una multitud de objetos de primera necesidad, pudieron utilizar ciertos restos: víveres, por algún tiempo, vestidos, utensilios, armas; en fin, con qué proveer a las exigencias más elementales de la vida. Pero en este caso, ¡nada de todo eso! En medio de la negra noche, el navío había desaparecido en las profundidades del mar sin dejar en el arrecife el más pequeño resto. No había sido posible salvar nada, ni siquiera un fósforo, y en realidad este fósforo era una de las cosas que más falta hacían.

Ya sé que muchas personas, confortablemente instaladas en sus habitaciones, con una buena chimenea delante en que chisporrotean el carbón y la leña, os dirán muy convencidos:

«¡Pero si no hay nada más fácil que procurarse fuego! ¡Hay mil medios para eso! ¡Los pedruscos, un poco de musgo seco! Un poco de trapo quemado… (¿y cómo quemar este trapo?). También la hoja de un cuchillo capaz de producir chispa, o dos pedazos de madera fuertemente frotados, a la manera sencilla, de los polinesios…».

Esas eran las reflexiones que Godfrey se hacía mientras andaba y lo que en rigor le preocupaba más. Quizá también él, atizando el hogar cargado de coque, leyendo relatos de viajes, había pensado como aquellas gentes. Pero a probar todo ello había sido ahora conducido, y no veía sin cierta inquietud la falta de fuego, este indispensable elemento al que nada puede reemplazar.

Marchaba por tanto perdido en sus pensamientos, precediendo a Tartelett, cuyo único cuidado consistía en agrupar con sus gritos el rebaño de corderos, agutíes, cabras y volátiles.

De pronto su mirada fue atraída por los vivos colores de un racimo de pequeñas manzanas que pendían de las ramas de ciertos arbustos diseminados por centenares al pie de las dunas. Reconoció enseguida algunas de estas manzanillas de las que los indios se alimentan muy a gusto en ciertas partes de California.

—¡Vaya! —dijo—; ¡aquí tenemos con qué variar un poco nuestras comidas de huevos y conchas!

—¡Qué! ¿Eso se come? —replicó Tartelett, haciendo un gesto.

—¡Vedlo! —respondió Godfrey.

Y se puso a recoger algunas de estas manzanillas, a las cuales mordió ávidamente.

No eran sino manzanas salvajes, pero su acidez misma no dejaba de ser agradable. El profesor no tardó en imitar a su compañero, y no se mostró demasiado descontento del hallazgo. Godfrey pensó con razón que se podría obtener de estos frutos una bebida fermentada que siempre sería preferible al agua clara.

Se reemprendió la marcha. Bien pronto la extremidad de la duna arenosa acababa muriendo en una pradera que atravesaba un pequeño riachuelo de aguas continuas. Éste era el que Godfrey había percibido desde la cumbre del cono. Los

grandes árboles se agrupaban un poco más lejos, y después de una caminata de alrededor de nueve millas, los dos exploradores, bastante fatigados de este paseo de cuatro horas, llegaron allí unos minutos después del mediodía.

El lugar valía la pena de ser observado, registrado, visitado, escogido y, sin duda, ocupado.

Allí, en efecto, sobre el borde de una vasta pradera ocupada por zarzales de manzanillas y otros arbustos, se elevaban una veintena de gigantescos árboles que hubieran podido soportar la comparación con los mismos olores de los bosques californianos. Estaban dispuestos en semicírculo, y el tapiz de yerba que se extendía a su pie, tras haber bordeado el lecho del río durante algunos centenares de pasos todavía, daba lugar a una larga playa sembrada de rocas, guijarros y algas, y cuya prolongación se dibujaba en el mar por una punta destacada de la isla hacia el norte.

Estos *big trees* (árboles grandes), como se los llama comúnmente en el oeste americano, pertenecían al género de las secoyas, coníferas de la familia de los abetos. Si preguntaseis a los ingleses bajo qué nombre más especial los designan ellos, os responderían: *Wellingtonias*. Si lo preguntaseis a americanos, su respuesta sería: *Washingtonias*[10]. Enseguida se ve la diferencia.

Pero, sea que recuerden la memoria del flemático vencedor de Waterloo o del ilustre fundador de la república americana, es el caso que son los más enormes productos conocidos de la flora californiana y de Nevada.

Efectivamente, en ciertas partes de dichos estados hay bosques enteros de estos árboles, tales como los grupos de «Mariposa» y de «Calavera», en que algunos miden de sesenta a ochenta pies de circunferencia, con una altura de trescientos. Uno de ellos, a la entrada del valle de Yosemite, no tiene menos de cien pies de perímetro; cuando estaba vivo (porque ahora está derribado), sus últimas ramas habrían alcanzado la altura de la catedral de Estrasburgo; es decir, más de

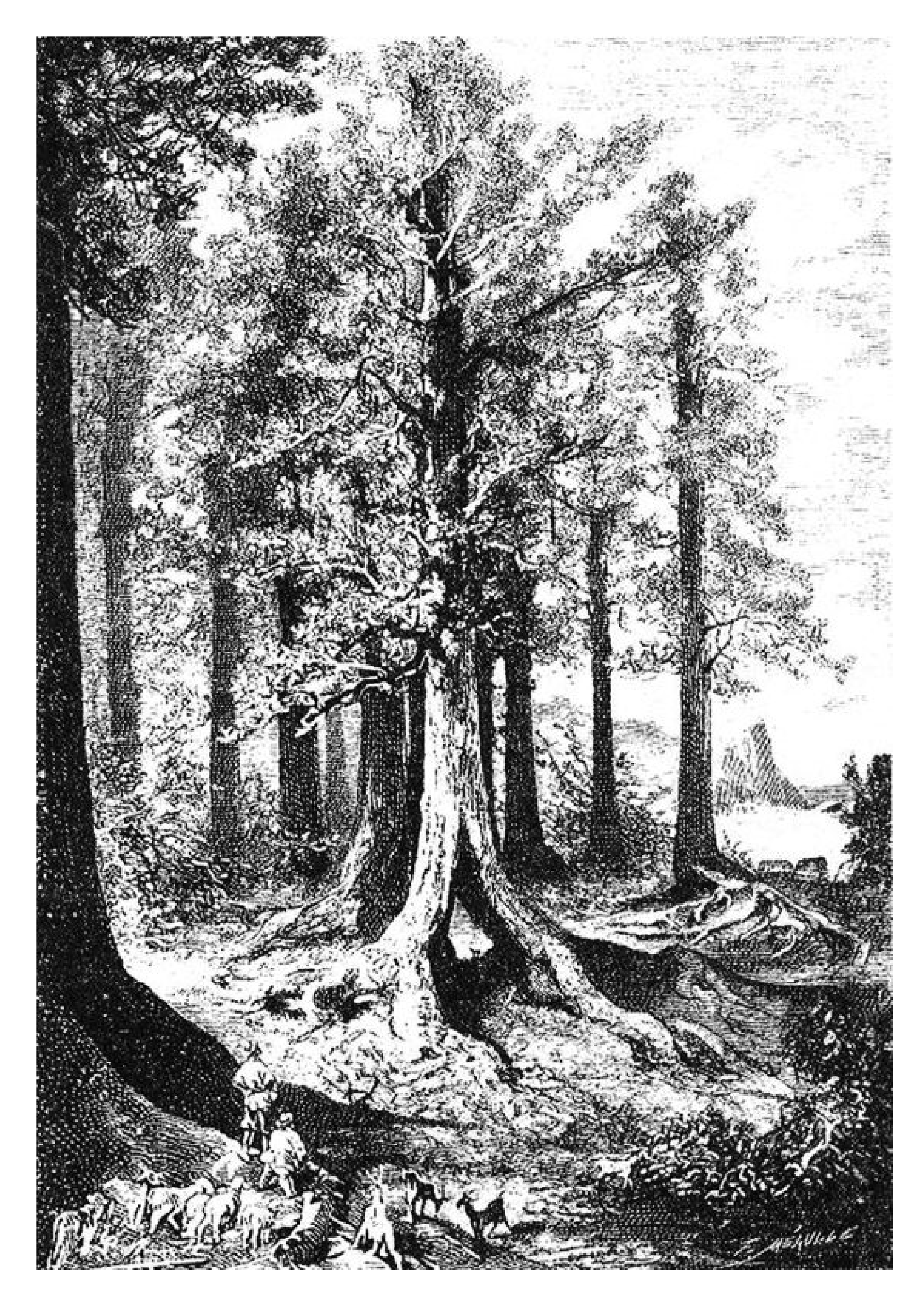
cuatrocientos pies. También se mencionan aún los denominados «Madre de la Selva», «Belleza del bosque», «Cabaña del pionero», «Dos centinelas», «General Grant», «Señorita Emma», «Señorita María», «Brigham Young y su mujer», «Tres Gracias», «Oso», etc., que son verdaderos fenómenos vegetales. Sobre el tronco, serrado en la base, de uno de estos árboles se ha construido un kiosco en el cual un grupo de dieciséis a veinte personas puede maniobrar cómodamente. Pero en realidad el rey de estos gigantes, en medio de un bosque propiedad del estado, a unas quince millas de Murphy, es el «Padre del bosque», viejo secoya de cuatro mil años que se alza a cuatrocientos cincuenta y dos pies del suelo, más alto que la cruz de San Pedro de Roma, más alto que la gran pirámide de Gizeh, más alto, en fin, que ese campanario de hierro que se alza ahora sobre una de las torres de la catedral de Rouen y que debe ser tenido por el más alto monumento del Mundo.

Era un grupo de una veintena de estos colosos que el capricho de la Naturaleza había sembrado sobre esta punta de la isla en la época, acaso, en que el rey Salomón construía aquel templo de Jerusalén que jamás se ha levantado de sus ruinas. Los mayores podían tener cerca de trescientos pies; los más pequeños, doscientos cincuenta. Algunos, interiormente vaciados por la vejez, ofrecían a su base un arco gigantesco bajo el cual hubiese podido pasar toda una tropa a caballo.

Godfrey quedó admirado en presencia de estos fenómenos naturales, que no se desarrollan generalmente sino a altitudes de cinco a seis mil pies por encima del nivel del mar; y opinó que esta sola vista había merecido el viaje. Nada comparable, en efecto, a estas columnas de un moreno claro que se perfilaban casi sin disminución sensible de su diámetro desde la raíz a la primera horquilla. Estos fustes cilíndricos, a una altura de ochenta a cien pies por encima del suelo, se ramificaban en fuertes ramas espesas como troncos de árboles ya enormes, llevando así ya todo un bosque en los aires.

Uno de estos secoyas gigantes, uno de las mayores del grupo, llamó más particularmente la atención de Godfrey. Ahuecado en su base, presentaba una abertura como de cuatro a cinco pies, con una altura de cinco, lo que permitía penetrar en su interior. La medula del gigante había desaparecido, la albura se había disipado en un polvillo tierno y blanquecino; pero si bien el árbol ya no se sostenía sobre sus potentes raíces sino gracias a su sólida corteza, todavía podía vivir así durante siglos quizá.

—A falta de caverna o de gruta —exclamó Godfrey—, he aquí una habitación que hemos encontrado, una casa de madera, una torre como no la hay en países habitados. Aquí podremos estar seguros y cubiertos. ¡Venid, Tartelett, venid!



Y el joven, arrastrando a su compañero, se introdujo en el interior de la secoya.

El suelo estaba cubierto de un lecho de polvo vegetal y su diámetro no era inferior a veinte pies ingleses. En cuanto a la altura a la que se redondeaba la bóveda, la obscuridad impedía apreciarla. Ningún rayo de luz se deslizaba a través de las paredes de la corteza de esta especie de caverna. Por

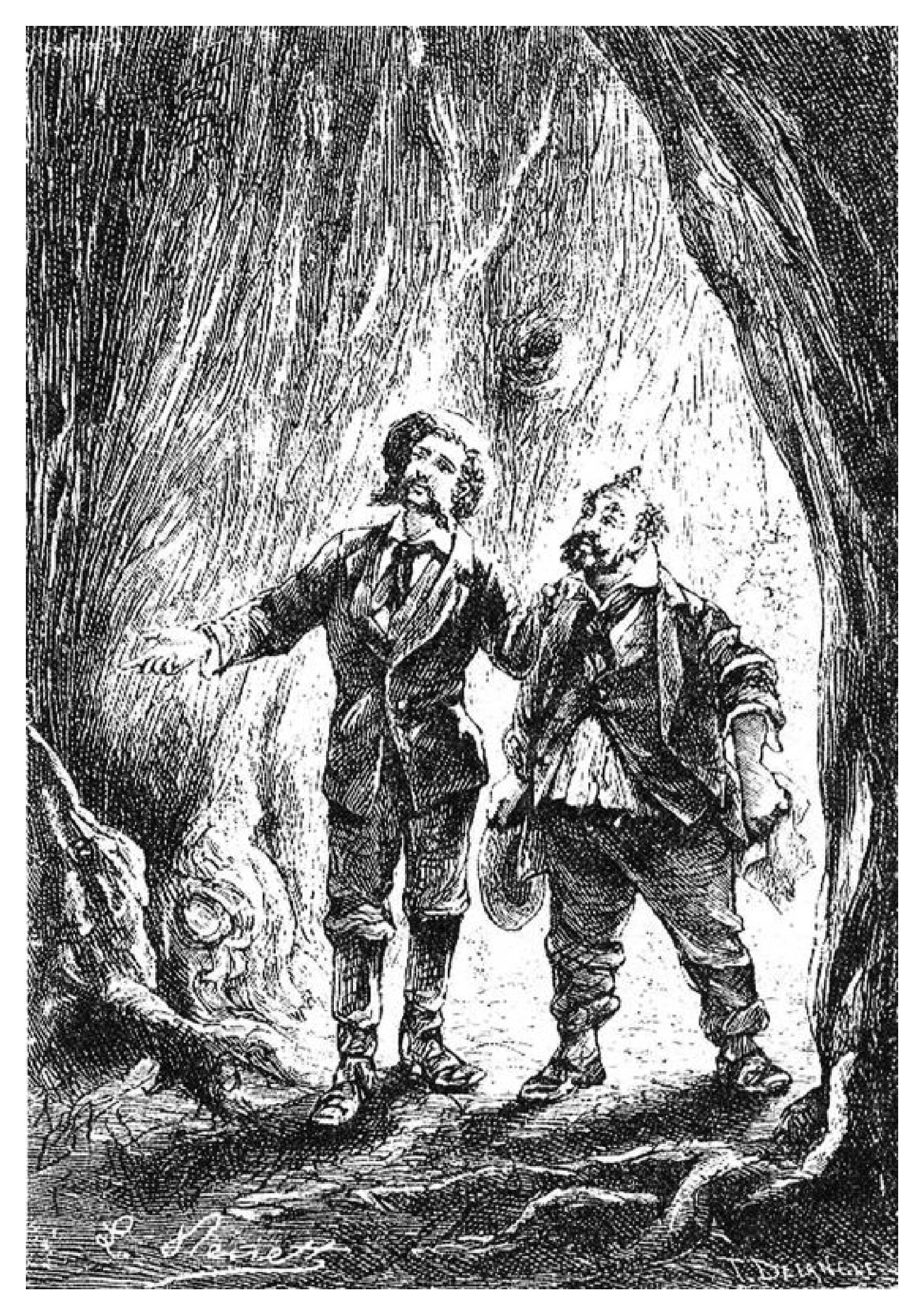
consiguiente, nada de hendiduras, nada de fallas por las cuales pudieran penetrar el viento o la lluvia. En verdad nuestros dos *Robinsones* se encontrarían allí en condiciones soportables para hacer frente impunemente a las intemperies del cielo. Una caverna no hubiese sido más sólida, ni más seca, ni más segura. ¡En verdad hubiera sido difícil encontrar cosa mejor!

—¡Bueno, Tartelett!, ¿qué os parece esta habitación natural? —preguntó Godfrey.

—¡Sí… pero la chimenea…!

—Antes de reclamar la chimenea —respondió Godfrey—, esperad al menos que hayamos podido procurarnos fuego.

No podía ser más lógico.



Godfrey fue a reconocer los alrededores del grupo de árboles. Como ya se ha dicho, la pradera se extendía hasta este enorme macizo de secoyas del que formaba el confín. El pequeño riachuelo que corría a través de su tapiz verdoso proporcionaba al ambiente de estas tierras, un poco ásperas, un frescor saludable. Arbustos de diversas especies crecían en sus orillas, mirtos y lentiscos entre otros, como gran cantidad de

manzanillas que debían asegurar la cosecha de manzanas salvajes.

Más lejos, ascendiendo, algunos grupos de árboles, robles, sicomoros, álamos, se desparramaban por toda esta zona herbosa; no obstante, aun siendo también de gran tamaño, se los hubiese tomado por simples arbustos tras ver aquellos «árboles mamuts» de los que el Sol saliente prolongaba la sombra hasta el mar. A través de estas praderas se dibujaban igualmente sinuosas líneas de matorrales vegetales, de breñas verduscas que Godfrey se prometió ir a reconocer al día siguiente.

Si el sitio le había complacido, tampoco parecían disgustados los animales domésticos. Los agutíes, cabras y corderos habían tomado posesión de este dominio, que les ofrecía raíces para roer o yerba para pacer más allá de sus necesidades. En cuanto a las gallinas, picoteaban ávidamente de los granos o gusanos que había cerca del riachuelo. La vida animal se manifestaba ya por las idas y venidas, vuelos y saltos, balidos, gruñidos y cloqueos que nunca, sin duda, se habían oído en estos parajes.

Después Godfrey volvió al grupo de los secoyas y examinó con más atención el árbol en el que había hecho la elección de domicilio. Le pareció que sería, si no imposible, sí al menos bastante difícil izarse hasta sus primeras ramas, siquiera por el exterior, ya que este tronco no presentaba saliente alguno; pero por el interior quizá la ascensión fuese más cómoda si el árbol se ahuecaba hasta la horquilla entre la medula y la corteza.

Podía ser útil, en caso de peligro, buscar refugio en este espeso ramaje que soportaba el enorme tronco. Sería cuestión a examinar más tarde.

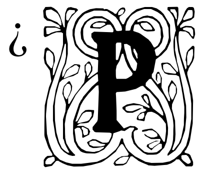
Cuando esta exploración terminó, el Sol se encontraba ya bastante bajo sobre el horizonte y pareció conveniente dejar para el día siguiente los preparativos de una instalación definitiva.

Pero, respecto a esta noche, tras una cena cuyo postre se compuso de manzanas silvestres, ¿dónde se podía pasarla mejor que sobre este polvillo vegetal que cubría el suelo en el interior del secoya?

Eso fue lo que se hizo bajo la guarda de la Providencia, no sin que Godfrey, en recuerdo del tío William W. Kolderup, hubiese dado el nombre de *Will-Tree* («Árbol Will») a este gigantesco árbol, todos los similares del cual, en los bosques de California y estados vecinos, llevan el nombre de alguno de los grandes ciudadanos de la república americana.

12

QUE SE ACABA PRECISAMENTE GRACIAS A UN MAGNIFICO Y FELIZ RAYO

¿or qué no estar conformes? Godfrey estaba a punto de convertirse en un hombre nuevo en esta situación nueva para él, tan frívolo, tan ligero, tan poco reflexivo cuando no tenía que hacer sino dejarse vivir… En efecto, jamás el cuidado de lo del día siguiente había podido inquietar su reposo. En el demasiado opulento hotel de Montgomery-Street, donde dormía sus diez horas seguidas, ni el roce de una hoja de rosa había podido aún turbar su sueño.

Pero ya no iba a ser así. En esta isla desconocida se veía completamente separado del resto del Mundo, entregado a sus solos recursos, obligado a hacer frente a las necesidades de la vida en condiciones en que un hombre incluso mucho más práctico se hubiese encontrado bien embarazado. Indudablemente, no viendo reaparecer el *Dream* deberían emprender su búsqueda. Pero ¿qué eran ellos, los dos? ¡Mil veces menos que un alfiler en un pajar, que un grano de arena en el fondo del mar! La incalculable fortuna del tío Kolderup no era una respuesta a todo.

Por consiguiente, por más que hubiese encontrado un abrigo casi aceptable, Godfrey no dormía sino con un sueño agitado. Su cerebro trabajaba como no lo había hecho jamás. Sucedía que asociaba ideas de toda especie; las del pasado,

que lamentaba amargamente, las del presente, cuya relación buscaba, y las del porvenir, que le inquietaban todavía más.

Mas ante estas rudas pruebas la razón y, en consecuencia, el razonamiento que naturalmente sigue se desprendían de los limbos en los que él había soñado hasta entonces. Godfrey estaba resuelto a luchar contra la mala fortuna, tentar a todo en la medida de lo posible para salir victorioso. Si aprovechaba esta lección, no sería ciertamente para olvidarla en lo futuro.

Desde el amanecer se puso en pie con la intención de proceder a una instalación más completa. La cuestión de los víveres, sobre todo la del fuego, que le estaba tan relacionada, adquiría el primer lugar sobre todas las demás, utensilios o armas cualesquiera a fabricar, vestidos de repuesto que sería preciso procurarse so pena de estar vestido bien pronto a la moda polinésica.

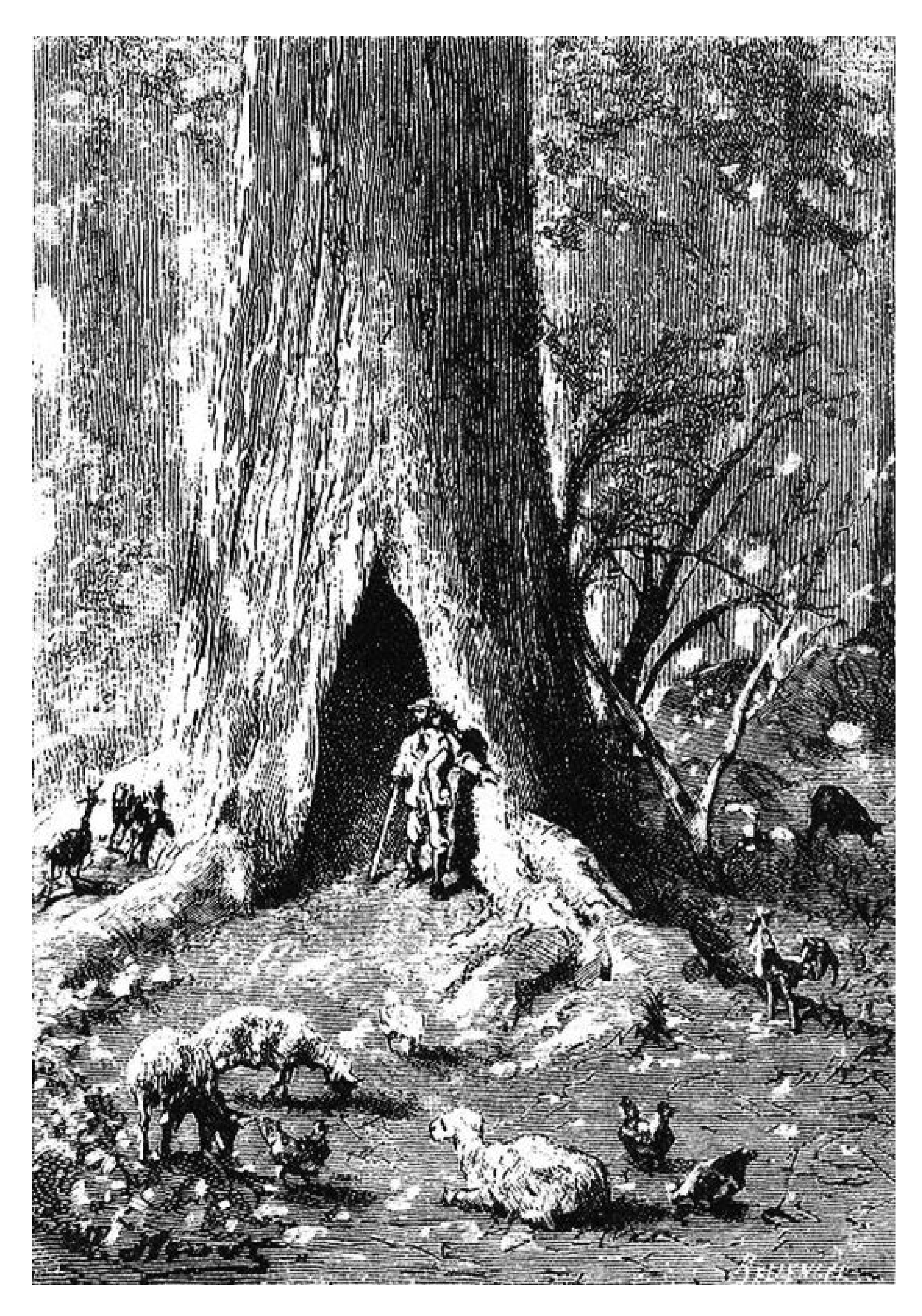
Tartelett dormía aún. No se le veía en aquella obscuridad, pero se le oía. Este buen hombre salvado del naufragio, siempre frívolo a los cuarenta y cinco años como lo había sido su discípulo hasta entonces, no podía serle de gran utilidad. Hasta sería una sobrecarga, puesto que sería preciso proveer a sus necesidades de toda especie; pero, en fin, era un compañero! Valía más, en suma, que el más inteligente de los perros, por más que resultase ser, sin duda, menos útil. Era una criatura que podía hablar, aunque de un modo banal; conversar, aunque no fuese nunca sino de cosas poco serias; quejarse, lo que le sucedía bien a menudo. Pero, fuese como fuese, Godfrey oiría una voz humana resonar en su oído. Esto tal vez valiera más que el lorito de *Robinson Crusoe*. Aunque fuese con un Tartelett, él no estaría solo, y nada le hubiese aterrado más que la perspectiva de una completa soledad.

«Robinson antes de Vendredi, Robinson después de Vendredi, ¡qué diferencia! —pensó él».

Sin embargo, esta mañana del 29 de junio a Godfrey no le descontentó hallarse solo con el fin de poner en ejecución su proyecto de explorar las cercanías del grupo de secoyas. Sería

quizá bastante afortunado descubriendo algún fruto, alguna raíz comestible que se llevaría con extrema satisfacción del profesor. Dejó pues a Tartelett entregado a sus sueños y partió.

Una ligera bruma todavía envolvía el litoral y la mar; pero ya esta niebla comenzaba a levantarse en el norte y el este bajo la influencia de los rayos solares, que debían condensarla poco a poco. El día prometía ser muy hermoso.



Godfrey, después de haberse cortado un sólido bastón, subió durante dos millas hasta esta parte de la orilla que no conocía y cuyo recodo formaba la punta alargada de la isla Phina.

Allí hizo un primer desayuno de conchas, almejas y pequeñas ostras que se encontraban allí en gran abundancia.

«¡En rigor —se dijo—, aquí hay para no morirse de hambre! ¡Hay ahí millares de decenas de ostras con que calmar el estómago más exigente! Si Tartelett se queja es porque no gusta de este molusco. Y bien, ¡tendrá que gustarle!».

Es muy cierto que, si bien la ostra no puede remplazar al pan y la carne de una manera absoluta, no deja menos de ser un alimento muy nutritivo con la condición de ser consumido en gran cantidad. Pero como este molusco es de una digestión muy fácil, se puede sin peligro alguno hacer uso de él, por no decir abuso.

Terminado este almuerzo, Godfrey tomó su bastón y cortó oblicuamente hacia el sudeste a fin de remontar la orilla derecha del arroyo. Este camino debía conducirle a través de la pradería hasta el grupo de árboles percibidos la víspera, más allá de las largas líneas de matorrales de arbustos que quería examinar de cerca.

Godfrey avanzó pues en esta dirección alrededor de unas dos millas. Seguía la ribera del río, tapizada por una yerba corta y apretada como una tela de terciopelo. Bandadas de pájaros acuáticos volaban ruidosamente sobre este ser, para ellos desconocido, que venía a turbar sus dominios. Allí también peces de varias especies corrían a través de las aguas vivas del riachuelo, cuya anchura en esta parte podía evaluarse en cuatro o cinco yardas.

Era evidente que de tales peces no sería difícil apoderarse, pero, faltando aún el medio de hacerlos cocer, continuaba haciéndose la cuestión insoluble.

Muy felizmente, Godfrey, llegado a las primeras líneas de matorrales, reconoció dos especies de frutos o raíces; los de una de las cuales tenía que pasar por la prueba del fuego antes de ser comidos, pero los otros eran ya comestibles en su estado natural. De estos dos vegetales los indios de América hacen uso constante.

El primero era uno de esos arbustos llamados *camas* que nacen hasta en terrenos impropios de todo cultivo. Con sus raíces, parecidas a una cebolla, se hace una especie de harina muy rica en gluten y muy nutritiva, a menos que se prefiera comerlas como patatas. Pero en ambos casos es preciso someterlas a cierta cocción o torrefacción.

El otro arbusto produce una especie de bulbo de forma oblonga que lleva el nombre indígena de *yamph* y, si bien posee acaso menos principios nutritivos que el *camas* era más preferible en estas circunstancias por poderse comer crudo.

Godfrey, muy satisfecho con este descubrimiento, se hartó sin tardanza con algunas de estas excelentes raíces y, no olvidando el desayuno de Tartelett, hizo un gran acopio que echó a su espalda, después de lo cual se dirigió al *Will-Tree*.

Sobre si fue bien recibido al llegar con su cosecha de *yamphs*, parece inútil decirlo. El profesor se regaló ávidamente y se hizo preciso que su discípulo le indujera a moderarse.

—¡Bueno! —respondió Tartelett—; hoy tenemos estas raíces, pero ¿quién sabe si las tendremos mañana?

—¡Sin duda alguna! —replicó Godfrey— mañana, pasado mañana, ¡siempre! Sólo es preciso ir a buscarlas.

—Bien, Godfrey, ¿y este *camas*?

—Con este *camas* haremos harina y pan cuando tengamos fuego.

—¡Fuego! —exclamó el profesor, sacudiendo la cabeza—, ¡fuego! ¿Y cómo lo haremos?

—¡Nada sé todavía —respondió Godfrey—; pero de una manera u otra llegaremos a tenerlo!

—¡Que el cielo os oiga, mi querido Godfrey! ¡Y cuando pienso que hay tanta gente que no tiene sino que frotar un pequeño trocito de madera contra la suela de su zapato para conseguir fuego! ¡Me da un coraje…! ¡No! ¡Jamás hubiera creído que la mala suerte me hubiese reducido un día a

parecida penuria! No se darían tres pasos en Montgomery-Street sin encontrar un caballero con el cigarro en la boca que se complacería en darnos ese fuego, y aquí…

—Aquí no estamos en San Francisco, Tartelett, ni en Montgomery-Street, y me parece que es más razonable no contar con la cortesía del transeúnte.

—Pero, otra cosa: ¿por qué sucede que la cocción sea necesaria al pan, a la carne? ¿Cómo la Naturaleza no nos ha hecho para vivir del aire?

—Eso ya vendrá, quizá —respondió Godfrey, con una sonrisa de buen humor.

—¿Lo creéis así?

—Creo que los sabios se ocupan de ello, por lo menos.

—¿Es posible? ¿Y sobre qué se fundan para buscar este nuevo modo de alimentación?

—Sobre este razonamiento —respondió Godfrey—: el de que la digestión y la respiración son funciones conexas de la que una podría substituir a la otra. Así pues, el día en que la química haya logrado que los alimentos necesarios a la alimentación del hombre puedan asimilarse por la respiración, el problema estará resuelto. No se trata para ello sino de convertir el aire en nutritivo. Se respirará la comida en vez de comerla, ¡eso es todo!

—¡Ah, pues sí que es lamentable que este precioso descubrimiento no se haya hecho todavía! —exclamó el profesor—. ¡Qué a gusto respiraría yo media docena de bocadillos y un cuarto de estofado sólo para incitar al apetito!

Y Tartelett, sumido en un ensueño sensual en que entreveía suculentas comidas atmosféricas, abría inconscientemente la boca y respiraba a plenos pulmones olvidándose de que apenas tenía con qué alimentarse a la manera habitual.

Godfrey le sacó de su meditación y le atrajo a lo positivo. Se trataba de proceder a una instalación más completa en el

interior del *Will-Tree*.

El primer cuidado fue el de emplearse en la limpieza de la futura habitación. Precisaba primeramente retirar varios quintales de este polvillo vegetal que cubría el suelo y en el cual se hundía uno hasta media pierna. Dos horas de trabajo bastaron apenas para esta engorrosa faena, pero finalmente el cuarto fue desembarazado de esta capa polvorienta que se levantaba como una nube al menor movimiento.

El suelo era firme, resistente, como si hubiese sido pavimentado con fuertes tablas, con sus anchas raíces del secoya que se ramificaban en su superficie. Resultaba áspero pero sólido. Dos rincones fueron escogidos para el emplazamiento de las literas, en las que algunos puñados de yerbas, bien secadas al Sol, habían de formar todo lo relativo al dormitorio. En cuanto a los demás muebles, bancos, escabeles o mesas, no sería imposible fabricar los más indispensables, puesto que Godfrey poseía un excelente cuchillo provisto de una sierra y un punzón. En efecto, convenía disponer de un refugio para el mal tiempo y poder quedarse en el interior del árbol para comer y trabajar allí. La luz no faltaba, puesto que penetraba a raudales por la abertura. Más tarde, si se hacía necesario cerrar esta abertura para obtener una seguridad más completa, Godfrey trataría de agujerear en la corteza del secoya una o dos troneras que sirviesen de ventanas.

En cuanto a saber a qué altura llegaba el vacío del tronco, Godfrey no podía averiguarlo sin luz. Todo lo que podía asegurar era que una pértiga de diez a doce pies de larga no tocaba el techo cuando él la izaba por encima de su cabeza.

Pero esta cuestión no era de las más urgentes. Ya se resolvería ulteriormente.

El día transcurrió en estos trabajos, que no se terminaron antes de la puesta del Sol. Godfrey y Tartelett, bastante cansados, encontraron excelentes sus literas, formadas únicamente con aquella yerba seca de la que habían hecho

gran provisión; pero tuvieron que disputárselas a los volátiles, que hubiesen establecido de muy buena gana domicilio en el interior del *Will-Tree*. Godfrey pensó, sin embargo, que sería conveniente establecer un gallinero en algún otro secoya del grupo, y no logró impedirles la entrada del cuarto común sino obstruyéndola con ramaje. Por fortuna, los carneros, agutíes y cabras no experimentaron la misma tentación. Estos animales quedaron tranquilamente fuera y no tuvieron la veleidad de franquear la insuficiente barrera.

Los días siguientes fueron empleados en diversos trabajos de instalación, acomodamiento y acopio: huevos y conchas que recoger, raíces de *yamph* y manzanas de manzanilla, ostras que se iba a arrancar todas las mañanas al banco del litoral. Todo esto ocupaba tiempo y las horas pasaban rápidamente.



Los utensilios de casa se reducían aún a algunas grandes conchas de bivalvos que servían de vasos y platos. Verdad es que para el género de alimentación al que los huéspedes de *Will-Tree* estaban reducidos, no hacía falta más. Había también lo del lavado de la ropa en el agua clara del río, lo que ocupaba los ratos libres de Tartelett.

Es a él a quien incumbía esta tarea. Por otra parte, no se trataba sino de dos camisas, dos pañuelos y dos pares de calcetines, que componían todo el guardarropa de los náufragos. De esta suerte, durante esta operación Godfrey y Tartelett se hallaban únicamente vestidos con pantalón y chaqueta; pero con el Sol ardiente de esta latitud todo se secaba pronto.

Estuvieron así, sin tener que sufrir de la lluvia ni del viento, hasta el 3 de julio.

La instalación era ya casi aceptable, dadas las condiciones de desamparo en que Godfrey y Tartelett habían sido arrojados sobre esta isla. No obstante, precisaba no olvidar las oportunidades de salvación, que no podían venir sino del exterior. De acuerdo con esto, Godfrey cada mañana iba a observar el mar en toda la extensión de este sector que se desarrollaba del este al noroeste, por encima del promontorio. Esta parte del Pacífico estaba siempre desierta. Ni un buque, ni una barca de pesca, ni una humareda destacándose en el horizonte e indicando a lo largo el paso de algún vapor. Parecía como si la isla Phina estuviese fuera de los itinerarios del comercio y el transporte de viajeros. Había pues que esperar pacientemente, confiándose al Todopoderoso, que jamás abandona a los débiles.

Entre tanto, cuando las necesidades inmediatas de la existencia le permitían algún respiro, Godfrey, empujado sobre todo por Tartelett, retornaba a aquella importante e irritante cuestión del fuego. Intentó de nuevo reemplazar la yesca, que le había hecho tan mala partida antes, por otra materia análoga. Ahora bien, era posible que algunas variedades de hongos que crecían en el hueco de viejos árboles, después de haber sido sometidos a un secado prolongado, pudiesen transformarse en una especie combustible. Varios de estos hongos fueron pues recogidos y expuestos a la acción directa del Sol hasta que quedaron reducidos a polvo. Tras ello, con el revés de su cuchillo, trocado en encendedor, Godfrey hizo saltar de un sílex algunas chispas que cayeran sobre esta substancia… Fue inútil. La materia esponjosa no produjo fuego… Godfrey tuvo entonces la idea de utilizar este fino polvillo vegetal, seco desde hacía tantos siglos, que había encontrado sobre el suelo de *Will-Tree*. Tampoco tuvo éxito. Probando otros recursos, trató todavía de procurar por medio del eslabón el encendido de una especie de esponja que crecía entre las rocas.

Igualmente fracasó en ello. La partícula de acero, encendida con el choque del sílex, caía sobre la substancia, pero se apagaba inmediatamente.

Godfrey y Tartelett se desesperaron realmente. Pasarse sin fuego era imposible. De estos frutos, de estas raíces, de estos moluscos, empezaban a cansarse, y sus estómagos no tardarían en mostrarse absolutamente refractarios a este género de alimentación. Miraban, el profesor sobre todo, estos corderos, estos agutíes, estas gallinas que iban y venían alrededor del *Will-Tree*, produciéndoles hambre canina esta vista. ¡Devoraban con los ojos estas carnes vivas! ¡No, esto no podía continuar así!

Mas una circunstancia inesperada (digamos providencial, si lo permitís) iba a venir en su ayuda.

En la noche del 3 al 4 de julio el tiempo, que tendía a modificarse desde hacía algunos días, derivó hacia la tormenta tras un calor abrumador que la brisa del mar era impotente para aminorar.

Godfrey y Tartelett, hacia la una de la mañana, fueron despertados por el estrépito de los truenos en medio de unos verdaderos fuegos artificiales de relámpagos. Todavía no llovía; pero no podía tardar en hacerlo. Llegaron entonces verdaderas cataratas que se precipitaban de la zona nubosa a consecuencia de la rápida condensación de los vapores.

Godfrey se levantó y salió a fin de observar el estado del cielo. Era todo ello como un incendio por encima del extremo de los grandes árboles, cuyo follaje aparecía sobre el cielo como ardiendo, como los finos dibujos recortados de una sombra chinesca.

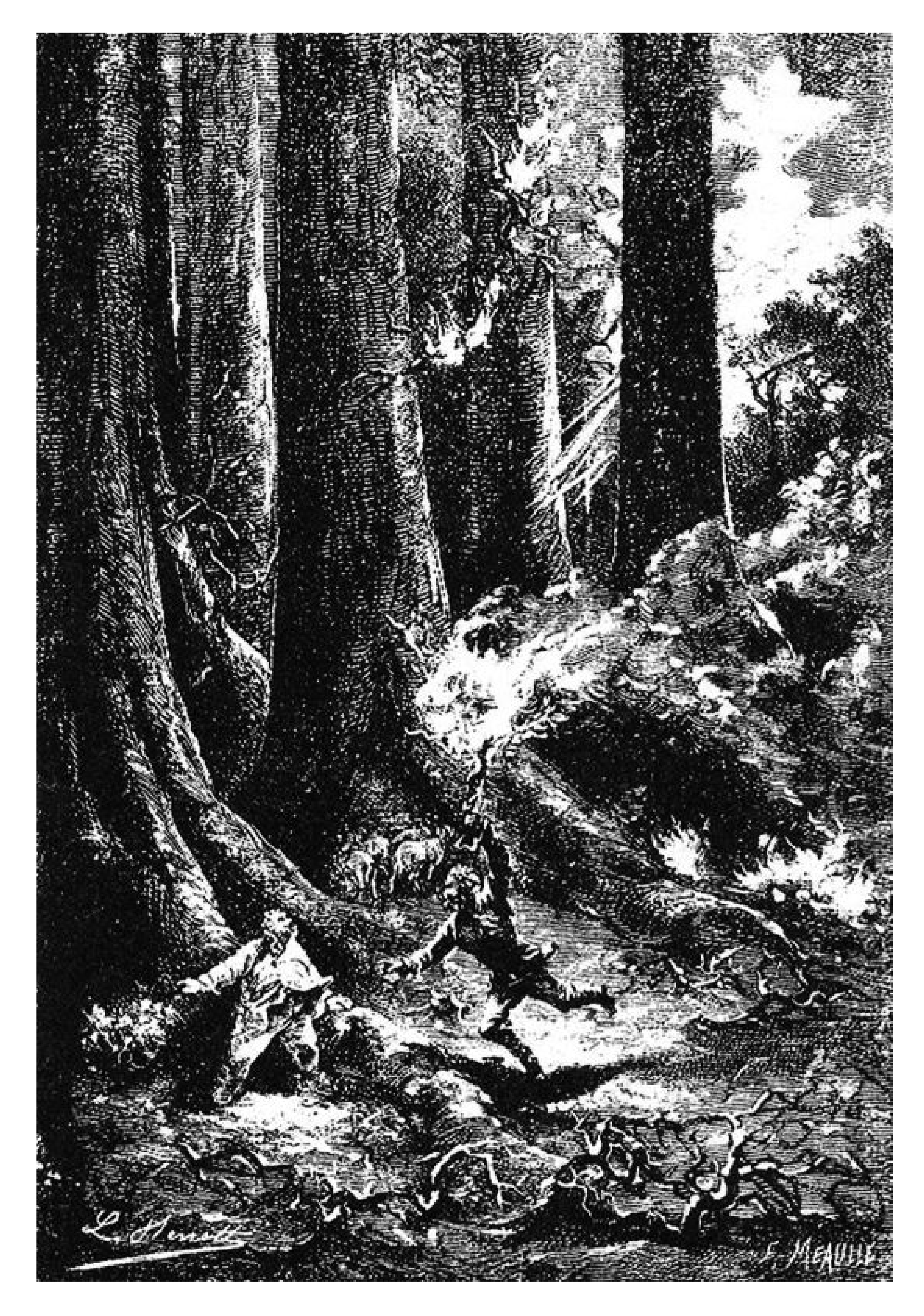
De repente, en medio del estrépito general, un relámpago más ardiente atravesó el espacio. El trueno resonó enseguida y el *Will-Tree* se conmovió de arriba abajo por el fluido eléctrico.

Godfrey, medio derribado por el choque, se incorporó entre una lluvia de fuego que caía a su alrededor. El rayo había incendiado las ramas secas del ramaje superior, ahora ya sólo carbones incandescentes que crepitaban sobre el suelo.

Godfrey, lanzando un grito, había llamado a su compañero.

—¡Fuego, fuego!

—¡Fuego! —respondió Tartelett—. ¡Bendito sea el cielo, que nos lo envía!

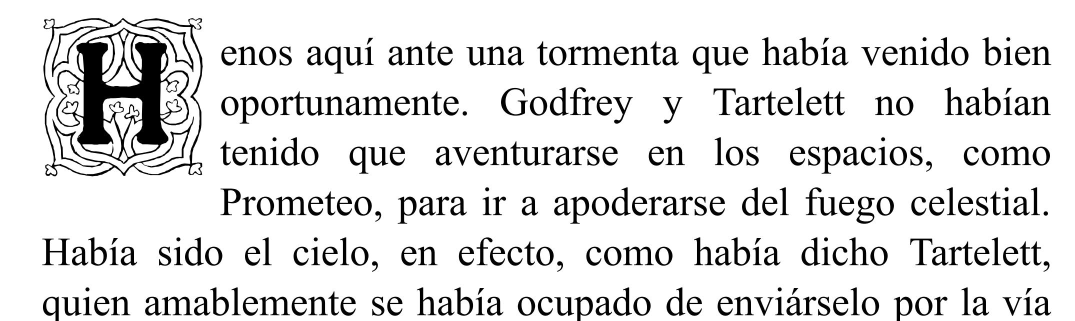


Los dos se lanzaron enseguida sobre estas ascuas, algunas de las cuales ardían aún, en tanto que las otras se extinguían sin llamas. Las recogieron al mismo tiempo que cierta cantidad de madera muerta que no faltaba al pie del secoya, cuyo tronco no había sido sino tocado por el rayo. Después entraron en su sombría habitación en el momento en que la

lluvia, derramándose en cascadas, apagaba el incendio que amenazaba devorar el ramaje superior del *Will-Tree*.

13

EN QUE GODFREY VUELVE A VER ELEVARSE UNA LIGERA HUMAREDA SOBRE OTRO PUNTO DE LA ISLA



Henos aquí ante una tormenta que había venido bien oportunamente. Godfrey y Tartelett no habían tenido que aventurarse en los espacios, como Prometeo, para ir a apoderarse del fuego celestial. Había sido el cielo, en efecto, como había dicho Tartelett, quien amablemente se había ocupado de enviárselo por la vía de un rayo. A ellos les tocaba ahora conservarlo.

—¡No; no le dejaremos apagarse! —exclamó Godfrey.

—Tanto más cuanto la madera no nos faltará para alimentarlo —había respondido Tartelett, cuya satisfacción se denunciaba en pequeños gritos de gozo.

—Sí, pero ¿quién lo mantendrá?

—¡Yo! Yo velaré día y noche si es preciso —respondió Tartelett, blandiendo un tizón ardiendo.

Y bien que lo hizo hasta la salida del Sol.

La madera muerta, como ya se ha dicho, abundaba bajo el enorme abrigo de los secoyas. En consecuencia, desde el alba Godfrey y el profesor, después de haber amontonado un *stock* considerable, nada escasearon al hogar encendido por el rayo. Colocado al pie de uno de los árboles, en un estrecho espacio entre dos raíces, este hogar llameaba con un chisporroteo vivo y alegre. Tartelett, echando los bofes, empleaba todo su aliento

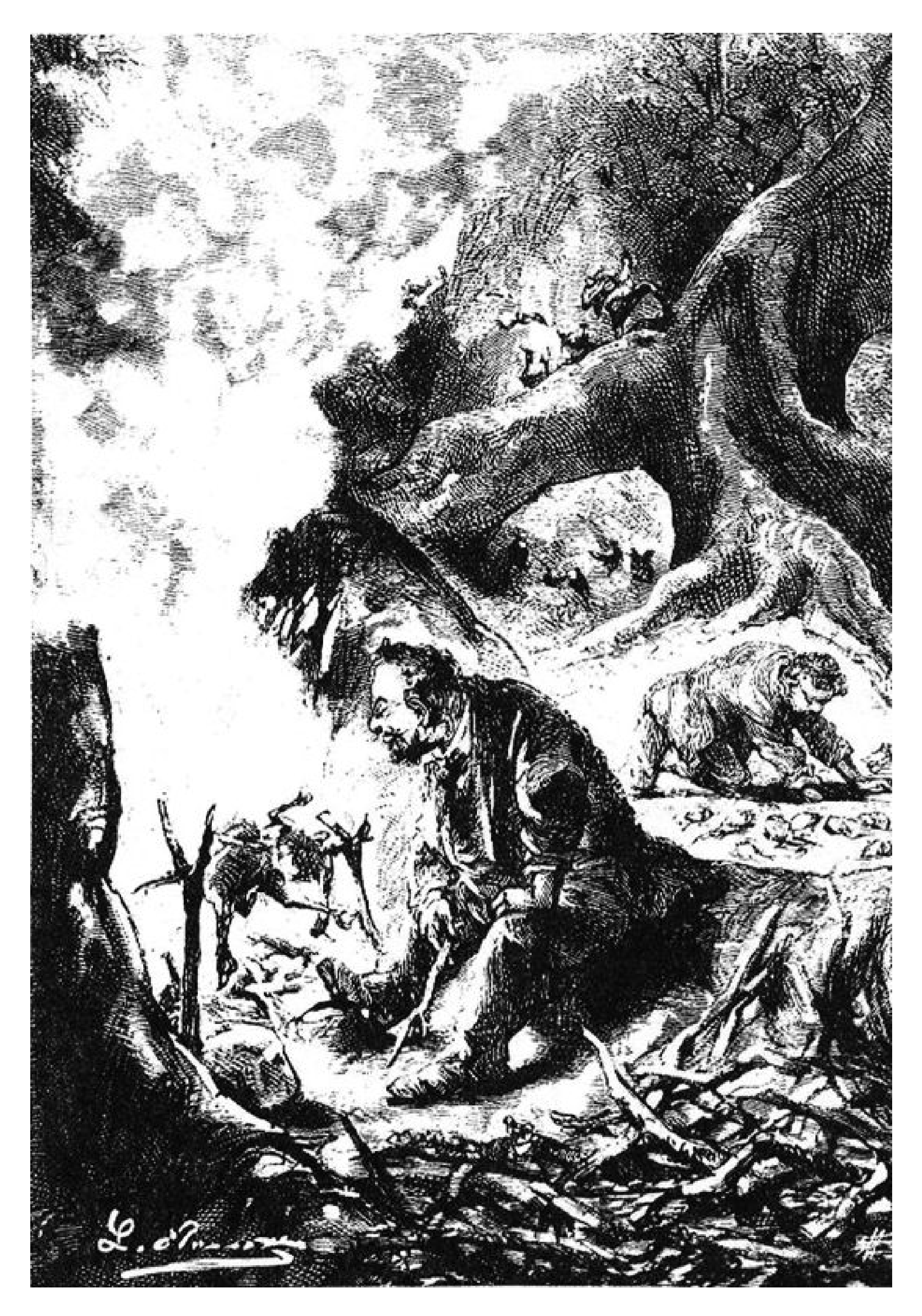
en soplar encima por más que fuese perfectamente innecesario. En esta actitud tomaba las posturas más peregrinas, persiguiendo con la vista el humo grisáceo, cuyas volutas se perdían en lo alto del follaje. Pero no lo hacía por admirar lo que tanto había pedido, este indispensable fuego, ni tampoco por calentarse. Lo destinaba a un uso más interesante: se trataba de acabar con aquellas pobres comidas de conchas crudas y raíces de *yamph* de las que nunca un agua hirviendo o una simple cocción bajo la ceniza había desarrollado los elementos nutritivos. Fue a esta tarea a la que Godfrey y Tartelett se emplearon durante una parte de la mañana.

—Nos comeremos uno o dos pollos —exclamó Tartelett, cuya mandíbula chasqueaba por adelantado—. ¿Podrían añadirse un jamón de agutí, un estofado de carnero, algunas piezas de esa caza que corre por el prado, sin contar dos o tres peces de agua dulce, acompañados de algunos otros de mar?

—¡No tan de prisa! —respondía Godfrey, al que la exposición de este poco modesto menú había puesto de buen humor—. ¡No es preciso arriesgarse a una indigestión para compensarse de un ayuno! ¡Ahorremos nuestras reservas, Tartelett! Vaya por los dos pollos, cada uno el suyo, y si el pan nos falta, confío en que nuestras raíces de *camas*, convenientemente preparadas, lo reemplazarán sin demasiada desventaja.

Todo esto costó la vida a dos inocentes volátiles que, desplumados, arreglados, dispuestos por el profesor, y después ensartados en una varilla, pronto se asaron en una llama chisporroteante.

Durante este tiempo, Godfrey se ocupaba en poner las raíces de *camas* en situación de figurar en el primer almuerzo serio que iba a hacerse en la isla Phina. A fin de hacerlas comestibles, no había sino que seguir el método indio, que los americanos tenían que conocer, por haberlo visto emplear más de una vez en las praderas del oeste de América.



He aquí cómo procedió Godfrey: Cierta cantidad de piedras planas, recogidas en la playa, se pusieron en el brasero, en forma que se impregnasen de un intenso calor. Quizá Tartelett encontró que no estaba bien emplear tanto calor en «cocer piedras»; pero, como esto no perjudicaba en modo alguno la preparación de sus pollos, no se quejó más.

En tanto que las piedras se calentaban así, Godfrey escogió un pedazo del suelo, del que arrancó la yerba en el espacio de alrededor de una yarda cuadrada; después, con sus manos armadas de grandes conchas, levantó la tierra hasta una profundidad de diez pulgadas. Hecho esto, dispuso en el fondo de este agujero un hogar de madera seca que encendió de forma que comunicase, a la tierra amontonada en el fondo del hueco, un calor bastante considerable. Cuando toda esta madera hubo estado consumida y tras la retirada de las cenizas, las raíces de *camas*, previamente limpias y sacudidas, fueron extendidas dentro del hueco; una delgada capa de césped las recubrió y las piedras ardientes, colocadas por encima, sirvieron de base a un nuevo hogar encendido en su superficie.

En suma; era una especie de horno que había sido preparado así, y después de un tiempo bastante corto, una media hora cuanto más, la operación podía darse por terminada.

Efectivamente, bajo la doble capa de piedras y césped, que fue quitada, aparecieron las raíces de *camas* modificadas por esta violenta torrefacción. Al aplastarlas se había podido obtener una harina bastante capaz para hacer una especie de pan; pero dejándolas en su estado natural era como si se comiese patatas de calidad muy nutritiva. De este modo fueron servidas las raíces esta vez, y ya se puede suponer qué almuerzo hicieron los dos amigos con estos pollitos, que devoraron hasta los huesos, y con tan excelentes *camas*, que no había por qué ahorrar. El campo productor no estaba lejos, y en él se podían obtener en abundancia, no teniendo sino que agacharse para recolectarlos por centenares.

Acabada esta comida, Godfrey se ocupó en preparar cierta cantidad de esta harina, que se conserva casi indefinidamente y puede ser transformada en pan para las necesidades de cada día.

La jornada transcurrió en estas diversas ocupaciones. El hogar estuvo siempre alimentado con el mayor cuidado. Se le cargó más particularmente de combustible para la noche, lo que no impidió que Tartelett se levantara en diversos momentos con el fin de acercar los carbones y procurar una combustión más activa, hecho lo cual volvía a acostarse; pero, como soñaba que el fuego se apagaba, se volvía a levantar enseguida y renovaba esta tarea hasta que apuntaba el día.

La noche transcurrió sin incidente alguno. El chisporroteo del hogar, junto con el canto del gallo, despertaron a Godfrey y a su compañero, que había acabado por dormirse.

Al principio Godfrey se sorprendió al notar una especie de corriente de aire que venía de lo alto, del interior del *Will-Tree*. Ello le llevó a pensar que el secoya estaba hueco hasta la separación de las ramas bajas y que se abría allí un orificio que convendría taponar si se quería estar seguro y a cubierto.

—¡Sin embargo, la cosa es singular! —se dijo Godfrey—. ¿Por qué las noches precedentes no he notado esta corriente de aire? ¿Será por el trueno?

Y para responderse a estas preguntas le vino la idea de examinar exteriormente el tronco del secoya, hecho lo cual Godfrey comprendió lo que había sucedido durante la tempestad.

La huella del rayo era visible sobre el árbol, que había sido gravemente descortezado por el paso del fluido desde la horquilla a las raíces. Si la chispa eléctrica se hubiese introducido por el interior de la secoya en vez de seguir el contorno exterior, Godfrey y su compañero hubieran podido ser fulminados. Habían sin duda corrido un verdadero peligro.

—Se recomienda mucho —dijo Godfrey— no refugiarse bajo los árboles durante las tempestades, lo que está muy bien para quienes pueden hacer otra cosa; ¿qué medio hay de evitar este peligro para nosotros, puesto que vivimos dentro de un árbol? En fin, ¡ya veremos!

Después, mirando al secoya desde el punto en que comenzaba la larga huella del fluido, añadió:

—Es evidente que allí donde el rayo lo ha herido le ha separado violentamente la copa del tronco. Pero entonces, puesto que el aire penetra en su interior por este orificio, resulta que el árbol está hueco en toda su altura y no vive sino por su corteza. He aquí una disposición que conviene tener en cuenta.

Y Godfrey se puso a buscar alguna rama resinosa de la que pudieran hacer una antorcha.

Unas ramas de pino le proporcionaron la tea de que tenía necesidad; la resina exudaba de esta rama, que una vez inflamada dio una luz muy brillante.

Godfrey entró entonces en la cavidad que le servía de habitación. A la sombra sucedió inmediatamente la claridad y fácil fue reconocer cuál era la disposición interior del *Will-Tree*.

Una especie de bóveda, irregularmente truncada, parecía techar el árbol a una quincena de pies por encima del suelo. Levantando su antorcha, Godfrey percibió claramente la abertura de un estrecho conducto cuyo desarrollo se perdía en la obscuridad. Indudablemente, el árbol estaba hueco en toda su extensión, pero quizá quedaran porciones de albura intactas todavía. En este caso, ayudándose de estos salientes, sería, si no fácil, al menos posible subirse hasta la horquilla.

Godfrey, que pensaba en el futuro, resolvió saber sin más tardar a qué atenerse al respecto.

Tenía un doble objetivo: primero, taponar herméticamente este orificio por el que el viento o la lluvia podrían introducirse (lo que hubiese convertido el *Will-Tree* en inhabitable); después, asegurarse de si ante un peligro, como un ataque de animales o de indígenas, las ramas superiores del secoya ofrecerían un refugio conveniente.

Era cosa de ensayar en todo caso. Si se encontrara con algún obstáculo insuperable en el estrecho conducto… pues entonces Godfrey lo dejaría, y estaba libre para volver a bajar.

Después de haber colocado su antorcha en el intersticio de dos gruesas raíces a flor del suelo, he aquí que empieza a subirse sobre los primeros salientes interiores de la corteza. Godfrey era ligero, vigoroso, hábil, habituado a la gimnasia como todos los jóvenes americanos, así que aquello no fue sino un juego para él. Pronto hubo alcanzado en este tubo desigual una parte más estrecha por la cual, en arbotante de espalda y rodillas, podía trepar a la manera de un deshollinador. Todo su temor radicaba en que una falta de anchura le detuviese en su ascensión. Sin embargo, continuaba subiendo y cuando encontraba un saliente descansaba un poco a fin de volver a tomar aliento.

Tres minutos después de haber dejado el suelo, si Godfrey no había llegado a sesenta pies de altura, no debía de estar lejos de ello y, en consecuencia, no le quedaban sino una veintena de pies que franquear.

En efecto, notaba ya un aire más vivo orearle el rostro, y lo aspiraba ávidamente, porque en rigor no estaba precisamente muy fresco el interior del secoya.

Luego de haber reposado durante un minuto y haber sacudido el polvo fino arrancado a las paredes, Godfrey continuó elevándose en aquel tubo, que se contraía más y más.

Pero en este momento su atención fue reclamada por cierto ruido que le pareció razonablemente sospechoso. Se hubiese dicho que en el interior del árbol se producía como un escarbamiento. Casi a continuación una especie de silbido se hizo oír.

Godfrey se detuvo.

«¿Qué es eso? —se preguntó—. ¿Se habrá refugiado algún animal en este secoya? ¡Si fuese una serpiente! ¡No! Hasta

ahora no hemos sabido de ninguna en la isla. ¡Más bien debe de ser algún pájaro que trata de huir!».

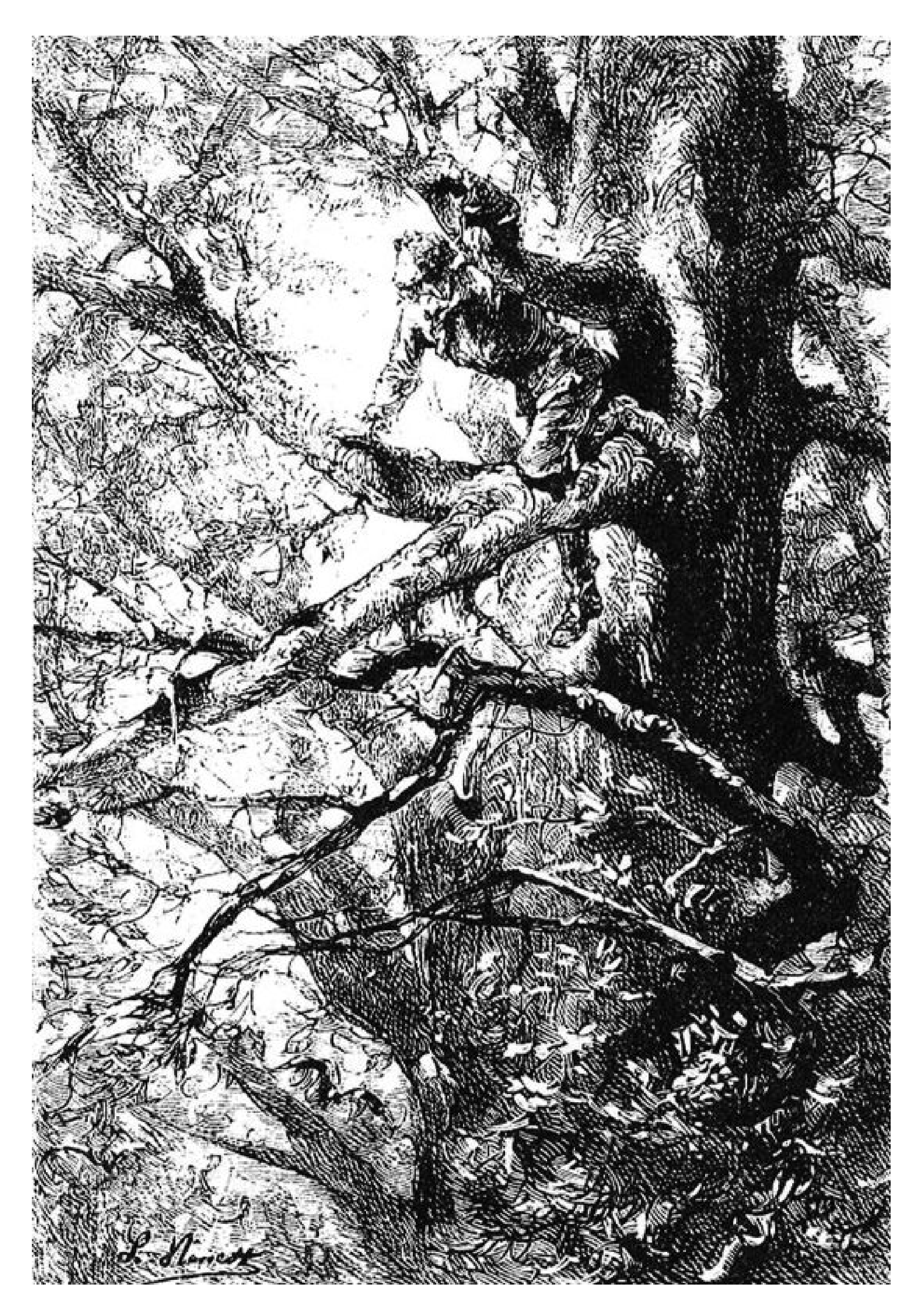
Godfrey no se engañaba, y como continuaba sonando una especie de graznido más acentuado, seguido de un vivo batir de alas, dedujo que no se trataba sino de un volátil anidado en el árbol y del que turbaba su reposo. Varios *frrs, frrs* a todo pulmón determinaron bien pronto al intruso a abandonar el sitio. Era, efectivamente, una especie de corneja de gran tamaño que no tardó en escaparse por el orificio y desaparecer precipitadamente por la alta cima del *Will-Tree*. Pocos instantes después la cabeza de Godfrey pasaba por el mismo orificio y pronto se encontró instalado cómodamente sobre la horquilla del árbol, en el nacimiento de las ramas bajas, que se abrían a ochenta pies de altura sobre el suelo.

Allí, como ya se ha dicho, el enorme tronco del secoya soportaba toda una selva. El caprichoso entrecruzamiento del ramaje secundario presentaba el aspecto de esos roquedales de madera muy apretados que ninguna tentativa ha hecho practicables.

Sin embargo, Godfrey consiguió, no sin bastante trabajo, el deslizarse de una rama a otra en forma de llegar a alcanzar poco a poco el último piso de esta fenomenal vegetación.

Un gran número de pájaros volaron a su alrededor lanzando gritos y refugiándose en los árboles vecinos del grupo que el *Will-Tree* dominaba con toda su cima.

Godfrey continuó trepando cuanto pudo y no se detuvo hasta el momento en que las ramas extremas superiores comenzaron a doblarse bajo su peso.



Un gran horizonte de agua rodeaba la isla Phina, que se desarrollaba a sus pies como un mapa en relieve.

Sus ojos recorrieron ávidamente esta porción de mar, que seguía estando desierta como siempre, lo que confirmaba una vez más que la isla se encontraba fuera de las rutas comerciales del Pacífico.

Godfrey sofocó un gran suspiro; después su mirada descendió hacia este estrecho dominio sobre el que el destino le condenaba a vivir largo tiempo sin duda, ¡quizá siempre!

Pero ¿cuál no fue su sorpresa cuando tornó a ver, al norte esta vez, una humareda parecida a aquella que ya había creído percibir al sur? Miró pues con la mayor atención.

Un vapor muy desligado, de un azul más obscuro en su extremo, ascendía recto en el aire tranquilo y puro.

—¡No! ¡No me engaño! —exclamó Godfrey—. Allí hay humo y, en consecuencia, fuego, un fuego que lo produce… y este fuego no puede haber sido encendido más que por… ¿Por quién?

Godfrey fijó entonces con la máxima precisión el sitio en cuestión.

El humo se elevaba al noroeste de la isla, en medio de las altas rocas que bordeaban la orilla. No había error posible. La cosa era a menos de cinco millas del *Will-Tree*. Cortando rectamente hacia el nordeste a través de la pradería y después siguiendo el litoral, necesariamente se tenía que llegar a las rocas que empenachaban este leve vapor.

Agitado del todo, Godfrey volvió a descender sobre el entrecruzamiento de ramas hasta la horquilla. Allí se detuvo un instante para arrancar un manojo de musgo y hojas, hecho lo cual se deslizó por el orificio, que tapó lo mejor que pudo, y rápidamente se dejó caer hasta el suelo.

Dijo apenas unas breves palabras a Tartelett, para que no se inquietara por su ausencia, y se lanzó en la dirección del nordeste con el fin de ganar el litoral. Lo que duró una marcha de dos horas, primero a través de la pradera verdosa en medio de grupos de árboles o de largos setos de retamas espinosas, y luego a lo largo del borde del litoral, alcanzando por fin la última cadena de rocas.

Pero la humareda que Godfrey había percibido desde lo alto del árbol trató en vano de volverla a ver. De todas suertes

como él había fijado exactamente la situación del lugar de donde se escapaba el humo, pudo llegar allí sin error. Y Godfrey empezó sus búsquedas explorando con cuidado toda esta parte del litoral.

Gritó. Nadie respondió a su llamada. Ningún ser humano se mostró sobre esta playa. Ni una roca presentaba la traza de un fuego encendido recientemente, ni un hogar ya extinguido que hubiera podido alimentar los yerbajos marinos y las algas secas depositadas por las olas.

—Y sin embargo, ¡es imposible que yo me haya engañado! —se repetía Godfrey—. Seguro que se trataba de humo lo que yo he visto. Y, sin embargo…

Como no era admisible que Godfrey hubiese sido víctima de una ilusión, llegó a pensar si no existiría algún manantial de agua caliente, una especie de *geyser* intermitente, cuya localización no podía encontrar, lo que había debido proyectar aquel vapor.

En efecto, nada podía probar que no existieran en la isla varios de estos pozos naturales. En este caso la aparición de una humareda podía explicarse por este sencillo fenómeno geológico.

Godfrey, dejando el litoral, se volvió hacia el *Will-Tree* observando un poco mejor el país al regreso que lo había hecho a la ida. Algunos rumiantes se dejaron ver, entre otros *wapitis*, pero corrían con una rapidez tal que hubiese sido imposible alcanzarles.

Hacia las cuatro, Godfrey estaba de regreso. Cien pasos antes de llegar ya oía el ronco crin-crin del violín, encontrándose bien pronto frente a Tartelett, que en la actitud de una vestal velaba religiosamente cerca del fuego confiado a su custodia.

14

EN QUE GODFREY HALLA EN LA COSTA CIERTOS RESTOS A LOS CUALES SU COMPAÑERO Y ÉL HACEN MUY BUENA ACOGIDA



oportar lo que no se puede impedir es un principio de filosofía que, si no conduce al cumplimiento de grandes cosas, es, desde luego, eminentemente práctico. Godfrey estaba, pues, determinado a subordinarlo en adelante en todos sus actos. Ya que precisaba vivir en esta isla, lo más cuerdo era vivir en ella lo mejor posible hasta el momento en que una ocasión propicia les permitiera abandonarla.

Se ocuparon sin más tardar en arreglar cuanto era posible el interior del *Will-Tree*. La cuestión de la limpieza, ya que no la de la comodidad, dominaba sobre todas las demás. Las literas de yerba se renovaron frecuentemente. Los utensilios se reducían a simples conchas, es cierto; pero los platos y fuentes de una cocina americana no hubieran ofrecido más limpieza, precisando repetir en alabanza del profesor Tartelett que lavaba perfectamente la vajilla. Ayudándose de su cuchillo, Godfrey, por medio de un gran trozo de corteza aplanada y cuatro patas fijadas al suelo, consiguió establecer una mesa en medio de la habitación, y groseros taburetes sirvieron de escabeles. Ya no estuvieron los huéspedes obligados a comer sobre sus rodillas cuando el tiempo no permitía comer a pleno aire.

Existía aún la cuestión de los vestidos, que no dejaba de preocuparlos mucho. Se los cuidaba, pues, lo mejor posible. Con aquella temperatura y en aquella latitud, no había inconveniente alguno en ir medio desnudos. Pero, al fin, pantalón, camisa de lana y chaqueta acabarían por gastarse. ¿Cómo reemplazarlos? ¿Se llegaría a vestirse con las pieles de aquellos corderos y aquellas cabras que, después de haberlos nutrido, les servirían aún para vestirse? Iba a ser preciso sin duda. Mientras tanto, Godfrey hizo lavar frecuentemente el poco vestuario de que disponían. Fue a Tartelett nuevamente a quien incumbió esta tarea, transformado en hombre de hacer la colada, lo que llevó a cabo, por otra parte, a satisfacción general.

El propio Godfrey se ocupaba más especialmente de los trabajos de avituallamiento y arreglo doméstico. Era, además, el abastecedor de la cocina. La recogida de las raíces comestibles y de los frutos de manzanillas le llevaba cada día algunas horas; igualmente la pesca por medio de cañizos de juncos trenzados que instalaba ya en las cavidades de las rocas del litoral que el reflujo dejaba en seco. Eran estos medios muy primitivos sin duda alguna; pero de tiempo en tiempo algún crustáceo o un suculento pez figuraba en la mesa del *Will-Tree*, sin mencionar los moluscos, cuya recogida se hacía a mano y sin trabajo.



Mas confesaremos que faltaba la marmita, la sencilla marmita de fundición o de hierro forjado. Su ausencia se hacía sentir. Godfrey no sabía qué imaginar para reemplazar la vulgar vasija de tan universal uso. Ni puchero, ni carne, ni pescado hervido, sólo asados y tostados. La sopa jamás aparecía como principio de las comidas. Alguna vez Tartelett

se lamentaba de ello amargamente; pero ¿cómo hallar el medio de dar gusto a este buen hombre?

Otros cuidados, por otra parte, habían ocupado a Godfrey. Al visitar los diferentes árboles del grupo había hallado un segundo secoya de gran altura cuya parte inferior, ahuecada por el tiempo, ofrecía una anfractuosidad bastante ancha.

Allí fue donde estableció un gallinero en el que los volátiles tuvieron su domicilio. El gallo y las gallinas se habituaron a él fácilmente, los huevos se abrían en la yerba seca y los pollitos comenzaban a pulular. Todas las noches se los encerraba a fin de ponerlos al abrigo de las aves de presa, que desde lo alto de las ramas espiaban a estas fáciles víctimas y hubieran acabado por destruir todas las polladas. En cuanto a los agutíes, corderos y cabras, hasta entonces había parecido inútil buscarles un redil o un establo, pero cuando la mala estación llegara debería proveerse a ello. Mientras tanto, prosperaban en este fértil pasto de la pradera, teniendo allí en abundancia una especie de heno y gran cantidad de raíces comestibles, de los que los representantes de la raza porcina hacían el mayor caso. Algunas cabras habían parido después de la llegada a la isla, pero se les dejaba casi toda la leche a fin de que pudiesen alimentar sus crías.

De todo esto resultaba que el *Will-Tree* y sus alrededores estaban ahora muy animados. Los animales domésticos, bien alimentados, venían a las horas cálidas del día a buscar allí refugio contra los ardores del Sol. No había que temer que se fuesen a perder lejos, ni nada que temer tampoco por parte de las fieras, puesto que no parecía que en la isla Phina hubiese un solo animal peligroso.

Así marchaban las cosas, con un presente casi asegurado y un porvenir siempre inquietante, cuando un incidente inesperado se produjo, incidente que debía mejorar notablemente la situación.

Era el 29 de julio. Godfrey vagaba en la temprana mañana sobre aquella parte de la playa que formaba el litoral de la gran

bahía a la que había dado el nombre de Dream Bay. La exploraba a fin de reconocer si era tan rica en moluscos como el litoral del norte. Tal vez esperaba que algún pecio se encontraría por allí, de tal manera le parecía singular que la resaca no hubiese arrojado nunca ni uno solo de los restos del navío a la costa.

Ahora bien, ese día se había adelantado hasta la punta septentrional, que terminaba en una playa arenosa, cuando su atención fue solicitada por una roca de particular forma que emergía a la altura de la última línea de algas y ovas.

Cierto presentimiento le condujo a apresurar su marcha, y ¡cuál no fue su sorpresa, como su alegría al par, cuando reconoció que lo que tomaba por una roca era un cajón, un cofre medio enterrado en la arena!

¿Se trataría de uno de los bultos del *Dream*? ¿Se encontraría allí desde el naufragio? ¿No sería más bien todo cuanto quedaba de otra catástrofe más reciente? Hubiese sido difícil decirlo. En todo caso, cualquiera que fuese su procedencia y contenido este cofre debía ser una buena presa.

Godfrey lo examinó exteriormente. No vio ninguna indicación. Ni nombre, ni siquiera una de esas grandes iniciales recortadas en una delgada plancha de metal que adornan los cofres americanos. ¿Encontraría tal vez algún papel que indicara su procedencia, la nacionalidad, el nombre de su propietario? En todo caso, estaba herméticamente cerrado y se podía esperar que su contenido no se hubiera estropeado por su permanencia en el agua del mar. Era, efectivamente, un cofre muy fuerte, recubierto con una piel gruesa, con esquinales de cobre en todos sus ángulos y con anchas correas que lo abrazaban por todas sus caras.



Por mucha que fuera su impaciencia en querer saber el contenido de este cofre, Godfrey no pensó en modo alguno en romperlo, sino en abrirlo después de haber hecho saltar la cerradura. En cuanto a transportarlo de Dream Bay al *Will-Tree*, no lo permitía su peso y ni se podía pensar en ello.

—¡Bueno! —se dijo Godfrey—, lo vaciaremos aquí y haremos tantos viajes como sea necesario para transportar todo lo que contenga. Se podían contar alrededor de unas cuatro millas de la extremidad del promontorio al grupo de los secoyas. Esto exigiría, pues, cierto tiempo y ocasionaría cierta fatiga. Ahora bien, el tiempo no escaseaba, y en cuanto a la fatiga, no era cosa de pensar en ella.

¿Qué encerraría este cofre…? Antes de regresar al *Will-Tree*, Godfrey quiso por lo menos intentar abrirlo.

Comenzó, pues, por deshacer las correas y, una vez sueltas, levantó con gran esmero el capuchón o cubierta de cuero que recubría la cerradura. Pero ¿cómo forzar ésta?

Aquél era el trabajo más difícil. Godfrey no tenía palanca alguna con que pudiera forzarlo. Arriesgarse a romper su cuchillo en esta operación era muy para guardarse. Buscó pues un grueso guijarro con el cual trataría de hacer saltar el candado. La playa estaba sembrada de duros sílex de todas formas que podían servir de martillo. Godfrey escogió uno grueso como el puño y con él dio un fuerte golpe sobre la placa de cobre. Con extrema sorpresa, el pestillo enclavado en la armella se desprendió inmediatamente. O la armella se había roto por el choque, o la cerradura no había sido cerrada con llave. El corazón de Godfrey palpitaba fuertemente en el instante en que iba a levantar la cubierta del cofre.

Por fin ya estaba abierto, y en verdad, si hubiese sido preciso romperlo, Godfrey no hubiese podido hacerlo fácilmente.

Se trataba de un verdadero *coffre-fort*. Las paredes interiores se hallaban duplicadas por una especie de hoja de cinc de tal manera que el agua del mar no había podido penetrar dentro. Así, los objetos que contenía, por delicados que fuesen, tenían que encontrarse en perfecto estado de conservación.

¡Y qué objetos! Al irlos retirando, Godfrey no podía contener exclamaciones de alegría. Realmente, este cofre debía de haber pertenecido a algún viajero muy práctico que trataba de aventurarse en algún país en que estaría reducido a sus solos recursos.

En primer lugar, ropa blanca: camisas, servilletas, paños de toda especie, colchas; después, vestidos, chaquetas de lana, calcetines de lana y algodón, sólidos pantalones de tela y terciopelo crudo, chalecos de tricot, jerseys de gruesa y sólida estofa; luego, dos pares de fuertes botas, calzado de caza, sombreros de fieltro.

En segundo lugar, algunos utensilios de cocina y de *toilette*: marmita (¡la famosa marmita tan deseada!), perol, cafetera, tetera, algunas cucharas, tenedores y cuchillos, un espejito, cepillos de toda clase; en fin, lo que no era de desdeñar, tres latas que contenían alrededor de quince pintas de aguardiente y anís y varias libras de té y café.

En tercer lugar, algunas herramientas: taladro, barrena, sierra de mano, surtido de clavos y puntas, azada y paleta, pico, hacha, azuela, etc.

En cuarto lugar, armas, dos cuchillos de caza en su estuche de cuero, una carabina y dos fusiles de pistón, tres revólveres de seis tiros, una docena de libras de pólvora, varios millares de pistones y una importante provisión de plomo y balas, pareciendo todas estas armas ser de fabricación inglesa; y, por fin, un pequeño botiquín de bolsillo, un anteojo de larga vista, una brújula, un cronómetro.

También había allí algunos volúmenes en inglés, varias manos de papel blanco, lápices, plumas y tinta, un calendario, una *Biblia* editada en New York y un *Manual del perfecto cocinero*.

En realidad, esto constituía un inventario de un valor inestimable en aquellas circunstancias.

Lógicamente, Godfrey no podía contener su alegría. Si hubiera encargado expresamente este lote para uso de náufragos en un caso así, no lo hubiera tenido más completo. Bien valía esto un gran reconocimiento a la Providencia, y la Providencia recibió tal gratitud salida de un corazón agradecido.

Godfrey se dio el placer de colocar todo su tesoro sobre la playa. Cada objeto había sido inspeccionado, pero ningún papel se encontraba en el cofre que pudiera indicar su procedencia ni sobre qué buque había sido embarcado. Por los alrededores, por otra parte, el mar no había arrastrado ningún otro resto de un naufragio reciente. Nada, ni sobre las rocas ni sobre la playa. Debía deducirse que el cofre había sido transportado a este lugar por la marea tras haber flotado más o menos tiempo. En efecto, su volumen, con respecto a su peso, había podido asegurarle una flotabilidad suficiente.

Los dos huéspedes de la isla Phina se encontraban pues, por cierto tiempo, con las necesidades materiales de la vida aseguradas en gran medida: utensilios, armas, instrumentos, herramientas y vestidos les habían sido proporcionados por un feliz azar. No hay que decir que Godfrey no podía pensar en otra cosa que en llevar todos estos objetos al *Will-Tree*. Su transporte necesitaría varios viajes, pero quiso apresurarse a hacerlo, por temor al mal tiempo.

Godfrey volvió a meter pues la mayor parte de estos diversos objetos en el cofre. Un fusil, un revólver, cierta cantidad de plomo y pólvora, un cuchillo de caza, el catalejo de larga vista y la marmita, he aquí con lo que se cargó únicamente. Tras ello, el cofre fue vuelto a cerrar cuidadosamente y Godfrey tomó de nuevo el camino del litoral.

¡Ah!, ¡de qué manera fue recibido una hora después por Tartelett, y cuál fue el gozo del profesor cuando su discípulo le hubo hecho la enumeración de sus nuevas riquezas! La marmita, la marmita sobre todo, le causó transportes de alegría

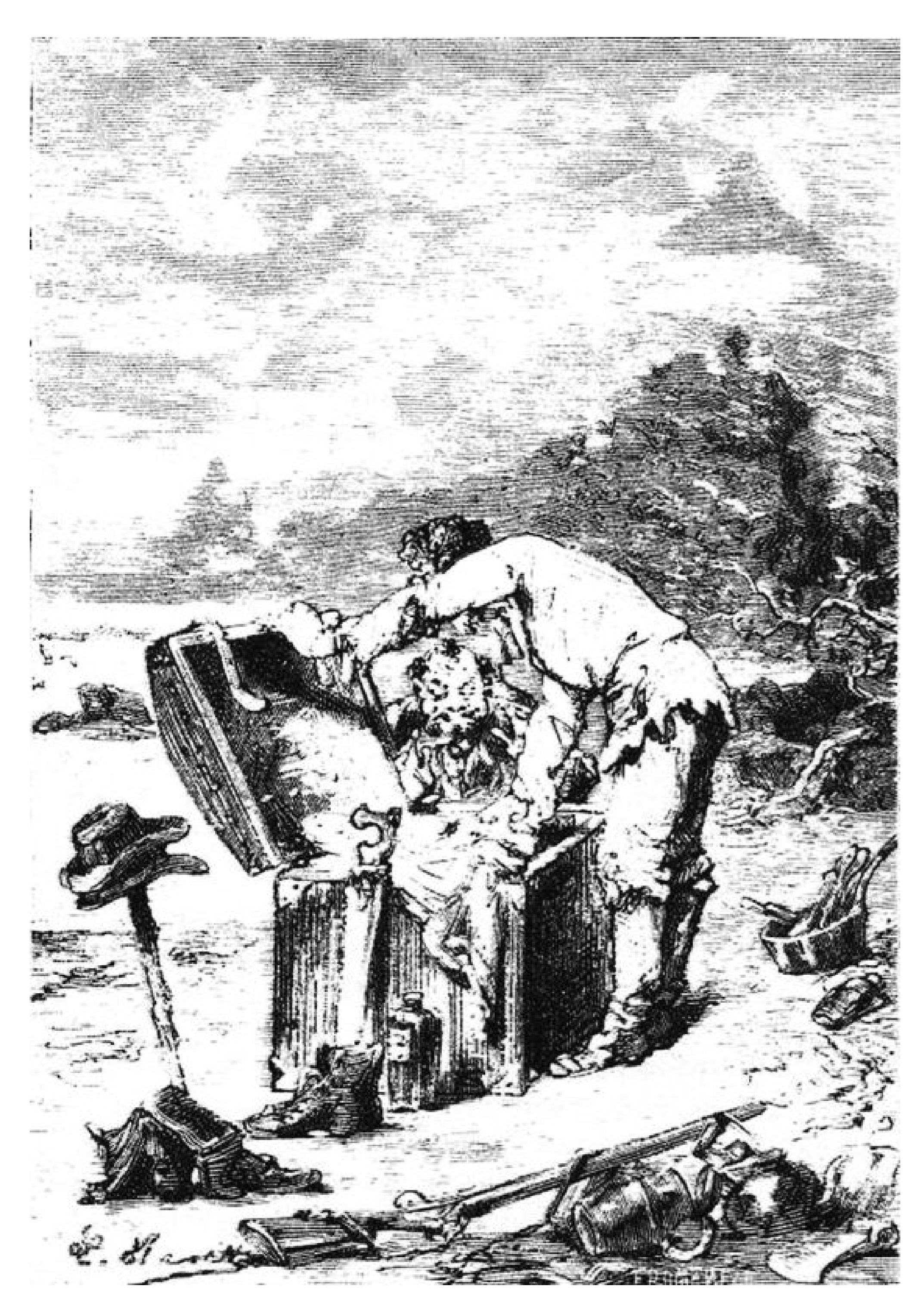
que se tradujeron en una serie de piruetas terminadas por un triunfante paso de seis por ocho.

Era sólo mediodía. Por consiguiente, Godfrey, después del almuerzo, quiso volver inmediatamente a Dream Bay. Le urgía que todo fuese puesto a seguro en el *Will-Tree*.

Tartelett no opuso objeción alguna y se declaró listo para partir. Ya no había necesidad de velar por el hogar que llameaba. Con la pólvora, siempre puede uno procurarse fuego. Mas el profesor quiso que durante su ausencia la olla pudiese hervir poco a poco. En un momento, llena la marmita de agua dulce, recibió un cuarto de aguti con una docena de raíces de *yamph* que obrarían como legumbres, sazonadas con un puñadito de sal de la que se encontraba en los huecos de las rocas.

—Así hervirá bien ella sola —dijo Tartelett, que parecía muy satisfecho de su obra.

Y ya los tenemos en marcha a paso ligero hacia Dream Bay, por el camino más corto.



El cofre seguía estando allí. Godfrey lo abrió con precaución. En medio de las exclamaciones admirativas de Tartelett, se procedió a la selección de los diversos objetos.

En este primer viaje Godfrey y su compañero, transformados en mulos de carga, pudieron llevarse al *Will-Tree* las armas, las municiones y una parte de los vestidos; y descansaron después de la fatiga ante la mesa, en la

que humeaba un caldo de agutí que declararon excelente. Con respecto a la carne, y según el profesor, hubiera sido difícil imaginar cosa más exquisita. ¡Oh, el maravilloso efecto de las privaciones!



El día siguiente, el 30, Godfrey y Tartelett partieron en cuanto amaneció y en otros tres viajes acabaron de vaciar y

transportar el contenido del cofre. Antes del anochecer, armas, instrumentos, utensilios, herramientas, todo, había sido llevado, arreglado y almacenado en el *Will-Tree*.

Finalmente, el 1.º de agosto, el propio cofre, arrastrado no sin trabajo a lo largo de la playa, hallaba sitio en la habitación del *Will-Tree*, en la que se transformaba en armario para ropa.

Tartelett, con la movilidad propia de su espíritu, veía ahora todo el porvenir de color de rosa. No es de sorprenderse, por tanto, que dicho día, con el violín en la mano, fuese a encontrar a su discípulo y muy seriamente le dijera, igual que si se hallaran en el salón del hotel Kolderup:

—Y bien, mi querido Godfrey, ¿no es ya tiempo de reemprender nuestras lecciones de baile?

15

DONDE SUCEDE LO QUE SUCEDE AL MENOS UNA VEZ EN LA VIDA A TODO ROBINSON VERDADERO O IMAGINARIO

El porvenir se mostraba, por consiguiente, bajo un aspecto menos sombrío. Pero si Tartelett en el momento actual no veía en la posesión de estos instrumentos, herramientas, armas, etc., sino un medio de hacer esta vida de aislamiento un poco más agradable, por lo que respecta a Godfrey, éste pensaba ya en la posibilidad de abandonar la isla Phina. ¿No podría ahora construir una embarcación suficientemente sólida que le permitiese alcanzar sea una tierra vecina, sea algún navío que pasase a la vista de la isla?

Entre tanto, las ideas de Tartelett fueron las que ocuparon más especialmente las semanas que siguieron.

Bien pronto, efectivamente, el guardarropa del *Will-Tree* fue aprovechado, pero se decidió que se utilizaría con toda la discreción que imponía la incertidumbre del porvenir. No se utilizaban estos vestidos sino en la medida necesaria, y ésa fue la regla a la que el profesor tuvo que someterse.

—¿Por qué? —decía refunfuñando éste—. ¡Esto es ser demasiado ahorrativo! ¡Qué diantres, no somos salvajes, para ir semidesnudos!

—¡Perdón, Tartelett! —respondía Godfrey—. Somos salvajes, y no otra cosa.

—¡Como gustéis; pero ya veréis como hemos abandonado la isla antes de haber agotado esta ropa!

—¡Nada sé de eso, Tartelett, pero más vale tener de sobra que faltarnos!

—Pero siquiera el domingo, por lo menos el domingo, ¿no será permitido hacer un poco de *toilette*…?

—Bueno, conforme, el domingo, e incluso los días festivos —respondió Godfrey, que no quería contrariar demasiado a su frívolo compañero—; pero, como precisamente hoy es lunes, tenemos por delante toda una semana para ponernos guapos.

No hay que decir que, desde el momento en que había llegado a la isla, Godfrey no había dejado de señalar cada uno de los días transcurridos. De esta manera y con la ayuda de un calendario encontrado en el cofre, había podido comprobar que dicho día era realmente lunes.

Cada uno se había distribuido el quehacer cotidiano según sus aptitudes. Ya no era necesario velar día y noche por el fuego, puesto que ahora se tenía el medio de encenderlo cuando conviniera. Tartelett pudo pues abandonar, no sin cierta pena, esta tarea que tan bien se le daba. Fue en adelante encargado del aprovisionamiento de las raíces de *yamph* y de *camas*, de éstas especialmente, que componían el pan cotidiano de la casa. Así es que el profesor iba todos los días a esta recolección hasta las líneas de arbustos de que la pradera estaba bordeada por detrás del *Will-Tree*. Se trataba de una o dos millas de camino, pero se acostumbró a ello. Además, se ocupaba en los intermedios de recoger las ostras u otros moluscos, de los que se consumía gran cantidad.

Godfrey se había reservado el cuidado de los animales domésticos y de los huéspedes del gallinero. El oficio de carnicero no era para complacerle, pero al fin lo llevaba a cabo, aunque con repugnancia. De esta manera y gracias a él,

la olla aparecía frecuentemente a la mesa con algún trozo de carne asada, lo que siempre constituía una variación. En cuanto a la caza, abundaba en los bosques de la isla Phina y Godfrey se proponía empezar sus cacerías así que sus quehaceres más apremiantes se lo permitieran. Contaba en utilizar los fusiles, la pólvora y el plomo de su arsenal, mas con anterioridad había querido que el arreglo de la casa estuviese terminado.

Sus herramientas le permitieron poner algunos bancos en el interior y el exterior del *Will-Tree*. Los taburetes fueros alisados por el hacha; la mesa, menos rugosa, se hizo más digna de platos, fuentes y cubiertos con los que la adornaba el profesor Tartelett. Las literas fueron acomodadas dentro de encuadrados de madera y su lecho de yerba seca tomó un aspecto más atractivo. Si las telas metálicas y los colchones faltaban aún, las sábanas, por lo menos, no las echaban de menos. Los diversos utensilios de cocina no andaban por el suelo, sino que tenían sitio conveniente en tablas fijadas en las paredes interiores. Los diversos efectos, ropa blanca y vestidos fueron cuidadosamente colocados en estantes en el fondo de huecos de la corteza misma del secoya, al abrigo del polvo, y en fuertes clavijas se suspendieron las armas, los instrumentos, etc., que adornaron las paredes en forma de panoplias.

Godfrey quiso cerrar de esta manera su habitación a fin de que, a falta de otros seres vivos, los animales domésticos no viniesen durante la noche a turbar su sueño. Como no podía cortar tablas con la única sierra de mano que tenía, un serrucho, se sirvió nuevamente de anchos y espesos pedazos de corteza del árbol, que desprendía fácilmente. Fabricó de esta forma una puerta bastante sólida para dominar la abertura del *Will-Tree*. Al mismo tiempo abrió dos pequeñas ventanas, opuestas una a la otra, de manera que dejasen penetrar la luz y el aire en el interior de la habitación. Una especie de persianas permitían cerrarlas durante la noche; pero al menos desde la mañana a la noche ya no fue necesario recurrir a la claridad de las antorchas resinosas, que llenaban de humo la habitación.

Lo que Godfrey imaginaría más tarde para alumbrarse durante las largas noches de invierno no lo sabía aún ahora. ¿Lograría fabricar algunas bujías con grasa de cordero o se contentaría con velas de resina más esmeradamente preparadas? Ya se vería.

Otra preocupación era la de llegar a construir una chimenea en el interior del *Will-Tree*. En tanto duraba la hermosa estación, el hogar establecido fuera del hueco del secoya bastaba para todas las necesidades de la cocina; pero cuando llegase el mal tiempo, cuando la lluvia cayese a torrentes, cuando se hiciese preciso combatir a fondo el frío, del que se debía temer su extremo rigor durante cierto periodo, sería forzoso buscar el medio de hacer fuego en el interior de la habitación y dar al humo una salida suficiente. Esta importante cuestión debía ser resuelta a su tiempo.

Un trabajo muy útil fue el que emprendió Godfrey a fin de poner en comunicación las dos orillas del río sobre el confín del grupo de los secoyas, y consiguió, no sin trabajo, introducir dos postes en las aguas vivas y unos tablones que sirvieron de puente. De esta manera se podía ir al litoral del norte sin pasar por un vado que obligaba a hacer un rodeo de dos millas aguas arriba.

Pero si Godfrey tomaba todas las precauciones hacederas a fin de que la existencia fuese todo lo cómoda posible en esta isla perdida en el Pacífico, en el caso de que su compañero y él estuvieran destinados a vivir allí quizá para siempre… no por esto quería abandonar nada de lo que pudiera aumentar las posibilidades de salvación.

La isla Phina no se hallaba en la ruta de los buques; esto era demasiado evidente. No ofrecía ningún puerto de escala, ninguna estación para reavituallamiento. Nada podía tentar a los navíos a procurar su conocimiento. De todos modos, tampoco era imposible que un navío de guerra o de comercio pasase a su vista. Convenía, pues, tratar del medio de llamar su atención y mostrar que la isla estaba habitada.

Con este objeto, Godfrey creyó que debía instalar un mástil de bandera en la extremidad del cabo que se proyectaba hacia el norte y sacrificó la mitad de una de las telas encontradas en el cofre. Además, como temía que el color blanco fuese visible sólo en un radio muy restringido, trató de teñir su pabellón con las bayas de una especie de madroño que crecía al pie de las dunas. De esta manera obtuvo un rojo vivo al que no podía hacer indeleble por faltarle el mordiente, por lo que debía estar atento a repintar la tela cuando el viento o la lluvia lo hubiesen borrado.

Estos diversos trabajos le ocuparon hasta el 15 de agosto. Desde hacía varias semanas el tiempo había sido constantemente hermoso, salvo dos o tres tormentas de extrema violencia que habían derramado gran cantidad de agua de la que el suelo se había impregnado ávidamente.

Hacia esta época, Godfrey comenzó su oficio de cazador; pero, si bien él era bastante hábil en el manejo del fusil, no podía contar con Tartelett, el cual no había disparado aún su primer tiro.

Godfrey consagró, por tanto, varios días por semana a la caza de piezas de pelo y pluma que, sin ser muy abundantes, debían bastar a las necesidades del *Will-Tree*. Algunas perdices, perdigazas y cierta cantidad de becasinas vinieron a variar el menú habitual. Dos o tres antílopes cayeron igualmente bajo el plomo del joven cazador, y no por no haber participado en su captura fueron menos bien recibidos por el profesor cuando aparecieron bajo la forma de perniles o costillas.

Pero, en tanto que cazaba, Godfrey no dejaba de obtener un mejor conocimiento de la isla. Penetraba en el fondo de espesos bosques que ocupaban la parte central. Remontaba el río hasta su nacimiento y el de las aguas de la vertiente oeste de la colina que alimentaban su curso; subía nuevamente a la cima del cono y volvía a bajar por los taludes opuestos, hacia el litoral del este, que todavía no había visitado.

«De todas estas exploraciones —se repetía a menudo Godfrey—, es preciso deducir esto: que en la isla Phina no vive animal alguno perjudicial, ni fieras, ni serpientes, ni saurios. ¡Yo no he visto ni uno solo! Seguramente, si los hubiera, los tiros de mi fusil les habrían hecho notar su presencia. Esto es una circunstancia feliz. Si hubiese sido preciso poner el Will-Tree al abrigo de sus ataques, no sé cómo nos las hubiéramos arreglado».

Y luego, pasando a otra deducción muy natural, se decía:

«Hay que reconocer igualmente que la isla no está habitada. Desde hace ya mucho tiempo, indígenas o náufragos se hubiesen presentado atraídos por el ruido de las detonaciones. ¡No queda, pues, sino esa inexplicable humareda que dos o tres veces he creído ver!».

El hecho es que Godfrey jamás había encontrado trazas de un fuego cualquiera. En cuanto a esas aguas calientes a las que creía poder atribuir el origen de los vapores entrevistos, la isla Phina, en absoluto nada volcánica, no parecía las pudiese contener. Tenía por tanto que rendirse a la idea de que había sido dos veces juguete de la misma ilusión.

Además, esta aparición de humo o vapores no se había reproducido. Cuando Godfrey hizo una segunda ascensión al cono central, al igual que cuando subió al alto ramaje del *Will-Tree*, nada vio de tal naturaleza que atrajese su atención. Acabó pues por olvidar esta circunstancia.

Varias semanas transcurrieron en los diversos trabajos de mejoramiento y en excursiones de caza. Cada día aportaba una mejora en la vida cotidiana.

Los domingos, como había sido convenido, Tartelett se ponía su mejor ropa. Ese día no pensaba sino en pasearse bajo los grandes árboles tocando su violín. Ejecutaba pasos de baile dándose lecciones a sí mismo, ya que su discípulo había rehusado positivamente continuar el curso.

—¿Para qué? —respondía Godfrey a las instancias reiteradas del profesor—. ¿Os imagináis o podéis imaginaros a un salvaje tomando lecciones de baile y de maneras?

—¿Y por qué no? —replicaba seriamente Tartelett—; ¿por qué un *Robinson* ha de estar dispensado de buenas maneras? ¡No es sólo por los demás, sino por uno mismo, que conviene tener buenas maneras!

A esto no tenía Godfrey nada que responder. No obstante, no se rindió, y el profesor se vio reducido a enseñar «en blanco».

El 13 de septiembre fue marcado por una de las más grandes y más tristes decepciones que puedan experimentar los desdichados a los que un naufragio ha arrojado sobre una isla desierta.

Si Godfrey no había vuelto a ver en un punto cualquiera de la isla las inexplicables e incomprensibles humaredas, ese día, hacia las tres de la tarde, fue atraída su atención por una larga estela de vapor sobre el origen de la cual no había lugar a engañarse.

Había ido a pasearse hasta la extremidad de Flag-Point (nombre que había dado al cabo sobre el que se elevaba el mástil de su bandera), cuando he aquí que, mirando a través de su anteojo, percibió por encima del horizonte un humo que el viento del oeste movía hacia la dirección de la isla. El corazón de Godfrey latió con violencia.

—¡Un barco! —exclamó.



Pero este barco, este vapor, ¿iría a pasar a la vista de la isla Phina? ¿Pasaría y se acercaría lo bastante para que desde su bordo pudiesen ser vistas y entendidas las señales de la isla? ¡O bien este humo, apenas entrevisto, iría a desaparecer por el noroeste o el sudoeste del horizonte!

Durante dos horas Godfrey se sintió presa de alternativas emocionales más fáciles de señalar que de describir. En efecto, el humo aumentaba poco a poco y se espesaba cuando el vapor forzaba sus calderas, disminuyendo después, cuando la paletada de carbón se había consumido. De todas suertes, el buque se aproximaba visiblemente.

Hacia las cuatro de la tarde su casco se mostraba en la conjunción del cielo y el agua.

Se trataba de un gran vapor que hacía rumbo al nordeste. Godfrey lo reconoció fácilmente. Si se mantenía en esta dirección, debía inevitablemente acercarse a la isla Phina.

Godfrey había pensado enseguida en correr al *Will-Tree* para prevenir a Tartelett. Pero ¿para qué? La vista de un solo hombre haciendo señales valía tanto como la de dos. Se quedó donde estaba, pues, con su anteojo a la vista, no queriendo perder ni uno solo de los movimientos del barco.

El *steamer* continuaba acercándose a la costa, por más que no hubiese puesto la proa directamente sobre la isla. Hacia las cinco la línea del horizonte se elevaba ya más alta que su casco, y sus tres mástiles de goleta eran visibles; Godfrey pudo incluso reconocer los colores que flameaban en un palo. Eran los americanos.

«Pero, si yo veo ese pabellón —se dijo—, no es posible que desde a bordo no se vea el mío. El viento lo despliega de manera que pueda ser fácilmente visto con un anteojo. ¿Y si yo hiciese señales bajándolo y subiéndolo varias veces, a fin de indicar mejor que se quiere entrar en comunicación desde tierra con el navío? ¡Sí, no hay momento que perder!».

La idea era buena. Corriendo Godfrey a la extremidad de Flag-Point, empezó a maniobrar su pabellón como se hace en un saludo, dejándolo después a medio mástil, es decir, en la forma de indicar, según los usos marítimos, que se pide socorro y ayuda.

El *steamer* se acercó más todavía, como a menos de tres millas del litoral, pero su pabellón, siempre inmóvil en la punta del palo mesana, no respondió al de Flag-Point.

Godfrey sintió oprimirse su corazón. ¡Seguro que no había sido visto! ¡Y eran las seis y media y el crepúsculo se echaba encima!

Sin embargo, el *steamer* bien pronto estuvo a sólo dos millas de la punta del cabo, hacia el cual corría rápidamente. En este momento el Sol desaparecía debajo del horizonte. Con las primeras sombras de la noche, habría que renunciar a toda esperanza de ser vistos.

Godfrey volvió a izar y arriar varias veces su pabellón, sin éxito. Ni le contestaban. Disparó entonces algunos tiros, por más que la distancia fuese aún grande y el viento no llevara su estampido en aquella dirección. Ninguna detonación le llegó de a bordo.

La noche, sin embargo, iba cayendo poco a poco; bien pronto el casco no fue ya visible. Sin duda, antes de una hora más tarde habría desaparecido de la vista. Godfrey, no sabiendo ya qué hacer, tuvo la idea de encender un gran haz de ramas de árboles resinosos que crecían detrás de Flag-Point. Encendió una porción de hojas secas por medio de una chispa y luego puso fuego al grupo de pinos, que quemó en breve como una enorme antorcha. Pero los fuegos de a bordo nada respondieron a este fuego de tierra, y Godfrey se volvió tristemente al *Will-Tree* sintiéndose quizá más abandonado que nunca hasta entonces.

16

EN QUE SE PRODUCE UN INCIDENTE QUE NO DEBIERA SORPRENDER AL LECTOR

Este golpe desmoralizó a Godfrey. La oportunidad inesperada que acababa de escapársele, ¿volvería jamás a presentarse? ¿Podía esperarla? ¡No! La indiferencia de aquel buque al pasar a la vista de la isla Phina, sin siquiera tratar de reconocerla, hacía pensar que sería compartida por todos los demás navíos que se aventurasen por esta porción desierta del Pacífico. ¿Para qué recalar allí, puesto que la isla no tenía puerto alguno de refugio?

Godfrey pasó la noche tristemente. A cada instante se despertaba sobresaltado como si hubiese oído algún cañonazo a lo lejos; se preguntaba entonces si el *steamer* no se habría dado cuenta por fin del gran fuego que llameaba todavía en el litoral y trataría de señalar su presencia por una detonación.

Godfrey escuchaba… Pero todo ello no era sino una ilusión de su cerebro sobreexcitado. Cuando volvió a hacerse de día, llegó a decirse que esta aparición de un buque no había sido sino un sueño que había empezado la víspera a las tres de la tarde.

¡Pero no! Era demasiado cierto que un buque se había mostrado a la vista de la isla Phina, a menos de dos millas tal vez, ¡y no menos cierto que no había recalado allí!

De esta decepción, Godfrey no dijo ni una palabra a Tartelett. ¿Para qué referírselo? Por otra parte, este frívolo espíritu no veía nunca más allá del día presente. Ni siquiera pensaba en las ocasiones que pudieran presentarse de abandonar la isla. No imaginaba siquiera que el porvenir pudiera reservarle grandes eventualidades. San Francisco comenzaba a borrarse de su recuerdo. No tenía una prometida que le esperase ni un tío Will al que volver a ver. Si en este cabo de la tierra hubiera podido abrir un curso de danza, sus deseos se hubieran colmado aun teniendo un solo discípulo.

Ahora bien, si el profesor no pensaba en absoluto en ningún peligro inmediato de tal naturaleza que pudiese comprometer su seguridad en esta isla desprovista de fieras y de indígenas, estaba equivocado. Este mismo día su optimismo iba a ser sometido a ruda prueba.

Hacia las cuatro de la tarde Tartelett había salido, según su costumbre, a recoger ostras y almejas en la parte de la costa de detrás de Flag-Point, cuando Godfrey le vio volver a todo correr al *Will-Tree*. Sus escasos cabellos se le erizaban en las sienes. Su aspecto era el de quien huye sin atreverse siquiera a volver la cabeza.

—¿Qué pasa? —exclamó Godfrey, no sin inquietud, yendo al encuentro de su compañero.

—¡Allí, allí! —respondió Tartelett, señalando con el dedo aquella porción de mar que se percibía en un estrecho segmento, al norte, entre los grandes árboles del *Will-Tree*.

—Pero ¿qué es lo que ocurre? —preguntó Godfrey, cuyo primer movimiento fue correr al confín de los secoyas.

—¡Una piragua!

—¿Una piragua?

—¡Sí… salvajes, toda una flotilla de salvajes, quizá caníbales…!

Godfrey miró en la dilección indicada. No se trataba de una flotilla, como decía el aterrado Tartelett; pero éste sólo se engañaba sobre la cantidad.

En efecto, una pequeña embarcación que se deslizaba sobre el mar, muy en calma en este momento, se dirigía a una media milla de la costa como para doblar el Flag-Point.

—¿Y por qué había de tratarse de caníbales? —dijo Godfrey, volviéndose hacia el profesor.

—¡Porque en las islas de *Robinsones* —respondió Tartelett —, siempre son caníbales los que llegan, más pronto o más tarde!

—¿No será más bien la canoa de un barco de comercio?

—¿De un barco?

—¡Sí… de un barco que pasó ayer por la tarde… a la vista de nuestra isla!

—¡Y no me habíais dicho nada! —exclamó Tartelett, levantando desesperadamente los brazos al cielo.

—¿Y para qué? —replicó Godfrey—, dado que yo creí que ese barco había desaparecido definitivamente. Pero esa canoa puede pertenecer a él. Hay que verlo.

Godfrey, regresando rápidamente al *Will-Tree*, tomó su anteojo y volvió a colocarse en el borde del bosque.

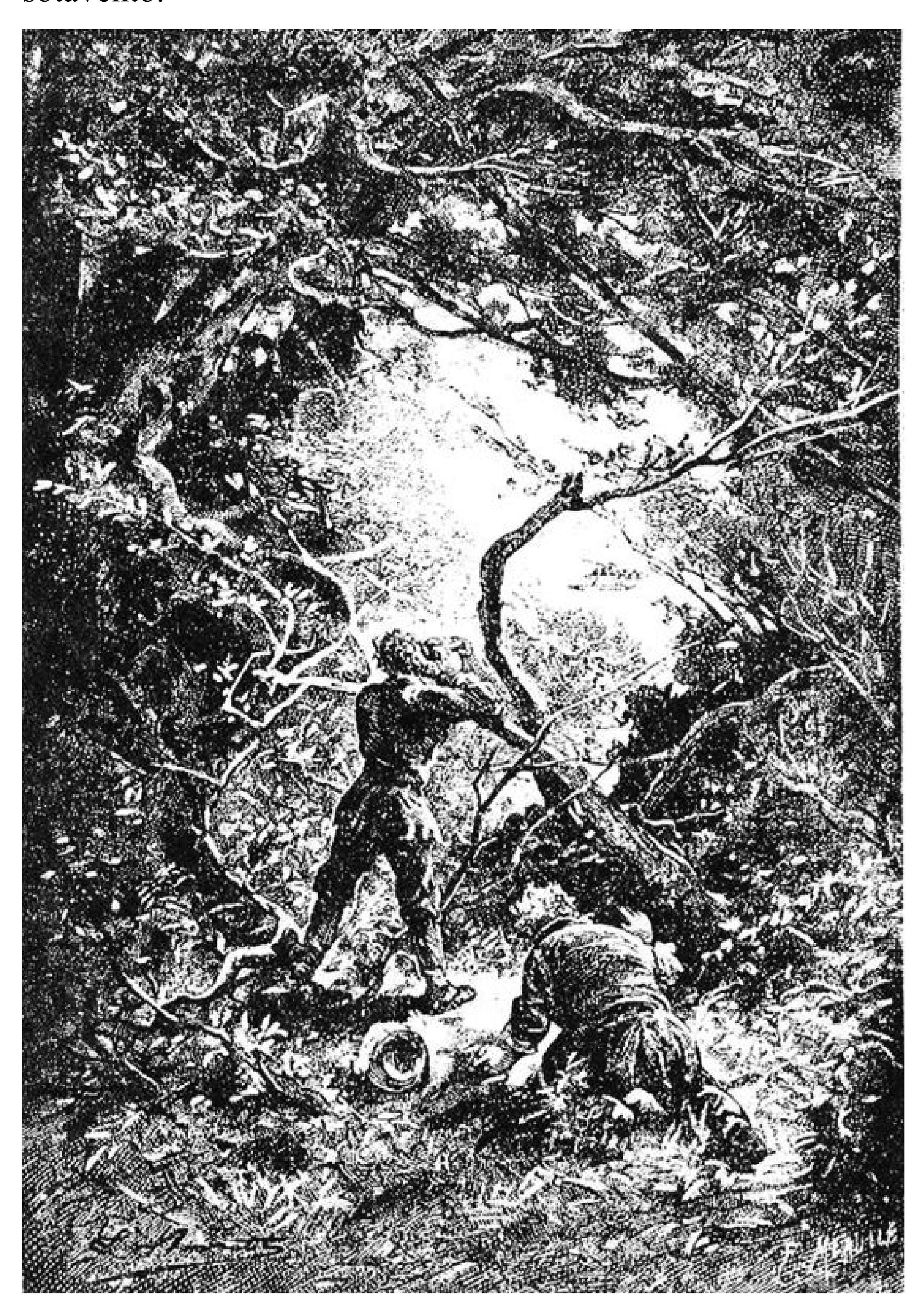
Desde allí pudo observar con gran atención la piragua, desde la cual debía necesariamente percibirse el pabellón de Flag-Point, desplegado bajo una ligera brisa. El catalejo cayó de los ojos de Godfrey.

—¡Salvajes… sí! ¡Son realmente salvajes! —exclamó.

Tartelett sintió vacilar sus piernas y recorrer todo su ser un temblor de espanto.

Era, efectivamente, una embarcación de salvajes la que Godfrey acababa de ver y que avanzaba hacia la isla. Construida como una piragua de las islas polinesias, llevaba

una vela bastante grande de bambú y un balancín fuera bordo para mantenerla en equilibrio contra la banda que daba a sotavento.



Godfrey distinguió perfectamente la forma de la embarcación, que era un prao, lo que parecía indicar que la isla Phina no podía estar muy lejana de los parajes de la Malasia.

Pero no eran malayos los que la tripulaban: eran negros semidesnudos, de los que podían contarse cosa de una docena.

El peligro, pues, de ser vistos era grande, por lo que se lamentó entonces Godfrey haber izado aquel pabellón, que no había visto el navío y que seguro veían los tripulantes del prao. En cuanto a arriarlo, ahora era ya demasiado tarde.

Circunstancia bien lamentable efectivamente. Si era evidente que estos salvajes habían tenido por finalidad, al dejar alguna isla vecina, alcanzar ésta, podía ser que la creyesen inhabitada, como lo era en realidad antes del naufragio del *Dream*. Pero allí estaba el pabellón, que indicaba la presencia de seres humanos sobre esta costa. ¿Cómo entonces escaparse de ellos si desembarcaban?

Godfrey no sabía qué partido tomar. En todo caso, observar si los tripulantes ponían o no el pie en la isla; esto era lo más urgente. Después ya decidiría.

Con el catalejo seguía mirando el prao, al que vio contornear la punta del promontorio, después doblarla, a continuación seguir a lo largo del litoral y, finalmente, abordar a la misma embocadura del río que dos millas más arriba pasaba por el *Will-Tree*.

Si estos indígenas, pues, pensaban remontar el curso del arroyo, llegarían en poco tiempo al grupo de los secoyas sin que fuese posible impedírselo.

Godfrey y Tartelett regresaron rápidamente a su habitación. Se trataba antes de todo de tomar algunas medidas que pudieran ponerla al abrigo de una sorpresa y dar tiempo a preparar la defensa. En ello pensaba únicamente Godfrey. En cuanto al profesor, sus ideas tomaban un curso bien distinto.

—¡Ah, qué cosa! —se decía—. Resulta fatal. Está pues escrito. No hay medio de escapar de ello. No puede uno convertirse en *Robinson* sin que una piragua aborde la isla de uno y sin que caníbales aparezcan allí un día u otro. ¡Sólo hace tres meses que estamos aquí y ya los tenemos con nosotros!

Decididamente, ni De Foe ni Wyss han exagerado las cosas. ¡Haceos pues *Robinson* para eso!

—¡Digno Tartelett, uno no se hace Robinson, se convierte en tal, y no razonabas bien comparando tu situación con la de los héroes de los dos novelistas inglés y suizo!

Veamos las precauciones que fueron tomadas inmediatamente por Godfrey así que regresó al *Will-Tree*. El hogar encendido en el hueco del secoya fue apagado, dispersándose las cenizas a fin de no dejar traza alguna; los gallos, gallinas y pollitos estaban ya en el gallinero para pasar allí la noche, y sólo hubo que obstruir la entrada con ramajes a fin de disimularlo lo mejor posible. Los otros animales, agutíes, corderos y cabras, fueron echados a la pradera, aunque era enojoso que ellos no pudiesen ser encerrados también en un establo. Todos los instrumentos y herramientas volvieron a meterse en casa; nada se dejó fuera que pudiera indicar la presencia o el paso de seres humanos. Después la puerta fue herméticamente cerrada una vez que Godfrey y Tartelett hubieron entrado en el *Will-Tree*. Esta puerta, hecha de corteza de secoya, se confundía con la corteza del tronco y podría quizá escapar a la vista de los naturales, que no mirarían muy de cerca. Lo mismo se hizo con dos ventanas, sobre las cuales habían sido tendidos los saledizos. Luego, todo fuego fue apagado en el interior de la habitación, quedando así en obscuridad completa.

¡Qué larga fue la noche! Godfrey y Tartelett escuchaban los menores ruidos de fuera. El chasquido de una rama, un soplo de viento los hacía estremecer. Creían oír andar bajo los árboles. Les parecía que se rondaba alrededor del *Will-Tree*. Entonces Godfrey, acercándose a una de las ventanas, levantaba un poco el saledizo y miraba ansiosamente en la sombra. Nada todavía.

Sin embargo, Godfrey oyó bien pronto pasos sobre el suelo. Su oído no podía haberle engañado esta vez. Siguió

mirando, pero no vio sino una de las cabras, que venía a buscar abrigo bajo los árboles.

Por lo demás, si alguno de los indígenas llegaba a descubrir la habitación oculta en el enorme secoya, el partido de Godfrey estaba tomado: arrastraría a Tartelett con él por el tubo interior y se refugiarían hasta las ramas altas, donde estarían en mejor situación para resistir. Con fusiles y revólveres a su disposición y con municiones en abundancia, tal vez podrían prevalecer sobre una docena de salvajes desprovistos de armas de fuego. Si éstos, en el caso de que estuviesen provistos de arcos y flechas, atacaban desde abajo, no era probable que se hallaran en ventajosa posición contra fusiles bien dirigidos desde arriba. Si, contrariamente, forzaban la puerta de la habitación y trataban de ganar el alto ramaje por el interior, les sería dificilísimo lograrlo, ya que debían pasar por un estrecho orificio que los sitiados podían cómodamente defender.

De todos modos, Godfrey no habló de esta eventualidad a Tartelett. El pobre hombre bastante aterrado estaba desde la llegada del prao. La idea de que quizá se vería obligado a refugiarse en la parte superior del árbol como en un nido de águila no hubiera sido como para proporcionarle un poco de calma. Si ello se hacía necesario en el último momento, Godfrey le arrastraría sin dejarle siquiera el tiempo de reflexionar.

La noche transcurrió con alternativas de temor y de esperanza. No se produjo ningún ataque directo. Los salvajes no se habían situado aún cerca del grupo de los secoyas. Quizá esperaban la llegada del día para aventurarse a través de la isla.

—Probablemente es lo que harán —decía Godfrey—, puesto que nuestro pabellón les indica que la isla está habitada. Además, ellos no son más que una docena y tienen que tomar algunas precauciones. ¿Cómo van a suponer que no tienen que

habérselas sino con dos náufragos? ¡No, no se aventurarán sino en pleno día, a menos que se instalen…!

—¡A menos que reembarquen en cuanto el día haya llegado! —respondió Tartelett.

—¿Reembarcarse? Pero, entonces, ¿a qué iban a venir a la isla Phina por una noche?

—¡No lo sé! —respondió el profesor, que en su espanto no podía explicarse la llegada de estos indígenas si no era con el fin de alimentarse con carne humana.

—Sea como sea —replicó Godfrey—, mañana por la mañana, si esos salvajes no han venido al *Will-Tree*, iremos en reconocimiento…

—¿Nosotros?

—¡Nosotros, sí! Nada sería más imprudente que separarnos. ¡Quién sabe si no nos será preciso refugiarnos en los bosques del centro y ocultarnos allí durante varios días… hasta la partida del prao! ¡No! Seguiremos juntos, Tartelett.

—¡Chut! —dijo el profesor, con voz que temblaba—. Me parece que oigo algo fuera…

Godfrey se encaramó de nuevo a la ventana y bajó casi enseguida.

—¡No —dijo—; nada sospechoso aún! Son nuestros animales, que vuelven bajo el bosque.

—¿Ahuyentados, quizá?

—Al contrario, parecen del todo tranquilos —respondió Godfrey—. Más bien creería que vienen sólo para buscar abrigo contra el rocío de la mañana.

—¡Ah! —murmuró Tartelett, con un tono tan lastimero que Godfrey hubiera de buena gana reído, de no ser tan graves las circunstancias—. ¡He aquí que estas cosas no nos ocurrirían en el hotel Kolderup en Montgomery-Street!

—El día no tardará ya en venir —dijo entonces Godfrey—. Antes de una hora, si los indígenas no han aparecido, dejaremos el *Will-Tree* e iremos en reconocimiento por el norte de la isla. ¿Os sentís capaz, Tartelett, de llevar un fusil?

—¡Llevarlo, sí!

—¿Y de disparar en una dirección determinada?

—No sé; nunca lo he probado, y podéis estar seguro, Godfrey, de que una bala no irá…

—¡Quién sabe si la detonación sola bastará para aterrar a esos salvajes!

Una hora después ya había bastante luz para que la mirada pudiera extenderse más allá del grupo de los secoyas.

Godfrey volvió a levantar con precaución sucesivamente los saledizos de las dos ventanas. A través de la que se abría hacia el sur, nada vio extraordinario. Los animales domésticos erraban pacíficamente bajo los árboles y no parecían en absoluto asustados. Hecho este examen, Godfrey volvió a cerrar cuidadosamente la ventana. A través de la bahía, dirigida hacia el norte, la vista podía alcanzar hasta el litoral. Incluso se veía, a cosa de dos millas, la extremidad del Flag-Point; pero la embocadura del río, el sitio en que los salvajes habían desembarcado la víspera, no era visible.

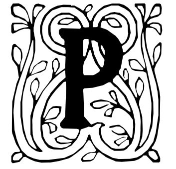
Godfrey observó primeramente sin servirse del catalejo a fin de ver las cercanías del *Will-Tree* de este lado de la isla Phina.

Todo se hallaba perfectamente tranquilo.

Godfrey, tomando ahora su anteojo, recorrió el perímetro del litoral hasta la punta del promontorio de Flag-Point. Quizá, como había dicho Tartelett, aunque ello hubiera sido inexplicable, los indígenas se habían reembarcado tras una noche pasada en tierra, sin siquiera haber tratado de reconocer si la isla estaba habitada.

17

EN EL CUAL EL FUSIL DEL PROFESOR TARTELETT SE CONDUCE VERDADERAMENTE EN FORMA MARAVILLOSA



Pero entonces se le escapó a Godfrey una exclamación que hizo dar un salto al profesor. Ya no era posible dudar; los salvajes debían saber que la isla estaba ocupada por seres humanos, puesto que el pabellón izado hasta entonces en la extremidad del cabo, substraído por ellos, no flameaba ya en el extremo del mástil de Flag-Point.

Había llegado, por tanto, el momento de poner en ejecución lo proyectado: ir en reconocimiento a fin de ver si los salvajes estaban todavía en la isla y qué hacían.

—¡Partamos! —dijo a su compañero.

—Partir, bien; pero…

—¿Preferís mejor quedaros aquí?

—Con vos, Godfrey… ¡sí!

—¡No, solo!…

—¡Solo… nunca!

—¡Entonces… venid!

Comprendiendo Tartelett que nada haría volver a Godfrey sobre su decisión, tomó el partido de acompañarle. No hubiera

tenido valor para quedarse solo en el *Will-Tree*.

Antes de salir, Godfrey se aseguró de que sus armas se hallaban en buen estado. Los dos fusiles fueron cargados con bala y uno de ellos pasó a manos del profesor, que parecía tan embarazado con esta arma como lo hubiese estado un natural de las Pomotou. Además, tuvo que suspender uno de los cuchillos de caza a su cinturón, al cual ya estaba adherida, la cartuchera. También le vino al pensamiento llevarse igualmente su violín, imaginándose quizá que los salvajes serían sensibles al encanto de este crin-crin del que todo el talento de un virtuoso no hubiese podido atenuar su aspereza… Godfrey tuvo algún trabajo en hacerle abandonar esta idea, tan ridícula como poco práctica.

Debían de ser entonces las seis de la mañana. La cima de los secoyas se encendía con los primeros rayos del Sol.

Godfrey entreabrió la puerta, dio un paso hacia fuera y observó el grupo de árboles. Soledad completa. Los animales se habían vuelto a la pradera. Se los veía triscar tranquilamente a un cuarto de milla. Nada en ellos denotaba la menor inquietud.

Godfrey hizo seña a Tartelett de que se le uniera. El profesor, abrumado con sus arreos de combate, le siguió mostrando cierta vacilación. Entonces Godfrey cerró la puerta luego de haberse asegurado de que se confundía absolutamente con la corteza del secoya. Después, habiendo echado al pie del árbol un puñado de maleza, sujeta por grandes piedras, se dirigió hacia el río, pues pensaba descender por la orilla, si hacía falta, hasta su desembocadura. Tartelett le seguía haciendo preceder cada uno de sus pasos por una mirada inquieta, dirigida circularmente hasta el límite del horizonte; pero el temor de quedarse solo hizo que no dejara que se le adelantase su compañero.

Llegado al límite del grupo de árboles, Godfrey se detuvo. Sacando entonces el anteojo de su estuche recorrió con extrema atención toda la parte del litoral que se extendía desde

el promontorio de Flag-Point hasta el ángulo nordeste de la isla.

No aparecía ni un ser viviente; ni una humareda de campamento se elevaba en el aire.

La extremidad del cabo estaba igualmente desierta, pero allí encontrarían sin duda numerosas huellas de pasos recientemente impresas. En cuanto al mástil, Godfrey no se había engañado: si bien el palo se erguía todavía sobre la última roca del cabo, no se hallaba acompañado de su pabellón. Evidentemente, los salvajes, después de haber llegado a este lugar, se habían apoderado del paño rojo, que debía de excitar su codicia, y vuelto a ganar la embarcación en la desembocadura del río.

Godfrey se dio vuelta entonces para poder abrazar con la mirada todo el litoral del oeste, que no era sino un vasto desierto desde Flag-Point hasta más allá del perímetro de Dream Bay.

Por lo demás, ninguna embarcación aparecía en la superficie del mar. Si los salvajes habían vuelto a tomar su prao, era preciso deducir que ahora éste rasaba la costa al abrigo de las rocas tan cerca de ellas que no era posible percibirlo.

Sin embargo, Godfrey no podía ni quería quedar en la incertidumbre. Le importaba mucho saber si el prao había abandonado o no definitivamente la isla. Ahora bien, con el fin de asegurarse de ello era necesario alcanzar el lugar en que los salvajes habían desembarcado la víspera, es decir, la desembocadura misma del río, que formaba una estrecha caleta. Esto fue enseguida intentado.

Las orillas de la pequeña corriente de agua, sombreadas por algunos grupitos de árboles, se hallaban rodeadas de arbustos por un espacio de alrededor de dos millas. Más allá, y a lo largo de quinientas a seiscientas yardas hasta el mar, el río corría entre orillas descubiertas. Esta disposición iba pues a

permitir aproximarse, sin riesgo de ser vistos, cerca del lugar de desembarco; pero también podía suceder que los salvajes se hubiesen ya aventurado a remontar el curso del río. Por consiguiente, a fin de hacer frente a esta eventualidad, procedería avanzar con extremada prudencia.

Sin embargo, Godfrey pensaba, y no sin razón, que a esta hora matinal los salvajes, fatigados por una larga travesía, no debían de haber dejado su lugar de varadura. Incluso podría ser que estuvieran durmiendo aún, ya en su piragua, ya en tierra. En este caso, habría que pensar en si sería conveniente sorprenderlos.

El proyecto fue pues puesto en ejecución sin demora. Importaba no dejarse adelantar. En parecidas circunstancias, lo más frecuente es que la ventaja pertenezca a quien da los primeros golpes. Cargados los fusiles, se comprobaron las mechas, e igualmente se hizo respecto a los revólveres; luego Godfrey y Tartelett empezaron a descender desfilando por la orilla izquierda del río.

Todo se encontraba en calma en los alrededores. Bandadas de pájaros se cruzaban de una orilla a otra persiguiéndose a través de las altas ramas sin mostrar inquietud alguna. Godfrey marchaba delante, pero bien puede creerse que a su compañero le cansaba seguir su paso. Yendo de un árbol a otro, ganaron el litoral sin arriesgarse demasiado a ser vistos. Aquí los matojos de arbustos los ocultaban a la orilla opuesta; allí su misma cabeza desaparecía entre las grandes yerbas, cuyo movimiento más bien denotaba el paso de un hombre que el de un animal. Pero, fuese como fuese, la flecha de un arco o la piedra de una honda siempre podían llegar de manera imprevista. Convenía desconfiar.

Con todo, pese a las recomendaciones que le eran hechas, Tartelett, tropezando contra pequeñas sinuosidades del terreno, se cayó dos o tres veces, lo que hubiera podido comprometer la situación. Godfrey llegó hasta lamentar haberse hecho seguir de un hombre tan torpe. Realmente, el pobre Tartelett

no podía serle de gran ayuda. Más hubiera valido sin duda dejarlo en el *Will-Tree* o, de no haber consentido en ello, esconderlo en alguna espesura del bosque; pero ya era demasiado tarde.

Una hora después de haber dejado atrás el grupo de secoyas, Godfrey y su compañero habían franqueado una milla, una milla sólo, porque la marcha no se hacía fácil bajo estas altas yerbas y entre este amasijo de arbustos. Ni uno ni otro había visto nada sospechoso. En este lugar los árboles faltaban en el espacio de un centenar de yardas por lo menos, el río corría entre orillas desnudas y el terreno se mostraba más descubierto.

Godfrey se detuvo y observó cuidadosamente toda la pradera a derecha e izquierda del riachuelo.

Todavía nada parecía inquietante, nada que indicase la aproximación de los salvajes. Verdad es que éstos, no pudiendo dudar de que la isla estuviese habitada, tampoco se habrían adelantado sin tomar precauciones; habrían puesto tanta prudencia en aventurarse al remontar el curso del pequeño río como Godfrey había puesto al bajarlo. Era pues de suponer que, si merodeaban alrededor de las cercanías, no sería sin aprovecharse ellos también del abrigo de esos árboles o de esos altos matojos de lentiscos y mirtos, sumamente útiles para una emboscada.

Cosa peregrina, pero bastante natural en rigor. A medida que avanzaba Tartelett, no viendo enemigo alguno, perdía poco a poco algo de sus inquietudes y empezaba a hablar con desprecio de aquellos «caníbales risibles». Godfrey, por el contrario, parecía hallarse con mayor ansiedad. Fue, redoblando sus precauciones, cuando, después de haber atravesado el espacio despejado, volvió a tomar la orilla izquierda bajo el amparo de los árboles.

Una hora de marcha le condujo entonces al lugar en que las orillas ya no estaban bordeadas sino de arbustos achaparrados en los que la yerba, menos espesa, comenzaba a

resentirse de la cercanía del mar. En estas condiciones se hacía difícil ocultarse a menos de avanzar arrastrándose sobre el suelo, que es lo que hizo Godfrey y recomendó a Tartelett que hiciera.

—¡Si no hay ya salvajes! ¡Si ya no hay antropófagos! ¡Si se han marchado! —dijo el profesor.

—¡Los hay! —respondió en baja voz pero vivamente Godfrey—. ¡Deben de estar ahí! ¡Vientre a tierra, Tartelett, vientre a tierra! ¡Estad listo para hacer fuego, pero no tiréis sin orden mía!

Godfrey había pronunciado estas palabras con tal acento de autoridad, que al profesor, notando que sus piernas no le sostenían, no le fue preciso esfuerzo alguno para ponerse en la posición requerida. ¡Y qué bien lo hizo!



Efectivamente, Godfrey tuvo razón al hablar como lo hizo.

Desde el sitio que los dos ocupaban entonces no se podía ver el litoral ni el río adentrándose en el mar. Ello era debido a que un recodo de las orillas detenía bruscamente la mirada a una distancia de cien pasos; pero por encima de este corto

horizonte, cerrado por una tumescencia de las orillas, una espesa humareda se elevaba recta en el aire.

Godfrey, extendido sobre la yerba y con el dedo en el gatillo de su fusil, observaba el litoral.

«Este humo —se dijo— ¿no será de la especie de aquellos que ya he entrevisto un par de veces? ¿Se debe deducir que unos indígenas han desembarcado ya al norte y al sur de la isla y que estas humaredas procedían de fuegos encendidos por ellos? Pero no, eso no es posible, dado que nunca he encontrado cenizas ni trazas de hogueras ni carbones extinguidos. ¡Ah, lo que es esta vez, he de saber a qué atenerme!».

Y por un hábil movimiento de reptación que Tartelett imitó lo mejor posible, llegó, sin sobrepasar con la cabeza las yerbas, hasta el recodo del río, pudiendo así observar desde allí fácilmente toda la parte de la orilla a través de la cual discurría el riachuelo. Un grito estuvo a punto de escapársele. Su mano se posó sobre el hombro del profesor para impedirle todo movimiento. ¡Inútil ir más adelante…! ¡Godfrey veía ahora lo que había ido a averiguar!

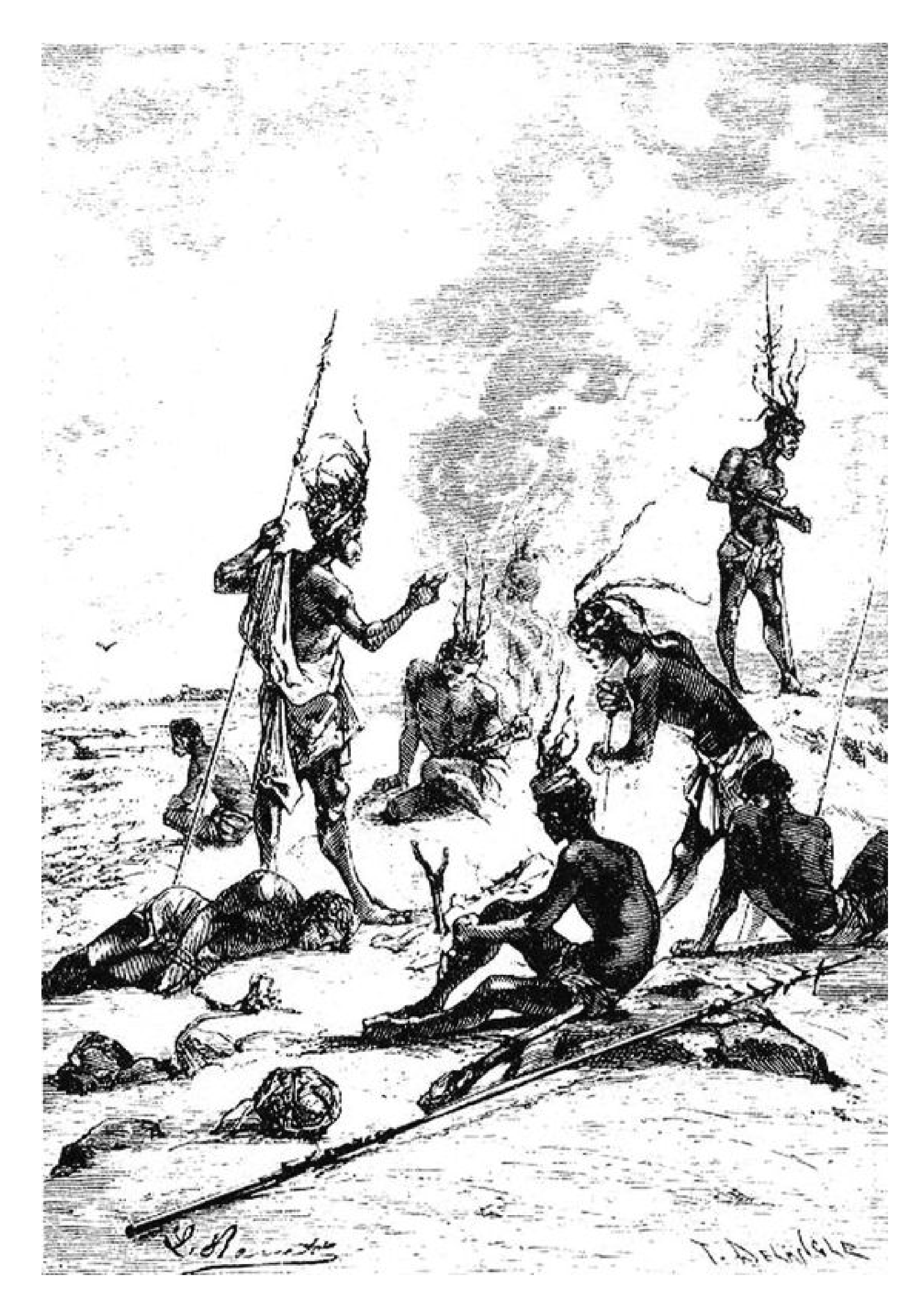
Una gran hoguera de madera encendida sobre la playa en medio de rocas bajas lanzaba al cielo su penacho de humo. Alrededor de este fuego, atizándolo con nuevas brazadas de madera con la que habían hecho un montón, iban y venían los indígenas desembarcados la víspera. Su canoa estaba amarrada a una gruesa piedra y, levantada por la marea ascendente, se balanceaba sobre las pequeñas ondas de la resaca.

Godfrey podía distinguir todo lo que sucedía en la playa sin necesidad de emplear su catalejo. No se hallaba ni a doscientos pasos del fuego, del que oía incluso el crepitar. Comprendió enseguida que no había que temer ser sorprendidos por detrás, porque todos los negros que él había contado en el prao estaban reunidos en aquel lugar.

Diez de los doce, en efecto, se ocupaban, unos, en mantener el fuego, otros, en enterrar estacas con la intención evidente de instalar un asador a la moda polinésica. Un undécimo, que parecía ser el jefe, se paseaba sobre la arena dirigiendo con frecuencia la mirada hacia el interior de la isla como si temiera algún ataque.

Godfrey reconoció sobre los hombros de este indígena el paño rojo del pabellón convertido en adorno de su indumentaria. En cuanto al salvaje duodécimo, estaba extendido en el suelo, estrechamente atado a un poste.

Godfrey no pudo menos de comprender a qué suerte estaba destinado este desgraciado. ¡Aquel asador era para asarle! ¡Aquel fuego era para hacerle asar! ¡No se había pues engañado Tartelett la víspera, cuando por presentimiento trataba a aquellas gentes de caníbales!



Es preciso convenir igualmente en que tampoco se había engañado al decir que las aventuras de *Robinsones*, verdaderas o imaginarias, todas estaban calcadas las unas sobre las otras. Bien cierto era que Godfrey y él se encontraban entonces en la misma situación que el héroe de Daniel Defoe, cuando los salvajes desembarcaron en su isla. Ambos iban, sin duda, a asistir a la misma escena de canibalismo.

Ahora bien, Godfrey estaba decidido a conducirse como este héroe. ¡No, él no dejaría asesinar al prisionero que apetecían aquellos estómagos de antropófagos! Se hallaba bien armado; sus dos fusiles —cuatro tiros—, sus dos revólveres —doce tiros—, podían poner en razón a once miserables a los que la detonación de un arma de fuego bastaría tal vez para hacerlos huir. Tomada esta determinación, esperó con perfecta sangre fría el momento de intervenir con un estrépito de truenos. No debería esperar largo tiempo.

En efecto, apenas habían transcurrido veinte minutos cuando el jefe se acercó al hogar. Luego con un gesto mostró el prisionero a los otros indígenas, que esperaban sus órdenes.

Godfrey se levantó. Tartelett, sin saber por qué, por emulación, hizo otro tanto. No comprendía ni qué pretendía hacer su compañero, que nada le había dicho de sus proyectos. Godfrey se imaginaba, evidentemente, que los salvajes, al ver su aspecto, harían un movimiento cualquiera, sea para huir hacia la embarcación, sea para lanzarse sobre él.



Nada de esto ocurrió. Ni siquiera parecía que se hubiesen dado cuenta de ellos, pero en este momento el jefe hizo un gesto más significativo. Tres de sus compañeros se dirigieron hacia el prisionero, le desligaron y le forzaron a marchar al lado del fuego.

Era un hombre joven todavía que, sintiendo llegada su última hora, quiso resistir. Decidido, si le era posible, a vender cara su vida, empezó por repeler a los que le retenían; pero bien pronto fue inmovilizado y el jefe, cogiendo una especie de hacha de piedra, se echó sobre él para machacarle la cabeza. Godfrey lanzó un grito que fue seguido de una detonación. Una bala había silbado en el aire, y debía de haber herido mortalmente al jefe, porque éste cayó al suelo.

Al ruido de la detonación los salvajes, sorprendidos como si jamás hubiesen oído un arma de fuego, se detuvieron. A la vista de Godfrey, los que sujetaban al prisionero le soltaron un instante. Enseguida este pobre diablo se levantó y se lanzó a todo correr hacia el sitio donde percibía a su inesperado libertador.

En este momento resonó una segunda detonación. Era Tartelett, que sin apuntar —¡cerró los ojos, el excelente sujeto! — acababa de disparar, con lo que la culata del fusil le marcó sobre la mejilla derecha el más hermoso rasguño que hubo jamás recibido un profesor de baile y buenas maneras… Pero ¡lo que es el azar!, otro segundo salvaje cayó cerca del jefe.

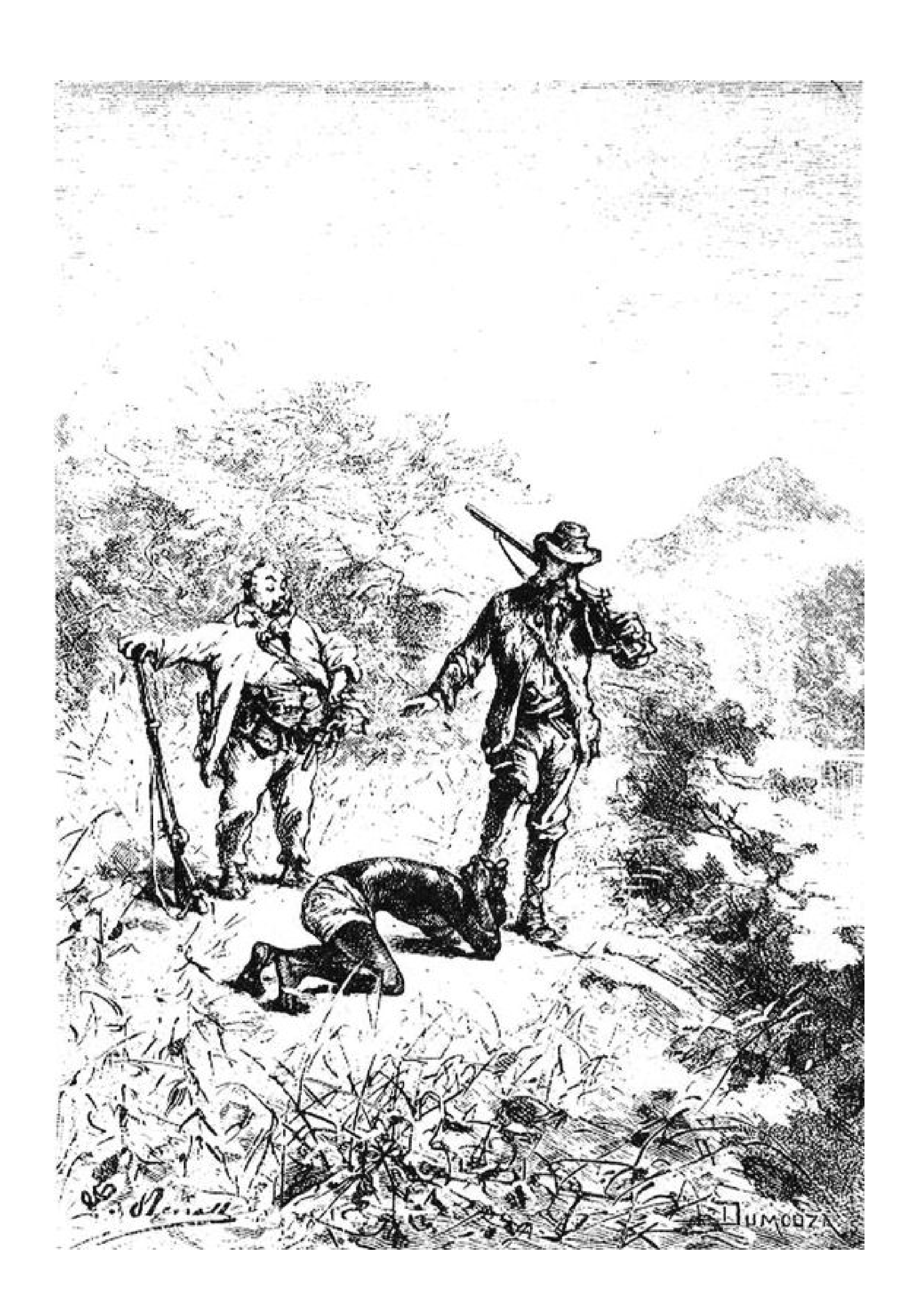
Aquello fue entonces un sálvese quien pueda. Quizá los supervivientes creyeron habérselas con una numerosa tropa de indígenas a la que no podrían resistir. Quizá fue sólo que se aterraron a la vista de estos dos blancos, que parecían disponer de rayos de bolsillo… Y aquí los tenemos recogiendo a los dos heridos, llevándoselos, precipitándose a su prao, haciendo fuerza de remos para salir de la pequeña caleta, desplegando su vela, aprovechando el viento y dirigiéndose hacia el promontorio de Flag-Point, que no tardaron en doblar.

Godfrey no tuvo el pensamiento de perseguirlos. ¿Para qué matar más? Había salvado a su víctima y los había puesto en fuga; aquello era lo importante. Y todo se había hecho en tales condiciones, que de seguro aquellos caníbales no se atreverían jamás a volver a la isla Phina. Todo, pues, había ocurrido de la

mejor manera. No quedaba ya más que gozar de la victoria, de la que Tartelett no dudaba en atribuirse la mayor parte.

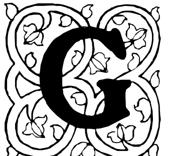
Durante este tiempo el prisionero se había acercado a su salvador. Se había detenido un instante por el temor que le inspiraban estos seres superiores, pero casi enseguida había vuelto a correr hacia ellos. Así que llegó ante los dos blancos, se encorvó hasta el suelo y, tomando el pie de Godfrey, lo colocó sobre su cabeza en signo de servidumbre.

¡Era como para creer que este indígena de la Polinesia había leído también *Robinson Crusoe*!



18

QUE TRATA DE LA EDUCACIÓN MORAL Y FÍSICA DE UN SIMPLE INDÍGENA DE LA POLINESIA


odfrey levantó enseguida al pobre diablo, que seguía prosternado ante él. Le miró bien a la cara.

Se trataba de un hombre como de treinta y cinco años cuanto más, vestido únicamente con un pedazo de tela que le ceñía los riñones. En sus rasgos, como en la conformación de su cabeza, podría reconocerse en él el tipo del negro africano. Confundirle con los miserables bastardos de las islas polinesias, que por la depresión del cráneo y la longitud de los brazos se asemejan tan extrañamente al mono, no hubiera sido posible.

Ahora bien, ¿cómo se comprendía que un negro del Sudán o de Abisinia hubiese caído en manos de los naturales de un archipiélago del Pacífico? No se podría saber más que si este negro hablase el inglés o una de las dos o tres lenguas europeas que Godfrey podía entender. Mas bien pronto fue evidente que este desgraciado no empleaba sino un idioma absolutamente incomprensible, quizá la lengua de aquellos indígenas, entre los cuales sin duda vivía desde muy joven.

En efecto, Godfrey le había interrogado en inglés y no había obtenido respuesta alguna, expresándole después por signos, no sin trabajo, que quería saber su nombre.

Después de algunos ensayos infructuosos, este negro, que, en suma, tenía inteligencia y buen aspecto, respondió a la

pregunta con esta sola palabra:

«Carefinotu».

—¡Carefinotu! —exclamó Tartelett—. ¿Veis qué nombre? Yo propongo por mi cuenta llamarle Miércoles, puesto que hoy es Miércoles, como siempre se hace en las islas de *Robinsones*. ¿Puede permitirse el llamarse Carefinotu?

—Si es su nombre, el de este hombre, ¿por qué no conservárselo?

Y en este momento sintió que una mano se apoyaba sobre su pecho en tanto que toda la fisonomía del negro parecía preguntarle cómo él mismo se llamaba.

—¡Godfrey! —respondió éste.

El negro trató de repetir este nombre; pero, por más que Godfrey se lo repitió varias veces, no llegó nunca a pronunciarlo de manera inteligible. Entonces se volvió al profesor como para saber el de éste.

—¡Tartelett! —respondió éste de amable manera.

—¡Tartelett! —repitió Carefinotu.

Quizá sería debido a que esta unión de sílabas se acomodaba a la disposición de las cuerdas vocales de su garganta, el caso es que lo pronunció muy claramente.

El profesor se sintió extremadamente halagado con ello. En realidad, había motivo para estarlo.

Entonces fue cuando Godfrey, queriendo poner a prueba la inteligencia de este negro, trató de hacerle comprender que deseaba saber cuál era el nombre de la isla. Le mostró pues con la mano el conjunto de los bosques, las praderas, las colinas, luego el litoral que los encuadraba, y más tarde el horizonte del mar, interrogándole con la mirada.

Carefinotu, sin comprender de momento de qué se trataba, imitó el gesto de Godfrey volviéndose sobre sí mismo y recorriendo con la mirada todo el espacio.

—Arneka —dijo al fin.

—¿Arneka? —repitió Godfrey, dando un golpe en el suelo con el pie para mejor acentuar su pregunta.

—Arneka —volvió a decir el negro.

Aquello nada aclaraba a Godfrey sobre el nombre geográfico que debía de llevar la isla ni sobre su situación en el Pacífico. Sus recuerdos nada le traían a la memoria sobre este nombre; se trataba probablemente de una denominación indígena, quizá desconocida por los cartógrafos.

Sin embargo, Carefinotu no cesaba de mirar a los dos blancos con cierto estupor, yendo del uno al otro como si hubiese deseado establecer bien en su espíritu las diferencias que los caracterizaban. Su boca sonreía descubriendo magníficos dientes blancos que Tartelett no examinaba sin alguna reserva.

—¡Si esos dientes no han mordido nunca carne humana, que mi violín estalle entre mis manos!

—En todo caso, Tartelett —respondió Godfrey—, nuestro nuevo compañero ya no tiene el aspecto de un pobre ser al que se va a cocer y comer. ¡Esto es lo principal!

Lo que atraía más particularmente la atención de Carefinotu eran las armas que llevaban Godfrey y Tartelett, tanto el fusil, que tenían en la mano, como el revólver, colocado en el cinturón.

Godfrey se dio cuenta fácilmente de este sentimiento de curiosidad. Era evidente que el salvaje jamás había visto un arma de fuego. ¿Suponía que uno de tales tubos de hierro era el que había lanzado el rayo y traído su propia libertad? Podía creerse así.

Godfrey quiso entonces darle, no sin razón, una alta idea del poder de los blancos. Cargó su fusil y, mostrando a Carefinotu una especie de perdiz que revoloteaba en la pradera

a unos cincuenta pasos, la apuntó, hizo fuego y… el pájaro cayó.

Al ruido de la detonación, el negro dio un salto prodigioso, salto que Tartelett no pudo por menos de admirar desde el punto de vista coreográfico. Sobreponiéndose a su espanto y viendo al volátil que con el ala rota se arrastraba entre las yerbas, tomó carrera y tan veloz como un perro de caza corrió hacia el pájaro, trayéndole después, con grandes saltos y mitad gozoso, mitad estupefacto, a su amo.

Tuvo entonces Tartelett la idea de mostrar a Carefinotu que el Gran Espíritu también a él le había gratificado con la potencia destructora, y así, viendo un martín pescador tranquilamente posado sobre un viejo tronco cerca del río, lo apuntó.

—¡No —dijo enseguida Godfrey—, no tiréis, Tartelett!

—¿Por qué?

—¡Considerad que, si por desgracia falláis este pájaro, quedaremos disminuidos en el espíritu de este negro!

—¿Y por qué he de fallar? —respondió Tartelett, no sin un tilde de acritud—. ¿Es que durante la batalla, a más de cien pasos y siendo la primera vez que yo manejaba un fusil, no he acertado en pleno pecho a uno de aquellos antropófagos?

—¡Le habéis tocado, efectivamente —dijo Godfrey—, puesto que ha caído; pero creedme, Tartelett, en interés común, no tentemos dos veces la fortuna!

Un poco despechado, el profesor se dejó convencer; volvió a poner el fusil a su espalda con arrogancia y los dos, seguidos de Carefinotu, volvieron al *Will-Tree*.

Allí sí que fue una verdadera sorpresa para el nuevo huésped de la isla Phina contemplar la disposición, tan felizmente lograda, de la parte interior del secoya. Hubo que indicarle desde el principio, empleándolos ante él, a qué uso se destinaban aquellos efectos, utensilios e instrumentos. Se veía

que Carefinotu pertenecía o había vivido siempre entre los salvajes situados en el último rango de la escala humana, porque el mismo hierro parecía serle desconocido. No comprendía que la marmita no se quemase al ponerla al fuego, cuando se la colocaba sobre carbones ardientes. La quería retirar, con gran descontento de Tartelett, encargado de velar las diferentes fases de la ebullición. Ante un espejo que le fue presentado, experimentó igualmente una estupefacción total; le daba vueltas y más vueltas para ver si su propia persona no se hallaba detrás.

—¡Pero si apenas es un mono, este moreno! —exclamó el profesor, haciendo una mueca desdeñosa.

—¡No, Tartelett! —respondió Godfrey—; es más que un mono, puesto que mira por detrás del espejo, lo que prueba un razonamiento del que no es capaz ningún animal.

—Bueno; en fin, admitamos de buena gana que no sea un mono —dijo Tartelett, sacudiendo la cabeza con aire de estar poco convencido—; pero ya veremos si parecido ser puede ser bueno para algo.

—¡Estoy seguro de ello! —replicó Godfrey.

En todo caso, Carefinotu no se mostró difícil ante los platos que le fueron presentados. Los olió primero, los probó con la punta de los dientes y, a fin de cuentas, el almuerzo en que tomó parte, la sopa de agutí, la perdiz cazada por Godfrey, una costilla de cordero acompañada de *camas* y *yamph*, apenas bastaron para calmar el hambre que le devoraba…

—¡Veo que este pobre diablo tiene buen apetito! —dijo Godfrey.

—¡Sí —respondió Tartelett—, y haremos bien en vigilar los instintos de caníbal de este mocetón!

—¡Vamos, vamos, Tartelett! ¡Ya le quitaremos el gusto de la carne humana, si es que lo ha tenido!

—¡No lo juraría yo! —replicó el profesor—. ¡Parece ser que, cuando se ha gustado…!

En tanto que ambos charlaban así, Carefinotu los escuchaba con una extrema atención. Sus ojos brillaban con inteligencia. Se veía que hubiese querido comprender lo que se decía en su presencia. Él hablaba entonces también con gran volubilidad, pero ello no era sino una sucesión de onomatopeyas desprovistas de sentido, interjecciones sonoras en que dominaban las a y las u, como en la mayor parte de los idiomas polinesios.

En fin, en cualquier caso este negro, tan providencialmente salvado, era un nuevo compañero y, digámoslo también, debía ser un servidor abnegado, un verdadero esclavo que el azar más inesperado acababa de enviar a los huéspedes del *Will-Tree*. Era vigoroso, mañoso y activo, y, por consiguiente, ningún trabajo rehusaba. Mostraba una real aptitud para imitar lo que veía hacer. Fue de esta manera como Godfrey procedió a su educación. El cuidado de los animales domésticos, la recogida de las raíces y frutos, el despedazamiento de los corderos o agutíes que habían de servir a la alimentación diaria, la fabricación de una especie de sidra que se obtenía de las manzanas salvajes de manzanilla, etc., todo lo realizaba esmeradamente después de haberlo visto hacer.

Pese a lo que pudiera pensar Tartelett, Godfrey no experimentó nunca desconfianza alguna de este salvaje y no parecía que debiera haber jamás lugar a arrepentirse. Si él se inquietaba, era de la posible vuelta de los caníbales, que conocían ya la situación de la isla Phina.

Desde el primer día fue reservada una litera a Carefinotu en la habitación del *Will-Tree*, pero más frecuentemente, a menos que la lluvia cayese, él prefería dormir fuera, en algún hueco del árbol, como si desease estar mejor apostado para la guarda de la habitación.

Durante los quince días que siguieron a su llegada a la isla, Carefinotu acompañó varias veces a Godfrey en la caza. Su

sorpresa era siempre extraordinaria cuando veía caer las piezas de caza así abatidas a distancia; pero entonces hacía el oficio de perro con un interés y un empeño que ningún obstáculo, cerca, maleza o arroyo, podía detener. Poco a poco Godfrey se aficionó pues muy seriamente a este negro.

Sólo existía un adelanto al cual Carefinotu se mostraba absolutamente refractario: el empleo de la lengua inglesa. Por mucho esfuerzo que pusiese en ello, jamás llegaba a pronunciar las palabras más usuales que Godfrey y, sobre todo, el profesor Tartelett, empeñándose en esta tarea, trataban de enseñarle.

Así pasaba el tiempo. Pero si bien el presente era bastante soportable gracias a un feliz concurso de circunstancias, si ningún peligro inmediato amenazaba, ¿no había de preguntarse Godfrey cuándo podría algún día abandonar esta isla y por qué medio lograría por fin repatriarse? No había día en que no pensara en su tío Will, en su prometida. No sin una secreta aprensión veía aproximarse la mala estación, que pondría entre sus amigos, su familia y él una barrera más infranqueable todavía.

El 27 de septiembre una nueva circunstancia, aun cuando proporcionó un acrecentamiento de quehaceres para Godfrey y sus dos compañeros, también les aseguró al menos una abundante reserva de alimentación.

Godfrey y Carefinotu estaban ocupados en la recolección de moluscos en la punta extrema de Dream Bay cuando percibieron a barlovento una innumerable cantidad de pequeños islotes móviles que la marea ascendente empujaba hacia el litoral suavemente. Era como una especie de archipiélago flotante en la superficie del cual se paseaban o revoloteaban algunos de esos pájaros de mar de vasta envergadura que se designan frecuentemente con el nombre de gavilanes marinos.

¿Qué eran estas masas que bogaban en equipo elevándose y bajando sobre la ondulación de las aguas?

Godfrey no sabía qué pensar cuando Carefinotu se echó sobre el vientre y luego, encogiendo la cabeza entre los hombros y escondiendo bajo aquél los brazos y piernas, se puso a imitar los movimientos de un animal que trepa lentamente sobre el suelo. Godfrey le miró sin comprender nada de esta bizarra gimnasia, mas después, de repente, exclamó:

—¡Tortugas!

Carefinotu no se había engañado. Allí había, sobre una superficie de una milla cuadrada, miríadas de tortugas que nadaban a flor de agua. Cien brazas antes de alcanzar el litoral, la mayor parte desaparecieron sumergiéndose, y los gavilanes, a los cuales el punto de apoyo faltaba, se elevaron en el aire describiendo grandes espirales. Pero, felizmente, un centenar de estos anfibios no tardaron en varar en la orilla.

Godfrey y el negro se apresuraron a correr sobre la playa hacia esta caza marina, cada pieza de la cual medía por lo menos tres a cuatro pies de diámetro. Ahora bien, el único medio de impedir que estas tortugas volviesen al mar era darles vuelta sobre la espalda, y a esta ruda faena se entregaron Godfrey y Carefinotu con gran fatiga.

Los días siguientes fueron consagrados a recoger todo este botín. La carne de tortuga, excelente, fresca o conservada, podía ser guardada bajo estas dos formas. En previsión del invierno, Godfrey hizo salar la mayor parte a fin de poderse servir de ella para las necesidades de cada día. Pero durante algún tiempo hubo sobre la mesa ciertos caldos de tortuga de los que Tartelett no fue el único en regalarse.



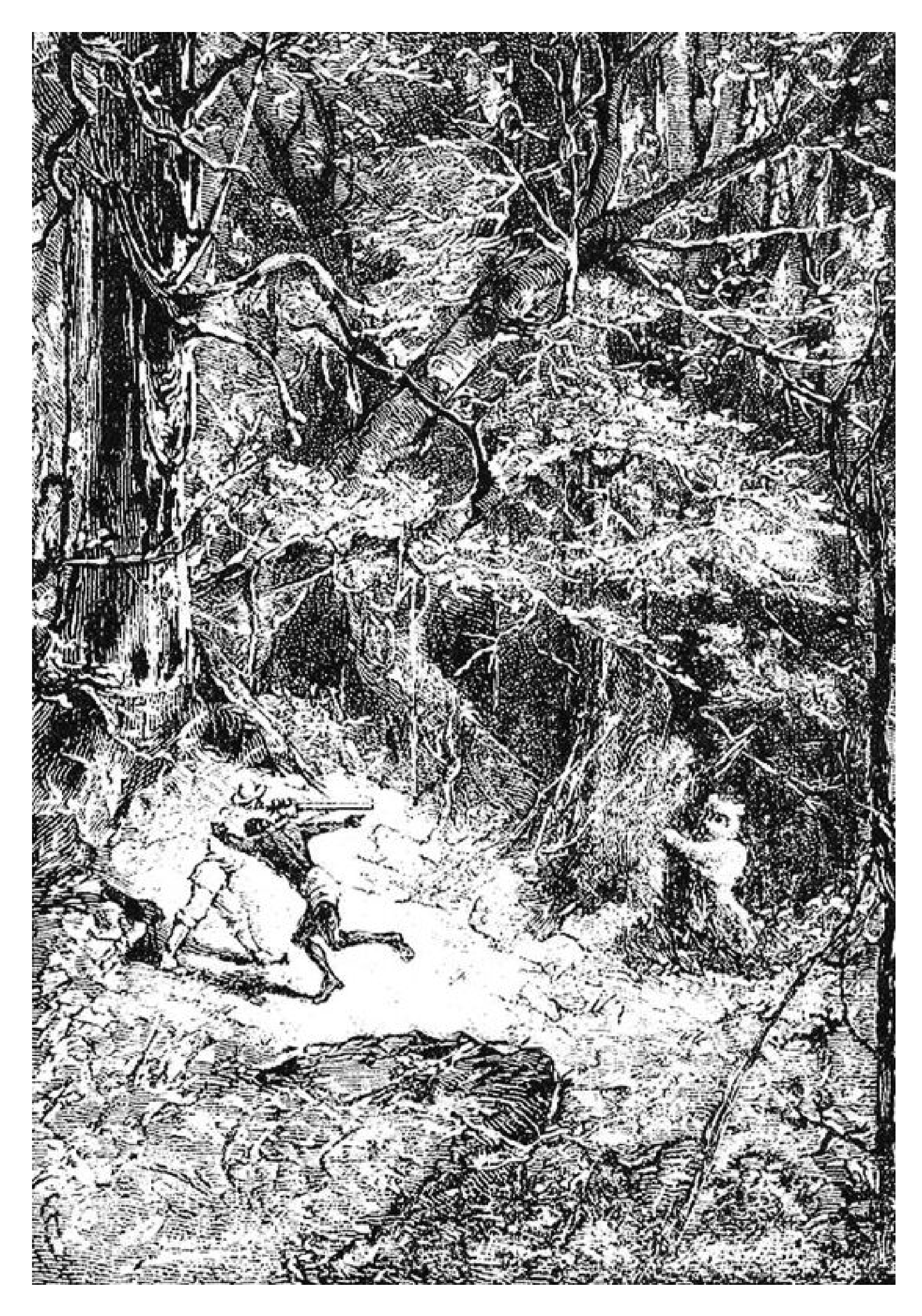
Aparte de este incidente, la monotonía de la existencia no fue turbada en nada. Cada día las mismas horas estaban consagradas a los mismos trabajos. ¿No sería esta vida más triste aún cuando la estación invernal obligara a Godfrey y sus compañeros a encerrarse en el *Will-Tree*? Godfrey pensaba en esto con cierta ansiedad. Pero ¿qué hacer?

Entre tanto, él continuaba explorando la isla Phina, empleando en cazar todo el tiempo que no le reclamaba una más urgente necesidad. Más comúnmente Carefinotu le acompañaba, en tanto que Tartelett permanecía en casa. Decididamente, él no era cazador, por más que su primer tiro hubiese sido un golpe de maestro.

Ahora bien, durante una de estas excursiones fue cuando se produjo un incidente inesperado capaz de comprometer gravemente en el porvenir la seguridad de los huéspedes del *Will-Tree*.

Habían ido Godfrey y el negro a cazar en la gran selva central, al pie de la colina que formaba la arista principal de la isla Phina. Desde la mañana no habían visto pasar más de dos o tres antílopes a través de los altos roquedales, pero a demasiada distancia para poder disparar con alguna probabilidad de acertarlos. Ahora bien, como Godfrey no iba en busca de caza menuda ni buscaba destruir por destruir, se resignaba a volver con las manos vacías. Si lo sentía no era por la carne de antílope, sino por la piel de los rumiantes, de la que pensaba hacer un buen uso.

Ya eran las tres de la tarde. Antes, como después del desayuno que su compañero y él habían hecho bajo el bosque, no había tenido más suerte. Ambos pues se apresuraban a volver al *Will-Tree* para la hora del almuerzo cuando, en el momento de franquear el límite de la selva, Carefinotu dio un salto; después, precipitándose sobre Godfrey, le cogió por los hombros y le arrastró con tal vigor que éste no pudo resistirle. Veinte pasos más lejos Godfrey se paraba, tomaba aliento y, volviéndose a Carefinotu, le interrogaba con la mirada. El negro, muy asustado, con la mano tendida, mostraba un animal inmóvil a menos de cincuenta pasos.



Era un oso gris cuyas patas abrazaban el tronco de un árbol y que movía su gruesa cabeza como si estuviese a punto de echarse sobre los dos cazadores.

Enseguida, sin tomar siquiera tiempo a reflexionar, Godfrey armó su fusil e hizo fuego antes de que Carefinotu lo hubiese podido impedir.

¿Fue el enorme plantígrado alcanzado por la bala? Es probable. ¿Estaba muerto? No podía asegurarse, aunque sus patas se distendieron y rodó al pie del árbol. No había lugar a perder tiempo. Una lucha directa con tan formidable animal hubiese podido tener las más funestas consecuencias. Bien se sabe que en las selvas de California el ataque de los osos grises hace huir incluso a los cazadores de profesión. Por ello el negro cogió a Godfrey por el brazo a fin de llevarle rápidamente al *Will-Tree*. Godfrey, comprendiendo que esto era lo más prudente, se dejó hacer.

19

EN EL CUAL LA SITUACIÓN, YA GRAVEMENTE COMPROMETIDA, SE COMPLICA CADA VEZ MÁS

Habrá que convenir en que la presencia de una fiera temible en la isla Phina era una realidad, y había de preocupar en alto grado a los que la mala fortuna había arrojado allí. Godfrey, quizá equivocadamente, no creyó deber ocultar a Tartelett lo que acababa de pasar.

—¡Un oso! —exclamó el profesor, mirando ya a su alrededor aterrado como si las proximidades del *Will-Tree* hubiesen sido asaltadas por una bandada de estas fieras—. ¿Y cómo un oso? Hasta ahora no había habido osos en nuestra isla. Si existe uno, podrán encontrarse varios, y hasta gran número de otras bestias feroces: ¡jaguares, panteras, tigres, hienas, leones!

Tartelett veía ya la isla Phina dominada por todo un jardín zoológico, rotas sus jaulas.

Godfrey le respondía que no había que exagerar. Que había visto un oso, cierto era. Por qué ninguna de estas fieras se había mostrado nunca hasta entonces, cuando él recorría los bosques de la isla, no se lo podía explicar, y eso era verdaderamente inexplicable. Pero de ahí a deducir que animales feroces de toda especie pululasen ahora por los bosques y praderas, había mucha distancia. Sin embargo, convendría ser prudentes y no salir ya sino bien armados.

¡Desgraciado Tartelett! A partir de este día comenzó para él una existencia de inquietudes, emociones, angustias, espantos irrazonados que le pusieron en el más alto grado la nostalgia del país natal.

—¡No —repetía—, no! ¡Si hay fieras, ya tengo bastante… y quiero marcharme de aquí!

Era preciso hacerlo.

En consecuencia, Godfrey y sus compañeros tuvieron que estar en adelante muy atentos. Un ataque podía producirse no solamente del lado del litoral y de la pradera, sino también en el grupo de los secoyas. Por ello se tomaron serias medidas para poner la habitación al abrigo de una agresión súbita. La puerta fue sólidamente reforzada de manera que pudiera resistir las garras de una fiera.

En cuanto a los animales domésticos, bien hubiera querido Godfrey construirles un establo donde encerrarlos, al menos por la noche; pero esto no era cosa fácil. Se limitó pues a mantenerlos en cuanto era posible en las cercanías del *Will-Tree*, en una especie de cercado de ramajes de donde no pudieran salir. Pero este cercado no era bastante sólido ni bastante alto para impedir a un oso o una hiena el romperlo o franquearlo.

De todas maneras, como Carefinotu, a pesar de las instancias que se le hicieron, continuaba velando fuera durante la noche, Godfrey esperaba poder prevenir siempre un ataque directo.

Realmente, Carefinotu se exponía al constituirse así en guardián del *Will-Tree*; pero había comprendido que de este modo rendía un servicio a sus libertadores y, pese a lo que pudiese decirle Godfrey, persistió en velar, como de ordinario, por la salvación común.

Una semana transcurrió sin que ninguno de estos temibles visitantes apareciese por las cercanías. Godfrey tampoco se

apartaba mucho de la habitación a menos que tuviese necesidad.

Mientras los corderos, cabras y demás pacían en la pradera vecina, no se los perdía de vista. Más generalmente Carefinotu hacía el oficio de pastor. No llevaba fusil porque no parecía que hubiese comprendido el manejo de las armas de fuego, pero uno de los cuchillos de caza sí había pasado a su cintura y un hacha pendía de su mano derecha. De esta manera armado, el vigoroso negro no hubiese dudado en echarse encima de un tigre o cualquier otro animal de la peor especie.

Sin embargo, como ni el oso ni ninguno de sus congéneres habían reaparecido desde el último encuentro, Godfrey comenzó a confiarse. Reanudó poco a poco sus exploraciones y cacerías mas sin llevarlas tan lejos por el interior de la isla. Durante este tiempo y cuando el negro le acompañaba, Tartelett, bien encerrado en el *Will-Tree*, no se hubiera aventurado a salir fuera aunque se hubiese tratado de ir a dar una lección de baile. Otras veces también Godfrey salía solo, y el profesor tenía entonces un compañero, a la instrucción del cual se consagraba obstinadamente.

¡Sí! Tartelett había tenido desde el principio la idea de enseñar a Carefinotu las palabras más usuales de la lengua inglesa, pero tuvo que renunciar a ello; ¡de tal manera parecía el negro tener el aparato fonético mal conformado para este género de pronunciación!

—¡Así pues —se había dicho Tartelett—, ya que no puedo ser su profesor, seré su discípulo!

Y él fue quien se puso en la cabeza lo de aprender el idioma que hablaba Carefinotu.

Fue en balde que Godfrey le dijera que aquello no les sería de gran utilidad. Tartelett no quería dejarlo. Se ingenió, por tanto, en hacer comprender a Carefinotu que le nombrara en su lengua los objetos que él señalaba con la mano.

Realmente, es preciso creer que el discípulo Tartelett poseía grandes disposiciones, porque al cabo de quince días ya sabía quince palabras. Sabía que Carefinotu decía *birsi* para designar el fuego, *aradu* para nombrar el cielo, *mervira* para designar el mar, *dura* para mencionar un árbol, etc… Y estaba tan envanecido como si hubiese obtenido un primer premio de polinesio en un gran concurso.

De ello vino que, en un pensamiento de gratitud, quiso reconocer lo que su profesor había hecho por él, no ya tratando de lograr que mal pronunciase algunas palabras de inglés, sino inculcándole las buenas maneras y los verdaderos principios de la coreografía europea, lo que no pudo por menos de hacer reír de buena gana a Godfrey.

Después de todo, eso hacía pasar el tiempo, y el domingo, cuando no había nada que hacer, él asistía complacido al curso del célebre profesor Tartelett, de San Francisco.

Y, en verdad, ¡era de ver aquello! El infeliz Carefinotu sudaba sangre para plegarse a los ejercicios elementales del baile. Era dócil y lleno de buena voluntad; sin embargo, como todos sus semejantes, ¿es que él no tenía los hombros entrantes, el vientre prominente, las rodillas hacia dentro, los pies de igual forma?

Sea como fuere, el profesor puso en ello gran empeño. Por otra parte, Carefinotu, aunque torturado, no omitía esfuerzos. ¡Lo que debía sufrir sólo por colocar los pies en la primera posición, resulta inimaginable! Pues ¿y cuando tuvo que pasar a la segunda y después a la tercera, todavía más difíciles?

—¡Pero mírame, terco! —gritaba Tartelett, que unía el ejemplo a la lección—. ¡Los pies hacia fuera; más hacia fuera! ¡La punta de éste al talón de aquél! ¡Separa las rodillas, cabezudo! ¡Hacia atrás los hombros, pícaro! ¡La cabeza recta! ¡Los brazos hacia atrás!

—¡Pero le pedís lo imposible! —decía Godfrey.

—¡Nada es imposible al hombre inteligente! —respondía invariablemente Tartelett.

—¡Pero si su conformación no se presta a eso!

—¡Bueno, pues que se preste su conformación! ¡Será necesario que se preste, y este salvaje me deberá al menos, más tarde, saberse presentar de modo conveniente en un salón!

—¡Pero, Tartelett, si jamás tendrá ocasión de presentarse en un salón!

—¡Eh!, ¿qué sabéis vos, Godfrey? —contestaba el profesor, enderezándose sobre la punta de sus pies—. ¿No está el porvenir aún por nacer?

Era la palabra final de todas las discusiones de Tartelett, tras lo cual el profesor tomando su violín y, sacando de su arco pequeños aires roncos, hacía la delicia de Carefinotu. Ya no precisaba excitarle.

Sin hacer gran caso de las reglas coreográficas, ¡qué saltos, qué cabriolas, qué contorsiones daba!

Y Tartelett, soñador, viendo a este hijo de la Polinesia moverse de aquella manera, se preguntaba si aquellos pasos, tal vez demasiado caracterizados, no serían los naturales al ser humano, por más que fuesen ajenos a todos los principios del arte.



Mas dejemos al profesor de baile y urbanidad en sus filosóficas meditaciones para volver a cuestiones a la vez más prácticas y oportunas.

Durante sus últimas excursiones en la selva o llanura, ya fuese solo, ya acompañado de Carefinotu, Godfrey no había visto ninguna otra fiera. Ni siquiera había encontrado traza de

estos animales. El río, al que habrían ido a apagar la sed, no presentaba huella alguna en sus márgenes. Ni aullidos tampoco durante la noche, ni rugidos sospechosos. Además, los animales domésticos no daban señal alguna de inquietud.

—¡Esto es singular —se decía algunas veces Godfrey—, y, sin embargo, yo no me he engañado, ni tampoco Carefinotu! ¡Bien se trataba de un oso el que me mostró! ¡Un oso sobre el que disparé! Y, admitiendo que le haya matado, ¿era el último representante de la familia de los plantígrados en la isla?

Aquello era absolutamente inexplicable. Además, si Godfrey había matado este oso, debería haberse encontrado su cuerpo en el lugar donde había caído, y, sin embargo, fue en vano buscarlo. ¿Debía pues creer que el animal mortalmente herido hubiese ido a morir lejos, en alguna cueva? Era posible, después de todo; pero entonces en este lugar, al pie de este árbol, quedarían huellas de sangre, y nada había.

«Sea como sea —pensaba Godfrey—, poco importa, pero mantengámonos siempre en guardia».

Con los primeros días de noviembre se puede decir que la mala estación había comenzado en esta latitud desconocida. Lluvias, frías ya, caían durante algunas horas. Más tarde muy probablemente sobrevendrían esos torrentes interminables que no cesan durante semanas enteras y caracterizan el período lluvioso del invierno a la altura de este paralelo.

Godfrey tuvo entonces que ocuparse de la instalación de un hogar en el interior mismo del *Will-Tree*, hogar indispensable que serviría igualmente para calentar la habitación durante el invierno y para cocinar al abrigo de las oleadas de lluvia y las ventiscas.

El hogar se podía establecer en un rincón del cuarto, entre gruesas piedras, puestas unas planas y las otras de canto. La cuestión era poder dirigir el humo afuera, porque dejarlo escapar por el largo conducto que, se hundía en el interior del secoya hasta lo alto del tronco no era practicable.

Tuvo entonces Godfrey la idea de hacer una especie de tubo empleando algunos de aquellos largos y gruesos bambúes que crecían en ciertos parajes de las orillas del río. Y hay que decir que fue muy bien secundado en esta ocasión por Carefinotu. El negro comprendió, no sin algunos esfuerzos, lo que quería Godfrey. Él fue quien le acompañó cuando fue a escoger, a dos millas del *Will-Tree*, los bambúes más gruesos; él fue igualmente quien le ayudó a montar su hogar. Las piedras fueron dispuestas en el suelo, al fondo, de cara a la puerta; vaciados los bambúes de su medula, taladrados sus nudos, formaron, al ajustarse uno con otro, un tubo de suficiente longitud que llegaría a una abertura perforada en la corteza del secoya. Esto podría bastar con tal que se velase bien para que el fuego no se abriera paso entre los bambúes. Godfrey tuvo pronto la satisfacción de ver llamear un hermoso fuego sin apestar de humo el interior del *Will-Tree*.

Si razón había tenido en proceder a esta instalación, más la tuvo en apresurarse a hacerla.

En efecto, del 3 al 10 de noviembre la lluvia no cesó de caer torrencialmente. Se hubiera hecho imposible mantener el fuego encendido a pleno aire. Durante estos tristes días fue preciso permanecer en la habitación. No pudo salirse sino para las necesidades urgentes del rebaño y el gallinero. Así sucedió que en estas condiciones la reserva de *camas* llegó a faltar. Era en realidad la substancia que hacía las veces del pan y la privación de la cual se hizo sentir bien pronto.

Godfrey anunció pues a Tartelett que, así que el tiempo pareciera mejorar —y era entonces el 10 de noviembre—, Carefinotu y él saldrían a recoger *camas*. Tartelett, que jamás tenía prisa para salir a dos millas de allí, a través de una pradera enfangada, se encargó de la guardia de la casa durante la ausencia de Godfrey.

Ahora bien, por la tarde el cielo empezó a desembarazarse de las grandes nubes que el viento del oeste había acumulado desde el principio del mes, la lluvia cesó poco a poco y el Sol

lanzó algunos fulgores crepusculares. Se podía esperar, por tanto, que el siguiente día ofrecería algunos claros de que sería urgente aprovecharse.

—Mañana —dijo Godfrey— partiré temprano y Carefinotu me acompañará.

—¡Conforme! —respondió Tartelett.

Llegado el atardecer y terminada la comida, como el cielo, descargado de vapores, dejaba brillar algunas estrellas, el negro quiso volver a ocupar fuera su sitio habitual, el que había tenido que abandonar durante las lluviosas noches precedentes. Godfrey trató de hacerle comprender que valía más quedarse en la habitación y que nada se necesitaba en cuanto a vigilancia, puesto que ninguna otra fiera había sido señalada; pero Carefinotu se empeñó en su idea y fue preciso dejarle hacer.

El día siguiente, como había presentido Godfrey, no llovió. Así, cuando salió del *Will-Tree*, hacia las siete, los primeros rayos de Sol doraban ligeramente la espesa bóveda de los secoyas.

Carefinotu estaba en su sitio, en el que había pasado la noche. Esperaba. Enseguida, los dos, bien armados y provistos de grandes sacos, se despidieron de Tartelett dirigiéndose después hacia el río, del que pensaban remontar la orilla izquierda hasta los matorrales de *camas*.

Una hora después ya habían llegado sin haber tenido ningún mal encuentro.

Las raíces fueron rápidamente desenterradas en gran cantidad para llenar los dos sacos. Esto exigió tres horas, de modo que ya eran alrededor de las once de la mañana cuando Godfrey y su compañero reemprendían el camino del *Will-Tree*.

Caminando uno cerca del otro, contentándose con mirar, puesto que no podían hablar, habían llegado a un recodo del pequeño riachuelo por encima del cual se inclinaban grandes

árboles dispuestos como una cuna natural de una orilla a otra, cuando de repente Godfrey se detuvo. Esta vez fue él quien mostró a Carefinotu un animal inmóvil, parado al pie de un árbol y cuyos dos ojos proyectaban entonces un fulgor singular.

—¡Un tigre! —exclamó.

No se engañaba. Sí, era un tigre de gran tamaño, apoyado en sus patas traseras, afilando sus garras en el tronco de un árbol, presto, en fin, a acometer.

En un instante Godfrey había dejado caer su saco de raíces. El fusil cargado pasó a su mano derecha, lo cargó, se lo echó a la cara, apuntó e hizo fuego.

—¡Hurrah, hurrah! —exclamó.

Esta vez no podía dudarse. El tigre, herido por la bala, había dado un salto hacia atrás, pero quizá no estaba mortalmente herido, quizá iba a revolverse hacia delante más furioso todavía por su herida.

Godfrey tenía su fusil apuntando y un segundo tiro seguía amenazando al animal. Pero antes de que Godfrey le hubiese podido contener, Carefinotu se precipitó hacia el sitio donde había desaparecido el tigre, con el cuchillo de caza en la mano. Godfrey le gritó que se detuviese, que volviese… Fue en vano. El negro, decidido, aun con peligro de su vida, a acabar con el animal, que quizá no estaba sino herido, no le entendió o no quiso entenderle.

Godfrey se lanzó entonces sobre sus trazas… Cuando llegó a la orilla vio a Carefinotu en lucha con el tigre, tomándole por la garganta, debatiéndose con él en una lucha espantosa y, finalmente, hiriéndole en el corazón con mano vigorosa.

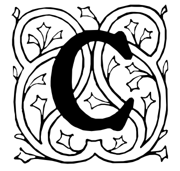
El tigre rodó entonces hasta llegar al río, cuyas aguas, aumentadas por las precedentes lluvias, lo arrastraron con la velocidad de un torrente. El cadáver del animal, que no había flotado sino un instante en la superficie, fue rápidamente llevado al mar.

¡Un oso, un tigre! ¡Ya no era posible dudar más de que en la isla había temibles fieras!

No obstante, Godfrey, tras haberse reunido con Carefinotu y asegurado de que el negro no había recibido en la lucha sino algunos rasguños sin gravedad, muy ansioso por las eventualidades que les reservaba el porvenir, volvió a tomar el camino del *Will-Tree*.

20

EN QUE TARTELETT REPITE EN TODOS LOS TONOS QUE DESEA MUCHO MARCHARSE


uando Tartelett supo que en la isla había no ya solamente osos, sino también tigres, sus lamentaciones se reanudaron de la forma más triste. ¡Ahora ya no se atrevería a salir! ¡Estas fieras acabarían por conocer el camino del *Will-Tree*! ¡Ya no se estaría en seguridad en ninguna parte! Así, lo que el profesor en su espanto suplicaba con más ahínco eran fortificaciones por lo menos, sí, murallas de piedra con escarpas y contraescarpas, cortinas y bastiones, defensas, en fin, que convirtieran en un abrigo seguro el grupo de los secoyas. Careciendo de ello, quería o, por lo menos, deseaba marcharse…

—¡También yo! —respondió simplemente Godfrey.

En efecto, las condiciones en las que los huéspedes de la isla Phina habían vivido hasta entonces no eran ya las mismas. Luchar contra la escasez, luchar por las necesidades de la vida, ya lo habían hecho, y felizmente, gracias a favorables circunstancias. Contra la mala estación, contra el invierno y sus amenazas sabrían también guardarse; pero tener que defenderse de animales feroces cuyo ataque era cada momento posible resultaba muy otra cosa, y, en realidad, estaban faltos de medios para ello.

La situación, así, ya complicada, se transformaba pues en muy grave, y amenazaba hacerse intolerable.

—Pero —se repetía sin cesar Godfrey— ¿cómo se entiende que durante cuatro meses no hayamos visto ni una sola fiera en la isla, y por qué desde hace quince días hemos tenido que luchar contra un oso y un tigre? ¿Qué es lo que eso significa?

El hecho podía ser inexplicable, pero no era sino demasiado real, hay que reconocerlo.

Godfrey, cuya sangre fría y valor aumentaban ante las pruebas, no se dejó sin embargo abatir. Puesto que animales peligrosos amenazaban ahora la pequeña colonia importaba ponerse en guardia contra sus ataques, y eso sin tardar.

Pero ¿qué medidas tomar?

Fue primeramente decidido que las excursiones a los bosques o al litoral serían más raras, que sólo se saldría bien armados, y solamente cuando fuese absolutamente necesario para las necesidades de la vida material.

—Hemos tenido bastante suerte en estos dos encuentros —decía a menudo Godfrey—, pero otra vez quizá no saldríamos tan bien librados. Por consiguiente, es preciso no exponerse sin una absoluta necesidad.

De todos modos, no bastaba con lo de restringir las excursiones; era del todo preciso proteger el *Will-Tree*, tanto la habitación como sus anexos, el gallinero, el parque de los animales, etc., en los que las fieras no tendrían grandes dificultades para causar desastres irreparables.

Godfrey pensó entonces, si no en fortificar el *Will-Tree*, siguiendo los famosos planes de Tartelett, al menos sí los cuatro o cinco grandes secoyas que lo rodeaban. Si alcanzaba a establecer una sólida y alta empalizada de un tronco a otro, podría disfrutarse de relativa seguridad, o siquiera estar al abrigo de un golpe de sorpresa.

Eso era practicable, y Godfrey se dio de ello cuenta después de haber examinado bien los lugares, aunque en verdad se trataba de un trabajo enorme. Reduciéndolo todo lo posible, se trataba todavía de elevar esta empalizada sobre un perímetro de trescientos pies por lo menos. Puede juzgarse, en vista de esto, la cantidad de árboles que sería preciso escoger, abatir, carretear y colocar a fin de que el cercado fuese completo.

Godfrey no se echó atrás ante este trabajo. Comunicó a Tartelett sus proyectos, que éste aprobó prometiendo un concurso activo; pero circunstancia aún más importante, logró también hacer comprender su plan a Carefinotu, siempre presto a venir en su ayuda. Se puso pues a la obra sin retardo.

Había cerca de un recodo del río, a menos de una milla arriba del *Will-Tree*, un pequeño bosque de pinos marítimos de grosor medio y cuyos troncos, a falta de tablones o planchas, sin haber necesidad de ser previamente escuadrados, podrían formar, por su yuxtaposición una sólida empalizada.

A este bosque fue donde fueron Godfrey y sus dos compañeros el siguiente día, 12 de noviembre. Salidos al alba y bien armados, avanzaban con gran prudencia.

—¡No me gustan mucho esta clase de expediciones! —murmuraba Tartelett, al que estas nuevas pruebas agriaban más y más—. ¡Yo desearía marcharme!

Pero Godfrey no se tomaba el trabajo de responderle. En esta ocasión no se consultaban sus gustos ni se apelaba a su inteligencia. Era sólo la ayuda de sus brazos lo que reclamaba el interés común. Resultaba preciso que se resignase a este oficio de animal de carga.

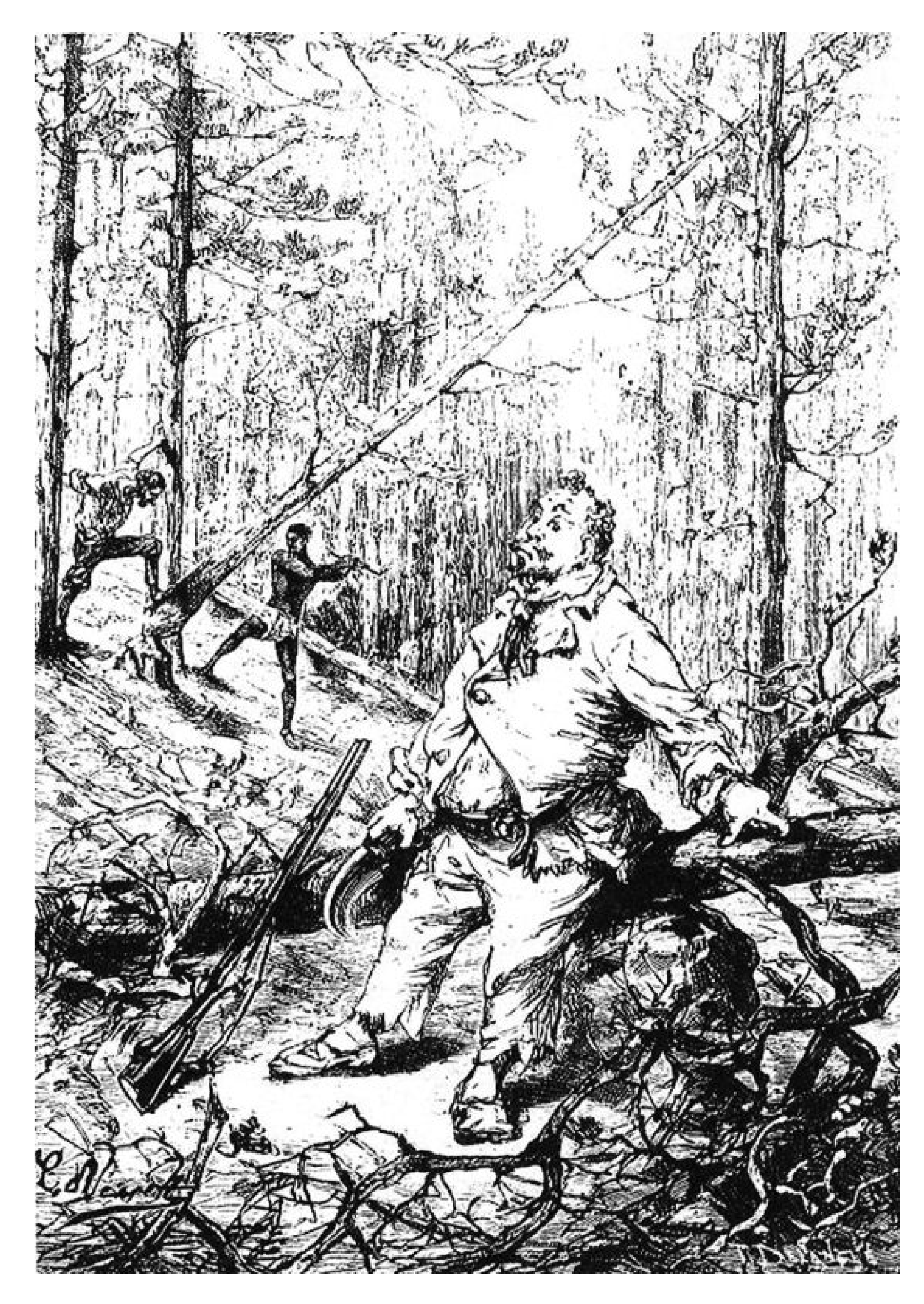
Por otra parte, ningún mal encuentro tuvieron, ni se señaló novedad alguna en el recorrido de una milla que separaba el *Will-Tree* del pequeño bosque. En vano fueron registradas con cuidado las malezas y observada la pradera de un horizonte a otro. Los animales domésticos que se habían dejado pacer allí

no daban signo alguno de temor. Los pájaros se entregaban a sus correrías sin más preocupación que de costumbre.

Los trabajos comenzaron enseguida. Godfrey quería, con razón, no emprender el arrastre sino cuando todos los árboles de que tenían necesidad hubiesen sido derribados. Entonces podría trabajárselos con más seguridad cuando estuviesen en el sitio requerido.

Carefinotu rindió grandes servicios durante este rudo trabajo. Se había vuelto muy hábil en el manejo del hacha y la sierra. Su vigor le permitía seguir con su trabajo cuando ya Godfrey se veía obligado a pararse para tomar algunos instantes de respiro y cuando Tartelett, con las manos entumecidas y los miembros molidos, no tenía ya fuerza ni para levantar su violín.

Sin embargo, el infortunado profesor de baile y urbanidad, transformado en leñador, tenía la parte menos fatigosa de la tarea, porque Godfrey le había encargado cortar las ramas pequeñas. A pesar de eso, y aunque Tartelett no hubiese sido pagado más que a medio dolar por día, habría timado los cuatro quintos de su salario…



Durante seis días, del 12 al 17 de noviembre, estos trabajos continuaron. Se iba allí así que amanecía, se llevaba con qué desayunar y no se entraba en el *Will-Tree* hasta la hora de la comida de la tarde. El celaje no era muy bueno. Grandes nubarrones se acumulaban frecuentemente. El tiempo era variable, con alternativas de lluvia y Sol. Así, durante las rociadas los leñadores se resguardaban lo mejor posible bajo

los árboles, reemprendiendo luego su tarea interrumpida un instante.

El 18, todos los árboles desmochados y desramados, yacían en el suelo prestos a ser transportados al *Will-Tree*.

Durante este tiempo ninguna fiera había aparecido en las proximidades del río. Era cosa de preguntarse si quedaba alguna en la isla, si el oso y el tigre mortalmente heridos no eran —cosa increíble— los últimos de su especie.

Mas no por ello quiso Godfrey abandonar su proyecto de levantar una empalizada sólida al objeto de estar igualmente al abrigo de un golpe de mano de los salvajes, o de un golpe de pata… de los osos o tigres. Por otra parte, lo más duro ya estaba hecho, puesto que ya sólo faltaba trasladar estas maderas al emplazamiento en que iban a ser utilizadas.

Hemos dicho que lo más duro ya estaba hecho, aunque este acarreo iba a ser extremadamente penoso. Y gracias a que Godfrey tuvo una idea, una idea muy práctica, que debía aligerar singularmente la tarea: la de emplear la corriente del río, que la crecida ocasionada por las últimas lluvias hacía bastante rápida, para transportar los maderos. Se formarían pequeños trenes que irían tranquilamente hasta la altura del grupo de los secoyas, que el riachuelo atravesaba oblicuamente. Allí la barrera formada por el puentecillo los detendría de manera natural. De este sitio al *Will-Tree* apenas restaban veinticinco pasos que franquear.

Si alguien se mostró particularmente satisfecho de este procedimiento, que iba a permitirle recuperar su calidad de hombre tan desdichadamente comprometida, es claro que fue el profesor Tartelett.

A partir del 18, los primeros trenes flotantes fueron establecidos, llegando sin accidente hasta la barrera. En menos de tres días, el 20 por la tarde, toda esta estacada había llegado a su destino.

Al día siguiente los primeros troncos, perforando dos pies el suelo, empezaron a levantarse en forma de enlazar entre ellos los principales secoyas que rodeaban el *Will-Tree*, Un armazón de fuertes y flexibles ramajes los sujetaban por las cabezas, aguzadas por el hacha, y aseguraba la solidez del conjunto.

Godfrey veía con gran satisfacción adelantar este trabajo y le acuciaba el deseo de que fuese terminado.

—Una vez terminada la empalizada —decía a Tartelett—, estaremos verdaderamente en nuestra casa.

—¡No estaremos verdaderamente en nuestra casa —respondió con un seco tono Tartelett— sino cuando estemos en Montgomery-Street, en nuestras habitaciones del hotel Kolderup!

No era cosa de discutir esta opinión.

El 26 de noviembre la empalizada estaba montada en sus tres cuartas partes. Comprendía entre los secoyas, comunicados uno a otro, aquel cuyo tronco se había hecho servir de gallinero, y la intención de Godfrey era la de construir allí un establo.

Tres o cuatro días más y el reducto estaría acabado. Ya sólo se trataba de adaptar allí una sólida puerta que aseguraría definitivamente el cerramiento del *Will-Tree*.

Pero el siguiente día, 27 de noviembre, este trabajo fue interrumpido por causa de una circunstancia que conviene mencionar con algunos detalles, y que entraba en el orden de las cosas inexplicables particulares a la isla Phina.

Hacia las 8 de la mañana, Carefinotu se había izado por el agujero interior hasta la horquilla de la secoya a fin de cerrar más herméticamente el orificio por el que el frío podría penetrar con la lluvia, cuando dejó oír un grito singular.

Godfrey, que trabajaba en la empalizada, levantando la cabeza percibió al negro, cuyos significativos gestos

expresaban que fuera a unírsele sin dilación.

Pensando Godfrey que Carefinotu no podía querer distraerle de su trabajo de no haber para ello algún serio motivo, tomó su catalejo, se encaramó al orificio interior, pasó por éste y pronto se encontró con Carefinotu sobre una de las ramas maestras. Carefinotu, dirigiendo entonces su brazo hacia el ángulo redondeado que la isla Phina hacía al nordeste, mostró un vapor que se elevaba en el aire como un largo penacho.

—¡Todavía! —exclamó Godfrey.

Y, dirigiendo su anteojo hacia el punto indicado, pudo comprobar que esta vez no había error posible; que se trataba claramente de humo, que debía proceder de un hogar importante, puesto que se percibía muy claramente desde una distancia de cerca de cinco millas. Godfrey se volvió hacia el negro.

Éste expresaba sorpresa en sus miradas, en sus exclamaciones, en toda su actitud, en fin. Ciertamente, no estaba menos estupefacto que Godfrey ante esta aparición.

Por otro lado, a distancia no había navío ni embarcación indígena u otra cualquiera, nada que indicase que se hubiese hecho recientemente un desembarco en el litoral.

—¡Ah, esta vez, yo sabré descubrir el fuego que produce ese humo! —exclamó Godfrey.

Y, mostrando el ángulo nordeste de la isla y después la parte inferior del secoya, hizo a Carefinotu el gesto de hombre que quiere situarse en aquel lugar sin perder un instante.

Carefinotu le comprendió. Hizo incluso más que comprenderle: lo afirmó con un movimiento de cabeza.

«¡Sí —se dijo Godfrey—, allí hay un ser humano y es preciso saber quién es y de dónde ha venido! ¡Es preciso saber por qué se oculta! ¡Por la seguridad de todos!».

Un momento después Carefinotu y él habían descendido al pie del *Will-Tree*. Luego, Godfrey, poniendo al corriente a Tartelett de lo que había visto y de lo que iba a hacer, le propuso los acompañase a los dos hasta el norte del litoral. Una decena de millas que franquear durante la jornada no era para tentar a un hombre que cuidaba sus piernas como la parte más preciosa de su individuo, únicamente asignada a nobles ejercicios. Respondió pues que no, que prefería quedarse en el *Will-Tree*.

—¡Bueno, iremos solos —respondió Godfrey—; pero no nos esperéis antes de la noche!

Dicho esto, Carefinotu y él, llevando algunas provisiones a fin de poder almorzar en el camino, partieron después de haberse despedido del profesor, cuya opinión personal era que no encontrarían nada e irían a cansarse puramente en vano.

Godfrey llevaba su fusil y su revólver; el negro, el hacha y el cuchillo de caza, que se había convertido en su arma favorita. Atravesaron el puente de estacas y se encontraron en la margen derecha del río; luego, a través de la pradera, se dirigieron hacia el punto del litoral en que se veía el humo elevarse entre las rocas.

Era más al este del lugar donde Godfrey había estado inútilmente en su segunda expedición.

Iban los dos rápidamente, no sin observar si la ruta estaba segura, si los ramajes y herbajos ocultaban algún animal cuyo ataque hubiera sido de temer.

No les ocurrió ningún mal encuentro.

A mediodía, después de haber comido, sin haberse parado siquiera un instante, llegaban los dos al primer plano de las rocas que bordeaban la costa. El humo, que continuaba visible, se alzaba ahora todavía a menos de un cuarto de milla. No había sino que seguir una dirección rectilínea para llegar al objetivo.

Apresuraron pues su marcha, pero tomando algunas precauciones a fin de sorprender y no ser sorprendidos. Dos minutos después el humo se disipaba como si el hogar hubiese sido súbitamente apagado.

Pero Godfrey había localizado con precisión el lugar por encima del cual había aparecido. Era en la punta de una roca de forma extraña, una especie de pirámide truncada fácilmente reconocible. Señalándola a su compañero, caminó recto hacia allí.

El cuarto de milla fue rápidamente franqueado; después, escalado el plano posterior, Godfrey y Carefinotu se hallaron sobre la playa a menos de cincuenta pasos del roquedal. Corrieron hacia allí… ¡Nadie! Pero esta vez un fuego apenas extinguido, carbones medio calcinados, probaban claramente que un hogar había sido encendido en aquel sitio.

—¡Alguien había aquí! —exclamó Godfrey—; ¡alguien, y no hace sino un instante! ¡Es preciso saber!

Llamó… Ninguna respuesta. Carefinotu lanzó un grito sonoro… ¡Nadie apareció!

Helos entonces explorando las rocas vecinas, buscando una caverna, una gruta, algo que hubiera podido servir de abrigo a un náufrago, a un indígena, a un salvaje…

En vano registraron las menores anfractuosidades del litoral. Nada revelaba la existencia de un campamento antiguo o reciente, nada tampoco de trazas del paso de un hombre, fuese quien fuese.



«Y, sin embargo —se decía Godfrey—, no era el humo el resultado de una fuente termal, de un manantial, esta vez. Era el de un fuego de leña y yerbas y este fuego no ha podido encenderse solo».

Búsquedas varias; y así durante dos horas. Godfrey y Carefinotu, tan inquietos como desconcertados de no haber

podido descubrir nada, volvieron a tomar el camino del *Will-Tree*.

No es de sorprender que Godfrey caminara pensativo. Le parecía que su isla estaba ahora bajo el imperio de algún poder oculto. La reaparición de esta humareda, la presencia de fieras, ¿no denotaba todo esto alguna complicación extraordinaria? Y ¿no debía confirmarse en esta idea cuando, una hora después de haber entrado en la pradera, oyó un ruido singular, una especie de crepitación seca?… ¡Carefinotu le empujó hacia atrás en el momento en que una serpiente, oculta bajo las hierbas, iba a lanzarse sobre él!

—¡Serpientes ahora, serpientes en la isla, después de los osos y los tigres! —exclamó.

¡Sí! Se trataba de uno de esos reptiles, bien reconocibles en el ruido que hizo mientras huía, una serpiente de cascabel de la más venenosa especie, un gigante de la familia de los crótalos.

Carefinotu se había colocado entre Godfrey y el reptil, que no tardó en desaparecer bajo un espeso soto. Pero el negro, persiguiéndole, le aplastó la cabeza de un hachazo. Cuando Godfrey se unió a él, las dos partes del reptil se removían sobre el suelo ensangrentado.

Luego otras serpientes no menos peligrosas se mostraron todavía en gran número sobre toda esta parte de la pradera que el arroyo separaba del *Will-Tree*.

¿Era pues una invasión de reptiles la que se producía de repente? ¿Iba la isla Phina a convertirse en la rival de aquella antigua Tanos a la que sus terribles ofidios hicieron célebre en la antigüedad y que dio nombre a la culebra?

—¡Marchemos, marchemos! —exclamó Godfrey, haciendo seña a Carefinotu de acelerar el paso.

Estaba inquieto. Tristes pensamientos le agitaban sin poder llegar a dominarlos.

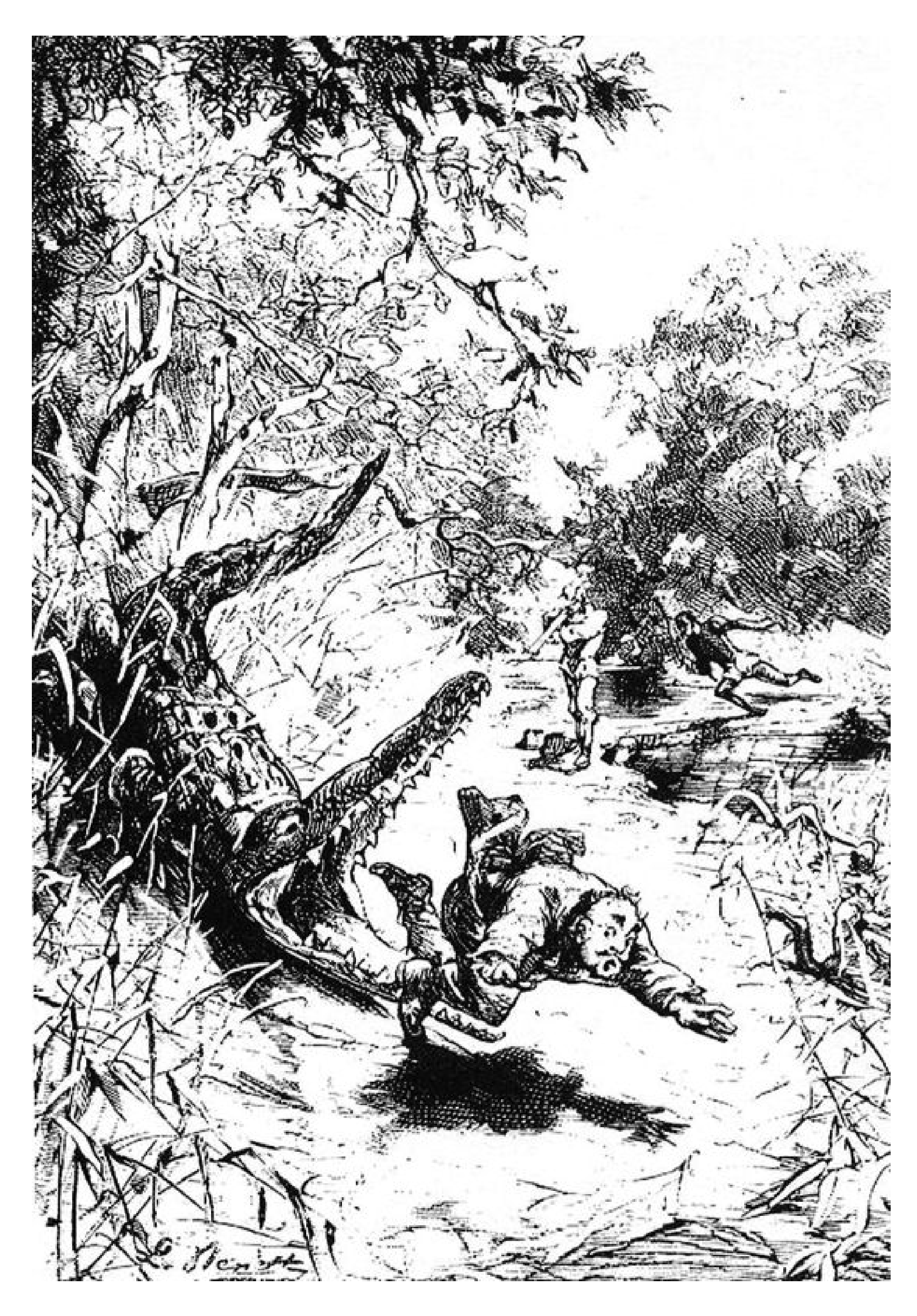
Bajo su influencia, presintiendo alguna desdicha cercana, tenía prisa por estar de vuelta en el *Will-Tree*.

Y otra cosa más ocurrió así que se aproximaban a la plancha lanzada sobre el río. Gritos de espanto resonaban bajo el grupo de los secoyas. Alguien pedía socorro con un acento de terror tal como para no ofrecer duda.

—¡Es Tartelett! —exclamó Godfrey—. El desgraciado ha sido atacado… ¡De prisa, de prisa!

Franqueado el puente, veinte pasos más lejos, se vio a Tartelett corriendo a toda la velocidad de sus piernas. Un enorme cocodrilo salido del río le perseguía con la mandíbula abierta. El pobre hombre, fuera de sí, loco de espanto, en lugar de echarse a derecha o a izquierda, huía en línea recta, exponiéndose así a ser alcanzado. De pronto tropezó y cayó… Estaba perdido.

Godfrey se detuvo. En presencia de este inminente peligro, su sangre fría no le abandonó un instante. Se armó con el fusil y apuntó al cocodrilo por debajo del ojo. La bala, bien dirigida, fulminó al monstruo, que dio un salto de lado y cayó sin movimiento sobre el suelo. Carefinotu, lanzándose entonces hacia Tartelett, le levantó. Tartelett se hallaba presa del miedo, del más agudo terror.



Eran las seis de la tarde. Un instante después Godfrey y sus dos compañeros estaban de vuelta en el *Will-Tree*.

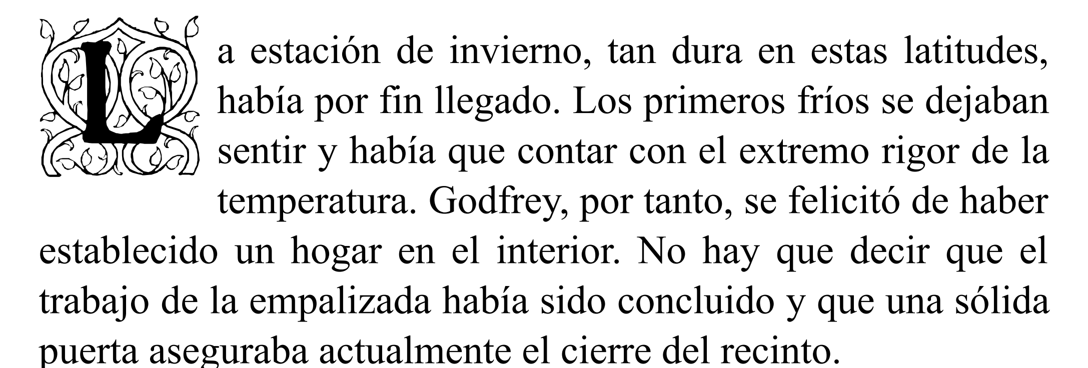
¡Qué amargas reflexiones tuvieron que hacerse durante la cena de la tarde! ¡Qué largas horas de insomnio se preparaban para estos huéspedes de la isla Phina, contra los cuales se encarnizaba ahora la mala suerte!

En cuanto al profesor, en sus angustias no hacía sino repetir estas palabras, que resumían todo su pensamiento:

—¡Yo quisiera marcharme!

21

QUE TERMINA CON UNA REFLEXIÓN ABSOLUTAMENTE SORPRENDENTE DEL NEGRO CAREFINOTU



La estación de invierno, tan dura en estas latitudes, había por fin llegado. Los primeros fríos se dejaban sentir y había que contar con el extremo rigor de la temperatura. Godfrey, por tanto, se felicitó de haber establecido un hogar en el interior. No hay que decir que el trabajo de la empalizada había sido concluido y que una sólida puerta aseguraba actualmente el cierre del recinto.

Durante las seis semanas que siguieron, es decir, hasta la mitad de diciembre, hubo días bien malos en que no era posible aventurarse fuera. Primeramente hubo borrascas terribles, que conmovieron el grupo de los secoyas hasta sus raíces, llenando el suelo de ramas rotas de las que fue hecha una gran reserva para las necesidades del hogar.

Los huéspedes del *Will-Tree* se vistieron entonces tan abrigados como pudieron; los tejidos de lana encontrados en el cofre fueron utilizados durante algunas excursiones que hizo necesarias el avituallamiento; pero el tiempo se hizo tan infernal, que no hubo más remedio que encerrarse.

Toda caza se hizo imposible, y la nieve cayó bien pronto con violencia tal, que Godfrey hubiera podido creerse en los parajes inhóspitos del Océano Polar.

Se sabe, en efecto, que la América septentrional, barrida por los vientos del norte, sin que ningún obstáculo pueda

detenerlos, es uno de los países más fríos del globo. El invierno se prolonga allí hasta más allá del mes de abril, siendo precisas precauciones excepcionales para luchar contra él. Esto inducía a pensar que la isla Phina estaba situada mucho más alta en latitud de lo que Godfrey había supuesto.

De ahí la necesidad de disponer el interior del *Will-Tree* lo más cómodamente posible, mas hubo que sufrir cruelmente del frío y la lluvia. Las reservas de la cocina eran, desgraciadamente, insuficientes; la carne de tortuga conservada se agotaba poco a poco; varias veces había sido preciso sacrificar algunas cabezas de ganado, corderos, agutíes o cabras, cuyo número no había aumentado mucho desde su llegada a la isla. Ante estas nuevas pruebas, ¡qué tristes pensamientos habían de achicar el espíritu de Godfrey!

Sucedió también que durante una quincena fue gravemente afectado por una fiebre intensa. Sin su pequeño botiquín, que le procuró las drogas necesarias a su tratamiento, quizá no hubiera podido restablecerse. Tartelett era poco apto, además, para proporcionarle los cuidados necesarios durante esta enfermedad. Fue a Carefinotu especialmente a quien debió el recuperar la salud.

Mas ¡qué recuerdos y qué pesadumbres! ¡Y no podía acusar sino a sí mismo de una situación de la que ni siquiera podía entreverse el fin! ¡Cuántas veces en su delirio llamó a Phina, a quien no pensaba ya volver a ver jamás, y a su tío Will, del que se veía separado para siempre! ¡Ah, bien había de que culpar esta existencia de *Robinsones* a su imaginación de niño, que había hecho de ella un ideal! Ahora se veía en manos de la realidad, ¡y no podía ni esperar volver al hogar doméstico!

De esta forma transcurrió todo este mes de diciembre, al fin del cual Godfrey comenzó a recobrar algunas fuerzas.

Por lo que respecta a Tartelett y por gracia especial, sin duda, siempre se encontraba bien. Pero ¡qué de incesantes lamentaciones, qué de jeremiadas sin fin! Al igual que la gruta

de Calypso después de la partida de Ulises, *Will-Tree* «ya no resonaba con su canto», el de su violín, ya se entiende, al que el frío endurecía las cuerdas.



Preciso es decir también que una de las más graves preocupaciones de Godfrey era, al mismo tiempo que la

aparición de animales peligrosos, el temor de que volvieran en gran número los salvajes a la isla Phina, cuya situación les era conocida. Contra una agresión tal, la empalizada no habría constituido sino una insuficiente barrera.

Bien examinado todo, el refugio ofrecido por las altas ramas del secoya todavía parecía ser lo más seguro, por lo que se ocupó en hacer el acceso menos difícil. Siempre sería fácil defender el estrecho conducto por el cual era preciso desembocar para llegar a la cima del tronco.

Fue con la ayuda de Carefinotu con la que Godfrey llegó a establecer salientes regularmente espaciados de una pared a la otra, como los peldaños de una escala, y que, ligados por una larga cuerda vegetal, permitían subir más rápidamente al interior.

—¡Y bien —dijo Godfrey, sonriendo, cuando este trabajo estuvo concluido—; esto nos representa una casa de ciudad abajo y una casa de campo arriba!

—¡Más preferiría yo una caverna en Montgomery-Street! —respondió Tartelett.

Llegó Navidad, el *Christmas* tan festejado en Estados Unidos de América. Después vino el primero de año, lleno de recuerdos de la niñez, lluvioso, nevado, frío, sombrío… ¡El nuevo año empezaba bajo los más tristes auspicios!

Ya hacía seis meses entonces que los náufragos del *Dream* se hallaban sin comunicación con el resto del Mundo. Por consiguiente, el comienzo de este año no fue muy grato, dando a pensar que Godfrey y sus compañeros estarían sometidos a pruebas todavía más crueles.

La nieve no cesó de caer hasta el 18 de enero. Había sido preciso dejar que el rebaño fuese a pastar alejado a fin de proveer como pudiera a su alimentación. Al acabar el día, una noche muy húmeda y fría envolvía la isla por completo, y debajo de los secoyas reinaba una profunda obscuridad.

Tartelett y Carefinotu, extendidos sobre su litera en el interior del *Will-Tree*, trataban en vano de dormir. Godfrey, a la luz indecisa de una resina, hojeaba algunas páginas de la Biblia.

Hacia las diez un ruido lejano que se aproximaba poco a poco se hizo oír por la parte norte de la isla. No había lugar a dudas. Se trataba de fieras que rondaban por los alrededores, y, horrorosa circunstancia, los aullidos del tigre y la hiena y los rugidos de la pantera y del león se confundían esta vez en un formidable concierto.

Godfrey, Tartelett y el negro se habían levantado de repente presos de una indecible angustia. Si ante esta inexplicable invasión de animales feroces Carefinotu participaba del espanto de sus compañeros, es de observar que además su estupefacción igualaba al menos su terror.

Durante dos mortales horas los tres se mantuvieron alertas. Los rugidos resonaban por instantes a menos distancia y cesaban después de repente como si la bandada de fieras, no conociendo el país que recorría, se hubiese marchado al azar. Tal vez el *Will-Tree* escaparía de una agresión.

«No importa —pensaba Godfrey—; si no logramos destruir esos animales hasta el último, no habrá ya seguridad alguna para nosotros en la isla».

Poco después de medianoche los rugidos se repitieron con mayor fuerza y a una distancia menor. Imposible dudar de que la tropa aulladora se aproximaba al *Will-Tree*. ¡Sí, nada más cierto! Y, sin embargo, estos animales feroces ¿de dónde venían? ¡No podían haber desembarcado recientemente en la isla! Era preciso, por tanto, que estuviesen allí anteriormente a la llegada de Godfrey. Pero, entonces, ¿cómo toda esta bandada había podido ocultarse, ya que durante sus excursiones y cacerías, tanto a través de los bosques del centro como en las partes más apartadas del sur de la isla, no había jamás encontrado Godfrey rastro alguno? ¿Dónde estaba pues el misterioso escondrijo que acababa de vomitar estos leones,

estas hienas, estos tigres, estas panteras? Entre todas las cosas inexplicables hasta entonces, ¿no era ésta realmente la más inexplicable?

Carefinotu no podía creer lo que estaba oyendo. Ya se ha dicho: era en él la estupefacción llevada al límite. A la llama del hogar que alumbraba el interior del *Will-Tree* se hubiera podido observar sobre su rostro negro la más extraña de las muecas.

En cuanto a Tartelett, gemía, se lamentaba, gruñía en su rincón. Quería interrogar a Godfrey sobre todo esto, pero éste no se hallaba ni en situación ni en humor de responderle. Tenía el presentimiento de un gran peligro y buscaba los medios de substraerse a él.

Una o dos veces Carefinotu y él se adelantaron hasta el centro del cercado. Querían asegurarse de si la puerta del recinto estaba sólidamente sujeta por dentro.

De repente un alud de animales se desparramó con gran estruendo del lado del *Will-Tree*. No era todavía sino el rebaño de cabras, agutíes y corderos que, llenos de espanto al oír los rugidos de las fieras y sintiendo su proximidad, enloquecidos, habían abandonado el lugar de sus pastos y venían a refugiarse tras la empalizada.

—¡Es preciso abrirlos! —exclamó Godfrey.

Carefinotu movía la cabeza de arriba abajo. No era necesario hablar la misma lengua que Godfrey para comprenderlo.

La puerta fue abierta y todo el rebaño, espantado, se precipitó en el cercado; pero en este instante, a través de la entrada libre, apareció una especie de llamear de ojos en medio de la obscuridad, que la sombra de los secoyas hacía más espesa todavía.

¡Y ya no era tiempo de volver a cerrar el cercado!

Echarse sobre Godfrey, arrastrarle a su pesar, empujarle dentro de la habitación y cerrar bruscamente la puerta, todo esto fue hecho por Carefinotu en el espacio de un relámpago.



Nuevos rugidos indicaron que tres o cuatro fieras acababan de franquear la empalizada. Entonces a estos horribles rugidos se mezcló todo un concierto de balidos y gruñidos espantosos.

El rebaño doméstico, cogido allí como en una trampa, se encontraba entregado a las garras de los asaltantes.

Godfrey y Carefinotu, que se habían izado hasta las dos ventanitas agujereadas en la corteza del secoya, trataban de ver lo que estaba ocurriendo en la sombra.

Evidentemente, las fieras, tigres o leones, panteras o hienas, lo que no podía saberse todavía, se habían lanzado sobre el rebaño y empezaban su carnicería.

En este momento Tartelett, preso de un acceso de terror ciego, de espanto irrazonable, cogiendo uno de los fusiles, quiso disparar por una de las embocaduras de las ventanas, al azar. Godfrey le detuvo.

—¡No! —le dijo—. En medio de esta obscuridad hay demasiadas razones para que sean tiros perdidos. Es preciso no malgastar inútilmente nuestras municiones; esperemos que se haga de día.

Tenía razón. Las balas igualmente hubieran alcanzado a los animales domésticos que a los salvajes, más seguramente a los primeros, puesto que eran los más. Salvarlos era ahora imposible. Sacrificados éstos, quizá las fieras, ya hartas, habrían abandonado el cercado antes de la salida del Sol. Entonces vería cómo convendría obrar para prevenirse de una agresión.

Convenía también, durante esta noche tan negra y en cuanto fuese posible, no revelar a las fieras la presencia de seres humanos, que podían preferir al ganado doméstico. Así quizá se evitaría un ataque directo contra el *Will-Tree*.

Como Tartelett era incapaz de comprender un razonamiento de este género, ni de cualquier otro, Godfrey se contentó con quitarle su arma. Entonces el profesor fue a echarse sobre su litera maldiciendo los viajes, los viajeros y los maniáticos que no pueden quedarse tranquilos en el hogar doméstico.

Sus dos compañeros habían vuelto a ponerse en observación en las ventanas. Desde ellas asistían, sin poder intervenir, a esta horrible matanza que se operaba en la sombra. Los balidos de los corderos y cabras disminuían poco a poco, ya porque el degüello de estos animales se hubiese consumado, ya porque la mayor parte se hubiesen escapado fuera, donde les esperaba una muerte no menos segura… Todo esto sería una pérdida irreparable para la pequeña colonia; pero Godfrey ya no se hallaba en situación de preocuparse por el porvenir. El presente, bastante inquietante, era suficiente para absorber todos sus pensamientos.

Nada se podía hacer, nada se podía intentar para impedir esta obra de destrucción.

Debían de ser las once de la noche cuando los gritos de rabia cesaron un instante. Godfrey y Carefinotu seguían mirando… y les pareció ver aún pasar grandes sombras en el cercado mientras un nuevo ruido de pasos llegaba a sus oídos.

Evidentemente, ciertas fieras retrasadas, atraídas por el olor de sangre que impregnaba el aire, producían emanaciones particulares alrededor del *Will-Tree*. Iban y venían, daban vueltas alrededor del árbol dejando oír un sordo ronquido de rabia. Algunas de estas sombras daban saltos sobre el suelo como enormes gatos. El rebaño degollado no había bastado para contentar su cólera.

Ni Godfrey ni sus compañeros respiraban casi. Guardando una inmovilidad completa, quizá podrían evitar una agresión directa.

Un tiro desgraciado reveló de repente su presencia y los expuso aún a los más grandes peligros. Tartelett, presa de una verdadera alucinación, se había levantado, había cogido un revólver y esta vez, antes de que Godfrey o Carefinotu hubiesen podido impedirlo, y no sabiendo lo que hacía, creyendo tal vez percibir un tigre enderezarse ante él, le había disparado… La bala acababa de atravesar la puerta del *Will-Tree*.

—¡Desventurado! —exclamó Godfrey, echándose sobre Tartelett, al que el negro arrancó su arma.

Era demasiado tarde. Dada la alerta, estallaron fuera rugidos más violentos. Se oyeron formidables garras rascando la corteza del secoya. Sacudidas terribles conmovieron la puerta, que era demasiado débil para resistir este asalto.

—¡Defendámonos! —exclamó Godfrey.

Con gran sorpresa vio que Carefinotu había hecho como él. ¡Sí! Cogiendo el negro el segundo fusil —arma que, sin embargo, jamás había manejado—, llenaba sus bolsillos de cartuchos y acababa de tomar sitio en la segunda ventana.

Entonces los tiros empezaron a resonar a través de estas troneras. A la luz de la pólvora, Godfrey por un lado, Carefinotu por otro, podían ver con qué enemigos tenían que vérselas.



Allí, aullando de ira, rugiendo bajo las detonaciones, cayendo bajo las balas que alcanzaron a algunos, daban botes leones, tigres, panteras, hienas, por lo menos una veintena de estos animales. A sus rugidos, que resonaban a lo lejos, otras fieras iban a responder sin duda acudiendo en su auxilio. Ya hasta podían oírse aullidos más lejanos que se aproximaban a

las cercanías del *Will-Tree*. ¡Era de creer que toda una tribu de fieras se había vaciado sobre la isla!

Sin embargo, sin preocuparse de Tartelett, que no podía serles bueno para nada, Godfrey y Carefinotu, conservando toda su sangre fría, trataban de no disparar sino a tiro seguro. No queriendo perder ni un solo cartucho, esperaban a que alguna sombra pasase. Entonces el tiro salía y hacía efecto, porque enseguida un aullido de dolor probaba que el animal había sido alcanzado.

Al cabo de un cuarto de hora hubo como un descanso, como una pausa. ¿*Se* cansaban las fieras ya de un ataque que había costado la vida a varias de ellas o bien esperaban el día para recomenzar su agresión en condiciones más favorables?

Fuese lo que fuese, ni Godfrey ni Carefinotu habían abandonado su puesto. El negro no se había servido de su fusil con menos habilidad que Godfrey. Si ello no había sido sino por instinto de imitación, es preciso convenir que era sorprendente.

Hacia las dos de la mañana hubo una nueva alerta, ésta más fuerte que las otras. El peligro era inminente; la posición en el interior del *Will-Tree* iba a convertirse en insostenible.

En efecto, nuevos rugidos estallaron al pie del secoya. Ni Godfrey ni Carefinotu, a causa de la posición de las ventanillas agujereadas lateralmente, podían entrever a los asaltantes, ni, en consecuencia, disparar con probabilidades de abatirlos.

Ahora era a la puerta a la que estas bestias atacaban, y no era sino demasiado cierto que ésta saltaría bajo su empuje o cedería a sus garras.

Godfrey y Carefinotu habían descendido al suelo. La puerta se conmovía ya bajo los golpes de fuera. Se sentía un cálido aliento pasar a través de las hendiduras de la corteza.

Godfrey y el negro trataron de consolidar esta puerta apuntalándola con los pivotes que les servían para mantener sus literas, pero esto no podía bastar. Era evidente que sería

derribada antes de poco, porque las fieras se encarnizaban a ello con rabia, sobre todo desde que los tiros de fusil no podían ya alcanzarlas. Godfrey estaba pues reducido a la impotencia. Si sus compañeros y él estaban todavía en el interior del *Will-Tree* en el momento en que los asaltantes se precipitaran allí, sus armas serían insuficientes para defenderlos.

Godfrey había cruzado los brazos. Veía las abrazaderas de la puerta aflojarse poco a poco… ¡y nada podía hacer! En un momento de desfallecimiento se pasó la mano por la frente como desesperado. Pero, recuperando casi enseguida la posesión de sí mismo, dijo:

—¡Arriba, arriba todos!

Y mostraba el estrecho orificio que ascendía a la horquilla por el interior del *Will-Tree*.

Carefinotu y él se llevaron los fusiles, revólveres y la provisión de cartuchos. Se trataba ahora de obligar a Tartelett a seguirlos hasta aquellas alturas a las que jamás había querido aventurarse.

Tartelett ya no estaba allí… Había tomado la delantera mientras sus compañeros disparaban.

—¡Arriba! —repitió Godfrey.

Era una última retirada en la que se estaría ciertamente al abrigo de las fieras. En todo caso, si alguna de ellas, tigre o pantera, trataba de subir hasta el ramaje del secoya, sería fácil de defender el orificio por el que pretendería pasar.

Godfrey y Carefinotu no se hallaban aún a una altura de treinta pies cuando los aullidos estallaron en el interior del *Will-Tree*. Algunos instantes más y hubieran sido sorprendidos. La puerta acababa de saltar hacia dentro. Los dos se apresuraron a subir más y alcanzaron por fin el orificio superior del tronco. Un grito de espanto los acogió. Era Tartelett, que había creído ver aparecer una pantera o un tigre. El infortunado profesor estaba agarrado a una rama por el temor de caerse.

Carefinotu fue a él, le forzó a sostenerse en una horquilla secundaria y le ligó allí sólidamente con su cinturón.

Después, en tanto que Godfrey iba a apostarse en un sitio desde el cual dominaba el orificio, Carefinotu buscó otro sitio en forma de que cruzara su tiro con el suyo. Y esperaron.

En estas condiciones había realmente probabilidades para que los asaltados estuvieran al abrigo de toda eventualidad.

Sin embargo, Godfrey trataba de ver qué pasaba por debajo de él, pero la noche era todavía demasiado profunda. Entonces trató de oír, y los rugidos que subían sin cesar indicaban claramente que los asaltantes no pensaban en absoluto abandonar el lugar.

De repente, hacia las cuatro de la mañana, una gran luz se hizo en la parte inferior del árbol y pronto se filtró a través de las ventanas y la puerta. Al mismo tiempo, una humareda espesa, pasando por el orificio superior, se perdía en las altas ramas.

—¿Qué sucede ahora? —exclamó Godfrey.

La cosa era bien explicable. Las fieras, dando vueltas por todo el interior del *Will-Tree* habían dispersado los carbones del hogar. Se había comunicado enseguida el fuego a los objetos que se encontraban en el cuarto, la llama había alcanzado la corteza, cuya sequedad hacía muy combustible y el gigantesco secoya ardía por su base. La situación, consiguientemente, se hacía aún más terrible de lo que había sido hasta entonces.

En este momento, a la luz del incendio que alumbraba claramente las partes interiores del grupo de árboles, se podía ver a las fieras dar saltos al pie del *Will-Tree*.



Casi en el mismo instante una tremenda explosión se produjo. El secoya, espantosamente sacudido, tembló desde las raíces hasta las ramas extremas de su cima. Había sido la reserva de pólvora, que acababa de saltar en el interior del *Will-Tree*, y el aire, violentamente expandido, hizo irrupción por el orificio como el gas expulsado de una boca de fuego.

Godfrey y Carefinotu estuvieron a punto, de ser arrancados de su puesto, y si Tartelett no hubiese estado sólidamente atado, se hubiera precipitado al suelo.

Las fieras, espantadas por la explosión, y más o menos heridas, acababan de tomar la huida.

Pero al mismo tiempo el incendio, alimentado por esta súbita combustión de la pólvora, tomó una extensión más considerable, avivándose y subiendo por dentro del enorme tronco como por una chimenea. De estas grandes llamas que lamían las paredes interiores, las más altas pronto se propagaron hasta la horquilla en medio de crepitaciones de madera muerta semejantes a tiros de revólver. Una inmensa luz alumbraba no solamente el grupo de árboles gigantes, sino también todo el litoral, desde Flag-Point hasta el cabo sur de Dream Bay.

Pronto el incendio hubo ganado las primeras ramas del secoya, amenazando alcanzar el lugar en que se hallaban refugiados Godfrey y sus dos compañeros. ¿Iban pues a ser devorados por este fuego que no podían combatir, o no tendrían otro recurso que precipitarse desde lo alto de este árbol para escapar de las llamas?

En todo caso ¡era la muerte!

Godfrey buscaba aún si había un medio de substraerse a ello. ¡No lo veía! Ya las ramas bajas estaban ardiendo y un espeso humo ennegrecía las primeras luces del día que comenzaba a surgir por el este.

En este instante un horrible estrépito de desgarramientos se produjo. El secoya, quemado ya hasta las raíces, se quebraba violentamente, se inclinaba, caía…

Pero, al abatirse, el tronco encontró los de los árboles vecinos; sus poderosas ramas se entrelazaron a las suyas y quedó así, oblicuamente tendido, haciendo un ángulo de más de cuarenta y cinco grados en el suelo.

En el momento en que el secoya caía, Godfrey y sus compañeros se creyeron perdidos.

—¡Diecinueve de enero! —exclamó entonces una voz que Godfrey, estupefacto, reconoció sin embargo.

¡Era Carefinotu! ¡Sí, Carefinotu, que acababa de pronunciar estas palabras en esta lengua inglesa que parecía hasta entonces no haber podido hablar ni comprender!

—¿Qué dices…? —exclamó Godfrey, que se había dejado deslizar hasta él a través del ramaje.

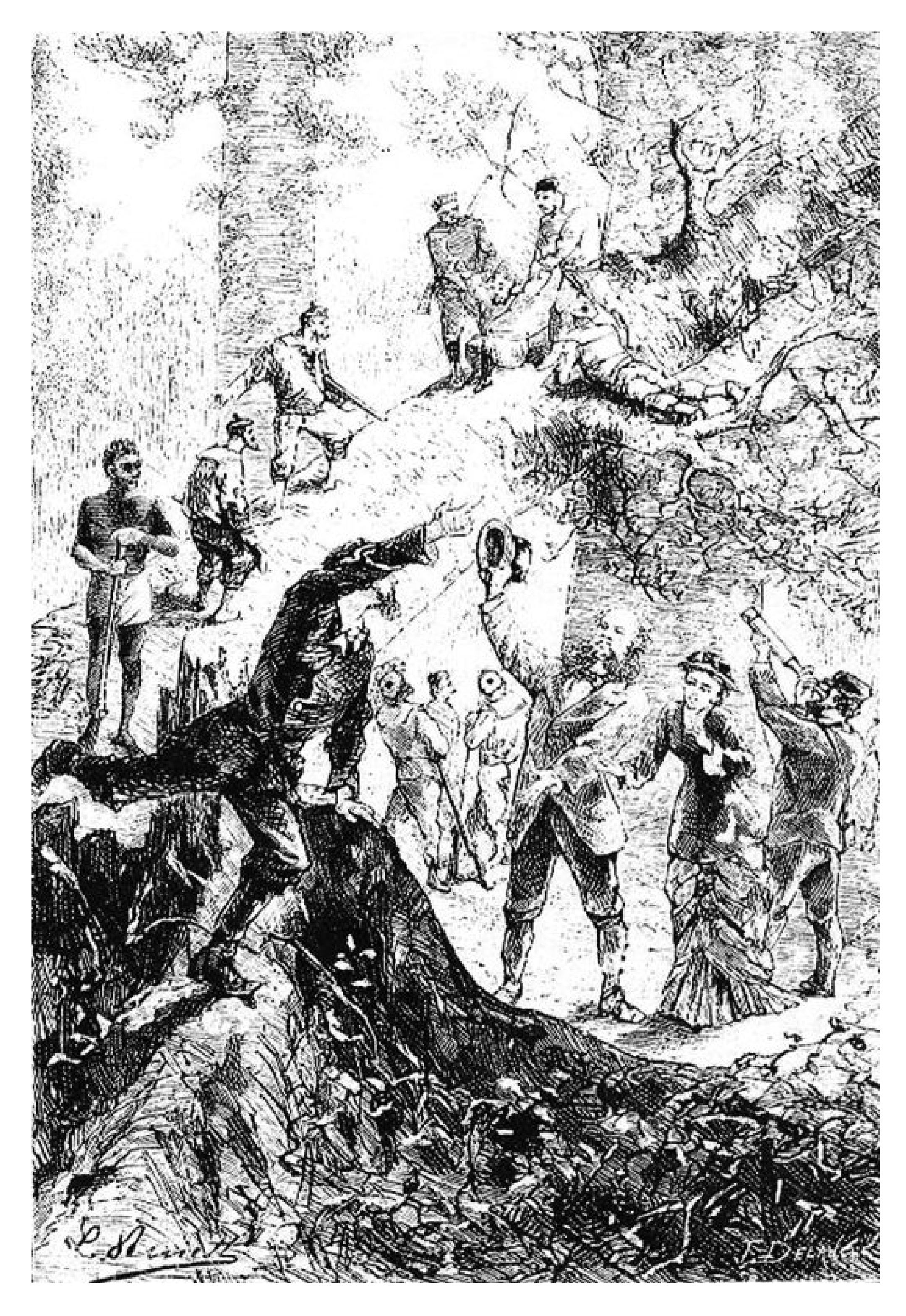
—¡Digo —respondió Carefinotu— que hoy es el día en que vuestro tío Will debe llegar, y que si no viene… estamos aviados…!

22

QUE ACABA EXPLICANDO TODO LO QUE HABÍA PARECIDO SER ABSOLUTAMENTE INEXPLICABLE HASTA AQUÍ

En este momento, y antes de que Godfrey pudiera responder, disparos de fusil estallaron a escasa distancia del *Will-Tree*. Al mismo tiempo, una de estas lluvias tormentosas que son verdaderas cataratas venía a propósito a verter sus aguas en el momento en que, devorando las primeras ramas, las llamas amenazaban comunicarse a los árboles en que se apoyaba el *Will-Tree*.

¿Qué debía pensar Godfrey de esta serie de inexplicables incidentes? Carefinotu hablando inglés, como un inglés de Londres, llamándole por su nombre, anunciándole la próxima llegada del tío Will; después, aquellas detonaciones de armas de fuego que acababan de estallar de repente. Se preguntaba si se había vuelto loco, pero no tuvo tiempo de proponerse estas preguntas insolubles.



En este instante, apenas cinco minutos después de los primeros tiros de fusil, una tropa de marineros apareció deslizándose bajo la cubierta de los árboles. Godfrey y Carefinotu se dejaron también deslizar a lo largo del tronco, cuyas paredes interiores ardían aún.

Pero en el momento en que Godfrey tocaba el suelo se sintió interpelar por dos voces que, aun en su turbación, le hubiera sido imposible no reconocer.

—¡Sobrino Godfrey, tengo el honor de saludarte!

—¡Godfrey, querido Godfrey!

—¡Tío Will! ¡Phina! ¡Vosotros! —exclamó Godfrey, confundido.

Tres segundos después se hallaba en los brazos de uno y apretaba a la otra con los suyos.

Al mismo tiempo dos marineros, por orden del capitán Turcotte, que mandaba la pequeña tropa, trepaban a lo largo del secoya para liberar a Tartelett y le «acogían» con todas las consideraciones debidas a su persona.

Y, después de las preguntas, las respuestas, las explicaciones, entrecambiándose una tras otra.

—¡Tío Will, vos!

—¡Sí, nosotros!

—Pero ¿cómo habéis podido descubrir la isla Phina?

—¡La isla Phina! —respondió William W. Kolderup—. ¡Querrás decir la isla Spencer! ¡No era eso muy difícil! ¡Hace ya seis meses que la he comprado!

—¿La isla Spencer…?

—¡A la que, por lo que parece, has dado mi nombre, querido Godfrey! —dijo la joven.

—Este nombre me gusta y lo conservaremos —añadió el tío—; pero hasta aquí y para los geógrafos, es todavía la isla Spencer, que está sólo a tres días de San Francisco y sobre la cual he querido enviarte para que hicieses tu aprendizaje de *Robinson*.

—¡Oh, tío mío; tío Will!, ¿qué estáis diciendo? —exclamó Godfrey—. Y si es verdad eso que decís, no puedo contestaros

sino que yo no había dejado de merecerlo. Pero entonces, tío Will, ¿aquel naufragio del *Dream*…?

—¡Falso! —replicó William W. Kolderup, que jamás se había sentido de tan buen humor—. El *Dream* se ha hundido tranquilamente siguiendo las instrucciones que yo había dado a Turcotte, llenando de agua sus *water-ballast*. Tú has creído que el *Dream* se hundía verdaderamente; pero cuando el capitán vio que Tartelett y tú os ibais tranquilamente a la costa, dio marcha atrás… Tres días más tarde regresaba a San Francisco, y él es el que nos ha traído a la isla Spencer en la fecha convenida.

—Entonces ¿nadie de la tripulación ha perecido en el naufragio? —pregunto Godfrey.

—¡Nadie, excepto aquel desgraciado chino que se había escondido a bordo, al que no se ha podido encontrar!

—Pero aquella piragua…

—¡Falsa piragua, que yo había hecho fabricar!

—Pero aquellos salvajes…

—Igualmente falsos, y a los que tus disparos de fusil no han alcanzado por fortuna.

—Pero Carefinotu…

—¡Falso Carefinotu, o, mejor, mi fiel Jup Brass, que ha desempeñado maravillosamente su papel de Viernes, por lo que veo!

—¡Sí —respondió Godfrey—, y que me ha salvado dos veces la vida en un encuentro con un oso y un tigre!

—¡Falso el oso y falso el tigre! —exclamó William W. Kolderup, riendo a placer—; disecados los dos y desembarcados, sin que tú los vieses, con Jup y sus compañeros…

—¡Pero si movían la cabeza y las patas…!

—¡Por medio de un resorte al que Jup Brass iba a dar cuerda por la noche, unas horas antes del encuentro con ellos que él te preparaba!

—Pero, todo eso… —repetía Godfrey, un poco avergonzado de haberse dejado engañar con tales supercherías.

—Sí, sobrino. Te iba todo demasiado bien en la isla y convenía proporcionarte emociones…

—Entonces —dijo Godfrey, que tomó el partido de reírse —, ya que queríais probarme de esa manera, tío Will, ¿por qué me enviasteis un cofre conteniendo todos los objetos de que teníamos tanta necesidad?

—¿Un cofre? —replicó William W. Kolderup—. ¿Qué cofre? Yo no te he enviado jamás cofre alguno. ¿Es que por casualidad…?

—Y diciendo esto el tío se volvió hacia Phina, que, bajando los ojos, desviaba la mirada…

—¡Ah, bueno…! Un cofre… Pero entonces es preciso que Phina haya tenido por cómplice…

Y el tío Will se volvió hacia el capitán Turcotte que lanzó una risotada.

—¡Qué queréis, señor Kolderup! —respondió Turcotte—. Algunas veces puedo resistiros… pero resistir a *miss* Phina se hace demasiado difícil… y hace cuatro meses, mientras vos me mandabais vigilar la isla… puse mi chalupa en el mar con el mencionado cofre…

—¡Querida Phina, mi querida Phina! —exclamó Godfrey, tendiendo la mano a la joven.

—¡Turcotte, vos, sin embargo, me habíais prometido el secreto…! —se quejó Phina, ruborizándose.

Y el tío William W. Kolderup, sacudiendo su gruesa cabeza, trató en vano de ocultar que estaba muy emocionado.

Pero si bien Godfrey no había podido contener una sonrisa de buen humor al oír la explicaciones que le daba el tío Will, el profesor Tartelett, por su parte, no se reía. Le mortificaba mucho todo aquello. ¡Haber sido objeto de tal mixtificación, él, profesor de baile y urbanidad! Así, avanzando con mucha dignidad, dijo:

—¡Creo que el señor William W. Kolderup no sostendrá que el enorme cocodrilo del que he estado a punto de ser la víctima era de cartón y resorte!

—¿Un cocodrilo? —replicó el tío.

—¡Sí, señor Kolderup! —respondió entonces Carefinotu, al que conviene restituir su verdadero nombre de Jup Brass—. ¡Sí, un verdadero cocodrilo que se ha lanzado sobre el señor Tartelett y que, sin embargo, yo no había en absoluto traído con mi colección…!

Godfrey contó entonces todo lo que había pasado desde hacía algún tiempo; la aparición súbita de fieras en gran número, de verdaderos leones, verdaderos tigres, verdaderas panteras, y después la invasión de verdaderas serpientes, de las que durante cuatro meses no se había encontrado ni una sola muestra en la isla.

William W. Kolderup, desconcertado a su vez, no comprendía nada de todo esto. La isla Spencer —eso era conocido desde hacía mucho— no era frecuentada por fiera alguna, y no debía contener ningún animal dañino según los términos mismos del acta de venta. Tampoco comprendió lo que Godfrey le contaba de todas las tentativas que él había hecho a propósito de una humareda que se había dejado ver varias veces en diversos puntos de la isla. Igualmente se mostró muy intrigado ante revelaciones que le daban motivo a pensar que no todo había sucedido según sus instrucciones y según el programa que él sólo había tenido derecho a hacer.

En cuanto a Tartelett, no era hombre con el que se pudiese contar. Aparte de esto, nada quería admitir del falso naufragio

ni de los falsos salvajes ni de los falsos animales, y, sobre todo, no quería renunciar a la gloria que había adquirido abatiendo con su primer disparo al jefe de una tribu polinesia (uno de los servidores del hotel Kolderup, que, por otra parte, se encontraba tan bien como él).

Todo estaba dicho, todo estaba explicado, excepto la grave cuestión de las verdaderas fieras y de la humareda desconocida. Esto hacía ponerse pensativo hasta al mismo tío Will. Pero, como hombre práctico que era, aplazó por un esfuerzo de voluntad la solución de estos problemas, diciendo así a su sobrino:

—Godfrey, tú siempre has sido tan entusiasta de las islas, que estoy seguro que te será agradable y colmará tus deseos saber que ésta es tuya, ¡tuya sólo! ¡Te la regalo! Puedes hacer de tu isla cuanto quieras. Yo no te obligo a que la abandones, ni pienso desligarte de ella. Conviértete pues en un *Robinson* toda la vida si el corazón te dice que…

—¿Yo? —respondió Godfrey—, ¿yo? ¿Toda mi vida?

Phina se adelantó a su vez:

—Godfrey —preguntó—, ¿quieres efectivamente quedarte en tu isla?

—¡Antes morir! —exclamó él, adelantándose con un arranque cuya franqueza no era dudosa; pero, reaccionando enseguida, añadió—: ¡Bueno, sí —apoderándose de la mano de la joven—, sí! Quiero quedarme, pero con tres condiciones: primera, que te quedes conmigo, querida Phina; segunda, que el tío Will se comprometerá a quedarse con nosotros, y tercera, ¡que el capellán del *Dream* vendrá a casarnos hoy mismo!

—¡No hay capellán en el *Dream*, Godfrey —respondió el tío Will—; bien lo sabes! Pero creo que todavía lo hay en San Francisco, y que allí encontraremos más de un digno pastor que consienta en rendirnos este servicio. Creo, por consiguiente, responder a tu pensamiento diciéndote que mañana mismo volveremos al mar…

Entonces Phina y el tío Will quisieron que Godfrey les hiciese los honores de su isla, y aquí los tenemos paseando bajo el grupo de los secoyas, a lo largo del río, hasta el puentecillo.

De la habitación del *Will-Tree*, ¡ay!, ya no quedaba nada. El incendio había devorado toda esta habitación dispuesta en la base del árbol. Sin la llegada de William W. Kolderup, en las cercanías del invierno, con su pequeño material destruido, con verdaderas fieras feroces recorriendo la isla, nuestros *Robinsones* hubieran sido dignos de compasión.

—¡Tío Will —dijo entonces Godfrey—, si yo había dado a esta isla el nombre de Phina, dejadme añadir que el árbol en que vivíamos se llamaba *Will-Tree*!

—¡Bien, perfectamente! —respondió el tío—. Nos llevaremos semillas de él para sembrarlas en mi jardín de Frisco.

Durante este paseo se percibieron a lo lejos algunas fieras, pero éstas no osaron atacar a la numerosa y bien armada tropa de los marineros del *Dream*. De todas maneras, su presencia no era menos un hecho absolutamente incomprensible.

Después se volvió a bordo, no sin que Tartelett hubiese pedido permiso para llevarse «su cocodrilo» como pieza de convicción… permiso que le fue concedido. Por la tarde ya todo el Mundo estaba reunido en el cuadrilátero de a bordo, festejando con un alegre almuerzo el fin de las pruebas de Godfrey y sus bodas con Phina Hollaney.

Al día siguiente, 20 de enero, el *Dream* aparejaba bajo el mando del capitán Turcotte. A las ocho de la mañana Godfrey, no sin cierta emoción, veía en el horizonte del oeste desvanecerse como una sombra esta isla en la que acababa de hacer cinco meses de una escuela de cuyas lecciones jamás debía olvidarse.

La travesía se hizo rápidamente, con un mar magnífico y con un viento favorable que permitió aprovechar las velas del

Dream. ¡Ah, lo que es esta vez, marchaba a su destino! ¡No trataba de burlar a nadie! ¡No hacía giros sin número, como en el primer viaje! ¡No perdía por la noche lo que había ganado durante el día!

De esta manera, el 23 de enero, a mediodía, después de haber entrado por la Puerta de Oro en la vasta bahía de San Francisco, iba a alinearse tranquilamente en el muelle de Marchant-Street.

¿Y qué fue lo que se vio entonces?

Se vio salir del fondo de la cala un hombre que, después de haber alcanzado el *Dream* a nado durante su escala en la isla Phina, había logrado ocultarse una vez más.

¿Y quién era este hombre?

Era el chino Seng-Vou, que acababa de hacer el viaje de vuelta como lo había hecho de ida. Seng-Vou se adelantó hacia William W. Kolderup.

—¡Que el señor Kolderup me perdone! —dijo muy cortésmente—. Cuando tomé pasaje a bordo del *Dream* creía que iba directamente a Shanghai, donde yo deseaba repatriarme; pero, desde el momento que vuelve a San Francisco, ¡desembarco!

Todos, estupefactos ante esta aparición, no sabían qué responder al intruso, que los miraba sonriente.

—¡Pero —dijo al fin William W. Kolderup— tú no habrás estado seis meses en el fondo de la bodega, supongo!

—¡No! —respondió Seng-Vou.

—¿Dónde, pues, estabas oculto?

—¡En la isla!

—¿Tú? —exclamó Godfrey.

—¡Yo!

—Entonces, aquellos humos…

—Necesitaba fuego, ¿no?

—¿Y no intentabas acercarte a nosotros y participar de la vida común?

—Un chino gusta de vivir solo —respondió tranquilamente Seng-Vou—. ¡Se basta a sí mismo y no necesita de nadie!

Tras lo cual aquel hombre original, saludando a William W. Kolderup, desembarcó y desapareció.

—¡He aquí de qué madera están hechos los verdaderos *Robinsones*! —exclamó el tío Will—. ¡Fíjate en ése y mira si tú te asemejas a él! Es igual; la raza anglosajona tendrá trabajo en absorber gentes de esta naturaleza.

—¡Bueno! —dijo entonces Godfrey—; los humos están ahora explicados por la presencia de Seng-Vou; pero ¿y las fieras…?

—¡Y mi cocodrilo! —añadió Tartelett—. ¡Quiero que al fin se me explique mi cocodrilo!

El tío William W. Kolderup, muy desconcertado, se sentía a su vez burlado en este punto, y se pasaba la mano por la frente como para apartar de ella una nube.

—¡Ya sabremos eso más tarde! —dijo—. ¡Todo acaba por descubrirse a quien sabe buscar!

Algunos días después se celebraba con gran pompa el matrimonio del sobrino y la pupila de William W. Kolderup. Si los dos jóvenes fueron felicitados y festejados por todos los amigos del riquísimo negociante, dejamos al lector imaginárselo.

En esta ceremonia Tartelett se condujo con perfecta urbanidad y distinción y *comme il faut* y el discípulo hizo igualmente honor al célebre profesor de baile y buenas maneras.

Sin embargo, Tartelett tenía una idea. No pudiendo hacer montar su cocodrilo en un alfiler de adorno, lo que bien

lamentaba, resolvió simplemente hacerlo disecar. De esta manera el animal, bien preparado, con las mandíbulas entreabiertas, las patas extendidas y suspendido del techo, sería el mejor ornamento de su cuarto. El cocodrilo fue enviado pues a casa de un célebre disecador, que lo devolvió en el hotel pocos días después.

Todo el Mundo fue entonces a ver y admirar el «monstruo» al que Tartelett había faltado poco para servir de pasto.

—¿Sabéis, señor Kolderup, de dónde procedía este animal? —preguntó el célebre disecador al presentar la factura.

—¡No! —respondió el tío Will.

—Sin embargo, había una etiqueta pegada al caparazón.

—¿Una etiqueta? —exclamó Godfrey.

—¡Miradla!

Y mostró un pedazo de cuero sobre el cual estaban escritas estas palabras en tinta indeleble:

«Envío de Hagenbeck, de Hamburgo, a J.-R. Taskinar, de Stockton, EE. UU».

Cuando William W. Kolderup hubo leído estas palabras, una formidable risotada se le escapó. Acababa de comprenderlo todo.

Era su adversario J.-R. Taskinar, su competidor despojado de la isla, el que, por vengarse y después de haber comprado todo un cargamento de fieras, reptiles y otros animales dañinos al abastecedor de los parques zoológicos de ambos mundos, lo había desembarcado de noche, en varios viajes, en la isla Spencer. Esto le había costado caro, sin duda; pero había conseguido infestar la propiedad de su rival como lo hicieron los ingleses en la Martinica, si se debe creer a la leyenda, antes que devolverla a Francia.

Ya no había cosa alguna que explicar de los hechos memorables de la isla Phina.

—¡Bien jugado! —dijo William W. Kolderup—. ¡No lo hubiera hecho yo mejor que ese viejo pícaro de Taskinar!

—¡Pero con esos terribles huéspedes —dijo Phina—, ahora la isla Spencer…!

—¡La isla Phina! —respondió Godfrey.

—¡La isla Phina —volvió a decir sonriendo la reciente dama—, es absolutamente inhabitable!

—¡Bah! —respondió el tío Will—; se esperará para habitarla a que el último león haya devorado al último tigre.

—Y entonces, querida Phina —preguntó Godfrey—, ¿no temerás ir a pasar una temporada allí conmigo?

—¡Contigo, mi querido esposo, yo no temería nada en parte alguna —respondió Phina—, y puesto que tú no has hecho tu viaje alrededor del Mundo…!

—¡Lo haremos juntos! —exclamó Godfrey—; y si la mala suerte quiere alguna vez hacer de mí un verdadero *Robinson*…

—¡Tendrás, por lo menos, cerca de ti la más abnegada de las *Robinsonas*!





JULES VERNE. (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), conocido en los países de lengua española como Julio Verne, fue un escritor francés de novelas de aventuras y ficción científica, llegando a ser uno de los grandes autores escritores del siglo XIX.

Según datos de la UNESCO es el segundo autor más traducido del mundo después de Agatha Christie.

Licenciado en Derecho y establecido en París en su juventud, Verne se dedicó a la literatura pese a no contar con apoyo económico alguno, lo que minó gravemente su salud. Verne era un auténtico adicto al trabajo y pasaba días y días escribiendo y revisando textos. En su juventud escribió sobre todo poesía, teatro y cuentos.

En 1863, se erige en el creador de la novela científica al comenzar su ciclo de los *Viajes extraordinarios*, ciclo de novelas a través de las que describe el universo acercando a sus lectores a la ciencia y el conocimiento. Unido al apoyo de su editor Jules Hetzel, quien hizo que el éxito y las ventas de

sus historias fueran en continuo aumento, publicó más de sesenta novelas entre las que destacan *Cinco semanas en globo* (1863), *Viaje al centro de la tierra* (1864), *De la tierra a la Luna* (1865), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870), *La vuelta al mundo en 80 días* (1872) y *La isla misteriosa* (1874).

Para documentarse pasaba días enteros en las bibliotecas estudiando geología, ingeniería y astronomía, conocimientos que luego vertía en sus fantásticas aventuras y se adelantó con asombrosa exactitud a muchos de los logros científicos del siglo XX. Habló de cohetes espaciales, submarinos, helicópteros, misiles dirigidos e imágenes en movimiento. Esa capacidad de anticipación tecnológica y social le ha llevado a ser considerado como uno de los padres del género de la ciencia ficción, aunque los expertos en Verne afirman que más bien escribía ficción científica.

Notas

[1] Ciento veinte kilómetros. <<

[2] Noventa mil hectáreas. <<

[3] Cinco millones quinientos mil francos. <<

[4] Alrededor de doscientas dieciséis leguas terrestres. <<

[5] Nombre que toman los terrenos bajos cuando contienen depósitos de placeres auríferos. <<

[6] Alrededor de quince millones de francos. <<

[7] Compartimiento que se puede llenar de agua cuando el buque está vacío a fin de mantenerlo en su línea de flotación. <<

[8] Sobrenombre que los americanos dan a los chinos. <<

[9] Es costumbre de los chinos la de hacerse enterrar en su país, existiendo barcos dedicados únicamente al transporte de sus cadáveres. <<

[10] Aquí me parece que el amigo Jules nos trataba de hacer cruzar el río con botas: las *wellingtonias* son secoyas de california, en tanto que las *washingtonias* son palmeras; no tiene la menor relación un género con el otro (Nota del revisor). <<